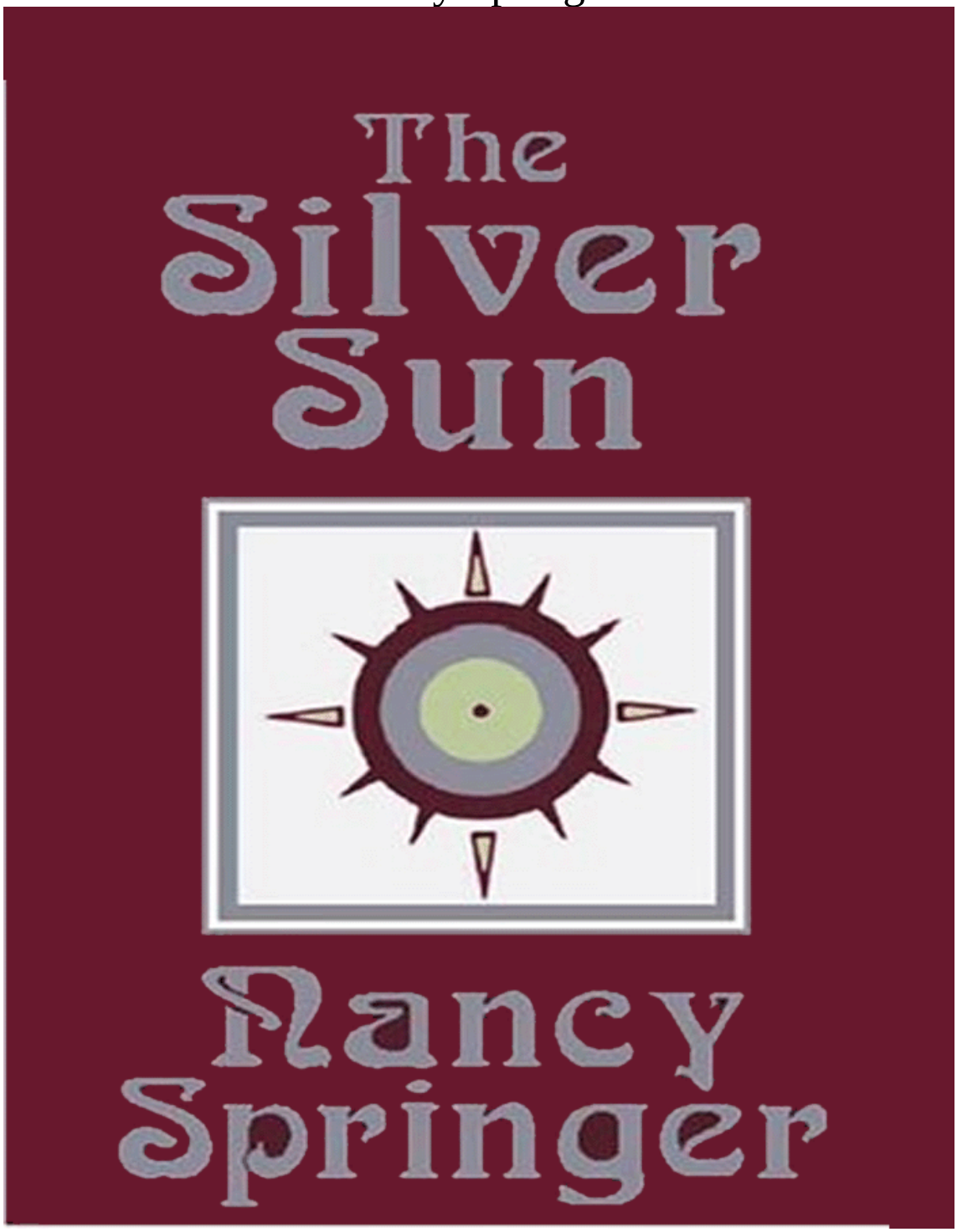
El Sol de Plata
Nancy Springer

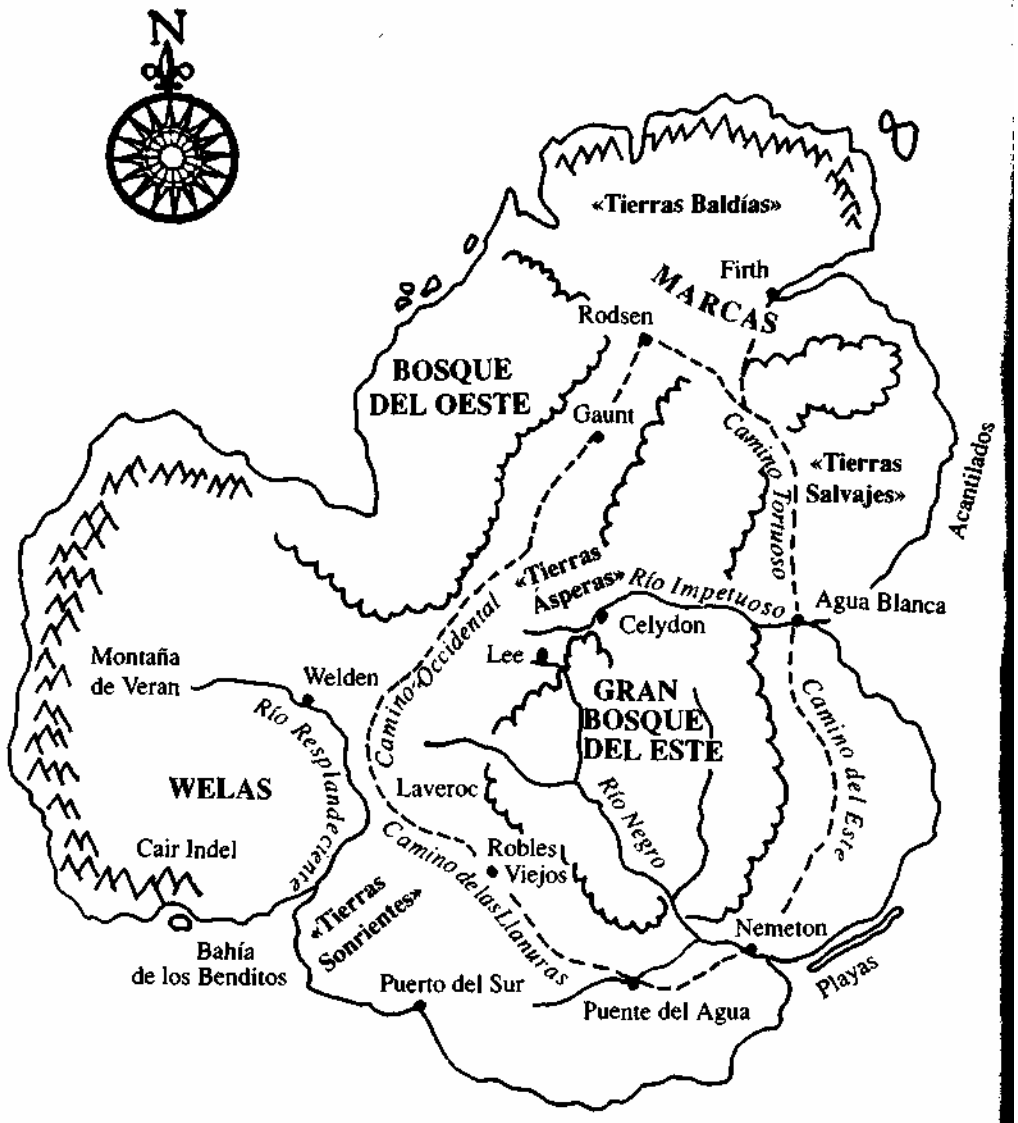


LIBROdot.com
http://www.librodot.com

Brillantes sombras de otro lugar
pasan ante mis ojos cambiando
el giro de mis días. Sobre el tapiz de los árboles,
un rostro torturado, una torre en llamas.
Más allá de los verdes reflejos del fuego,
una espada y un amor indomable,
un corcel de alas doradas. ¿Qué mágico abrazo
de otras razas hace que los sueños dirijan mis pasos?
El cuervo y la paloma, el vidente y su deseo.
El círculo de los mares y las estaciones. El azar.
Nosotras, las sombras, ¿podemos unirnos también a la danza?

EL REINO DE ISLA

en la época de los Reyes del Sol



Libro primero

El bosque

1

Según decía la gente, el Bosque era morada de hechiceros, duendes y criaturas todavía peores. Pero a pesar de eso, Alan dirigió sus pasos vacilantes hacia el Bosque, como hacían todos los hombres desesperados. Los ladrones le habían quitado cuanto poseía: caballo, armas e incluso sus ropas. Los campesinos no podían darle más que el mendrugo de pan reservado para los mendigos. Pero Alan tenía la esperanza de que en el interior del Bosque podría encontrar algo para comer y una protección para su cuerpo desnudo.

No había tenido en cuenta su debilidad. El mundo empezó a girar ante sus ojos y los árboles le rodearon como una confusa mancha verde. Percibió movimientos y gritos irritados, pero no le importó. Un instante después, el aguijonazo de una espada cayendo de plano sobre su espalda le devolvió bruscamente a la realidad.

Alan vio que tenía delante a un corpulento y enfadado capitán al mando de una patrulla montada. El siguiente golpe de la espada del capitán le hizo caer al suelo, y en él se quedó tendido, sin fuerzas para huir o para defenderse. Cerró los ojos y se preparó para recibir el castigo de la espada.

Pero los golpes cesaron tan repentinamente como habían empezado. Alan levantó la vista. Lo que vio quedaría grabado en su memoria mientras viviera.

El fornido capitán había palidecido de miedo. Su mandíbula temblaba por encima de una hoja reluciente que rozaba su gordo cuello. Pero Alan pensó que si la espada era temible, más lo era quien la sostenía. Era un joven con el rostro de un guerrero, de frente despejada y mandíbula firme, pero había en él algo más que la fuerza de un guerrero. Sus ojos eran de acero gris y había alguna cualidad en su dura mirada que hizo temblar y desfallecer al capitán, algo que hizo que el propio Alan luchara por ponerse en pie presa de una vaga alarma. Y, sin embargo, no podía darle nombre al temor que sentía.

El joven de los ojos grises dijo unas cuantas palabras que Alan no logró entender mientras su mirada ardía con una extraña fuerza de voluntad que le sorprendió todavía más. Aunque el desconocido había permanecido inmóvil, sosteniendo su espada ante el cuello del capitán, los caballos se encabritaron apartándose de él. Los hombres de la patrulla no lograron controlarlos y los caballos se lanzaron hacia el bosque, piafando y relinchando, con sus indefensos jinetes sobre ellos. El desconocido hizo caer la espada del capitán de entre sus fláccidos dedos, cortó sus riendas de un tajo e hizo que su caballo partiera en pos de los demás.

Alan permaneció inmóvil mientras contemplaba todo aquello, tambaleándose a causa del hambre y el dolor, con la vaga idea de que también él haría bien marchándose, aunque no tenía fuerzas ni para dar un paso. Pero el joven de los ojos grises pareció percibir su vacilación. Desmontó sin hacer ni un solo ruido de su gran caballo gris y fue hacia Alan.

—Me llamo Hal —le dijo—, y te ofrezco mi amistad, si es que me lo permites. ¿Quieres venir conmigo?

Alan sintió una absurda alegría al ver que se le daba la posibilidad de escoger, aunque habría sido incapaz de hacer un gesto sin desmayarse. Asintió y alargó la mano hacia el joven, temblando a causa del esfuerzo. Apenas si podía ver. Sintió como una mano

amable sujetaba sus dedos y tragó el ardiente líquido de un odre. Hal le cubrió con una capa y le ayudó a montar en su corcel, montando después detrás de él. Los dos se alejaron rápidamente hacia el interior del Bosque.

—Esos rufianes no precisarán mucho tiempo para perseguirnos —murmuró Hal, y Alan decidió que le gustaba el sonido de esa voz grave y algo ronca.

Para Alan la cabalgada fue una vaga neblina de dolor. El caballo era fuerte y veloz y el Bosque pasaba velozmente junto a ellos. Cuando llegaron a una zona de terreno rocoso Alan apenas si se dio cuenta, pero sí percibió cuándo volvieron a entrar en el Bosque, pues el joven que le había rescatado hizo que el caballo avanzara lenta y cautelosamente. Después acabaron deteniéndose entre la espesura y no pasó mucho tiempo antes de que Alan oyera aproximarse el sonido de unos cascos. El capitán y su desmoralizada tropa pasaron de largo ante ellos. El corpulento soldado había logrado recuperar su espada y su rostro estaba tan rojo como su montura, un gran ruano.

Hal lanzó una risita y Alan sonrió pese a su dolor. Después siguieron avanzando, ahora más despacio que antes. Alan perdió todo sentido del tiempo hasta que por fin se detuvieron y sintió que le bajaban del caballo.

Necesitó tomar otro trago del odre antes de poder sentarse y mirar a su alrededor. Se encontraba junto a un pequeño arroyo que fluía a través de una pradera. El caballo estaba pastando y Hal se arrodilló para hurgar en sus alforjas. Sacó de ellas vendas, un frasquito oscuro y un pedazo de pan que parecía más bien pasado. Para Alan ver aquel pan fue como ver un trozo de cielo y lo agarró con la misma impaciencia que un niño.

—Come despacio —le advirtió Hal.

Ahora sus ojos grises parecían más oscuros pero también más afables, tan suaves como duros habían sido antes.

Alan mordió aquel precioso pan y apenas notó que la capa cubierta de sangre seca era apartada de su maltrecha espalda. Hal lavó cuidadosamente las heridas causadas por el acero, les aplicó ungüento del frasquito y las tapó con pedazos de tela limpia que después sujetó con tiras de vendaje alrededor del cuerpo y los hombros de Alan. Alan se sorprendió al descubrir que era incapaz de comer gran parte del pan, pero no le importó. Una manta envolvió su cuerpo y se quedó dormido.

Y le pareció que apenas habían pasado unos cuantos minutos cuando despertó al notar que le sacudían amablemente. Pero ya había anochecido. Una pequeña hoguera chisporroteaba cerca de él y sobre el fuego había una marmita de la que brotaba un delicioso olor a carne.

—¿Puedes sentarte? —le preguntó Hal—. Ven, apóyate en este árbol.

La manta sirvió como almohada para proteger los hombros de Alan. El fuego calentaba sus piernas desnudas. Hal llenó de estofado un abollado plato metálico y se lo entregó junto con una cuchara y un tazón de agua.

—Hal, ¿ya has comido? —logró preguntarle Alan con cierta dificultad.

Su compañero meneó la cabeza.

—Comeré después de ti. Sólo tenemos un plato y una cuchara.

Alan empezó a comer sin perder ni un instante. La carne de venado con raíces y bayas le pareció deliciosa y perfectamente digna de la mesa de un rey, pero aún así fue incapaz de tragar más de unos cuantos bocados.

—Todavía no te he dado las gracias por haberme salvado la vida —le dijo mientras se recostaba en el árbol.

Hal bajó al suelo su mirada de ojos grises, ruborizándose y mostrando verdadera incomodidad.

—Oh, no pienses más en ello —murmuró.

Ahora no se percibía en él ni el más mínimo atisbo de aquel poder que había hecho temblar al capitán y a sus soldados. Alan nunca había creído en hechiceros; pensó que era su cerebro nublado por el hambre el que, medio día antes, había imaginado palabras extrañas y una mirada aún más extraña. Sin embargo, los caballos habían salido huyendo pese a los golpes y las bridas... ¿Qué clase de milagro era su nuevo compañero para ser capaz de sembrar semejante miedo con una mirada?

—¿Cómo llegaste a encontrarte en semejante situación? —dijo Hal rompiendo el silencio—. ¿Te robaron?

—Sí.

Alan seguía estando muy débil y apenas si podía conversar.

Hal formuló su siguiente pregunta con mucha diplomacia. En tiempos como aquellos en que los hombres podían convertirse en forajidos sólo por haber robado una hogaza de pan, hurgar en las vidas ajenas no era demasiado prudente.

—¿Ibas hacia algún sitio en particular cuando te robaron?

Alan meneó la cabeza. Como Hal, era un vagabundo sin hogar. Resultaba extraño que dos jóvenes exiliados como ellos se hubieran encontrado de aquella forma...

—Entonces, ¿viajarás conmigo cuando estés mejor? —Hal atizó el fuego y Alan no pudo ver sus ojos—. En muchos aspectos mi caballo es tan bueno como un hombre —añadió Hal—, pero tiende a ser bastante callado. Algunas veces me siento solo....

—Claro que viajaré contigo —se apresuró a replicar Alan, pues era valiente y tendía a ser generoso en todo.

Vio como una tímida sonrisa iluminaba el rostro de Hal y después se acostó en su lecho de musgo para dormir sin un solo rastro de duda o miedo, y en el futuro jamás tuvo que lamentar la respuesta que había dado.

Al despertar a la mañana siguiente Alan se sintió mucho más fuerte. Se puso la camisa llena de remiendos que le entregó Hal y comió un poco de estofado sobrante, pero antes puso un trocito de carne en el suelo, para el dios.

Hal le miró con curiosidad.

—¿A quién sirves, Alan?

—¡A nadie! —replicó Alan sonriendo con una leve vergüenza—. No estoy atado al dios de ningún bosque, caverna o templo. Pero es muy difícil romper las costumbres de toda una vida... Mis padres adoraban al Hijo de la Estrella.

—Ah. —El rostro de Hal era inescrutable—. ¿Y no exige demasiadas cosas ese tal Hijo de la Estrella?

—No —respondió Alan con cierta sequedad—. No es como el Hijo Sagrado de los hombres del este, que inflige unos sufrimientos peores que los pasados por él.

Habló con aspereza porque estaba recordando a una persona que había conocido en el

pasado y no tenía forma de saber que tras el velo de aquellos ojos grises también Hal estaba recordando el pasado.

Después del desayuno limpiaron la marmita en el arroyo y pasearon un poco por el claro. Estaban a finales de primavera; los árboles estaban cubiertos de brillantes hojas y la hierba centelleaba igual que el agua. Hal y Alan se tendieron en ella para gozar del sol. El calor hizo que el cuerpo de Alan perdiera gran parte de su dolorosa rigidez y pasados unos instantes se estiró con un gesto de satisfacción.

—Me atrevería a decir que pronto tendremos compañía —dijo Hal con voz soñolienta.

—¿Compañía?

Alan ya casi estaba dormido.

—Los proscritos que controlan esta parte del Bosque.

— ¿Los proscritos?

Y Alan se espabiló, sobresaltado.

—Por lo que he oído contar son personas bastante decentes, aunque de modales algo rudos... —Un pájaro silbó en el interior del Bosque—. Ahí les tenemos. Deja que sea yo quien hable.

Alan asintió, con la boca repentinamente seca. Y un instante después se quedó helado de miedo cuando vio que Hal silbaba contestando a la llamada anterior igual que un pájaro a otro. Durante un momento el Bosque se sumió en un sorprendido silencio. Después se oyó una orden seca y entre la espesura aparecieron ocho hombres que venían de otras tantas direcciones, cada uno con un arco preparado. Su jefe, un hombre bastante alto cuya gorra de piel de gamo no lograba ocultar del todo su llameante cabellera rojiza, fue directamente hacia ellos.

—Levantaos —les ordenó secamente.

Hal se puso en pie, manteniendo las manos bien visibles.

—No estamos armados —dijo.

—Tú, levántate —le dijo el proscrito a Alan en tono amenazador.

—¡Mi compañero está herido! —protestó Hal.

Alan luchó por incorporarse, torciendo el gesto al sentir como una de sus heridas volvía a abrirse. La sangre fresca manchó su camisa. Hal se dio la vuelta para ayudarle.

—¡Ket el Rojo, no esperaba esto de ti! —le dijo al fuera de la ley—. ¿Acaso no te acabo de hacer la seña de amistad?

La mandíbula de Ket se aflojó bruscamente en una mezcla de asombro y pena.

—Dice la verdad. Bajad vuestras armas —le ordenó a sus hombres. Y después, volviéndose hacia Hal, añadió—: ¿Cómo es que conoces mi nombre?

La herida de Alan ya había dejado de sangrar, y Hal respondió con más calma que antes.

—Viví un año con la banda de Craig el Ceñudo, al sur del Bosque. Oímos contar muchas cosas buenas de ti. —Apretó un pedazo de paño sobre la herida de Alan—. Te pido perdón por lo que te dije antes, pero temía por mi amigo. ¿Me permites que cuide de él?

—¡Claro, claro! —se apresuró a decir el proscrito.

Una vez de regreso al campamento dos de sus hombres montaron guardia mientras que los demás ayudaban a traer agua y vendas. Ket no volvió a decir nada hasta que Alan no hubo sido debidamente atendido.

—¿Cuáles son vuestros nombres?

—Yo soy Hal, y éste es mi amigo Alan.

—Entonces, ¿no sois hermanos?

—¡No! —Y esta vez le tocó a Hal el turno de sorprenderse—. ¿Por qué lo preguntas?

—¡Por la Dama, porque sois iguales!

Alan y Hal se miraron el uno al otro con expresión interrogativa y se dieron cuenta de que Ket estaba en lo cierto. Sus cabellos aclarados por el sol, sus pómulos, sus mandíbulas angulosas... Todo era igual. La boca de Alan resultaba un poco más ancha y expresiva que la de Hal pero en el único sitio donde el parecido cesaba era en los ojos. Los de Alan eran tan despejados y abiertos como los cielos azules en tanto que los de Hal eran sombríos y llenos de misterio. Alan no supo qué pensaba Hal de aquella extraña coincidencia, pues lo único que hizo fue encogerse de hombros y volverse hacia Ket.

—No tengo hermanos —dijo—. Alan y yo nos encontramos ayer.

—¿Ayer? ¿Y cómo se hirió Alan?

Alan rompió su silencio, sabiendo que a Hal le resultaría más bien difícil narrar su propia hazaña.

—Deja que yo te lo cuente, Ket. Supongo que no estaba lo bastante atento cuando tropecé con esa patrulla de hombres del señor. Tenía tanta hambre que...

Alan describió su apuro y su rescate, pasando por alto cuanto hacía referencia al pánico de los caballos; no sabía cómo explicar aquello. Los forajidos le escucharon atentamente y se rieron de buena gana cuando Alan mencionó lo enrojecido que se había puesto el rostro del capitán.

—¡Claro, por eso el gran bastardo acabó huyendo ayer por el Bosque, con los pantalones ensuciados de miedo, el casco torcido y el rostro tan rojo como una remolacha! —exclamó Ket—. Le vimos, pero, naturalmente, no podíamos figurarnos la razón de su estado. Muy bien hecho, chico. —Después se puso más serio—. Pero ahora os estarán buscando: tenéis que andaros con cuidado.

Hal torció el gesto ante tales alabanzas y cambió de tema.

—Ket, si ya no estás enfadado conmigo me gustaría pedirte ayuda. He matado a un gamo. La mitad es para ti. Y me gustaría cambiar un cuarto trasero y la piel por un poco de pan, huevos y ese tipo de cosas, si puedes decirme donde encontrarlos.

—¡Que has matado un gamo! Pero si no veo ningún arco, y tampoco hemos encontrado ningún despojo...

—Aquí está el arco —dijo Hal, sacándolo de una alforja.

Su longitud era un poco inferior a la de medio arco de un forajido pero era muy grueso y estaba más curvado de lo normal. Ket el Rojo lanzó un silbido.

—Hace falta un brazo muy fuerte para tensar eso —dijo, y contempló a Hal con los ojos entrecerrados y una mezcla de sospecha y respeto—. Pero ¿dónde está el gamo, y dónde

has escondido los despojos?

Hal se rió.

—No puedo revelar los secretos de Craig el Ceñudo..., ni tan siquiera a ti, Ket —dijo—. Baste con decir que están bien ocultos. Pero en cuanto al gamo, aquí está.

Y separó los arbustos para revelar el cadáver, colgado de una rama.

A esto siguió cierta discusión. Ket afirmaba que debido a lo que pasó el día anterior Hal correría un peligro excesivo yendo a la aldea.

—Además —añadió con una sonrisa bondadosa—, aunque ya tengas la altura de un hombre eres demasiado joven para ese tipo de cosas, muchacho...

Se ofreció a ir él mismo o a enviar uno de sus hombres pero Hal no quiso ni oír hablar de ello.

—Sois muy conocidos por esta zona, y especialmente tú con tus cabellos de fuego —replicó—. Cada vez que aparecéis por algún sitio corréis un gran peligro. Pero ¿qué probabilidades hay de que me reconozcan a partir de la descripción que pueda haber dado nuestro malcarado amigo? Dado que soy un muchacho... —y Hal hizo una pausa cargada de sobreentendidos— , seré un simple mozo de granja. Dejaré el caballo en el Bosque y caminaré. Lo único que debes explicarme es a qué puerta llamar.

—Bueno, ya que lo mencionas —dijo el proscrito sin dejarse impresionar— , ¿dónde está el caballo?

Alan ya sabía que el caballo de Hal pastaba por donde le placía. Hal silbó, emitiendo una sola y prolongada nota musical. No oyeron ningún ruido de cascos y los proscritos intercambiaron miradas de asombro. Pero de repente el caballo estuvo allí, igual que si se hubiera materializado entre los grises troncos de los árboles. Moviéndose con gracia y en silencio fue hacia donde estaba Hal, mostrando una mirada alerta e interrogante en sus bellos ojos.

Hal sonrió y le habló al caballo en un susurro; Alan no consiguió entender las palabras.

—Creía que algo andaba mal —les explicó Hal, dándose la vuelta.

Alan extendió impulsivamente la mano para acariciar al hermoso animal, pero el corcel retrocedió resoplando.

—Aún no habéis sido presentados —dijo Hal—. Dame tu mano. —Y le habló al corcel en una lengua extraña, colocando la mano de Alan sobre el cuello del caballo—. Ha sido entrenado para no permitir que le toque mano alguna salvo la mía —explicó—. De lo contrario ya me lo habrían robado en muchas ocasiones.

Alan no supo qué decir. Estaba acostumbrado a caballos que hacían lo que se les ordenaba, no a grandes corceles grises que vagaban a su antojo y necesitaban que se les presentara a la gente.

—¿Cuál es su nombre? —logró preguntar.

—Arundel, Arun para abreviar.

El nombre no le resultaba familiar.

—¿Significa algo? —se arriesgó a preguntar Alan, pensando que los nombres podían tener significado para Hal.

—Significa «el que mora en el Valle del Águila».

Alan acarició la curvatura de su cuello y su mirada se perdió en los profundos ojos de aquel orgulloso animal que le contemplaba desde lo alto. Se preguntó qué extraños derroteros estaba tomando su vida. Ket interrumpió sus pensamientos.

—Cuando vinimos hacia aquí no vimos a ese caballo y tampoco le oímos. ¿Acaso pretendía evitarnos? —preguntó el fuera de la ley.

—Así es. Le he entrenado para ello.

Ket meneó la cabeza, no sabiendo qué decir, y cuando volvió a hablar lo hizo con la lenta y grave cortesía de un hombre del campo.

—Bueno, me atrevería a decir que quien ha entrado en mi Bosque sin que yo lo sepa, quien ha matado a un gamo bajo mis propias narices con un arco que mide lo mismo que mi antebrazo y cuyo caballo sabe moverse con el sigilo de un espectro en la noche..., bueno, creo que esa persona puede conseguir cambiar un poco de carne por algunas vituallas manteniéndose alejado del cadalso.

—Te doy las gracias por ese «decir» —le respondió Hal con una sonrisa.

Ket le dio instrucciones sobre la mejor manera de aproximarse a la aldea y de llevar la carne. Esa carne que estaba prohibida, pues se suponía que la caza del Bosque estaba reservada para la diversión de los nobles. Así que Hal tenía que irse con cuidado en más de un aspecto. Ket parecía estar conteniéndose para no insistir en ello. Colocó a sus fuera de la ley montando guardia alrededor del claro y Hal partió hacia la aldea.

—Y tú, Alan —le dijo Ket—, quédate quieto y cuida de tus heridas.

Después se marchó.

En cuanto le hubieron dejado a solas, Alan volvió a tenderse bajo el cálido sol y dormitó. Le pareció que había pasado muy poco tiempo antes de que volviera Hal. Cuando entró en el claro estaba sonriendo y cuando desmontó empezó a reírse estruendosamente.

—¡Alan, ha sido soberbio! —logró decir al fin entre resoplidos de risa—. Primero me encontré con una anciana cerca del camino y después me tropecé con dos pastores, y los tres me contaron la misma historia. Parece ser que ese capitán de soldados se encontró con una criatura poseída por los demonios, un idiota babeante (¡ése eres tú, Alan!), a la cual estaba intentado matar, cosa que requería un gran valor, cuando del bosque salió un enorme guerrero negro que medía más de dos metros de alto y montaba un gran caballo negro de cuyos ollares salía fuego, y este guerrero blandía una espada llameante tan roja como la sangre. Lanzó un hechizo sobre toda la valiente patrulla para que no pudiera moverse y un instante después él y la criatura maligna se alejaron graznando maldiciones. Y cuando los hombres del señor quisieron perseguirle, ¡hechicero, caballo e idiota se desvanecieron entre una nube de humo y llamas! —Hal hizo una pausa para recuperar el aliento—. ¡La verdad es que me costó mucho no echarme a reír! ¡Y no me extraña que en la aldea no me reconocieran!

Alan se alegró de que Hal se tomara la cosa a broma. Oír hablar de hechicería le había hecho sentirse algo intranquilo.

—Tendría que haberme imaginado que el orgullo del señor pesaría más que su ira —dijo una voz.

Hal dio un salto parecido al de un ciervo pillado por sorpresa, agazapándose y alargando la mano hacia su espada. Un instante después Ket salió de entre los arbustos, y a medida que su cuerpo se iba relajando las mejillas de Hal se tiñeron de rojo.

—No pretendía asustarte, Hal —dijo Ket con cara de preocupación.

—No estoy acostumbrado a que me pillen por sorpresa —respondió Hal, empezando a sonreír—. Bueno, Ket, ya tienes tu venganza por lo de esta mañana. ¿Comerás con nosotros?

—Me alegrará hacerlo —replicó el proscrito—. Pero antes tengo algo para Alan.

Y sacó de entre la espesura un caballo cargado con todo el equipo y arreos necesarios, ropa incluida.

—Es para ti, así como todo lo que lleva encima —le dijo Ket—. Entró un día en nuestro campamento con un hombre herido a la grupa. Era un hombre alto y con las cicatrices de un guerrero pero murió sin decirnos su nombre. El caballo no nos sirve de nada: somos gente del campo, no jinetes. Se ha vuelto gordo y perezoso, pero aun así creo que te será de utilidad.

—Te lo agradezco enormemente —dijo Alan, tragando saliva, y alargó la mano para acariciar el suave hocico del caballo.

Carecer de montura le había hecho sentirse peor que el ir desnudo; se había sentido perdido y sin esperanzas. Ket jamás podría saber hasta qué punto llegaba su gratitud.

—Y aquí tienes la espada de ese hombre —dijo Ket.

Alan aceptó el arma con reverencia. Era una hoja soberbia, resistente y cuidadosamente equilibrada. La vaina y la empuñadura estaban trabajadas con hilo de oro y en el pomo del arma había una cabeza de león con peridotos por ojos.

—Ese hombre... —dijo Alan con lentitud—, ¿era moreno, con el cabello negro y lacio y una nariz aguileña con una cicatriz que le cruzaba el puente?

—¿Le conocías? —se asombró Ket.

—Sí —replicó Alan—. Su nombre era León Alerón, un guerrero valiente y un hombre bueno. Me siento orgulloso de llevar su espada.

Hal parecía muy sorprendido. Miró a Alan con un agudo interés y algo casi semejante al miedo ardió brevemente en sus ojos grises. Pero Alan no se dio cuenta de ello porque estaba acariciando a su caballo.

Del animal podía decirse cualquier cosa menos que estuviera gordo. Era flaco y de largas patas, fuerte pero no especialmente hermoso, de un color marrón tierra y con una expresión casi irónica en su delgada cabeza. Iba equipado con una silla de montar y alforjas dentro de las que Ket había colocado el equipo más imprescindible: ropa, botas, una manta, unos cuantos platos y un largo cuchillo de caza con una vaina de cuero.

Alan ató el caballo a una estaca mientras que Hal cortaba el pan que había traído de la aldea. Ket puso a hervir unos huevos en la marmita y después atravesó una tajada de carne con la punta de su larga daga de caza y la sostuvo encima del fuego. Alan intentó hacer lo mismo pero el calor de la hoguera en su rostro le mareaba.

—Apártate del fuego —le dijo Hal—. Yo me encargaré de asar tu ración: todavía no estás del todo bien.

Comieron pan y carne y después pan y queso y algunas cebollas silvestres. Alan fue sintiendo cómo su cuerpo iba recobrando las fuerzas.

—¿No habías estado nunca en el Bosque, Alan? —le preguntó Ket.

—Nunca —replicó Alan—, pero me gusta.

—¿Sí? Creo que serías un buen proscrito, chico. En el Bosque hay unos cuantos rufianes, pero la mayor parte de nuestros enemigos los temen. No encontrarás a muchos hombres del rey o soldados del señor que osen cruzar sus fronteras... En lo más profundo del bosque hay un poder que les mantiene alejados. Nosotros le llamamos la Dama.

—¿Adoráis a una mujer? —exclamó Alan.

Ket se volvió hacia él con una sonrisa tirando de las comisuras de sus curtidos labios.

—Así es, chico, ¿y cómo no íbamos a hacerlo? La Dama es una buena amiga de los campesinos, mucho mejor amiga que no esos hombres del este y su maldito Padre Rey y su Hijo Sagrado... Sí, claro que la Dama tiene sus caprichos y sus malos humores. Están las tormentas, el hambre y las heladas...

—Y los lobos —le recordó Hal con cierto sarcasmo.

—Y los lobos. Pero enfadada o no, la Dama siempre es hermosa, y nos da alimento suficiente.

—Toma un huevo —le ofreció Hal—. Bien, Ket, ¿así que no piensas inclinarte ante los Reyes Sagrados? —Y su voz estaba cargada de ironía.

—¡No, nunca! —Pero Ket no tenía muchos deseos de olvidar su buen humor y su ceño fruncido se fue aflojando hasta ceder paso a una sonrisa—. Claro que si el Rey viniera hasta aquí y tomara a la Dama como esposa suya..., sí, puede que me inclinara ante él.

—¿El Rey?

Alan volvía a estar confuso.

—Quizá un heredero de Verán, o de una de las antiguas casas reales de Isla. ¡Y ojalá venga pronto! —Ket se volvió hacia Hal y preguntó lo que Alan no había osado preguntar—. Hal, ¿cuál es tu dios?

—El Único.

—¿El Único? ¿Qué Único? Hay muchos dioses.

Hal se encogió de hombros, pareciendo algo incómodo. Alan desvió la conversación de ese tema. Al menos, pensó con gratitud, Hal no había mencionado al dios cornudo de los hechiceros.

—Ket, ¿cómo llegaste a ser un proscrito?

Ahora fue a Ket a quien le tocó poner cara de incomodidad.

—La verdad es que preferiría no contártelo, Alan... Pero algo sí te diré, ¡ojalá algún día pudiese darle un buen golpe a unos cuantos señores demasiado orgullosos! —Ahora Ket había perdido todo rastro de su buen humor; su flaco rostro se había vuelto oscuro y amenazador—. ¡Malditos sean los invasores del este! ¡Antes de que llegasen y esclavizaran a la gente, en Isla había paz y abundancia! Ahora incluso nuestras mujeres sufren bajo sus pesadas manos... —Ket hizo un esfuerzo y logró calmarse un poco—. Aunque en las Tierras Salvajes hay algo parecido a la paz, desde luego —admitió—. Allí los señores se tienen miedo entre ellos y necesitan a toda su gente. Es raro que maten a sus hombres por puro capricho, como ocurre a veces en el sur, pero nosotros los campesinos pasamos hambre con mucha frecuencia y nuestra situación es lamentable. Estas tierras se encuentran muy al norte: los inviernos son duros y muchos de los

nuestros enferman y mueren.

—Pero en el sur, cerca del Rey, siempre es invierno —murmuró Hal.

Para cuando hubieron terminado de comer el caballo de Alan había logrado soltar su rienda de la estaca y empezaba a irse hacia la espesura. Ket le ayudó a cogerlo, riendo, y después se marchó. El caballo hizo girar su huesuda cabeza y golpeó el estómago de Alan, pisándole el pie con uno de sus cascos.

—¡Ay! —se quejó Alan—. Hal, ¿cómo es posible que Arundel sea tan bueno y este animal sea tan malo?

—Arun y yo somos amigos —le respondió Hal con una sonrisa—. Tienes que hablar con tu caballo. ¿Cómo podéis ser amigos cuando todavía no le has dado ningún nombre?

Y, medio en broma, Alan tomó asiento ante el flaco animal y empezó a meditar en voz alta sobre cuál sería el nombre adecuado. Acabó llegando a la conclusión de que para no ofender al caballo, el nombre no debía ser abiertamente insultante como ocurriría por ejemplo con Rodillas Huesudas, pero si tenía que ser honesto un nombre romántico como Corcel Veloz no resultaba muy adecuado. Alan acabó decidiendo que aparte de la falta de gracia la característica principal del caballo era un muy bien desarrollado sentido del humor. Finalmente, escogió el nombre de un héroe ancestral de su linaje, un hombre valeroso y de construcción extremadamente huesuda.

—Tu nombre es Alfie —le dijo al caballo, sintiéndose más bien ridículo cuando el animal se limitó a mover las orejas.

Pero Hal asintió, muy serio, y Alan se dio cuenta de que para él aquello no era ninguna broma.

2

Las semanas siguientes fueron para Alan igual que un sueño de paz. Empezó a comprender los sentimientos de Ket hacia la Dama. Pese a las historias aterradoras que había oído desde su más temprana infancia, el inmenso verdor del Bosque le parecía un abrazo que le protegía de todo posible daño. Alan descansó en el seno de aquella amante recién hallada, y a medida que fue recuperando las fuerzas empezó a explorar el laberinto de sus caminos y sus sombras. Aprendió a encontrar la comida que le ofrecía. Pescó en los arroyos de aguas amarronadas, tendió trampas y ayudó a Hal en su búsqueda de las raíces y hierbas que sazonaban sus comidas.

Pasó horas enteras hablando y trabajando con Hal y Ket y lo que aprendió de ellos le gustaba. Ahora Ket trataba a sus «chicos» como iguales y Alan descubrió que aquel proscrito franco y directo era más sutil de lo que le gustaba aparentar. Hal hacía salir a la luz el estadista oculto que había en Ket, y no era extraño. Alan se sorprendía frecuentemente ante los modales imperiosos de Hal, y algunas veces incluso llegaba a irritarse. Sus ropas eran toscas y sencillas y todo su equipo era de lo más común, pero en cada uno de sus gráciles gestos, incluso cuando alzaba la cabeza, había un poder contenido. Algunas veces parecía distante, aunque resultaba muy claro que anhelaba la compañía de Alan. En sus ojos siempre cambiantes había algún secreto. Alan sentía un considerable escepticismo hacia los terrores de los campesinos y no era de los que veían brujas por todas partes, así que no hallaba nada de maligno en el joven que le había salvado la vida. Pero en algunas ocasiones se preguntaba qué misterio podía haber oculto en aquellos ojos neblinosos y grises como el mar.

Un día, después de que por fin se hubiera quitado las vendas, Alan se acercó al campamento para encontrarse a Hal dándole forma de espadas a un grueso par de ramas. Hal le arrojó una a su amigo y Alan sonrió al cogerla expertamente por la empuñadura. Ésta era una habilidad que Hal no tendría que enseñarle.

Empezaron a hacer fintas, dando vueltas el uno alrededor del otro. Alan no tardó en darse cuenta de que Hal era, como mínimo, un digno rival suyo. Tenía los brazos largos y sus respuestas eran excelentes. Pero Hal daba la impresión de estarse conteniendo. Alan se lanzó al ataque y acabó propinándole a su contrincante un fuerte golpe en la cabeza.

—¡Lo siento! —exclamó.

—¡Uf! —dijo Hal, arrojando su improvisada arma al fuego—. Ya estás listo para viajar, Alan.

Ket entró en el claro cuando estaban preparando sus cosas.

—Así que os marcháis... —gruñó—. ¿Adonde iréis?

—Al noreste —le respondió lacónicamente Hal.

—Ahí no hay nada más que el Río Impetuoso y la ciudad de Agua Blanca, de la que haríais bien en manteneros alejados —protestó Ket—. Y más allá se encuentra la Desolación, y el Bosque del norte, y forajidos de los que no sé nada. ¿No podríais ir hacia el oeste?

—En alguna otra ocasión. —Hal sonrió—. No te preocupes, Ket; aún nos mantendremos algún tiempo dentro del Bosque.

Montó en Arundel y Alan montó en Alfie. Ket les dio la mano a los dos.

—Adiós. Alan..., cuídate.

Los dos acompañantes cabalgaron hacia el este durante varios días antes de alcanzar el final del Bosque. Después se desviaron hacia el norte y viajaron siguiendo su perímetro, ganándose el pan ocasionalmente en granjas aisladas. Aprendieron cómo arar la tierra y recoger las cosechas, y Alan descubrió que Hal llevaba encima sus hierbas para algo más que para cocinar. Con sus pociones y emplastos era capaz de darle fuerzas a los niños enfermizos, curar heridas o aliviar los achaques de los ancianos. Los granjeros, agradecidos, solían ofrecerles la hospitalidad que podían proporcionar sus casas, pero ellos siempre volvían rápidamente al Bosque. Fuera de aquel abrazo protector tenían la sensación de hallarse en peligro, como si estuvieran al descubierto. Siempre que les era posible se mantenían dentro del Bosque y vivían de lo que capturaban con sus trampas.

Después de haber estado cabalgando hacia el norte durante casi un mes acabaron cansándose de la carne de conejo. Una mañana un gamo apareció fugazmente por entre los árboles y los dos compañeros hicieron que sus caballos lo persiguieran. Corrieron detrás del gamo hasta pasado el mediodía y por fin lograron atraparlo en una abrupta cañada que daba al Río Impetuoso. Hal lo mató con su arco. El cadáver del gamo cayó por la cañada y se alejó rápidamente dando vueltas por la veloz corriente alimentada por los manantiales, que corría hacia el mar y la ciudad de Agua Blanca.

—¡Maldito sea! —gritó Hal, y Alan murmuró algo sobre los antepasados del gamo.

Acalorados por la prolongada persecución e irritados de tanto haber esquivado árboles, fueron siguiendo la orilla del río, viendo cómo el gamo muerto subía y bajaba por entre la blanca espuma del agua.

—¡Con esa corriente es imposible que acabe en alguna orilla! —dijo Alan con voz desesperada.

Y justo cuando había pronunciado aquellas palabras el gamo detuvo su agitado viaje, quedándose varado en mitad de la corriente. Hal y Alan examinaron el lugar y acabaron distinguiendo un casi imperceptible sendero en zigzag que bajaba por la cañada.

—¡Un vado! —exclamó Hal, e hizo que Arundel bajara por la empinada orilla tan de prisa como se atrevió.

Alfie le siguió, haciendo bastante más ruido. El gamo, empujado por la corriente, se balanceaba suavemente en el otro extremo del vado. Hal y Alan dejaron los caballos en la orilla y fueron a buscarlo. Cuando lograron llegar hasta él las repetidas caídas en el agua los habían dejado empapados.

—¿Por qué no lo llevamos a la orilla aquí mismo? —jadeó Alan.

Hal meneó la cabeza.

—Tenemos que volver por donde vinimos. Éste debe de ser el Vado de los Romani. Nos encontramos demasiado al este; el Bosque termina al otro extremo de ese camino y en la Desolación no hay ningún refugio.

Llevaron el gamo hasta la orilla, resbalando y chapoteando, y lo colocaron sobre la grupa de Alfie. Cuando hubieron logrado volver a trepar por la orilla ya estaban nuevamente sudados y de mal humor. Hal se encargó de limpiar el cadáver y empezó a sacarle las entrañas con expresión ceñuda. Alan se arrodilló junto a él para echarle una mano.

—Me llevaré uno de los cuartos traseros —dijo una límpida voz juvenil.

Hal lanzó un gruñido de consternación. Un cuchillo le rozaba las costillas. Alan levantó la mirada, sorprendido, y vio a un joven robusto y rubio como la estopa. El ladrón no podía tener más de doce años.

Hal le entregó un cuarto trasero del venado, moviéndose con mucha cautela.

—¿No quieres robárnoslo todo? —le preguntó al joven rubio, apretando los labios con irritación.

—No, con un cuarto, habrá más que suficiente. Gracias —replicó cortésmente el muchacho.

Cogió la carne y desapareció. Hal y Alan pudieron oír cómo se escabullía por entre la espesura. Durante un segundo los dos se quedaron en silencio, como paralizados. Después Hal se levantó de un salto y le indicó a Alan que le siguiera.

Partieron en pos del chico. Hal se movía por entre la maleza tan silenciosamente como un gato. Alan intentó copiar sus movimientos pero aun así hacía bastante ruido, aunque el joven rubio parecía tener bastante prisa y no se preocupaba de avanzar en silencio. Su campamento no se encontraba demasiado lejos de donde le habían disparado al gamo. Algunas ramas de pino habían sido utilizadas para formar un tosco refugio y bajo ellas había tendido un hombre que gemía débilmente. El chico fue hacia él y le humedeció el rostro febril con un paño húmedo. Después cortó unas cuantas ramas verdes con su cuchillo y se preparó para cocinar su carne.

Hal salió de entre la espesura y pasó junto al chico, dirigiéndose en línea recta hacia el hombre que se removía sobre su duro lecho. El joven se levantó con un respingo de sorpresa, pero Alan le sujetó el brazo antes de que pudiera empuñar su cuchillo.

—Podrías haber obtenido tu carne sólo pidiéndonosla —le dijo—. ¿Cuál es tu nombre?

—¡No pienso mendigar! —dijo el chico con expresión desafiante y un relámpago de sus ojos azules—. Y mi nombre es Corin —añadió, calmándose tan rápidamente como se había enfadado—. ¿Cuál es el tuyo?

Alan se lo dijo y los dos observaron cómo Hal se arrodillaba junto al enfermo. Las manos de éste se agitaron, intentando golpear el aire, pero cuando Hal le tocó no tardó en calmarse, aunque apenas si parecía darse cuenta de que tenía un visitante.

—Es mi padre —le explicó Corin—. Col, hijo de Cadol. Somos herreros y venimos de Agua Blanca. El señor Gar está planeando otra guerra. Los impuestos han subido mucho y los hombres del señor han estado bastante ocupados. Mi padre fue incapaz de pagar el tributo, así que los hombres del señor utilizaron las herramientas de su oficio con él. Mira.

Por un instante el chico perdió el dominio de sí mismo y apartó la mirada.

Alan vio las quemaduras y las enrojecidas y supurantes ampollas que había en el pecho desnudo del hombre. Hal levantó la vista hacia él en una especie de súplica.

—No podrá comer carne; tenemos que hacerle algo de sopa. Alan...

—Ya voy —respondió Alan, y fue en busca de los caballos, trayéndolos al campamento de Corin junto con el gamo a medio limpiar.

Después tuvo que bajar la pendiente del río y llenar la marmita con agua para hacer la sopa, y cuando volvió Corin se encargó de ir a buscar un poco más de agua para su

padre. Hal vació sus alforjas en busca de alguna hierba y su rostro se oscureció.

—Nada —murmuró—. Bueno, Corin, aquí tienes un poco de pan que darle.

Colocaron la marmita encima de las llamas y después comieron pedazos de venado a medio asar, quemándose los dedos mientras lo hacían.

—Nos fuimos de Agua Blanca —les dijo Corin en voz baja—. No fue sólo por lo que le hicieron con los hierros; mi padre ya ha tenido problemas con el señor Gar antes de eso. Pero ayer los hombres del señor estuvieron a punto de llevárseme para la guarnición, porque soy bastante alto para mi edad.

—¡Debían de estar bromeando, o quizá no fuera más que una amenaza! —exclamó Alan.

Pero Hal meneó la cabeza.

—Por lo que he oído, el señor Gar casi ha conseguido quedarse sin hombres. Juega a la guerra igual que otros hombres juegan a los dados.

—No habrían tardado en llevárseme —afirmó Corin—. Ya se han llevado a todos los jóvenes de la ciudad.

—¿Y adonde iréis? —le preguntó Alan, que seguía sin creerle del todo.

—Hacia el norte, a la Desolación o a las Llanuras. Allí se puede conseguir tierra si se es lo bastante resistente para vivir en ella. Mi padre no servirá a más señores. Pero antes pensábamos dirigirnos hacia el sur para despistar a quienes nos persiguieran. Porque podéis estar seguros de que nos perseguirán —afirmó Corin—. Los herreros son gente muy necesaria.

—Ese herrero tiene las quemaduras infectadas —dijo Hal con expresión ceñuda—, y no es probable que viva mucho tiempo a menos que pueda encontrar alguna medicina que administrarle.

—Mi padre no morirá —le dijo Corin con voz llena de pasión—. Es un herrero, y es fuerte y duro.

—¿Qué clase de medicina? —preguntó Alan.

—Nada que crezca por aquí. Tendré que conseguirla mediante algún trueque.

—Tú eres el único que puede atenderle. —Alan se puso en pie—. Quédate aquí y yo iré a buscarla.

—No sabrías lo que hace falta conseguir.

Y Hal también se puso en pie.

—Puedes explicármelo —dijo Alan secamente, pero Hal meneó la cabeza con impaciencia.

—Puede ser una entre doce hierbas distintas. Es posible que alguna granjera tenga una de ellas, pero si no es así tendré que ir hasta Agua Blanca. —Escondió un pedazo de carne en la alforja para cambiarlo por las hierbas—. Corin, ¿está muy lejos?

—Medio día a pie.

—Entonces será una hora yendo al galope. Puedo llegar y marcharme antes de que cierren las puertas... Seguid mojándole la cara y las heridas.

Montó en Arundel y se alejó al trote por entre los árboles.

Corin fue nuevamente en busca de agua. Alan, refunfuñando, acabó de limpiar el gamo con un innecesario despliegue de ferocidad. Apenas había terminado cuando Arundel apareció de nuevo en su campamento, ahora sin jinete. La espada de Hal, aún metida en su vaina, asomaba por entre el rollo formado por su manta.

—¡Ya se ha metido en problemas! —exclamó Alan—. A pie, y sin armas... Corin, que tengas buena suerte, y puedes quedarte con la carne.

Ensilló apresuradamente a su montura y se alejó al galope, con Arundel siguiéndole. Su abatimiento era tan grande que Alan no se dio cuenta de que cuando Arun pasó junto a Corin el muchacho alargó la mano hacia su silla de montar. Corin se quedó solo con su padre dominado por la fiebre. Pero el muchacho sonreía con una expresión triunfante porque, al menos, ahora estaba armado. En su puño sostenía la espada de Hal.

Una vez que Alan hubo salido del Bosque, Arundel se encargó de guiarle, trotando por entre los setos y bosquecillos que había junto a la orilla del río. El caballo fue yendo cada vez más despacio y acabó poniéndose al paso. Alan distinguió un lejano destello de cascos metálicos a su derecha y pasados unos minutos divisó a Hal. Una patrullla montada del señor le había hecho prisionero y le llevaban a pie, dándole tirones a la cuerda que le ataba los brazos. Incluso desde la distancia que imponía la cautela Alan pudo ver la sangre de su rostro. Sintió un nudo en el estómago y tuvo la misma sensación que si le hubieran golpeado a él.

No se le ocurría forma alguna de liberar a Hal de aquella patrulla, compuesta al menos por doce hombres, así que se limitó a seguirla. Al atardecer estaba cerca de Agua Blanca, una ciudad amurallada con tres torres y un castillo alzándose dentro de los muros. El lugar estaba poderosamente fortificado y dominaba la garganta del río. Más allá se veían los mástiles de las naves y el Camino del Este que pasaba bajo las murallas llevando hacia Nemeton, que se encontraba al sur.

Alan se detuvo en el último bosquecillo y vio cómo Hal desaparecía en el oscuro túnel formado por la puerta de la ciudad. Durante un largo rato tuvo clavados los ojos en los muros de piedra, como si por un desesperado esfuerzo de voluntad pudiera atravesarlos con la mirada y descubrir el sitio donde habían llevado a Hal. Finalmente, cuando ya estaba oscureciendo, desmontó y le dio unas pensativas palmaditas a la grupa de Arundel. Ató las riendas de Alfie a un árbol y le dio también unas cuantas palmaditas en la grupa, no deseando mostrarse injusto con él. Arundel no necesitaba que le ataran, y Alfie ya estaba intentando comerse las bridas que le sujetaban. Alan contempló a su nada obediente animal con una mezcla de afecto y desesperación.

—Alfie —le suplicó con un hilo de voz—, aunque sólo sea por una vez en tu vida, intenta portarte bien esta noche. —Y después, aunque tenía la sensación de estar haciendo el ridículo, añadió—: Te necesito. Y me gustas. Espero que estés aquí cuando vuelva. —Y, con un firme esfuerzo de voluntad, no quiso añadir: «Si es que vuelvo».

Le dio una palmadita más al caballo, se ciñó la espada por debajo de la capa para que no se moviera y avanzó por el camino que llevaba hacia Agua Blanca.

El guardián de la puerta estaba cansado y le dejó entrar sin hacerle preguntas. Alan caminó por las angostas calles cargadas de olores con la esperanza de poder evitar a los hombres del señor hasta que hubiese oscurecido del todo. Después tendría que intentar encontrar a Hal, pero ¿cómo? El castillo tenía la forma de un triángulo gigantesco, tres sólidas torres con murallas uniéndolas. Los alojamientos de los soldados deberían estar en algún lugar del patio.

El curso de sus pensamientos se vio interrumpido por un ruido de cascos. Alan se metió por entre dos casas pero ya le habían visto. Un grito rasgó el aire. Alan huyó por el estrecho laberinto de callejas y portales, esperando que los caballos no fueran capaces de seguirle, y acabó escondiéndose en un rincón, jadeando, tras un montón de cabezas de cerdo. Podía oír los gritos de los hombres del señor llamándose unos a otros no demasiado lejos de él. Una puerta se abrió con un crujido casi junto a él y le hizo dar un salto. Un rostro lleno de arrugas asomó por el umbral y una mano parecida a una garra le hizo señas para que entrara en una casita con las paredes encaladas.

—¡Muchas gracias! —jadeó Alan mientras se lanzaba a través de la entrada.

No le hizo falta decir nada más. Su vieja anfitriona tenía una lengua incansable. Le hizo sentar ante su humeante chimenea y le dio de comer, parloteando incesantemente sobre lo malos que eran los tiempos, lo elevado de los impuestos y las desgracias sufridas por sus vecinos.

—Hubo un tiempo en el que a su señor le bastaba con tener una torre de madera o de piedra —le dijo, indignada—, pero Gar necesita tener todo un recinto de murallas, el dinero para costearlo y los hombres para construirlo, porque los botines que consigue con sus guerras no llegan ni de lejos para pagar el precio, ¡y después de cinco años aún le falta bastante para terminarlo! La vieja torre de piedra, la Torre Blanca que está junto al mar... Ésa tiene los muros a medio hacer, aunque desde luego no sé para qué le hacen falta, porque me gustaría saber qué ejército se atrevería a trepar por los acantilados...

Alan levantó la mirada, sintiendo un repentino interés.

—Entonces, ¿usan esa torre?

—¡Oh, claro que sí! Es una auténtica fortaleza y los centinelas siempre están alerta. El señor la utiliza para los prisioneros de los que espera obtener un rescate, y para sus enemigos y los descontentos, y para cualquier persona que le da problemas... ¡Vaya, si es allí donde metieron a ese joven que los hombres del señor han traído esta misma tarde! —El rostro de la anciana se entristeció—. Les vi pasar cuando se lo llevaban. Era un joven valiente y animoso, y estuvo luchando con ellos durante todo el camino. Pobrecito, pronto aprenderá a portarse mejor... o acabará muriendo.

La buena mujer siguió hablando, contándole los sufrimientos de otros jóvenes a los que había conocido. Alan empezó a ponerse nervioso y a pensar en cómo podría salir de allí. Pasado un buen rato logró decirle que debía visitar a un pariente que vivía cerca del castillo y recibió unas instrucciones tan detalladas como confusas para llegar hasta allí sin encontrarse con más hombres del señor, y finalmente logró despedirse de ella. La parlanchina anciana le deseó la mejor de las suertes y le hizo prometer que en su siguiente visita a la ciudad no dejaría de visitar a la «vieja Margerie». Alan tenía la firme esperanza de que no habría próxima vez, pero aun así se lo prometió.

Ya había oscurecido y las calles estaban silenciosas y desiertas. Alan atravesó rápidamente por los sitios menos transitados y acabó encontrándose cerca del castillo. No tuvo ningún problema para reconocer la Torre Blanca: brillaba bajo la luz lunar igual que una lanza de hielo. Protegido por la sombra de una casa, Alan estudió los muros y los movimientos de los centinelas. En los muros a medio construir no había guardia alguna, pero en las secciones que limitaban con ellos había muchos centinelas. Alan lanzó un suspiro. Hasta ahora la luna le había sido muy útil pero había llegado el momento de suplicarle que se ocultara detrás de una nube y se quedara allí.

Y eso hizo la luna, dejándole tan sorprendido como agradecido. Alan atravesó con una

silenciosa carrera la trinchera que le separaba del castillo y trepó la pendiente que había después de ella. Se agazapó debajo del muro y siguió a rastras hasta llegar donde empezaba el acantilado. Sabía que unos seis metros por encima de su cabeza había un centinela que montaba guardia dándole la espalda al mar.

Alan logró distinguir los contornos del acantilado a través de la oscuridad. Era irregular y más bien abrupto, ofreciendo asideros suficientes. Pero las piedras estaban bastante sueltas y resultaban traicioneras. Las olas retumbaban bajo el acantilado, el primer oleaje que Alan veía en su vida, y su apariencia adusta y fría no le gustó nada. Despacio y con muchas precauciones, Alan se descolgó por el borde del acantilado.

Una vez en él, Alan se movió tan de prisa como pudo, pero sin perder la cautela. Una piedra que se aflojara podía alertar al centinela o hacer que Alan cayera para estrellarse en las rocas de abajo. Descendió un par de metros y empezó a moverse a través de la cara del acantilado. Una gran piedra resbaló bajo su pie y le dejó colgando durante un momento de sus manos. Alan luchó por encontrar un sitio donde poner los pies, demasiado asustado para pensar en el centinela. Pero mientras colgaba del acantilado los únicos sonidos que pudo oír eran el retumbar de las olas y los latidos de su propio corazón.

Pasado un rato Alan siguió avanzando, desplazándose tensamente a corta distancia de la cima. Ahora se encontraba más allá del centinela y había dejado atrás las murallas, pero los parapetos a medio terminar alzaban su lisa y traicionera superficie al final del risco. Alan siguió avanzando, centímetro a centímetro, con los brazos doloridos y los dedos rígidos, hasta que acabó encontrando un andamio de madera sobre el que habían estado trabajando los albañiles. Se izó hasta él y se quedó tendido sobre los troncos, jadeando y dando gracias por seguir con vida.

Y un instante después se quedó paralizado. El eco de unos pasos se acercaba a él. Un centinela estaba recorriendo el perímetro de la muralla; Alan pudo distinguir el brillo de su casco. Su cabeza pasó a un metro escaso del rostro de Alan, pero el centinela no miró a su alrededor y no parecía llevar arma alguna. Alan acabó llegando a la conclusión de que debía de estar limitándose a dar un paseo.

Al principio pensó en pasar junto a él sin que le viera, aunque estaba seguro de que acabaría viéndose obligado a pelear antes de que acabara la noche. Pero un instante después un plan desesperado cobró forma en la mente de Alan. Recordó los dedos del ladrón en su garganta, la negrura que había seguido rápidamente a ese contacto, y estuvo seguro de que él podría hacer lo mismo. Avanzó a rastras sobre las piedras mientras que su presa volvía lentamente hacia él, y cuando el rostro del hombre estuvo a tan sólo unos centímetros del suyo, Alan se lanzó sobre él igual que un águila y le sujetó con todas sus fuerzas. El centinela lanzó una leve exclamación de sorpresa, luchó durante un momento y su cuerpo se aflojó rápidamente. Alan bajó de la muralla y se dejó caer al suelo junto a su presa, agradeciendo las sombras y el silencio de la noche.

Despojó al centinela de su casco, su coraza y sus guantes, y se los puso. Completó su disfraz con la capa del hombre, sin atreverse a intentar nada más complicado. Durante unos instantes se preguntó qué podía hacer con el centinela. ¿Cortarle el cuello igual que a un ciervo abatido por el arco? Pero, maldiciéndose en voz baja, Alan descubrió que no era capaz de matar fríamente a un hombre. Le amordazó con un pedazo de su camisa y le ató las manos y los pies con los cordones de sus botas.

Unos pocos minutos después un centinela algo tembloroso entró por la puerta de la Torre Blanca, con la cabeza escondida por el casco y manteniéndose bien lejos de la

antorcha suspendida junto a la entrada.

—Ah, Joe, ¿ya te encuentras mejor? —le dijo con voz jovial el guardián de la puerta.

Alan agitó la mano como quien no se encuentra nada bien y huyó rápidamente hacia la oscuridad del interior.

Después, cautelosamente, fue examinando las celdas que había en el primer piso. En cada nueva celda fue acogido por gemidos y en ellos no logró discernir nada salvo sufrimiento. El olor de aquel sitio era terrible y Alan se apresuró a subir por la escalera de caracol hasta el siguiente piso. En el final de la escalera había una puerta entornada. Alan atisbo cautelosamente por el umbral y vio una habitación bastante pequeña con una mesa como único mobiliario: sobre la mesa había una vela. La luz de la vela hacía brillar un grueso aro con llaves de hierro que colgaba de la pared. Pero entre Alan y las llaves había sentado un robusto guardia con la espalda vuelta hacia la puerta.

Alan flexionó sus manos, preparándose para estrangular a otro centinela. Y un instante después comprendió que aun si lograba encontrar a Hal quizá le hiciera falta media noche para descubrir cuál era la llave correcta, pues en el anillo habría casi unas cien llaves. Buscó su daga, la sacó de la vaina de cuero y pasó el dedo por el filo, tan aguzado como una navaja de afeitar, y dio un paso hacia adelante.

3

Hal estaba sentado en la sucia paja de su celda, encadenado al pegajoso muro de piedra, con grilletes en las piernas y muñecas. Tenía el rostro hinchado y le dolían las costillas allí donde le habían golpeado, pero apenas si se daba cuenta de sus heridas, pues ahora comprendía que en un futuro muy próximo era probable que se enfrentara a cosas mucho peores. Sólo podía ver una elección entre la muerte y un destino mucho peor que la muerte: el deshonor para toda la vida, la pérdida de su dignidad en una forma que Alan no podía ni imaginar. Pero Hal se aferraba a la esperanza. Mientras siguiera viviendo tendría una oportunidad de escapar, como bien sabía por su pasado, aunque escapar de semejante fortaleza no una vez sino dos se encontraba mucho más allá de los límites a los que pensaba podía extenderse su buena fortuna.

Oyó el eco de unos pasos que se aproximaban y todo su cuerpo se envaró debido a la sorpresa y el miedo. ¡No, era imposible que vinieran ya a buscarle! Pero los pasos se detuvieron ante la puerta de su celda y una voz dijo fríamente: «Abridla». Hal sintió como le invadía la desesperación y luchó por ocultarlo. Dos guardias aparecieron en el umbral, el primero de ellos un hombre corpulento con una vela y el rostro extrañamente pálido, y el segundo... Hal sintió como se le aflojaba la mandíbula y la sorpresa y la alegría inundaron su mente igual que el sol de la mañana. Era Alan, pero un Alan que nunca había visto. Su rostro, normalmente afable y risueño, estaba ahora convertido en una máscara de dureza. Y Alan volvió a hablar con esa voz que Hal no reconocería: «Libérale o morirás». Su cuchillo estaba pegado a las costillas del centinela.

Un instante después Hal tenía los brazos y las piernas libres. Rodó sobre sí mismo y empezó a frotarse sus miembros entumecidos. Todavía le resultaba imposible levantarse, pero fue capaz de sostener los grilletes mientras que Alan se encargaba de utilizarlos en su nuevo prisionero. Antes de guardar nuevamente el cuchillo en su vaina de cuero, Alan amordazó al centinela.

Nada más hacerlo se volvió hacia Hal y le estrechó la mano mostrando preocupación; todo rastro de aquella extraña dureza anterior había desaparecido de su cara. Los ojos de los dos compañeros se buscaron en silencio durante un segundo antes de que Alan ayudara a Hal a ponerse en pie. Cuando intentó erguirse sintió una aguda punzada de dolor, que le atravesó las piernas.

—Bueno, ya estoy mejor —dijo por fin Hal con un jadeo—. Arundel vino a buscarte, ¿verdad?

—Sí —dijo Alan—. Hal, ¿puedes caminar?

—Dentro de un momento seré capaz de hacerlo.

Alan despojó al centinela de su casco, su coraza y su capa y luego ayudó a Hal a ponérselos. Todo le quedaba más bien grande.

—¿No podías encontrar a uno que fuera de mi talla? —gruñó Hal fingiendo irritación, y por primera vez en esa noche Alan rompió su tensión con una sonrisa.

Cogieron la vela y salieron de la celda. El centinela les siguió con la mirada, incapaz de hacer otra cosa. Alan cerró la puerta y arrojó las llaves por la mirilla al interior de la celda, haciéndolas caer sobre la paja, bien lejos del alcance del prisionero.

—Puede que eso consiga desconcertarles durante un rato —dijo, y volvió a sonreír.

—Mantén tus manos bajo la capa —le dijo a Hal mientras avanzaba por el pasillo—. Cuida de que tu rostro quede oculto por la sombra del casco y no dejes que la luz de la antorcha caiga sobre tus piernas. —Dejó la vela en el cuarto de guardia, el ceño fruncido en una expresión pensativa—. Si es necesario podremos encargarnos del centinela de la puerta, pues está solo. Pero las paredes... No se me ocurre qué podemos hacer.

—¿Cómo entraste? —le preguntó Hal lógicamente.

—Trepé por el acantilado.

—¡Por las Madres! —murmuró Hal—. Será mejor que probemos suerte con la entrada, ya que estamos disfrazados.

Cuando se acercaron a la puerta, la luna estaba medio oscurecida por las nubes. Hal y Alan vieron con cierto temor que el centinela estaba hablando con otro hombre, pero los dos se hallaban tan absortos en su conversación que se limitaron a mirarles durante un segundo y a mover la cabeza saludándoles cuando salieron. Bajo la parpadeante luz de la antorcha no habían podido ver más que el fugaz destello de un casco y una coraza.

—De momento vamos bien —murmuró Alan cuando se encontraban a medio cruzar el patio—. Camina como uno de los guardias, Hal.

Era ya más de medianoche y los centinelas estaban cansados. Los hombres, medio adormilados, no se fijaron en ellos cuando cruzaron el arco de piedra que había bajo la primera torreta del castillo. Tan silenciosamente como les fue posible, Hal y Alan quitaron la barra que sujetaba las gruesas puertas de madera y las abrieron. Hal vio con gratitud que el puente levadizo estaba bajando; hacían falta muchos hombres para manejar el pesado mecanismo que lo accionaba. Ahora ya nada se interponía en su camino salvo el rastrillo de hierro erizado de pinchos aguzados. Alan se metió en el cuarto del centinela y empezó a subirlo. El ruido no tardó en atraer a varios centinelas.

—¿Qué pasa? —preguntó el primero de ellos.

Hal le tapó la visión de la puerta, intentando no dar la impresión de que era eso lo que estaba haciendo.

—Visitantes —gruñó—. El Rey Iscovar en persona. En cualquier instante estará aquí.

—¡No puedes hablar en serio! —protestó el centinela.

La mayor parte de sus compañeros volvieron hacia las murallas hablando entre ellos con bastante nerviosismo. Hal miró a Alan con un encogimiento de hombros, acabó de subir el rastrillo y se puso junto a él.

—Míralo tú mismo —ladró, y avanzó hacia la abertura.

Dos centinelas le siguieron, aparte de Alan.

Pero cuando estaban llegando a la parte exterior del arco, la luna emergió caprichosamente de su nube y el resplandor iluminó sus caras. Los centinelas retrocedieron de un salto y gritaron dando la alarma.

—¡Corre, Hal! —gritó Alan desenvainando su espada.

Pero Hal no tenía ninguna intención de salir corriendo pese a no tener ningún arma. Cuando un centinela se lanzó hacia él, Hal se deslizó por debajo de su brazo y le cogió por la muñeca, haciendo caer la espada de su mano. Un instante después ya le había hecho caer al suelo, recogiendo el arma caída y dejándole inconsciente con un golpe de

la empuñadura. Alan había logrado que su hombre retrocediera hasta quedar pegado a la pared, luchando valerosa pero torpemente con su espada, de hoja bastante gruesa. Mientras Hal le miraba, el arma de Alan, más delgada, se abrió paso a través de la defensa del centinela y le atravesó la garganta. El centinela emitió un gorgoteo y se derrumbó.

Otros centinelas venían ya hacia ellos gritando. Hal y Alan corrieron por el puente levadizo hacia la ciudad. Algunas flechas les siguieron desde las murallas y los centinelas intentaron perseguirles, pero los fugitivos corrían más de prisa que ellos. Lograron llegar hasta el refugio por las casas y recorrieron velozmente las calles retorcidas para acabar deteniéndose entre las sombras de un callejón.

—Librémonos de todo esto —jadeó Alan—. Ahora no nos sirve de nada y no hace sino identificarnos.

Su voz había sonado ronca y tensa. Hal le tocó la mano en un gesto interrogativo.

—¡Por la Madre Luna, he tenido que matarle! —exclamó Alan sin poder contenerse por más tiempo—. Hal, nunca había matado a un hombre... ¿Puedes entenderlo?

—Lo entiendo —dijo Hal con un nuevo respeto.

En aquellos tiempos salvajes era muy raro el hombre que no se tomaba la vida como algo de poco valor.

—No tires la espada —añadió Alan con el rostro ceñudo.

Hal metió la tosca arma bajo su cinturón y los dos reanudaron la marcha. Sus botas de piel de gamo les permitían correr sin hacer ruido por el enredado remolino de las calles, escogiendo los caminos más oscuros. Se dirigieron hacia la puerta de la ciudad, aunque sabían que estaría cerrada. Dos veces oyeron sonido de caballos y se agazaparon en las sombras hasta que los jinetes hubieron pasado de largo. Por fin se encontraron cerca de la puerta. Pero mientras se aproximaban a la calle principal oyeron de pronto hombres del señor cerca de ellos, a la derecha. Cambiaron de dirección, pero un instante después oyeron que otros se les aproximaban desde la izquierda y por detrás. Demasiado tarde, comprendieron que se les había conducido igual que a un par de reses hasta la trampa formada por las murallas. Ahora ninguna sombra quedaría sin registrar.

Alan se mordió el labio.

—Ven —dijo—, de prisa.

Guió a Hal a través de un retorcido laberinto de callejones y portales, deteniéndose por fin en una puerta, cerca de la cual había unos cuantos barriles. Para asombro de Hal, llamó suavemente a ella.

—¡Abuela! —dijo casi en un murmullo—. ¡Margerie, te necesito! Unos instantes después la puerta se abrió y en el umbral apareció la

anciana, llevando un candil y parpadeando con cara de sueño. Les hizo entrar a toda prisa en la casa, emitiendo leves ruidos de consternación, y después revolviéndolo todo en busca de toallas y ungüentos para las heridas que Hal tenía en la cara. En su visita anterior, Alan había notado que la casa tenía buenos postigos: desde el exterior no se veía ninguna luz. La anciana parloteaba sin cesar, haciendo caso omiso de sus explicaciones y sin demostrar el más mínimo interés en los hombres del señor que pasaban cerca de la casa. Hal la contempló con los ojos entrecerrados por encima de un tazón lleno de una sopa excelente. En aquella mirada había algo que logró afectarla, pues su torrente de palabras vaciló y acabó deteniéndose.

—No eres tonta aunque lo pretendas —comentó Hal con un cierto matiz de admiración—. Te agradezco enormemente tu ayuda.

—Casi todo el mundo de aquí habría hecho lo mismo —le replicó ella con aire desafiante—. No amamos demasiado a nuestro altivo señor y sus hombres. Nuestros hijos padecen sus látigos y nuestras hijas su lujuria. Será un buen golpe para su insolencia y toda la ciudad se reirá de ellos si tú y tu hermano lográis escapar.

Alan estaba sonriendo, maravillado.

—Apostaría a que siempre lo supiste.

—Tenía cierta idea —reconoció ella, sonriendo también.

—Pero, abuela, no tengo hermanos —añadió Alan.

—¡Pues yo habría jurado desde el principio que erais hermanos! —insistió ella.

Hal y Alan se miraron, sonrieron y menearon la cabeza. Hal cambió de tema.

—Abuela, tenemos que estar fuera de las murallas al amanecer. Hasta ahora nos has ayudado. Ayúdanos también en esto.

La anciana frunció el ceño.

—Seguirán buscándoos. Pero si tenéis que marchar antes del alba yo diría que ya va siendo hora de que os pongáis en movimiento.

Les dio instrucciones y los dos compañeros, agradecidos, se despidieron de ella.

—Si vivimos, quizá vuelvas a encontrarnos —le dijo Hal a esa anciana tan peculiar—. Te ruego que nos recuerdes.

Y le dio un beso en su marchita mejilla. Después, los dos salieron de la casa para regresar a las sombras.

La luna estaba ya bastante baja cuando reemprendieron el camino. Margerie les había contado que había una casa pegada a la muralla por la que se podía trepar y cuyos ocupantes no darían la alarma. Sus instrucciones les ayudaron a evitar a sus perseguidores, pero la distancia a recorrer era el doble. Aunque se movieron con rapidez, cuando llegaron a su destino ya casi empezaba a amanecer.

Treparon rápidamente pero tan en silencio como les fue posible por las gruesas tejas de la casa. Sabían que a medio kilómetro de distancia, allí donde se hallaban las puertas de la ciudad, estaban congregados los centinelas del castillo y los hombres del señor. Cuando llegaron al ápice del tejado, la negrura del cielo se había vuelto gris. Hal subió a hombros de Alan y se izó hasta el borde de la muralla, ayudando luego a su amigo para que subiera junto a él. Manteniéndose agachados, se deslizaron rápidamente sobre el lado exterior y se dejaron caer a la hierba que se encontraba unos cinco metros por debajo de ellos.

No tenían tiempo para recuperar el aliento después del impacto. Corrieron jadeando hacia el bosquecillo donde tenían la esperanza de que les estuvieran aguardando los caballos. No hubo gritos de alarma a su espalda; la penumbra grisácea del alba había servido para ocultarles. Arun dio la bienvenida a su amo con un alegre resoplido y Alfie no había llegado a comerse las riendas, que ya era algo. Los dos jóvenes montaron en sus caballos con un suspiro de alivio.

—Mi espada... —dijo Hal.

—Estaba en la manta.

—Lo sé —replicó él con voz tensa—. La metieron allí mientras echaban a suertes quién se la quedaba. Pero ahora no está.

Alan estaba atónito.

—No puede haberse caído —logró protestar al fin—. Al menos, no sin que yo lo hubiese oído... Tenía tanta prisa que no pensé ni por un momento en que debía asegurarla mejor.

Hal no dijo nada más. Hicieron volver grupas a sus caballos, en silencio, y se alejaron igual que fantasmas entre la neblina del amanecer. Avanzaron con cuidado, manteniendo la arboleda entre ellos y Agua Blanca. Pero en cuanto estuvieron lo bastante lejos de la ciudad espolearon a sus monturas con unos cuantos golpes de talón y galoparon hacia el Bosque.

—¿Conseguiste tus hierbas? —preguntó Alan, acordándose repentinamente de Corin.

Hal se limitó a menear la cabeza, su expresión ceñuda. Pero cuando llegaron al campamento, antes de que el sol hubiera subido mucho en el cielo, lo encontraron desierto. En la marmita de Hal, cerca de las cenizas del fuego, aún quedaban algunos pedazos de carne cruda y los huesos del gamo yacían dispersos allí donde Alan los había dejado. Por lo demás, en el campamento no había nada.

—¿Dónde está el herrero que se encontraba lo bastante enfermo como para morir? —se preguntó Alan en voz alta.

—El y su hijo no pueden haber ido muy lejos —dijo Hal con irritación—. Esconde esos despojos... No, ya lo haré yo. Echa una mirada por los alrededores.

—¿Por qué? —Alan cogió la marmita—. No podemos ayudarles más de lo que ya lo hicimos.

—¡Porque ese joven bribón tiene mi espada, Alan! ¡Encuéntrales!

Pero Corin y su padre no estaban por los alrededores, como supo Alan después de haber dado varias vueltas en torno al campamento. Volvió a reunirse con Hal, muy apenado y riñéndose en silencio por la pérdida de la espada.

—Había algunas huellas cerca del vado —le informó.

—Entonces han ido al norte, tal y como contaba el chico. De acuerdo, vayamos tras ellos.

Hal montó en Arundel, pero Alan permaneció inmóvil.

—Sería mejor ir hacia el oeste, al interior del Bosque —protestó—. Los hombres del señor querrán encontrarnos y en la llanura seremos presa fácil.

Hal se inclinó un poco en su silla de montar, clavando los ojos en su compañero.

—Tienes razón —dijo en voz baja—, pero aun así tengo que ir en busca de mi espada.

—¿Cómo sabes que la tiene Corin? —exclamó Alan, furioso porque también él sospechaba del chico—. De todas formas ya tienes un arma. ¡No puedes ir persiguiendo a ese chico con la mitad del castillo detrás de nosotros! ¿Te has vuelto loco?

—Es posible. —Hal le sonrió con una mueca torcida—. Algunas veces yo mismo me lo he preguntado. Aun así, tengo que ir hacia el norte. —Se dio la vuelta—. ¿Vienes?

—¿Por qué no? —dijo secamente Alan. Con este nuevo desafío un estado anímico había

pasado igual que un péndulo del temor a la impetuosidad más temeraria. Aun así, cuando volvió a hablar lo hizo con amargura—. Gracias a ti he cortejado a la muerte una docena de veces desde la última vez que dormí. Una más no importa demasiado.

Hal sintió agudamente la justicia que había en aquel reproche y se mordió los labios para impedir que sus ojos se llenaran de lagrimas. Irguió los hombros e hizo que Alan tomara por el serpenteante camino que llevaba hasta el Vado de los Romani. Alan y el traicionero vado, piafando, y luego treparon con los ojos desorbitados hasta la orilla opuesta.

El Bosque no tardaba en irse aclarando hasta quedar reducido a macizos dispersos de árboles achaparrados, y luego dar paso a la auténtica Desolación, donde sólo crecía la hierba y algún que otro arbusto. En esta llanura pétrea resultaba difícil seguir las huellas y no se veía rastro alguno de Corin y su padre. Aparte de eso, Alan no había subestimado el peligro de ser perseguidos. El y Hal no llevaban todavía una hora cabalgando cuando fueron vistos. Oyeron un grito y se encontraron perseguidos por una patrulla de seis hombres. Pero Arundel y Alfie eran rápidos. Se lanzaron hacia el oeste y cuando llegó el mediodía no se veía ningún hombre del señor a su espalda.

Aun así, Alan y Hal no osaron detenerse hasta haber llegado al refugio del Bosque. Durante todo el día estuvieron galopando por la llanura rocosa y no dijeron ni una sola palabra. Alan no era de los que se irritan fácilmente, pero una vez enfadado no abandonaba fácilmente ese estado de ánimo. Su rostro se había vuelto tan pétreo como la Desolación, y Hal le miraba de vez en cuando y guardaba silencio. Incluso cuando la masa azulverdosa del Bosque les dio la bienvenida a lo lejos, los dos compañeros siguieron en silencio.

4

Entraron en el Bosque cuando empezaba a oscurecer y acamparon cerca de un arroyo de lecho rocoso. La cena fue preparada y consumida sin mediar palabra. Resultaba evidente que Hal estaba inquieto, pues comió muy poco, dejó rápidamente su plato y se puso a hurgar en el fuego. Pero Alan aún no estaba dispuesto a romper el silencio con que le castigaba. Finalmente, Hal lanzó una piedra al fuego y le hizo una pregunta bastante extraña.

—Alan, ¿cuándo es tu cumpleaños? ¿El primero de mayo?

Alan se quedó boquiabierto y la sorpresa fue tal que le hizo responder.

—¡ Sí! Pero ¿cómo has podido... ?

Hal le interrumpió.

—El mío también. Y creo que tenemos la misma edad. Diecisiete años, ¿no?

Alan asintió. Hal se apresuró a seguir hablando, con los ojos bajos.

—Hay muchas cosas que debería haberte contado cuando empezamos a cabalgar juntos, ya que habías decidido acompañarme... Temía causarte dolor, pero ahora que me has seguido ciegamente me doy cuenta de que eso ha conseguido irritarte. Será mejor que te revele un secreto, Alan.

Y con estas palabras se quitó el jubón y Alan lanzó una exclamación de sorpresa. Hal tenía todo el torso cubierto de cicatrices, un mapa de mutilaciones que era como un tapiz del sufrimiento. Su piel estaba surcada por las marcas del látigo y las señales de los hierros calientes se unían a las blancas e imperecederas cicatrices de los bastones. Si Alan había llegado a estar realmente enfadado con él en algún momento, lo olvidó nada más ver aquello. Se movió sin darse cuenta de que lo hacía y en un instante hubo rodeado la hoguera y estuvo arrodillado junto a él, abrazando aquellos hombros heridos.

—¿Quién te hizo esto? —logró decir con una voz donde se mezclaban la rabia y la desesperación—. ¡Cuéntamelo y juro que le mataré!

—Calma —murmuró Hal, tremendamente conmovido—. Cálmate, buen amigo. Ese hombre se encuentra más allá de tu alcance o del mío.

Alan volvió a sentarse, respirando con fuerza. A medida que el hervor de su sangre se iba calmando, se dio cuenta de cómo había intentado irrumpir en el muro de secretos que siempre había rodeado a Hal. Intentó rectificar.

—He hablado sin pensar... —empezó a decir, pero Hal le hizo callar con una sonrisa.

—De todos los hombres que andan sobre la tierra tú eres el que más quiero —afirmó Hal con una dignidad que no permitía ningún tipo de rubor ante sus palabras—. Lo he sabido desde que nos encontramos y no deseo tener secreto alguno para ti... Pero debes tener paciencia, porque esto me resulta muy doloroso.

Hal volvió a ponerse su jubón, atando bien apretadamente sus cordoncillos antes de continuar.

—Será mejor que empiece contándote lo peor. Estas heridas que has visto me fueron infligidas por orden de mi padre.

—¡Tu padre! Hal asintió.

—No nos queremos demasiado —dijo con amargura—. Es un demonio. —Y, con un esfuerzo de voluntad, se obligó a seguir hablando—. Su nombre es Iscovar y está sentado en el trono del Reino de Isla.

Alan tuvo la sensación de que el cielo nocturno se había derrumbado sobre él. Todo se volvió negro, una tiniebla penetrada por veloces relámpagos parecidos a estrellas fugaces. Su cuerpo se tensó de forma involuntaria y retrocedió un poco, igual que si hubiera visto una serpiente. Sus mandíbulas se apretaron mientras que sus ojos miraron con horror a ese joven de ojos grises al que había considerado amigo suyo.

—¡Alan, no me mires así! —exclamó Hal igual que si sufriera un agudo dolor físico—. ¡Juro por mis heridas que preferiría ser el más triste mendigo de toda Isla que no el hijo de ese hombre!

Se tapó el rostro con las manos y agachó la cabeza, gimiendo igual que un niño tras haber perdido el único cariño que ha conocido en toda su existencia.

Alan fue inmediatamente hacia él. Ningún esfuerzo de voluntad u orden humana habrían podido mantenerle alejado de él en aquellos momentos. Rodeó a Hal con sus brazos y le habló con voz entrecortada por la emoción.

—Me siento lleno de asombro y confusión. Deberías ser mi enemigo más odiado y sin embargo te conozco bien y sé quien eres: el mejor hombre que he conocido en toda mi vida y mi mejor amigo. No comprendo cómo es posible que semejante cosecha haya brotado de tal semilla, pero así es.

Hal le tocó la mano con los dedos en un tembloroso gesto de agradecimiento y los dos se quedaron sentados en silencio, intentando recobrar la calma.

Alan tenía buenos motivos para odiar el nombre de Iscovar, Rey de Isla. La gente decía que en otros tiempos Isla había sido como un paraíso. Cada hombre servía a sus propios dioses y cultivaba su propio pedazo de tierra, y los ciervos acudían a pastar ante la puerta de las granjas. Cierto, había reyes y señores de la guerra, pero sus guerreros eran sus camaradas y su gente era su familia. Cuando luchaban, sus combates eran las nobles contiendas que cantaban los bardos, pero en su mayor parte mantenían la paz del Gran Rey, quien gobernaba aquella tierra con su espada mágica.

Y entonces llegaron los invasores del este en sus barcos, y ni tan siquiera la poderosa espada había servido de nada contra ellos. La gente decía que fue vencida mediante la brujería, o que fue arrojada al mar. Los hombres del este invadieron Isla a través del Río Negro con una fuerza implacable, matando a los señores de la guerra y reuniendo a los habitantes igual que si fueran ganado. De esa forma, todos se convirtieron en esclavos de los señores de cada castillo y rara vez eran libres de atender sus pequeñas parcelas, y aunque se limpiaron grandes extensiones de tierra para el cultivo y el suelo era tan fértil como lo había sido siempre, el hambre y la enfermedad dominaban Isla.

Los hombres del este habían venido invocando el nombre de su dios, el Hijo Sagrado, y muchos eran los hechiceros y sacerdotes que figuraban en sus filas. Su jefe tenía el nombre de Herne y se llamó a sí mismo el Rey Sagrado. Había dividido la tierra conquistada entre sus capitanes y con cada nuevo señor venía un sacerdote. Los sacerdotes le hablaban a la gente que había sufrido de la santidad del tormento, y hubo muchos que les creyeron, pues su magia era potente. Sólo en el norte y en el oeste fue incapaz Herne de establecer su dominio. En aquellas comarcas montañosas vivía un pueblo orgulloso y salvaje, los descendientes de los Reyes de las tribus y las antiguas Madres. Eran capaces de defender su montañoso país para siempre de los invasores, y

por eso, dado que no parecía haber ninguna riqueza oculta en aquellas comarcas estériles, Herne se las dejó a sus moradores.

El Rey Sagrado construyó su castillo junto al Río Negro y en él había una torre que llegó a ser motivo de horror para todo el país. Allí era donde Herne aprisionaba a quienes le habían disgustado para que sus agonías pudieran aliviar los tormentos del Hijo Sagrado. La gente la llamaba la Torre Oscura o la Torre de la Desesperación; todo el mundo sabía qué lugar designaban esos dos nombres.

Pasaron siete generaciones. Herne fue sucedido por Hervyn, y por Heinin, Hent, luchar, Idno e Iscovar. Los invasores habían abandonado su lenguaje áspero y gutural sustituyéndolo por la lengua más amable de Isla. Algunos de ellos se casaron con mujeres de Isla y en algunos sitios había señores que gobernaban con justicia e incluso bondad. Tales señores eran a menudo destruidos en seguida por sus vecinos más implacables. Como sus despóticos Reyes, la mayor parte de los señores seguían siendo crueles.

Pero en el sudoeste de Isla, en las tierras rodeadas de praderas de Laveroc, un linaje de estos señores gentiles se había vuelto muy poderoso. Quizá fuese que la gente de Laveroc estaba emparentada con el belicoso pueblo de Welas, la Tierra del Oeste que se encontraba al otro lado del Río Brillante, donde los Reyes Benditos seguían gobernando Welden. La gente de Laveroc recordaba a menudo a ese pueblo y amaba a sus señores. Sus ejércitos siempre resultaban victoriosos, pero nunca eran los primeros en agredir.

Sin embargo, el Rey Iscovar había acabado por fijarse en el oeste. Había capturado al bondadoso señor de Laveroc, encerrándole en la Torre Oscura y colocando en su lugar a uno de sus esbirros. Y años antes, mediante la traición, había logrado conquistar la orgullosa tierra de Welas. También ese reino debía doblar ahora la rodilla ante Iscovar y sus herederos.

—Entonces tu auténtico nombre es Hervoyel —dijo Alan con voz pensativa, luchando todavía con la incredulidad.

—No me llames así. Mi madre siempre me llamaba Hal.

Como toda la gente de Isla, Alan conocía bien la historia de la madre de Hal. Su nombre era Gwynllian, hija de la casa real de Welas, una doncella con el cabello del mismo color que tienen los boques en otoño y ojos del tormentoso verdegris del mar otoñal. Era famosa en muchas tierras por su belleza. Cuando Iscovar se presentó con sus numerosos ejércitos para poner sitio a Welden, ofreció la paz con una condición: que fuera su esposa. Sabía que su hijo sería heredero del trono de Welas, pues la Tierra del Oeste reconocía el linaje a la vieja manera, transmitido por las mujeres.

Torre, el Rey Bendito, el padre de Gwynllian, no tenía esperanza alguna de lograr la victoria, pero dejó que fuese ella quien decidiera. Aunque sintiendo amargura hacia su destino, Gwynllian estuvo orgullosa de poder conseguir la paz para su pueblo. Fue desposada antes de haber transcurrido una semana. Apenas la tuvo Iscovar lejos de allí, sus tropas dieron la vuelta para conquistar Welden y toda Welas. Torre huyó con sus hijos para ocultarse en las montañas. Los comandantes del ejército se convirtieron en los señores de Welas y un noble llamado Ulger llegó a ser conocido como el Lobo de Welden. Iscovar siguió camino con su esposa hacia su castillo de Nemeton.

—¿Cómo..., cuál fue el nombre que te daba Iscovar, Hal?

—No me daba ningún nombre. En toda mi existencia jamás se ha dirigido a mí mediante ningún nombre.

—Quizá hubo un tiempo en que sí —dijo Alan con voz muy baja y suave—. Quizá ocurrió cuando eras pequeño, quizá entonces sintiera cierto cariño hacia ti...

—Nunca.

Hal siguió explicándole, tan bien como podía, de qué forma había vivido en la corte de Iscovar, Rey de Isla. El lugar era una jungla de intrigas, robos, sobornos, extorsiones y mezquinas crueldades. No tenía amigos. Los chicos con los que estudiaba, hijos de los esbirros de su padre, gustaban de atormentarle con muy variadas formas de insensible hostilidad. Muy pronto, aprendió que debía cuidar de sí mismo. Era fuerte y no tardó en convertirse en un luchador hábil e ingenioso, tanto con armas como sin ellas. Pero, aun así, y pese a que no tardó en haberle enseñado a los matones de la escuela que debían dejarle en paz, jamás luchó salvo para defenderse.

Aquello se debía a la influencia de su madre: le había enseñado a que amara la paz y las canciones. Hal y su madre se querían mucho y apenas si hablaban con nadie más. Evitaban la presencia del Rey tanto como les era posible. Tenían a dos fieles sirvientes que habían venido de Welas con Gwynllian: una vieja nodriza, Nana, y su esposo Rhys. En el resto de sirvientes del castillo, un número que llegaba a varios centenares, no podían confiar. Muchos de ellos eran espías sobornados por los señores locales o por el mismo Rey, quien deseaba que espiaran a los espías de los señores.

—Cuando nos era posible dábamos de comer a las viudas y huérfanos que el Rey había creado —dijo Hal con amargura—, y dábamos dinero para el cuidado de los pobres desgraciados que emergían mutilados de su Torre Oscura. Estoy seguro de que él sabía lo que hacíamos, pero nunca dijo nada al respecto. No es de los que hablan..., prefiere el tormento.

»Mi madre murió cuando yo tenía dieciséis años. Estaba practicando en el patio cuando Rhys me llamó con un grito y fui corriendo para encontrármela retorciéndose presa del tormento. Alargó la mano hacía mí y, desesperada, quiso decirme algo pero no pudo. Murió en mis brazos. Estaba claro que la habían envenenado, pero nadie podía decir quién había sido. Al día siguiente fue enterrada con muy poca ceremonia. El Rey no asistió al entierro.

»Ese mismo día sus hombres hicieron prisionero a Rhys, le azotaron y luego se lo entregaron a los arqueros, que lo mataron usándole como blanco para practicar. Me tragué mi orgullo y acudí al Rey para suplicarle que perdonara su vida. Iscovar se enfureció ante lo que llamó mi insolencia y fui llevado a la Torre. Ahora estoy seguro de que la muerte del pobre Rhys no tenía más que ese mismo propósito, atormentarme. La condición que fijó para dejarme en libertad fue que firmase una declaración de obediencia al Rey. Incluso él sabía que jamás rompería mi palabra. Cuando me negué a firmar, me colgaron de las muñecas con cadenas y me azotaron. En aquel agujero no entraba luz alguna, pero creo que el tormento duró dos días con sus noches. De vez en cuando variaban el tratamiento y utilizaban bastones, garrotes o hierros al rojo vivo, pero los efectos siempre eran los mismos.

Alan parecía a punto de vomitar y Hal alargó la mano hacia él y le tocó el hombro.

—Oh, la verdad es que no fue tan malo como podría haber sido. Era el heredero del trono y el Rey me necesitaba si es que deseaba conseguir que sus vasallos le obedecieran, por lo cual no podía dejarme ciego, castrarme o mutilarme... Se limitaron a azotarme. Pasado un tiempo, se dieron cuenta de que sus azotes ya no me afectaban demasiado y que deberían probar con algo distinto, así que me bajaron de las cadenas.

Hal hizo una pausa para calmarse un poco antes de continuar.

—Lo que hicieron después es algo que sólo pudo salir de la mente demoníaca de Iscovar en persona. Me trajeron a un hombre apuesto, de edad mediana pero de cuerpo esbelto y fuerte. Me dijeron que iba a ser torturado lentamente hasta morir a menos que yo pusiera fin a su tormento firmando la declaración del Rey. Al oír esto el hombre gritó: «¡No les hagas caso, mi Príncipe!». Le golpearon en la cara para hacer que callara y la sangre empezó a brotar de la comisura de sus labios. Yo le miraba en silencio, pues que yo supiera jamás le había visto anteriormente.

»Empezaron a torturarle. Después de un tiempo pareció haber quedado inconsciente y los esbirros se fueron de la habitación. Nada más salieron, el hombre me habló, apremiándome a no ceder nunca ante el Rey y pidiéndome que escapara y luchara contra él si me era posible, pues, como dijo, yo era la única esperanza del pueblo de Isla. Asombrado, le pregunté cuál era su nombre y me lo dijo: Leuin, séptimo señor de Laveroc.

Alan dio un respingo, y Hal le miró con ojos llenos de compasión.

—¿Tu padre, Alan?

—Sí — logró decir Alan—. ¿Está..., está...?

Era incapaz de pronunciar la palabra.

—Sí —replicó Hal en voz baja—. Está muerto.

Alan lanzó un gemido y se dejó caer de espaldas sobre la hierba, respirando con un ronco jadeo. Pasados unos cuantos minutos volvió a hablar.

—Mi mente sabía que estaba muerto, pero en mi corazón siempre mantuve la esperanza de que todavía viviera. —Volvió a erguirse—. Cuéntame lo que le hicieron —le pidió con los puños apretados.

—¡Oh, Alan, no, no importa por qué dios me lo pidas! —le suplicó Hal—. ¡Recuérdale como era! Una cosa sí te contaré: ni en una sola ocasión le abandonó el valor. Le torturaron durante lo que creo fueron cinco días con sus noches, utilizando todas las máquinas infernales que hay en ese oscuro lugar de horrores, pero él siempre se mostró firme y les resistió. —Hal hablaba como quien se ve obligado a revivir un mal sueño pese a sus deseos—. Si gritaba acompañándole en su agonía o si apartaba la mirada me azotaban. Pero lo peor era que entonces le torturaban con una crueldad aún mayor, creyendo que yo me rendiría, por lo que acabé aprendiendo a quedarme sentado y a mirar sin hacer nada aunque la sangre se helara en mis venas, y hacía eso más por él que por mí. Le permitieron conservar la lengua con la esperanza de que la usaría para suplicarme y seguir vivo y algunas veces nos dejaban a solas con ese propósito. Pero en vez de hacer eso, siempre me daba ánimos. Me dijo que estaba dispuesto a morir, que no importaba el tipo de existencia que el Rey le concediera pues no valdría la pena vivirla. Y, como antes, me instó a que no cediera jamás ante el Rey. Hablaba de ti muy a menudo, Alan. Me decía: «Tengo un hijo de tu misma edad, nacido el día en que naciste tú. Su nombre es Alan y creo que tú y él sois muy parecidos en bastantes cosas. Le he mandado con unos parientes del norte para que esté a salvo y mi esperanza es que algún día sea capaz de vengar a nuestra gente. Es un muchacho valiente y tiene un gran corazón. No me importa morir mientras sepa que él sigue con vida».

—¿Decía eso de mí? —preguntó Alan con voz temblorosa.

—Eso decía, y más de una vez. — Hal guardó silencio un momento antes de seguir

hablando—. Cuando se dieron cuenta de que no tardaría en morir acabaron con él de una forma que esperaban quebraría mi resistencia. Le pusieron en el potro y le arrancaron un miembro detrás de otro. Sus últimas palabras fueron para mí. Esto es lo que me dijo: «Te deseo la mejor de las fortunas, Hal. Sé valiente. Y si alguna vez llegas a ver a mi hijo, dile que le quiero».

Alan sintió un nudo en la garganta y se dio la vuelta, tapándose la cara con las manos. Hal le rodeó con sus brazos y por fin Alan dio rienda suelta a su pena, llorando con roncos sollozos durante mucho tiempo, tal y como no lo había hecho desde que era un niño. Cuando pudo hablar de nuevo sus palabras eran tan amargas como lo fueron antes sus lágrimas.

—Cuando nos separamos yo sentía ira y él, pena — dijo—. No quiso explicarme por qué me enviaba hacia el norte y yo no deseaba marcharme. Sólo al llegar allí me enteré de que el Rey le había hecho prisionero. Jamás tuve ocasión de decirle que...

Se le quebró la voz y fue incapaz de seguir hablando.

—Tu padre sabía que le querías —le consoló Hal en voz baja—. No hacía falta que se lo dijeras. Siempre hablaba de ti con orgullo y una inmensa alegría.

Alan se puso en pie y fue a lavarse la cara en el arroyo. Hal puso más madera en el fuego. Cuando volvió, Alan estaba tan pálido como si él mismo acabara de ser sometido a la tortura.

—¿Cómo lograste escapar? —le preguntó quedamente.

—Cuando le mataron en el potro me desmayé... y no por primera vez. Al despertar estaba solo, hecho un ovillo sobre un poco de paja sucia en una celda pequeña. Supongo que aún no habrían decidido qué hacer conmigo. En la celda había una ventanita con barrotes. Cuando miré por ella vi alzarse la luna llena y su luz brilló sobre la yedra que cubría los muros del castillo. En ese mismo instante supe lo que debía hacer.

»Estaba muy débil, pero mi peor debilidad no era la del cuerpo. Tenía la sensación de que apenas si me quedaban ánimos, de que no podría resistir mucho más tiempo. Y por eso, aunque apenas si era capaz de mantenerme en pie, logré separar los barrotes lo suficiente para que mi cuerpo pasara a través de ellos, ignoro si por la pura fuerza de la desesperación o quizá por alguna magia bondadosa venida de no sé donde. Bajé por la pared de la Torre sujetándome a la yedra. Cuando llegué al suelo fui tambaleándome hacia los establos y Arundel rompió sus riendas para venir a mí. Conseguí montar sobre él y escapamos. Creo que viajamos durante tres días, pero durante la mayor parte del tiempo no me enteraba de nada. No supe dónde estábamos hasta llegar al Bosque y encontrar a Trigg, uno de los proscritos que mandaba Craig el Ceñudo.

Hal sonrió al acordarse de aquel afortunado encuentro.

—Trigg es un hombre de campo no demasiado despierto, pero tiene un corazón tan grande como el cielo. Intentaba que Arundel fuera con él, y cuando me desperté estaba casi llorando. Después de que le hablara a Aran, logró llevarme al campamento, y allí los proscritos me cuidaron muy bien... Pero pasó todo un mes antes de que pudiera levantarme y el otoño casi hubo terminado antes de que recuperase todas mis fuerzas. Así que me quedé a pasar el invierno con ellos, y acabé dejándoles esta última primavera.

Hal y Alan estaban caminando ahora por la orilla del arroyo, hablando en voz baja, cada uno rodeando con su brazo los hombros del otro. Aunque no habían descansado desde

que Hal fue capturado, ninguno de los dos había pensado ni por un instante en dormir.

—Llevaba viajando aproximadamente un mes cuando te encontré —concluyó Hal—. Pero ¿cómo es que tú andabas también a la aventura?

—Unos subditos de mi padre me llevaron con los parientes de mi madre, cerca de Rodsen —replicó Alan—. Después partieron en busca de otros señores a los que pudieran servir, pero la gente de mi madre temía la ira del Rey. Se pasaron el invierno entero mandándome de una casa a otra hasta que al final me alegró poder librarles de mi presencia cuando llegó la primavera. Tenía la vaga idea de volver a Laveroc en busca de venganza, aunque la verdad es que no me sentía preparado para hacerme matar... Pero los ladrones interrumpieron mi viaje antes de que hubiera llegado muy al sur, en Gaunt. Dime una cosa, Hal..., ¿cuándo sospechaste quién era yo?

—Cuando me dijiste tu nombre —le respondió Hal con una sonrisa—, pues antes de eso yo sabía que eras valiente y que soportabas el sufrimiento como sólo podía hacerlo otro hombre, un hombre al que ya había conocido... y te pareces mucho a él, Alan. Y León Alerón, cuya espada llevas, era tu primo, ¿verdad? Y Alfie, Alfie Pasos Largos..., era tu bisabuelo, que también se casó con una mujer decidida y valiente...

—Cierto, la dama Deona, rubia como el oro y resistente como el acero. Desde entonces, según dicen, todos los de Laveroc se han parecido a ella.

—Ya ves que podría haberte preguntado cuándo era tu cumpleaños hace semanas —prosiguió Hal—, y con eso habría podido considerar pagada la deuda que tenía con tu padre. Pero me dije que no debía hacerlo, pues aún no te encontrabas restablecido. Aunque, la verdad, Alan, es que si no hablé fue porque..., porque tenía miedo.

—¿De que?

—De que me odiaras —admitió Hal con la mirada baja.

—¿Y por qué iba a odiarte? —preguntó Alan secamente.

—Por dos razones. Primero, porque en mis venas corre la sangre del hombre más ruin de toda Isla, el que mayores desgracias ha causado... Segundo, porque podría haber salvado la vida de tu padre y no lo hice.

Alan lanzó un bufido.

—Aun suponiendo que el Rey mantuviese su palabra, ¿qué clase de vida le habría dado a mi padre? ¿El espacio de una celda para que lo recorriera de un lado a otro? Habría languidecido igual que un águila enjaulada. Incluso en Laveroc tenía la impresión de estar prisionero y se marchaba de viaje con mucha más frecuencia de la que estaba en casa... Y en cuanto a tu sangre impura —siguió diciendo Alan con voz cargada de emoción—, sólo puedo responderte con lo que he deseado muy a menudo en las últimas semanas y lo que todavía deseo: ojalá Ket y los demás estuvieran en lo cierto y fueses realmente mi hermano, pues debo decirte que te quiero mucho y me sentiría orgulloso de que tu sangre, de la que hablas con tal desprecio, corriera por mis venas.

Hal agachó la cabeza, incapaz de hablar a causa de las emociones que le dominaban. Finalmente, en voz muy baja y suave, le preguntó:

—¿Deseas realmente eso o no es sino una forma cortés de consolarme?

—Es mi deseo.

—Entonces —dijo Hal—, hay una forma de satisfacerlo.

—¿Cómo? —preguntó Alan.

—Ya sabes que mi madre era de Welas. Me enseñó el lenguaje y las costumbres de la tierra del oeste y, si debo confesar la verdad, Welas es mi auténtico hogar espiritual, aunque nunca haya estado allí. La ley de ese lugar dice que si dos hombres desean convertirse en hermanos pueden ser tal cosa entre ellos mediante una ceremonia que deben realizar. Después de eso son considerados para siempre como hermanos en la ley y en el amor.

—¿Cuál es la ceremonia? —se apresuró a preguntarle Alan.

Hal tragó una honda bocanada de aire.

—Cada hombre coge un cuchillo bien afilado y abre la vena de la muñeca izquierda de su compañero, allí donde la sangre del corazón fluye más cerca de la superficie. Es algo que debe hacerse con cuidado y habilidad o de lo contrario el otro moriría; es por eso que se requiere tener mucha confianza mutua para someterse a la ceremonia. Después de ello, los dos hombres juntan sus muñecas de tal forma que ambas sangres se mezclen y se conviertan en una sola, y pronuncian aquellos juramentos que crean adecuados. Así se convierten los dos hombres en hermanos. La palabra que tiene en el idioma de Welas es *belledas,* que quiere decir «hermano de sangre», mientras que la palabra para «hermano natural» es *moliendas.* Los hermanos de sangre no sólo se consideran iguales a los hermanos naturales, sino que serlo es todo un honor por sí solo.

Alan leyó el anhelo que había en los ojos de Hal y supo que ese mismo deseo hacía brillar los suyos.

—Hagámoslo, Hal —dijo.

Unos minutos después estaban arrodillados junto al arroyo, con vendas y cuchillos de caza junto a sus manos. Desnudaron sus brazos izquierdos hasta la altura del codo y pusieron sus muñecas una al lado de la otra, como dijo Hal que debía hacerse. Cada uno de ellos cogió su cuchillo en la mano derecha y miró al otro, bañados por la luz de la luna.

—Aborrezco la sola idea de hacerte daño —dijo Alan en un susurro.

—De todas mis heridas ésta será la que más aprecie —respondió Hal—. No temas por mí. ¿Estás preparado?

Alan asintió. Un instante después ya habían puesto al descubierto el torrente de sus vidas y sin perder un segundo unieron firmemente sus muñecas para que su sangre bajara por el brazo y cayera goteando de sus codos.

Hal habló con voz ronca, recitando palabras que apenas si recordaba de sus estudios sobre las costumbres de Welas.

—Así como se mezcla nuestra sangre en nuestras venas para convertirse en una, que nuestros pensamientos y nuestras vidas se mezclen para unirse.

—Seamos hermanos —replicó Alan en voz baja—, en la sangre, en el amor y en la ley.

—Que así quede escrito en *Dol Salden* —dijo Hal como hablando consigo mismo—, y que así sea hasta que termine esta era.

Y Hal clavó la mirada en aquellos valientes ojos azules que le contemplaban con un afecto alegre y supo de repente que diecisiete años de soledad habían terminado por fin. Lloró, y mientras Alan le estrechaba con un solo brazo, sus lágrimas humedecieron la sangre que iba secándose en sus muñecas firmemente unidas.

Después, cada uno vendó la muñeca del otro, sonriendo, conscientes de lo absurdas que resultaban aquellas pulseras blancas pero sin sentir ninguna incomodidad porque estaban juntos. Hablaron durante horas, con voces medio adormiladas, de lo que Alan había perdido y de la carga que soportaba Hal. Ahora hablar de esas cosas ya no les resultaba doloroso.

Ya estaba amaneciendo cuando desenrollaron sus mantas y se acostaron en el suelo. Hal se quedó dormido en seguida, igual que un niño agotado y feliz, pero Alan estuvo despierto un rato, mirándole. Ahora sentía que gran parte del misterio de Hal se había desvelado para él. ¡Así que su camarada era un Príncipe! La tristeza de Hal, sus dotes de mando, el dominio de sí mismo y aquella impresión de que le aguardaba una misión que cumplir..., todo resultaba comprensible bajo la luz que arrojaba aquel hecho. ¡Más aún, por sus venas corría la sangre real de Welas! El nombre de Welas estaba cargado de un poder místico que incluso Alan podía percibir, por muy pragmático que fuese. La gente decía que los Reyes Benditos de Welas hablaban con los elfos. Alan sonrió, como hacía siempre, ante las ignorantes supersticiones de los campesinos. Aun así, sabía que los gobernantes de Welas poseían una especie de sexto sentido y una sabiduría casi ultraterrena. Y el pueblo de Welas resultaba realmente asombroso... Los welandeses amaban la paz y las canciones, pero cuando se les obligaba a combatir no había guerreros más feroces. Iscovar sólo había logrado someterlos acudiendo a la traición y contando con ejércitos diez veces superiores en número.

Alan estaba seguro de que parte de su conversación con Hal tenía que ver con el peculiar temperamento welandés... Sí, era un detalle casi insignificante, pero su mente no paraba de pensar en él. Le había preguntado a Hal cuál era el significado de aquellas extrañas palabras que había utilizado durante su juramento de sangre, *Dol Salden.*

—*El Libro de los Soles* —le había explicado Hal—. Es un concepto, algo parecido al destino. Se supone que dentro de él están escritos los acontecimientos de las vidas humanas, sus existencias, y las eras de su historia. Se lo podría llamar el libro de la vida...

Alan siempre había sentido cierta impaciencia ante lo esotérico y esto le parecía entrar casi en lo ridículo.

—Bueno —había replicado despectivamente—, si es el libro de la vida, entonces, ¿por qué se le llama *El Libro de los Soles!* —En el rostro de Hal había aparecido algo semejante a un leve dolor y Alan se había apresurado a añadir—: No importa, olvídalo...

Pero Hal le había contemplado con el ceño fruncido, los ojos absortos y distantes, como alguien que intenta recordar un sueño perdido al levantarse por la mañana.

—No lo sé —había murmurado al fin, más hablando consigo mismo que con Alan.

Habían hecho falta minutos enteros para que saliera de su trance. Al recordar el incidente, Alan suspiró, pensando en aquel extraño destello que había ardido tras el velo neblinoso que cubría los ojos de Hal.

Sí, lo cierto es que debería haber adivinado antes que la sangre de Welas corría por las venas de Hal. Y ahora también corría por las suyas, pensó Alan sintiendo una tranquila alegría. Era hijo único, igual que Hal, y aunque en su juventud había gozado de la familia y los compañeros, siempre había echado en falta alguna cosa. Ahora tenía un amigo y un hermano como pocos hombres llegan a encontrar en toda su existencia, y se alegraba de ello. Sabía que su amor por Hal era todavía mayor del que había sentido hacia su padre. Pero ni ahora podía estar totalmente seguro de quién era aquella persona

a la que tanto amaba. ¿Era acaso un hechicero cuyos conjuros dejaban paralizados a los enemigos y hacían romperse los barrotes de una prisión? Alan creía que, en tal caso, ni el propio Hal conocía su poder. Pero tenía la sensación de que Hal era algo más que un hechicero, algo más que un Príncipe, un camai ada o un hermano, y ese algo más le hizo lanzar un suspiro. En aquellos ojos grises había algo que le entristecía. Hal había dicho que no tendría ningún secreto para su hermano; pero aun así, dentro de él había un gran secreto.

5

Despertaron a primera hora de la tarde y se contemplaron con sonrisas medio burlonas.

—Todavía no te he dado las gracias por haberme salvado la vida —observó Hal.

—Olvida eso. —Alan se quedó sorprendido al descubrir que se estaba ruborizando—. No hay necesidad de pronunciar tales palabras entre nosotros, hermano.

—Nunca la hubo, ni tan siquiera antes del día de ayer. —Hal se arrodilló y empezó a hurgar en los restos de la fogata—. De todas formas, Alan, estoy avergonzado. Me liberaste de una fortaleza corriendo un gran riesgo y lo único que se me ocurrió decirte fue preguntar dónde estaba mi espada.

Alan no pudo por menos que reír al escuchar expresados de una forma tan precisa sus propios sentimientos al respecto.

—Bueno, necesitas poseer un arma noble —admitió—. ¿Cómo te apresaron, Hal?

—Estaba soñando despierto —confesó Hal con una mueca—. O quizá estuviera pensando más en Corin que en por dónde iba... Arundel intentó advertirme, pero di de narices con los hombres del señor. Me derribaron antes de que hubiera tenido oportunidad de sacar mi espada. Después me ataron y empezaron a echar suertes para ver quién se quedaba con mi caballo y mis arreos. Le había dicho a Arundel que no pelease: había demasiados adversarios. Pero uno de ellos le sujetaba las riendas distraídamente, igual que un mozo de establo aburrido, y entonces le grité que se escapara. No le costó demasiado hacerlo. Y después de eso —añadió Hal con una sonrisa—, empezaron a golpearme.

—Es lo que pensaba —dijo Alan—. Estaba casi seguro de que no podrían haberte pillado de no ser por una distracción. Bueno, supongo que ahora tendremos que intentar recuperar tu espada.

—Hoy, no. Estoy agotado y ya hemos perdido la mitad del día.

Alan se encontraba tan cansado como él, aunque más debido a las emociones que al ejercicio físico, así que atendieron a sus caballos y colgaron sus mantas para que se aireasen, comiendo después la carne que Corin les había dejado.

—¿De dónde procede esa espada? —preguntó Alan.

Todavía estaba intentando comprender la temeridad de Hal al llevarles hacia la Desolación.

—No lo sé. Me la dio Trigg. —Hal sonrió como disculpándose—. No me gusta nada la idea de perder su regalo.

—Y además de eso —se arriesgó a preguntar Alan—, ¿tenías algún plan al hacernos ir hacia el norte?

—Al principio cabalgué hacia el norte para interponer más distancia entre nosotros y Nemeton... Ahora me siento preocupado por Corin. Y necesito explorar, descubrir amigos y aprender cómo es mi tierra... Pero mis planes son más bien sueños, Alan.

—Cuéntamelos.

—Había pensado ir por toda Isla de este a oeste... y, naturalmente, tengo que ir a Welas —añadió Hal con una expresión absorta en sus ojos—. Allí tengo parientes a los cuales

nunca he llegado a conocer.

—Y en cuanto a Iscovar, ¿qué?

Hal suspiró.

—Bueno, no es preciso que llegue a convertirme en parricida, Alan. Gracias al Único, al menos esa pesadilla no me concierne. Dentro de cuatro años el Rey habrá muerto debido a la enfermedad que se alimenta de la lujuria. Me enteré de ello por mi madre cuando aún no había cumplido los dieciséis años, y ella lo supo del médico de la corte. En aquel entonces el médico le dijo que le quedaban cinco años, y de ellos uno ha transcurrido mientras vivía con Craig el Ceñudo. De modo que si tengo que acabar siendo Rey y compensar un poco a mi pueblo de los horrores cometidos por mis antepasados, más vale que me vaya preparando.

»Tengo dos grandes ventajas sobre mis enemigos. La primera es que ellos no están enterados de la enfermedad del Rey. El secreto está muy bien guardado, como puedes imaginarte, o en estos momentos los grandes señores ya estarían lanzándose sobre el cuello de Iscovar en lugar de humillarse a sus pies. La segunda ventaja es que no saben que haya escapado de la Torre. Si se dieran cuenta de cuan lejos me encuentro del trono y de los ejércitos reales, ya habrían decidido matar a Iscovar y estarían peleándose por los despojos. Por ello el Rey también guarda eso en secreto, aunque puedes estar bien seguro de que me busca con ahínco.

»Cuando me sacaste de esa maloliente torre de Gar, me salvaste de un destino mucho más horrible de cuanto puedas imaginar, Alan. Al igual que todos los grandes señores, Gar visitaba la corte con frecuencia; Iscovar insistía en que se le presentara ese tipo de homenajes. Así que Gar me conoce, y si me hubiera visto me habría convertido en su peón y prisionero, y yo habría quedado deshonrado para siempre.

Alan le estaba escuchando con gran atención.

—Entonces no es al Rey a quien debes combatir, sino al grupo de señores pendencieros que intentarán apoderarse del trono después de su muerte.

—Cierto. Los que ahora son sus vasallos se volverán contra él en la hora de su enfermedad igual que el lobo desgarra la carne de su hermano herido. Igual que haría él con ellos... La mayor parte de los señores más ambiciosos están agrupados en las fértiles tierras del sur, como ya sabes. Daronwy de Puente del Agua, Mordri de los Estuarios, Kai Señor del Roble y, por supuesto, el títere que Iscovar ha colocado en Laveroc... Pero hay bastantes más dispersos por toda Isla. Nabon de Lee, Guy de Gaunt... y ya hemos podido saborear el poder de Agua Blanca.

—Un poder excesivo para mi gusto —se quejó Alan—. Hal, ¿cómo podrás luchar contra todos ellos?

—Con ayuda —le respondió Hal, y su voz estaba llena de pasión—. Ya te he dicho que soy un soñador, Alan... Pero en toda Isla hay personas que anhelan verse libres de los opresores y si se las pudiera unir y darles esperanzas de conseguirlo... —Sus ojos vagaron por entre las copas de los árboles—. Veo una señal en la noche. Y a esa señal las gentes se levantan en silencio y se apoderan de los caballos de sus señores, de su ganado y sus ovejas, del grano que hay en sus almacenes, el oro que hay en sus salas del tesoro y las armas que guardan en sus armerías... Cualquiera de esas cosas hecha con la cautela suficiente causaría un gran daño a la guarnición, un daño que sólo descubriría cuando despertara para oír a los clarines de bronce rugiendo la noticia de que el Rey ha muerto. Y si los campesinos estuvieran en lugar seguro y los señores se hallaran

demasiado atareados para tomar represalias... —Lanzó un suspiro y sus ojos se volvieron nuevamente hacia Alan—. Si no hiciera falta emplear más fuerza que ésa...

—No me parece nada probable que el orgullo de los señores se rinda sin derramamiento de sangre —afirmó Alan con melancolía.

—Ya lo sé. Craig el Ceñudo tiene bastantes armas guardadas y la influencia suficiente para reunir a mil hombres, todos ellos hábiles con el arco. Hablé con él antes de marcharme y no le sorprendieron demasiado mis palabras, pues también él tiene sus espías y ya lo había supuesto hace tiempo. Creo que Ket el Rojo es otro de los que llegarían a luchar por mí. Y, si no me equivoco, Margerie puede ser una poderosa amiga nuestra en Agua Blanca. Todavía no ha llegado el momento de explicarles lo que necesito..., de momento sólo tú y Craig sabéis quién soy, pero llegará la hora en que me harán falta. Y también necesitaré a otros, Alan; he oído contar que en el norte hay un pueblo extraño. Quizá los señores de la guerra de las llanuras crean conveniente ayudarme, o quizá llegue a encontrar amigos todavía mejores que ellos, amigos temibles y capaces de traer rápidamente la paz a esta tierra si es que mis sueños no me engañan...

Mientras hablaba sus ojos relucían, y Alan se acordó una vez más de que llevaba en las venas sangre de Welas.

Pero aún tardaron un poco en dirigirse hacia el norte. Primero volvieron sobre sus pasos para buscar a Corin y la espada. Después de su día de reposo, salieron del Bosque para ir hacia Agua Blanca y atravesaron la Desolación, registrando los escasos macizos de árboles que se habían visto obligados a dejar atrás anteriormente. Encontraron los restos de un campamento, quizá de Corin, pero nada más. En varias ocasiones divisaron a los hombres del señor a gran distancia y escaparon de ellos yendo hacia el norte sin salir de la Desolación. Pasaron dos noches de nerviosismo en aquellos suelos de piedra desnuda, durmiendo de forma inquieta pese a que sus dos caballos vigilaban. Finalmente, Hal acabó admitiendo que habían sido derrotados, aunque sólo fuese de forma temporal.

—Incluso yendo a pie, ahora se encuentran más al norte —gruñó—. Y la única razón de que los hombres del señor no nos hayan perseguido es porque no logran creer que seamos tan idiotas como para estar aquí.

Regresaron al Bosque para gozar con una noche de sueño tranquilo y luego viajaron hacia el norte durante unos cuantos días, protegidos por la espesura. Los robles y las hayas fueron cediendo su sitio a los abetos y los pinos. Ahora Hal creía estar más a salvo de los hombres del señor y estaba listo para reemprender la búsqueda de Corin. Para las granjas aisladas de la Desolación había llegado ya el momento de la cosecha. Hal y Alan descubrieron que su ayuda era bienvenida a la hora de realizar ese trabajo pesado y sudoroso y se les pagó tan generosamente como podían permitírselo aquellos hombres que luchaban por vivir de la tierra. Pero nadie pudo decirles nada sobre un chico rubio o su padre calvo, el herrero.

Viajaron durante días y días en dirección norte, cruzando la Desolación y volviendo al Bosque sólo para cazar o dormir. A medida que avanzaban, las granjas se fueron haciendo cada vez más escasas y la distancia entre ellas iba aumentando, hasta que llegó un día en el cual no vieron ningún ser viviente salvo conejos y gorriones. Ahora estaban viajando por una tierra extraña a la que el paso del tiempo no había cambiado mucho, pues en todas partes se veían las señales de sus antiguos habitantes, túmulos de piedras y extraños montículos, así como grandes peñascos alzados cual monstruosos colmillos hacia el cielo. Los ojos grises de Hal relucían cada vez que contemplaba esas grandes piedras grises, pero Alan temblaba al sentir sus sombras. Era un nativo de las tierras

amables y verdes del sur, y en este lugar de vientos ariscos tenía la sensación de estar desnudo e indefenso.

—Hace mucho tiempo todo esto era Bosque —le dijo Hal—. Toda Isla era Bosque y morada de la Dama Madre. Gentes de poca talla y piel muy oscura iban de una espesura a otra y alimentaban a sus animales con pinas y bayas. Pero entonces llegaron hombres con armas de hierro que deseaban convertirse en una gran nación, por lo que derribaron los árboles con sus hachas de metal y removieron el suelo con sus herramientas de hierro y alzaron grandes piedras en memoria de sus muertos y sus dioses, y crearon montículos de tierra para sostener sus torres de madera, y círculos de tierra para contener sus murallas de troncos... Hicieron la guerra año tras año y practicaron juegos de amor y de valor. Y año tras año sopló el viento que viene del mar y cayeron las lluvias, hasta que todas las tierras fértiles fueron barridas y sólo quedaron la desolación y las rocas. Todo esto ocurrió hace mucho tiempo, mucho antes de que llegaran los invasores del este, mucho antes de que Rey alguno gobernara en Laveroc, en Eburacon o en el norte. Aquellos recién llegados con sus espadas de hierro acabaron convirtiéndose en los Reyes que recordamos en la leyenda, y el pequeño pueblo de piel oscura salió del Bosque para reclamar su tierra destrozada.

—¿Cómo puedes saber todo eso? —exclamó Alan.

Hal era incapaz de responder a esa pregunta.

—Sueños —dijo por fin—. Y ahí tienes a unos cuantos de ellos. —Señaló hacia adelante—. Las viejas tribus de los Romani.

Los gitanos avanzaban hacia ellos igual que una marea oscura cubriendo la Desolación, gentes de apariencia salvaje y bestias peludas confundidas en una sola masa ondulante. Hal y Alan se quedaron inmóviles mientras que la banda de gitanos les rodeaba. Un anillo de rostros serios y ojos oscuros se alzó hacia ellos: niños de rostros solemnes y cabelleras trenzadas con trajes multicolores; caballitos de cuerpo robusto; ancianas con cuervos amaestrados en sus hombros; hombres de poca estatura y ceño fruncido con cayados de pastor y pequeños dardos con la punta de piedra en sus manos. Ninguno de ellos hacía ruido; incluso las ovejas estaban calladas. Alan sintió un escalofrío ante la sola idea de recibir un dardo por la espalda.

—*Laifrita thae, miraos arle* —les saludó Hal intentando que en su voz no se percibiera el nerviosismo que le dominaba. («Os saludo, pueblo de la tierra.»)

El círculo que les había contemplado en silencio dio un respingo y luego empezó a removerse y a sonreír, dándoles la bienvenida. Uno de los jefes dio un paso hacia adelante, su rango indicado por el ancho collar metálico que rodeaba su cuello, brillando igual que la luna creciente.

—Bienvenido, Mireldeyn —dijo—. Bienvenido, Elwyndas.

Comieron con los gitanos y compartieron el calor del fuego de su campamento, que les protegía de la fría brisa marina. Hal hablaba su extraña lengua y estuvo conversando hasta una hora muy avanzada de la noche con los hombres y las mujeres de mayor edad. Alan, que sólo podía hablar con los otros usando el dialecto que no hablaban demasiado bien, también gozó de mucha atención. Le sorprendió descubrir que los gitanos, grandes expertos en cuanto a caballos, tenían en alta estima a su Alfie. «Cierto, no es hermoso —dijeron mostrándose de acuerdo con él—, pero tiene un gran corazón». Su conocimiento del dialecto no era suficiente para hablar de Arundel y lo único que podían decir, haciendo muchas señas, es que era *elwedeyn.* Cuando Alan les indicó que

no comprendía esa palabra menearon sus cabezas en un gesto de abatimiento y volvieron a confundirse con el círculo de rostros oscuros que rodeaba el fuego.

—¿Qué quieren decir esos nombres con los que nos llamaron? —le preguntó Alan a Hal en un murmullo cuando todo el mundo estuvo ya preparado para pasar la noche.

—Hombre-espíritu, amigo del viento, ese tipo de cosas... —Hal se removió, algo irritado—. No estoy seguro.

—Olvídalo. ¿De qué estuvisteis hablando tanto tiempo?

—Han visto a un par de viajeros que creo son Corin y el herrero. —Hal cortó con un gesto la exclamación de alegría que Alan se preparaba a pronunciar—. Pero debemos ser más cuidadosos. Según se dice por el Camino Tortuoso, el señor Gar ha puesto precio a nuestras cabezas y ofrece una buena cantidad de oro por ellas.

Después de aquello se mantuvieron dentro del Bosque siempre que les fue posible, pero el avance se hacía difícil. Esta tierra rocosa del norte estaba repleta de riscos y escarpaduras, y algunas veces había también espesos matorrales de espinos. Más de una vez se vieron obligados a utilizar el Camino Tortuoso que atravesaba la Desolación desde Agua Blanca hasta Rodsen. Encontraron viajeros en algunas ocasiones, y les preguntaron por Corin sin obtener ningún resultado. Hubo unas cuantas noches en que compartieron los fuegos de bandas gitanas, pero los hombres de tez oscura de las tribus no tenían más noticias sobre el herrero y su muchacho.

El día siguiente a una noche pasada con los gitanos, justo después del mediodía, Hal y Alan se sobresaltaron al oír un ruido de cascos que se les aproximaba desde atrás. Se refugiaron en un bosquecillo situado sobre una pequeña loma y esperaron a que el jinete se hiciera visible. Era uno de sus anfitriones de la noche anterior, galopando tan de prisa como podía sobre su pequeña y robusta montura.

Hal y Alan cabalgaron hacia él con una expresión de temor en el rostro. El gitano habló rápidamente con Hal en su lengua. Hal le tocó la mano en un gesto de agradecimiento y el hombre hizo volver grupas rápidamente a su caballo y volvió por donde había venido. Hal hizo que Arundel diese la vuelta y se lanzó al galope hacia la loma, con Alfie trotando detrás de él. Una vez hubo rebasado la loma cambió de dirección y luego se detuvo detrás de un risco rocoso.

—Poco después de que dejáramos su campamento unos desconocidos aparecieron dando nuestra descripción y ofreciendo oro a cambio de noticias sobre nosotros —le explicó a Alan—. Diez hombres de aspecto rudo, a caballo y con arcos. Es muy probable que ahora mismo los tengamos bastante cerca. Los gitanos no les dijeron nada, por supuesto, pero si no son idiotas habrán seguido a nuestro amigo. Espero que no le ocurra nada malo.

—Cazadores de recompensas —murmuró Alan. De repente se sintió muy preocupado. Estaba acostumbrado a pensar que luchar con espadas era una parte inevitable de la existencia en aquellos tiempos difíciles, pero no le gustaba nada la idea de verse obligado a esquivar flechas.

—Tenemos que llegar a terreno abierto —siguió diciendo Hal—, a un sitio donde no puedan tendernos una trampa.

Siguieron avanzando despacio, volviéndose a mirar por encima de sus hombros.

—Me lancé al galope para hacer que la persecución se concentrara en nosotros —añadió Hal—. Pero ahora no nos sirve de nada correr; podríamos tropezamos con ellos.

Debemos conseguir que se muestren y luego intentar dejarles atrás.

Avanzaron abriéndose paso cautelosamente por entre las rocas y los arbustos, yendo en lo que esperaban fuese la dirección de un claro. Al final llegaron a una extensión de terreno desnudo y azotado por el viento que examinaron cuidadosamente desde lejos, y entonces golpearon con sus talones los flancos de sus monturas y se lanzaron por el espacio abierto dirigiéndose hacia un solitario macizo de árboles que se encontraba cerca del centro. Para su alivio, llegaron hasta él sin ningún incidente.

—¡Bien! —exclamó Hal—. Tanto da que pasemos la tarde aquí como en cualquier otro sitio. La única dirección por la que pueden acercarse hasta nosotros lo bastante como para usar sus arcos es el sur. Prepararán una emboscada en el norte pero se acabarán dando cuenta de que no tenemos intención de movernos y se verán obligados a lanzarse sobre nosotros desde el sur.

—Pueden dividirse —gruñó Alan.

No estaba tan complacido con su situación actual como parecía estarlo Hal.

—No creo que lo hagan. Temen nuestras espadas y probablemente no confían demasiado los unos en los otros. Creo que lo mejor será que nos quedemos aquí.

Arundel alzó su cabeza y piafó contemplando los matorrales que había en el norte.

—*Allo* —le dijo Hal—. Muy bien, Arundel. Sé que están ahí.

Dejando pastar a los caballos, Hal y Alan se sentaron a la sombra, apoyando la espalda en los árboles y sin encararse entre ellos para poder observar la mayor extensión de terreno posible. La tarde fue transcurriendo lentamente y el sol fue bajando en el horizonte.

Alan acabó rompiendo el prolongado silencio.

—¿Qué harán cuando llegue la oscuridad?

Hal meneó la cabeza.

—No pueden permitirse el esperar. Quizá les fuese posible sorprendernos, pero también es posible que lográramos escapar sin que nos vieran. No tardarán en actuar.

Justo cuando pronunciaba esas palabras uno de los arbustos se agitó. Los dos compañeros montaron de un salto en sus corceles. Pero en vez de partir al galope, tal y como esperaba Alan, Hal no se dio prisa e hizo que Arundel avanzara lentamente hacia el norte hasta que el último de sus perseguidores se hubo hecho visible.

—Ahí tenemos a los diez —dijo entonces con un gruñido de satisfacción—. Vamos.

Hal y Alan se lanzaron al galope. Pero los más adelantados de sus perseguidores se encontraban ahora lo suficientemente cerca como para utilizar sus arcos y se detuvieron para apuntar mejor. Alan lanzó un silbido y maldijo la temeridad de Hal cuando una flecha le arañó la oreja con su afilada punta metálica; un cálido hilillo de sangre se deslizó por su cuello. Ya casi estaban fuera de su alcance cuando Hal emitió un gemido. Un disparo afortunado había conseguido alcanzar la pata delantera de Arundel. La flecha pasó limpiamente por entre los huesos y se quedó atascada.

Aunque herido, Arundel corría aún más aprisa que las pequeñas monturas de sus perseguidores. Pero Hal sabía que cada paso agravaba su herida. Atravesaron la pared de arbustos que había en el borde del claro y se metieron en un laberinto de rocas, macizos de árboles y vegetación. Cuando llegaron a otro claro, Hal lanzó un suspiro de

alivio. Ante ellos se alzaba la suave curva de una loma y en mitad de ella había una gran protuberancia rocosa protegida por maleza y arbolillos achaparrados. En lo alto de la loma se encontraba uno de los antiguos túmulos, uno bastante grande rodeado por un anillo de monolitos.

—Servirá —dijo Hal mientras se detenían tras la barrera natural formada por la piedra—. Mantén los caballos detrás del punto donde la roca sea más alta, Hal, y mira si puedes hacer algo por Arun.

Cogió su arco y sus flechas del interior de su manta enrollada y corrió hasta situarse detrás del risco de rocas justo cuando sus perseguidores aparecieron y mandaron una lluvia de flechas hacia su refugio. Hal apuntó con su primera flecha a quien parecía ser el jefe, y el hombre chilló al ver bruscamente clavado su brazo al costado. El siguiente disparo de Hal derribó a un hombre de su caballo, con el corazón atravesado por la flecha, y la siguiente hendió el cuero cabelludo de otro jinete.

Los corazones frenaron en seco y se consultaron con la mirada. No habían sabido que sus presas poseyeran un arco y, especialmente, no uno tan potente y preciso. Aunque se trataba de nueve arcos contra uno, él tenía protección y ellos no, y estaban siendo cazados uno a uno igual que pájaros en una rama. Incluso mientras consideraban la situación, otro de ellos cayó de su montura con un alarido. Un instante después los supervivientes se retiraron apresuradamente hacia los arbustos de los que habían llegado.

—Dos menos —suspiró Hal—. ¿Qué tal está Arundel, Alan?

Alan no había disfrutado mucho teniendo que cuidar de Arundel mientras que las flechas silbaban sobre su cabeza, caían junto a sus pies y repiqueteaban en las ramas de los árboles que le protegían. Pese a ello, había logrado sacar la flecha de la pata de Arundel y había vendado la herida. Cuando se reunió con Hal le trajo un puñado de flechas que había recogido de entre las disparadas por los cazadores de recompensas.

—La herida no es demasiado mala —le informó—. El astil ha pasado por entre el músculo y el hueso, con lo que apenas si ha dañado nada aparte de la piel. Aun así, no podrá correr ni llevar peso.

Hal asintió con el ceño fruncido.

—Por muchas flechas que tenga sólo puedo disparar una cada vez —murmuró—. Pronto oscurecerá. Tendrán que atacarnos y nosotros no tenemos nada para protegernos la espalda. Son cuatro contra uno... Necesitamos algo de ayuda.

Alan lanzó un bufido al oírle decir eso.

—En esta tierra árida no hay nada que pueda ayudarnos salvo los pájaros y los conejos. Me temo que deberemos confiar en nuestra suerte, que últimamente se ha visto sometida a pruebas un tanto excesivas.

Los cazadores de recompensas abandonaron su refugio y se quedaron quietos donde Hal no podía alcanzarles con su arco. Cada uno llevaba una vara recién cortada, larga y resistente, utilizable tanto como lanza roma o como garrote. El jefe del grupo tenía el brazo vendado y su rostro no parecía demasiado amistoso.

Hal les miró y tragó saliva, como si con ella estuviera tragándose su orgullo. Luego levantó la cabeza y empezó a hablar con una voz límpida y potente:

—*O lian dos elys liedendes, on dalyn Verán de rangrin priende than shalder.* («Oh, espíritus de aquellos que vivisteis en el pasado, un hijo de Verán implora vuestra ayuda

para salvarse del peligro.»)

Y como desde muy lejos, como desde el corazón de la tierra, una voz muy débil le contestó: *«Al holme, Mireldeyn».* («Ya llegamos, Mireldeyn.») Y como desde la cúpula del cielo, a una gran distancia, una voz fantasmal gritó: *«Al holme, Mireldeyn».*

—Hal, ¿qué es eso? —susurró Alan, paralizado, sintiendo un cosquilleo de miedo en todo el cuerpo.

—Amigos —replicó Hal.

«¡Holmé a eln!» («¡Ven a nosotros!»), dijo la primera y más débil de las voces. Alan no logró decidir de qué dirección procedía. Parecía llenar el mundo entero. Pero Hal empezó a subir por la loma, hacia el túmulo y el anillo de monolitos. Alan y los caballos le siguieron. A su espalda se oyeron gritos de terror. Alan se detuvo involuntariamente.

—No están sufriendo ningún daño —dijo Hal—. Mira.

Con un esfuerzo de voluntad, Alan logró dar la vuelta. A la débil luz del ocaso pudo ver a los hombres corriendo de un lado a otro, tropezando y cayendo presas del pánico y levantándose para volver a correr. No logró ver de qué huían a no ser que fuera del mismo temor sin nombre que Alan sentía dominando su propia mente, un miedo tal que sus ojos se llenaron de negrura y se le entumecían las piernas. Los gritos de los cazadores de recompensas acabaron esfumándose en la lejanía.

Hal se dio la vuelta y siguió subiendo. Arundel y Alfie le siguieron. Cuando su propio caballo pasó tranquilamente junto a él, dejándoles atrás, Alan se ofendió bastante y, sin saber muy bien cómo, logró convencer a sus reluctantes piernas para que se movieran. Se puso a la altura de Hal y sintió el foco del temor delante de ellos, en el túmulo. Fueron acercándose a él; Alan se movía igual que un ciego, dando un paso detrás de otro y avanzando muy despacio. Un instante después sus piernas se detuvieron. Querían dar la vuelta y correr. Los mantuvo inmóviles, pero no lograba hacer que siguieran avanzando. No podía ver nada. Su lengua parecía haber quedado pegada a su paladar y sólo con gran esfuerzo le fue posible moverla.

—Hal —murmuró—, ayúdame.

Sintió como Hal le tomó de la mano, y con ese contacto notó el calor difundirse a través de la sangre que había quedado congelada en sus venas.

—Ven, hermano —le dijo Hal amablemente, y Alan siguió caminando.

Se encontró con el miedo; lo cruzó y éste se derritió ante él. Un instante después su corazón se vio colmado por una poderosa sensación de consuelo y amistad, la oscuridad abandonó sus ojos y descubrió que se encontraba dentro del círculo de los monolitos. Lo que había sido un miedo abrumador era en esos instantes un abrazo de protección que le daba la bienvenida. Hal le estrechó con fuerza.

—¡Dudo que en toda Isla haya otro hombre que hubiera sido capaz de hacer eso! —exclamó con orgullo.

—Dejando aparte a quien me acompaña —replicó Alan secamente—. Viniste hacia aquí igual que si fueras a un mercado de aldea. ¿Qué es lo que me asustó tanto?

Algo se rió suavemente junto al oído de Alan, haciéndole dar un salto. Una voz amable habló rápidamente en un lenguaje que no comprendió. Hal asintió y se volvió hacia Alan.

—Dice que lamenta haberte sobresaltado de esa forma. No pretendía hacerlo.

—Oh, dile que no importa —jadeó cortésmente Alan—. Pero ¿quién o qué es?

Hal tomó asiento en el suelo y se apoyó en la pared del túmulo.

—Son —le corrigió—. Son los espíritus de los hombres enterrados aquí.

—¿Fantasmas? —preguntó Alan con un hilo de voz, sentándose también en el suelo.

—Bueno, supongo que podrías llamarles fantasmas —respondió Hal con expresión dubitativa—, pero la mayor parte de lo que se cuenta sobre los fantasmas es falso. No agitan cadenas ni hacen sonar huesos y tampoco vagan en la noche ni se dedican a meterse en los asuntos de los seres humanos. La verdad es que no pueden hablar o alejarse de sus túmulos a no ser que alguien les llame pidiendo ayuda, tal y como yo hice.

Alan sintió que empezaba a marearse.

—¿Y estamos rodeados por ellos? —preguntó con voz algo nerviosa.

—Así es. El anillo de monolitos es su fortaleza. Ningún mortal puede penetrarlo sin enfrentarse al miedo y superarlo. La intensidad del miedo depende en parte de la cantidad de mal que haya en su corazón. No creo que los cazadores de recompensas vuelvan a molestarnos.

—Pues entonces debes de ser el más bondadoso de los hombres, ya que no sentiste miedo alguno.

—¡No! —protestó Hal—. He dicho «en parte». El miedo surge también ante lo desconocido. Yo comprendía lo que estaba ocurriendo y tu no.

—Muy cierto —murmuró Alan con una expresión de asombro en el rostro—. Jamás creí que tales cosas pudieran existir y siempre me reí de las historias que la gente del campo contaba al respecto.

—Puedes seguir haciéndolo —dijo Hal con una sonrisa—, pues en su mayor parte no son sino tonterías. Sin embargo, sirven para recordarnos que en el cielo y en la tierra hay grandes misterios y que en ellos moran criaturas que se encuentran más allá de nuestra comprensión. Lo que ocurre en las historias de los campesinos es que los habitantes del Otro Lado siempre visitan a los hombres para causarles daño y eso no es cierto. Acuérdate bien de esto, Alan, y caminarás bajo la luna nueva igual que hacen los gitanos, sin temor alguno: no hay ninguna criatura, de carne o de espíritu, mortal o inmortal, que vaya a causarte daño sin tener razón para ello..., la única que hará tal cosa es tu hermano de especie, el hombre.

Pasaron la noche dentro del anillo del túmulo, protegidos por la pared del montículo central. Alan se sentía abrigado y a gusto pese a la fría humedad de la piedra. Estaba lleno de asombro y preguntas. Había aprendido que no todos los muertos se convierten en sombras como aquellas a las que había conocido; Hal pensaba que aquellos espíritus debían de haber muerto sintiendo miedo o ira. Quizá hubieran sido guerreros. Pero ahora no importaba el que en vida hubieran sido hombres bondadosos o malvados. Su paso al otro lado de la existencia les había limpiado; el bien y el mal se habían ido de ellos junto con su mortalidad y ahora no eran sino reflejos sin cuerpo de los miedos y los amores de quienes los llegaban a encontrar.

Y Alan se enteró de que podían ser invocados.

—¿Cuál es el lenguaje que hablas con los espíritus, Hal? —le preguntó—. ¿Es el mismo que hablas con los gitanos?

—Sí.

—¿Y con Arundel?

—Sí.

—¿Es el lenguaje de Welas?

—No...

—Entonces, ¿qué idioma es? ¿Dónde lo aprendiste? —Hal frunció el ceño no sabiendo muy bien qué responderle. Incluso a la parpadeante luz de la hoguera su incomodidad resultaba evidente. Alan decidió retirar la pregunta—. No importa.

—Deseo responder a tu pregunta, pero me resulta imposible hacerlo —dijo Hal con voz quejumbrosa.

Pasó bastante tiempo antes de que Alan pudiera conciliar el sueño, la mente todavía llena de asombro ante todo cuanto había presenciado. Despertó para encontrarse con que el aire estaba lleno de niebla y vio que Hal ya estaba conversando con sus anfitriones invisibles en el misterioso lenguaje.

—Ya sabes que lo ven todo y que viajan con la velocidad del viento —le explicó a su compañero—. Normalmente no pueden apartarse de sus lugares de reposo, pero la noche pasada mandé a unos cuantos de ellos en un viaje de exploración. Parece que nuestros amigos los cazadores de recompensas, se han peleado entre ellos y, o están muertos o han huido. Y Corin y Col, su padre, se encuentran acampados a uno o dos días de distancia hacia el este, cerca del mar.

—Pero Arundel no puede ir muy lejos ni viajar de prisa con su pata herida —masculló Alan.

—Ya lo sé. Tendré que ir a pie durante un tiempo.

Para desayunar comieron conejo y unas cuantas manzanas silvestres. Después cargaron todo su equipo sobre Alfie, pero cuando se preparaban para marchar la voz les habló en un susurro. El rostro de Hal se volvió sombrío, pero no contestó. Le hizo una seña a su compañero para que le ayudara a quitar algunas piedras de la pared del túmulo.

Cuando hubieron creado una entrada, se metieron a rastras por ella, teniendo mucho cuidado de donde ponían las manos y los pies. El interior del túmulo era lo bastante alto como para estar de pie. Gracias a la luz que se filtraba por la abertura pudieron ver harapos, huesos cubiertos de polvo y el apagado brillo de lo que en tiempos había sido metal reluciente: cascos, corazas y espadas de formas tan antiguas como extrañas. Estaba claro que quienes yacían en el túmulo habían sido guerreros.

La voz habló de nuevo, invitándoles a seguir, y los dos avanzaron hacia el centro del túmulo, donde había una figura tendida sobre una losa. Junto a su cráneo color gris ceniza había una corona, ennegrecida por el tiempo. Junto a su mano derecha había una espada, Incluso a través de la suciedad de las eras pudieron ver que era un arma maravillosa, la empuñadura cubierta de joyas y toda ella dorada, grande y pesada para que su golpe resultara poderoso. La voz del rey muerto habló de nuevo, ahora durante largo rato, y Hal fue hacia la espada. La tomó en sus manos, alzándola, y besó con reverencia la gran empuñadura. Después volvió a dejarla y habló en voz muy baja con la presencia sin cuerpo que les acompañaba. Cuando hubo terminado, él y Alan dieron la vuelta y se fueron. Mientras guiaban a sus caballos por la pendiente, el calor del túmulo les siguió durante un trecho y acabó desvaneciéndose lentamente entre la neblina matinal.

Hal esperó a estar bien lejos del túmulo antes de hablar.

—Ese rey quería que me llevara su espada —dijo casi en un murmullo.

—¡La espada dorada! —casi gritó Alan—. Pero, Hal... ¡es un arma maravillosa! ¿Por qué no la cogiste?

—Necesito la mía —murmuró Hal.

Alan lanzó un gemido de incredulidad.

—Hal, eres una persona increíblemente difícil... La espada de un antiguo monarca, un arma cubierta de joyas..., ¿acaso no era suficiente para ti?

—Era más que suficiente —replicó secamente Hal—. Me dijo que el arma estaba saturada del poder de los Inicios y que con ella sería invencible.

Alan se detuvo y le miró fijamente.

—¡La espada mágica de los Grandes Reyes! —dijo en un jadeo.

—Sí. Cuando la levanté sentí cómo latía en mis manos y todavía siento su pulsación dentro de mí; apenas si puedo caminar debido al dolor que me ha causado. Alan, ¿puedo contarte una historia?

Tomaron asiento en el suelo y dejaron pastar a sus caballos. Cuando empezó a hablar, Hal no parecía estar mirando a nada en concreto, ni tan siquiera a su amigo.

—El nombre de ese rey era Claryon, Gran Rey de Laveroc, y la poderosa espada Hau Ferddas estaba suspendida sobre su trono para hacer que se cumpliera su voluntad, y los escritos de Cuin el Antepasado se guardaban en la cámara del consejo, y la piedra que llora se alzaba en el patio como recordatorio de que los Reyes de Laveroc eran los vasallos más honrados del Rey que se marchó al otro lado del mar. El agua iba goteando por la piedra agrietada y caía de su pedestal dorado para formar un charco sobre los guijarros. Los príncipes eran Cuelan, Culadon y Cuert. De pequeños jugaban a fabricar botes con palos y los hacían navegar sobre las lágrimas de la Piedra de la Pena.

»Cuert creció para convertirse en un erudito y Culadon se convirtió en un gran estadista, pero el mayor de ellos, Culean, no tenía talento para estudiar en los libros, así que se dedicó a entrenarse en el arte de la guerra. Como guerrero no recibía muchos honores; hacía media era que la paz reinaba en el país y se creía que Hau Ferdass sería capaz de mantenerla eternamente.

»Cuando los príncipes eran adultos, o poco les faltaba ya para ello, Verán llegó del oeste y entró en la Bahía de los Benditos. Cuert, el más joven de los príncipes, supo que era el Rey nada más le informaron de su llegada, pues Verán había traído consigo una corona de plata en forma de estrella. Culadon sólo sabía que Verán había adquirido poder en Welas, tierra donde los Reyes de Isla no eran obedecidos. Pero Culean sólo veía en él a un rival. Y Claryon, el viejo rey, pensaba que cualquier tipo de cambio era una amenaza.

»La auténtica amenaza llegó del este. Menos de un año después se presentó Herne con sus barcos de guerra, y el viejo Rey Claryon partió a caballo para encontrarse con él, orgulloso y convencido de la invencibilidad de su espada legendaria. Unos centenares de hombres le siguieron en una larga serie de marchas forzadas a través de Isla. Se encontraron con Heme en las tierras que hay cerca del Río Negro. Hau Ferddas mató a muchos hombres, pero los viejos brazos de Claryon acabaron perdiendo la fuerza precisa para sostener la espada. Retrocedió tambaleándose ante sus enemigos y sólo la

llegada de la oscuridad le salvó a él y a su espada de ser capturados. Aquellos de sus hombres que habían sobrevivido le llevaron de regreso a Laveroc, y unos cuantos días después murió, aunque no había sufrido ninguna herida. Su pueblo se enfrentó a los invasores siendo presa de la confusión y el desespero, y se doblegó ante ellos igual que la hierba.

»Con Heme iba un hechicero llamado Marrok, que quiere decir el Lobo. El hechicero presenció la batalla, y había visto a la espada Hau Ferddas, y deseaba poseer el arma para aumentar el poder de su amo, o quizá para aumentar el suyo propio. Con sus artes secretas creó un hechizo que la despojaría durante un tiempo de su poder místico. El precio del hechizo era muy alto; varios hombres perdieron sus vidas para que pudiera ser creado. Pero Herne estuvo muy satisfecho.

»Verán había ido a Laveroc con quinientos hombres, pues el peligro que amenazaba a Isla amenazaba también a Welas. Asistió al funeral del viejo Claryon e inclinó su cabeza ceñida por la corona élfica ante su pira. Pero Culean, el nuevo Gran Rey, rechazó la ayuda que le ofrecía y partió para reunir a sus hombres y enfrentarse a los invasores. Culadon decidió unirse a Verán, y Cuert, que aún no había cumplido los quince años, se quedó en Laveroc para encargarse de gobernarla.

»Muchos fueron los hombres valientes que decidieron luchar junto a Culean, y durante un tiempo el avance de Heme se vio detenido. Verán le atacaba desde el sur y el oeste, y Culean le acosaba desde el norte, y si los dos hubieran podido unirse quizá hubiera sido posible hacer que Herne se rindiera. Pero cada uno luchaba por separado y ésa no era la mejor táctica. Entonces fue cuando el hechizo de Marrok empezó a obrar y Culean se encontró teniendo que luchar sólo con sus fuerzas de hombre. Y, como si todo fuera obra de un zar maligno, Culadon murió luchando junto a Verán. Después de aquello, los defensores de Isla perdieron a muchos seguidores y los ejércitos de Herne reemprendieron su avance.

»Verán les presentó batalla entre las montañas de Welas y el Río Resplandeciente, allí donde está la frontera en nuestros tiempos. Toda Welas se unió a él y fue capaz de hacer que Herne aceptara unas condiciones beneficiosas para su tierra. —Hal se volvió hacia su amigo y entonces pareció darse cuenta de su presencia por primera vez—. Cuert le acompañó, y es a través de él por quien estás emparentado con ese linaje, Alan; Deona, la mujer de Álf, fue su nieta.

—¿Yo? —murmuró Alan.

—Eres de sangre real. El Gran Rey Culean fue perseguido por todo el norte de Isla mientras que el poder de su espada era debilitado cada vez más por el hechizo de Marrok, hasta que llegó un momento en que pudo darse cuenta de que Herne poseía ya toda Isla y su único deseo aún no cumplido era apoderarse de Hau Ferddas. Entonces Culean y los pocos vasallos leales que todavía le quedaban tramaron un plan para que la espada no cayese en manos de Herne, y creo yo que también para dejar a salvo su propio orgullo, ya que les habría sido más fácil arrojar la espada al mar. En vez de hacer eso escogieron una colina de la Desolación y maldijeron al destino con sus maldiciones más potentes, y luego murieron por su propia mano. Aquellos de sus compañeros que habían escogido no seguir su plan construyeron el túmulo sobre ellos y se marcharon, y allí ha permanecido la espada hasta el día de hoy, pues la protegen los espectros de esos guerreros, sombras que nunca duermen, como bien sabían ellos que sucedería.

Los dos se quedaron callados e inmóviles durante un tiempo mientras aquella terrible historia iba despertando ecos en sus mentes.

—¿Fue.., fue Culean quien te contó esto? —acabó preguntando Alan.

—No.

—Entonces, ¿quién fue, Hal? ¿Los gitanos?

—Nadie, Alan. —Y Hal habló con algo parecido a la desesperación—. Es... es la visión que... que he tenido de cómo la espada ha llegado a ser un objeto perteneciente al reino de las sombras.

«Así que además de hechicero es vidente», pensó Alan. Aceptó aquel hecho casi sin darle importancia; los últimos acontecimientos y las revelaciones de Hal le habían afectado hasta tal punto que casi había perdido la capacidad de asombrarse.

—Si pudiera, tomaría en mis manos esa brillante espada y la arrojaría al mar —dijo Hal en voz baja—. Pero cuando la tuviera entre mis dedos creo que mis fuerzas no bastarían para dejarla. Es una seductora, Alan. Pero tu linaje hace que sea mucho más tuya que mía.

—No me fue ofrecida. —Alan se encogió de hombros—. Venga, encontremos tu espada, la que te dio Trigg.

—Durante un tiempo fue como un padre para mí... —Hal apartó la mirada, recordando el amor que había en los ojos de aquel hombre de gran corazón cuando le dio su regalo—. Sí, marchémonos.

Se pusieron en pie y Hal dio unos cuantos pasos, caminando despacio y con expresión de dolor. De repente volvió a dejarse caer en el suelo y golpeó las piedras con el puño.

—¡Maldita sea, Alan! ¿Por qué me la han ofrecido? ¿Era una trampa e hice bien rechazándola? ¿O acaso era una llave que he tirado? Si era una prueba, ¿por qué someterme a ella? ¡Y si no lo era, entonces es que he escogido mal!

Alan le sonrió con cierta ironía.

—Tienes que confiar en ti mismo, Hal, tal y como confío yo. ¿O acaso no es cierto que al final todo parece salirte bien?

—Piensas que debería haberla aceptado — murmuró Hal.

—Cierto, yo la habría aceptado y probablemente habría conseguido que acabaran matándome por haberlo hecho. Pero gracias al cielo, tú no eres yo. Quizá no necesites semejante espada.

—No te burles de mí, Alan —le dijo Hal con voz cansada.

—¿Después de todo lo que he visto? —Alan le miró fijamente—. ¿Me estoy burlando, hermano?

Y Hal alzó la cabeza, le miró y en sus ojos fue creciendo el asombro.

—Ojalá tuviera tan buena opinión de mí mismo —dijo por fin.

6

Durante varios días fueron a pie debido a la herida de Arundel. Hal estaba de mal humor y fatigado por algo más que el caminar. Cuando recuperó su energía empezó a volverse irritable debido a lo lento de su avance. Estaban yendo hacia el noreste, hacia el mar. El Bosque se curvaba con su camino, yendo también hacia el este, pero lo cierto es que resultaba difícil seguirle llamando Bosque, pues ahora estaba compuesto básicamente por arbustos espinosos y coníferas de troncos achaparrados. Durante días enteros los dos amigos sólo tuvieron como alimento a los pájaros, los conejos y las pinas de los árboles; Alan acabó volviéndose tan susceptible como Hal. En aquella tierra desolada casi nunca veían a nadie. No tuvieron ninguna nueva noticia de Corin.

Pasaron quince días de caminar y avanzar muy despacio a caballo antes de que llegaran a la costa. Los acantilados caían a pico desde una llanura cubierta de arbustos azotada por el viento, y el oleaje se estrellaba contra las rocas muy por debajo de ellos. Cuando Hal oyó el mar y sintió la brisa salada se irguió en la silla y sus ojos grises resplandecieron con un brillo plateado. Pero Alan pensó que el rugido del mar era como un presagio de catástrofe, y que los tristes gritos de las gaviotas eran igual que sollozos. Hizo falta el calor de la hoguera que encendieron al anochecer para expulsar aquel peso frío de su corazón.

El otoño se acercaba rápidamente. Las noches eran frías; las mañanas, húmedas. Las hojas de aquellos árboles retorcidos colgaban fláccidas e inmóviles durante el calor de los días. Los chaparrones se presentaban con brusca rapidez para desvanecerse tal y como habían llegado. Hal y Alan fueron en dirección norte siguiendo la costa, buscando algún rastro de Corin; y una noche, cuando el suelo todavía estaba mojado por la lluvia de la tarde, encontraron unas huellas hechas por dos pares de pies, unos más grandes que los otros.

—¡Por fin! — exclamó Hal.

Siguieron las borrosas huellas hasta que se hizo demasiado oscuro para ver nada, y después siguieron avanzando, a pie y abriéndose paso a tientas por entre la espesura, buscando la hoguera de un campamento. Antes de que pasara mucho tiempo lograron ver un parpadeo en la lejanía.

—¡Qué suerte! —murmuró Hal—. Pero ahora tenemos que seguir sin hacer ningún ruido; no tenemos ninguna seguridad de que el herrero y su chico estén solos.

Alan tuvo la impresión de que el tiempo transcurrido entre aquellos molestos arbustos era toda una eternidad. Su corazón latía fuertemente por la tensión de tener que moverse despacio y torcía el gesto ante cada uno de los ruidos que provocaba su torpeza. Hal avanzaba ante él igual que una sombra silenciosa. Pero cuando por fin estaban cerca del fuego, Hal retrocedió unos pasos hasta quedar junto a él y le tocó el brazo.

—¡Hombres del rey! —susurró.

Alan pudo sentir el temblor de sus dedos y oír el ronco temor de su voz. Había pronunciado el mismísimo nombre del terror; sin embargo, siguió avanzando hacia la luz de la hoguera.

Un instante después, Alan pudo ver la razón de ello. Corin estaba ahí, atado a un arbolillo. Incluso al rojizo resplandor de las llamas el rostro del chico parecía tan pálido como el de un muerto. Col estaba tendido en el suelo, cerca del fuego. Los hombres del

rey se hallaban inclinados sobre él. El Rey Iscovar alardeaba de que sus soldados llevaban cascos de oro, pero el metal estaba mezclado con cobre para que fuese más barato y el resultado final relucía con un brillo anaranjado, el más cruel de los colores; sus capas estaban teñidas de negro imitando el color azabache del Rey, y estaban obligados a llevarlas incluso en el calor del verano. Estaban formando un círculo alrededor del fuego y de Col, igual que si fueran los negros sacerdotes del dios cornudo rodeando a la víctima de un ritual. Alan pudo ver que Col estaba atado a unas estacas clavadas en las piedras del suelo y había manchado la tierra con su sangre. Alan se estremeció y luchó por no quedarse sin aliento.

—Si luchamos con ellos será preciso que les matemos a todos —le advirtió Hal en el más leve de los murmullos.

Rodeando el fuego había seis hombres del rey. Su jefe alzó una espada, la espada de Hal, sobre el convulso rostro de Col.

—Aún tienes tiempo de contarme dónde encontraste esto antes de que mueras sintiendo su filo —le dijo con voz melosa.

El herrero ladeó la cabeza, apartando sus ojos de él.

—No importa —observó otro de los hombres del rey—. Ya se lo sacaremos al cachorro.

—¡Ya te he dicho que la robé! —gritó Corin, pero el hombre del rey giró en redondo y le golpeó con el puño. La cabeza del chico se estrello contra el árbol, y aunque su hijo no había emitido sonido alguno, Col sí gritó, un rugido desesperado brotando de sus labios. El alarido seguía despertando ecos cuando Hal y Alan desenvainaron sus espadas y saltaron hacia adelante sin hacer ningún ruido, moviéndose como un solo hombre.

Dado el número de sus adversarios, Alan y Hal no tenían muchos deseos de jugar limpio. Hal cercenó la cabeza de quien había golpeado a Corin antes de que el hombre pudiera levantarse; el cuerpo se derrumbó sobre el chico rociándole de sangre. Alan hizo caer a un hombre del rey en la hoguera, y cuando su gruesa capa estalló en llamas, éste lanzó un chillido y empezó a correr locamente de un lado para otro. Un instante después, Alan y Hal se encontraron luchando desesperadamente, cada uno enfrentado a dos espadas. Alan se vio obligado a retroceder hasta quedar casi pegado a la inerte silueta de Col, aterrado ante la idea de que pudiera acabar pisándolo. Al no tener escudo no tardó en recibir media docena de heridas. Hal se encontró teniendo que competir con una espada de gruesa hoja usando la gracia y velocidad de su arma, mucho más ligera. Lanzó una veloz estocada y parpadeó; uno de sus enemigos había caído al suelo, fuera de combate. Alguien le había herido en la pierna. Corin, aún tambaleándose debido al golpe recibido en la cabeza, fue con paso vacilante hacia la hoguera para ayudar a Alan, llevando en su mano una espada que había cogido del suelo.

Pero Arundel y Alfie llegaron antes. La fuerza de su carga hizo que sus enemigos quedaran desconcertados, y después de aquello el combate no tardó en terminar. Seis hombres del rey yacían muertos en el suelo; Hal se aseguró personalmente de ello. Alan se dejó caer al suelo junto al cuerpo del herrero. Corin se apresuró a ponerse de rodillas a su lado, temblando y apretando con fuerza la mano de su padre, pero Col estaba muerto. No hacía falta examinarle muy concienzudamente para darse cuenta de ello.

Hal había cogido su odre y una camisa de un hombre del rey para hacer vendas. Miró a Col y al chico y luego le entregó el odre a su amigo sin decir palabra. Igual que Alan, estaba sangrando por las heridas que tenía en los brazos y los hombros, aunque las suyas no eran tan numerosas. Alan tragó un poco de licor y se levantó, aún algo tembloroso.

—Será mejor que nos marchemos en seguida —murmuró—. Es posible que en los alrededores haya más de estas alimañas.

—Si alguno de ellos se aproxima, Arundel nos avisará —replicó Hal—. Tenemos tiempo suficiente para enterrar al herrero. —Vendó apresuradamente las peores heridas de Alan, después hizo lo mismo con las suyas y se arrodilló junto a Corin, vendándole las muñecas despellejadas mientras hablaba—. Muchacho, mi espada te ha traído mala suerte. Lo siento.

—Ojalá te dé una suerte mejor en recompensa a tu bondad —murmuró el chico—. Mi padre dijo que era el arma de un príncipe y has sabido ganártela con dignidad.

Hal ya había vuelto a colocarse la espada al cinto: era una hoja resistente pero ligera, un arma que requería más habilidad que fuerza. La empuñadura y la vaina eran de un metal gris plateado y sus escasos adornos consistían en una trama de esmalte negro. El reflejo creado por la luz sobre el metal tenía el mismo color que el visible algunas veces en los ojos de Hal cuando pensaba en sus enemigos y en las tareas que le aguardaban. Alan ya había visto el arma anteriormente, pero ahora la contempló como si ésta fuera la primera vez. No cabía duda de que la espada había nacido para pertenecer a Hal.

—Mi padre se enfadó mucho conmigo por haberla cogido —añadió Corin—, y ahora ha pagado el precio de mi locura...

Un instante después se le quebró la voz y empezó a llorar en silencio. Alan le rodeó con su brazo sano y le hizo apartarse del cadáver; después volvió para ayudar a Hal.

Cortaron las ataduras que aún sujetaban el cuerpo de Col, lo envolvieron en la capa de Hal y lo colocaron en una hendidura no demasiado profunda que se abría entre las rocas. Después lo cubrieron con piedras hasta acabar levantando un túmulo. Los cuerpos de los hombres del rey fueron llevados hasta la espesura y no les costó demasiado encontrar a sus caballos, unos animales de tan mal temperamento como sus amos; Hal registró las alforjas en busca de comida y luego desató sus riendas para dejar que se marcharan. Ni él ni Alan deseaban llevar encima nada que hubiera pertenecido a los hombres del rey. Pisotearon el fuego hasta apagarlo. La noche era nubosa y sin luna, pero los dos anhelaban marcharse de aquel lugar pese a la oscuridad.

—Vamos, Corin —murmuró Alan, e instaló al chico en la silla de montar de Alfie.

Cabalgaron toda la noche y el día siguiente, dirigiéndose hacia el norte por entre el Bosque y los acantilados del mar. Durante ese día Corin les fue contando poco a poco su historia.

—Ya sabéis que los herreros conocen la magia de los metales —les explicó—. Cuando vuestra sopa le hubo devuelto las fuerzas, mi padre pudo curarse tocando tu espada. Después la utilizó para hacer un conjuro que nos diera comida cuando empezamos a tener hambre. Un halcón gris acudió a la llamada del hechizo y dejó caer un conejo a nuestros pies.

—Al parecer hay más de una espada mágica —le hizo notar Alan a Hal.

—Un hechicero es capaz de obrar maravillas con un palo —dijo secamente Hal—. Y los hechiceros que sirven a Iscovar son capaces de oler tales conjuros incluso desde Nemeton.

—La magia que hay en esa espada es la del perfecto artesano —les dijo Corin con voz algo vacilante—. Es el arte del soberbio herrero que la creó, y en semejante poder no hay mal alguno... Pero, aun así, a padre no le gustaba usarlo con demasiada frecuencia.

Es más honroso pescar tus propios peces que utilizar la red mágica de otro hombre.

—En estos acantilados es imposible pescar —gruñó Alan.

La brisa salada que llegaba del mar era bastante fría. Incluso los últimos y achaparrados restos del Bosque quedaban ahora a sus espaldas, y ante ellos no había más que una extensión de rocas carentes de árboles. Se encontraban en las Marcas.

—Seguimos caminando hacia el norte para alejarnos cuanto nos fuese posible de Agua Blanca —dijo Corin mucho rato después—. Además, padre temía tu ira, aunque yo le dije que... Bueno, la verdad es que la tierra se iba haciendo cada vez más salvaje y desolada. Habría sido imposible cultivar nada en ella. Padre pensaba que podríamos ir hasta las Tierras Baldías y unirnos a los señores de la guerra que las recorren. Creo que había empezado a gustarle el viajar. Pero esos monstruos negros y anaranjados aparecieron de repente detrás de nosotros y... —Corin se calló.

—Así que siguieron el olor de la brujería desde Nemeton —dijo Alan—. Pero, Hal, ¿cómo pudieron saber que era tu espada? Y, si no lo sabían, ¿por qué preocuparse por ello?

—No tengo respuesta a ninguna de las dos preguntas —musitó Hal—. No sé nada de mi arma.

Ya casi había anochecido cuando encontraron una depresión del terreno protegida por cuatro monolitos. Decidieron pasar la noche en ella, protegidos de la continua brisa marina y también de cualquier par de ojos que pudiera estar acechándoles. La conversación sobre la brujería había hecho que Alan se pusiera nervioso; no paraba de imaginarse rastreadores invisibles que les seguían la pista implacablemente. En cuanto a lo que pensaba Hal, le resultaba imposible adivinarlo.

Hicieron que Corin les ayudase a preparar el campamento con la esperanza de que el trabajo quizá calmara un poco su pena. Hal sirvió su mejor estofado de conejo, con unas preciosas rebanadas de pan que habían cogido de las alforjas enemigas; pero el muchacho apenas si lo probó. Después de cenar, Alan le ofreció su manta. Corin la rechazó cortésmente.

—No puedo dormir —dijo—. No permitáis que os impida reposar; me quedaré sentado junto al fuego.

No tuvieron más remedio que respetar su deseo de estar solo. Pero Alan no durmió demasiado bien pese a su fatiga, y no pasó mucho tiempo antes de que se levantara para encontrar al chico hecho un ovillo junto a las ascuas del fuego, profundamente dormido y con las pestañas aún humedecidas por las lágrimas. Alan le envolvió cuidadosamente en su manta y le apartó del fuego. Después volvió junto a las ascuas que agonizaban y se abrigó con su capa. Hal acabó despertándose y vino en silencio a reunirse con él.

—Me alegro de que esté dormido —murmuró observando a su nuevo compañero—. ¡Ah, Alan, ese chico tiene mucho coraje! Librarse de aquellas ataduras... Las heridas de sus muñecas casi llegan hasta el hueso. Y quitarse de encima ese cadáver decapitado, y venir en nuestra ayuda blandiendo la espada de un muerto... Y no puede tener más de trece años.

—Doce, según me dijo. Pero es muy probable que dentro de uno o dos años ya le anden siguiendo las chicas. El bribón es apuesto y ha sido bien criado.

—Pobre muchacho... —murmuró Hal—. Alan, ¿qué haremos con él? No puede llevar este tipo de vida.

Alan meneó la cabeza sin saber qué responder. Suponía que tendrían que preocuparse de ello más adelante.

Pero tuvieron que preocuparse por Corin más pronto de lo que esperaban. Cuando se levantaron al amanecer, Corin no despertó, y su frente estaba muy caliente. Hal frunció el ceño.

—Necesita mucho más el sueño que el desayuno, pero tendrá las dos cosas. Sigamos hasta que despierte.

Así que Alan le cogió en brazos, con manta y todo, y le subió encima de Alfie. El chico se movía y no paraba de murmurar, pero no se despertó. Había avanzado ya la mañana cuando emergió bruscamente de su sopor y contempló lo que le rodeaba con expresión de sorpresa. Arundel se puso a la altura de Alfie, y Hal alargó la mano hacia la frente de Corin, preguntándole cómo se encontraba.

—Las cosas se mueven a mi alrededor —le respondió—. A veces puedo ver tu cara, pero un instante después se desvanece en la niebla.

Corin no quería comer, pero le convencieron de que tomara un poco de sopa con carne, en la que Hal había puesto algunas de sus hierbas. Tan pronto como volvieron a montar, el muchacho se sumió en un sueño que era parcialmente un desmayo.

Cabalgaron todo el día, yendo hacia el interior en busca de alguien que pudiera socorrerles, y no se detuvieron hasta bien entrada la noche. Corin despertaba de vez en cuando, pero tenía los ojos vidriosos y hablaba muy poco. Bebió agua y sopa, pero era incapaz de comer nada. Los dos compañeros pasaron esa noche velándole por turnos. Cuando llegó el amanecer, Corin deliraba a causa de la fiebre, gimiendo y llamando a su padre. Hal no sabía qué hacer.

—Mis pociones no han surtido efecto —dijo—. Necesita estar a cubierto y alguien que conozca más que yo el arte de curar.

Siguieron cabalgando y buscaron desesperadamente cualquier señal de vida humana. A finales de la tarde encontraron un campamento de gitanos. El pueblo moreno les prestó cuanta ayuda pudo. Consiguieron mantas, comida, refugio del viento y algunas medicinas. Lograron que Corin comiera un poco de pan y algo más de sopa. Hicieron turnos para estar sentados junto a él, dándole agua y humedeciendo su encendida frente. Pero el muchacho no mejoró.

—¡No está luchando con la enfermedad! —exclamó Hal.

Y lo cierto es que Corin parecía estarse dejando hundir en la desesperación. Gritaba llamando a su padre y de vez en cuando chillaba «¡Asesinos! ¡Asesinos!» con una ira salvaje. Hal habló con el jefe de los gitanos.

—¿Hay cerca alguna granja o aldea donde la gente pueda estar dispuesta a prestarnos ayuda y donde viva un curandero?

El gitano meneó la cabeza.

—Si tenéis aprecio a vuestra vida no vayáis hacia el oeste, pues los jinetes de Arrok recorren las Marcas y llegan hasta el Bosque, aunque su castillo se encuentra en Rodsen. Si continuáis hacia el norte llegaréis a Firth, una ciudad de mercaderes que se encuentra en la Gran Cala del Norte. El señor de esa ciudad se llama Roran y es hombre bondadoso: hace cumplir su ley pero es compasivo y amable con los necesitados. Estoy seguro de que él tendrá un buen curandero. Pero es un viaje de siete días y dudo de que el chico los aguante.

—Lo haremos en tres días —dijo Hal con el rostro ceñudo—. Indícame el camino.

Abandonaron el campamento de los gitanos antes del alba, con Corin envuelto en una manta y con agua, comida y medicinas en sus alforjas. Durante todo ese día cabalgaron sin parar, deteniéndose sólo para darle algo de beber a Corin. Los kilómetros fueron esfumándose bajo los cascos de sus caballos y el paisaje pasaba junto a ellos más de prisa que nunca, aunque a los dos compañeros les parecía que avanzaban con mucha lentitud. Siguieron avanzando hasta que les resultó imposible ver por donde cabalgaban y luego se detuvieron para hacer un poco de sopa con carne hervida. Nada más salir la luna reemprendieron la marcha y no se detuvieron hasta la noche siguiente. Su único alimento era el pan que mordisqueaban sin bajarse de la silla de montar. Arundel y Alfie, inagotables, mantenían el trote que se les había impuesto. Alan sentía lástima por ellos, pero Hal les habló en su extraño lenguaje y los caballos alzaron las cabezas y se lanzaron hacia adelante igual que dos potrillos después de haber pastado. Aunque el terreno que atravesaban seguía siendo llano o suavemente ondulado, ahora ya podían ver unos ásperos picachos alzándose entre ellos y el mar. Estaban entrando en las Tierras Baldías del norte.

Al final del segundo día, Corin había dejado de gritar llamando a su padre. No se movía, quieto como un muerto, y apenas respiraba: Hal y Alan podían sentir el calor emitido por su rostro igual que si fuera el de una hoguera.

—Tenemos que llegar mañana —dijo Hal.

Siguieron avanzando durante toda la noche. Los caballos se tambaleaban debido a la fatiga, pero mantuvieron el paso tan bien como pudieron sin que hiciera falta apremiarles a ello. Al amanecer se encontraron subiendo por una cuesta larga y empinada. Corin iba encima de Arundel. Alfie tropezó y estuvo a punto de caer varias veces, pero su ánimo no flaqueó. Alan no paraba de darle palmaditas en el cuello y Hal habló varias veces con los dos caballos. Arundel tenía la cabeza gacha pero seguía adelante.

A media mañana llegaron a lo alto de la colina y vieron Firth debajo de ellos. Una hora después cruzaban las puertas de la ciudad. Fueron directamente hacia la morada del señor, moviéndose tan de prisa como les fue posible por entre la muchedumbre que llenaba las calles.

—¡Abrid! ¡Es un asunto de vida o muerte! —gritó Hal.

Las puertas de madera se abrieron con un crujido y un mozo de establo acudió corriendo para ocuparse de sus caballos. Un sirviente apareció ante ellos para conducirles hasta el señor.

—Que nadie salvo tú toque al caballo gris —le advirtió Hal al mozo de establo.

Siguió al sirviente llevando a Corin en brazos. Las patas de Arundel no paraban de temblar y su hermosa cabeza colgaba hasta casi tocar los guijarros del suelo. Pero Alfíe se dejó caer al suelo, quedando tendido sobre uno de sus flancos. Alan lanzó un gemido, desgarrado entre el dolor que le inspiraba el estado de Alfie y el que sentía por Corin; un instante después echó a correr en pos de Hal.

Un portero les dejó entrar en una estancia con muros de piedra. El interior de la habitación estaba cubierto por ricos tapices. En el centro de la estancia había un trono tallado y en él estaba sentado un hombre de piel morena y rostro noble vestido con un grueso traje de terciopelo. Nada más entrar ellos les miró, vio la fláccida figura sostenida por los brazos de Hal y cruzó la estancia sin perder un segundo, abandonando

al hombre con quien había estado hablando. Puso su mano sobre la ardiente frente de Corin, examinó los cansados rostros de los dos compañeros y dio un par de sonoras palmadas. Varios sirvientes acudieron corriendo.

—Llamad inmediatamente a Bleys —ordenó—. Preparad habitaciones y comida para estos caballeros, así como cuanto les haga falta. ¡Daos prisa! —Mientras los sirvientes se esfumaban se volvió hacia Hal y Alan—. Bleys es el mejor médico que se puede encontrar al norte de Nemeton. Si no es capaz de ayudar al chico, ningún mortal podrá hacerlo. Estoy impaciente por conocer vuestra historia, pero esperaré hasta que vuestras necesidades hayan sido atendidas. Luego hablaré con vosotros.

—Un millar de gracias, mi señor —dijo Hal con un hilo de voz.

—Ah, aquí está Bleys. Espero que todo vaya bien para el chico.

El señor Roran se dirigió de vuelta a su asiento mientras Hal y Alan salían de la estancia siguiendo al médico.

Bleys era un hombre ya mayor, de barba gris pero con el cuerpo aún robusto y la mirada vivaz. Les llevó a una gran habitación donde los sirvientes estaban encendiendo apresuradamente el fuego y poniendo las sábanas en una gran cama. Un instante después trajeron una bañera, la llenaron con agua caliente y Corin fue bañado con ternura; luego le acostaron en el lecho y le dieron leche caliente con una medicina. Después de aquello no quedó nada por hacer salvo humedecer su ardiente rostro con un paño frío, darle algo de beber de vez en cuando y esperar. Tan pronto hubo comprobado que Corin estaba bien cuidado, Alan fue rápidamente a los establos.

Encontró a Alfíe acostado sobre una gruesa capa de paja en un espacioso pesebre. Le habían cepillado y estaba bien tapado para que no cogiera frío. Arundel se encontraba en el pesebre contiguo, también acostado, y cuando vio a Alan le saludó con un relincho bastante animado. Pero Alfie siguió inmóvil, sin alzar la cabeza, y todo su cuerpo estaba rígido por el dolor. Alan se dejó caer sobre la paja y acunó la cabeza del caballo en su regazo. Alfie le acarició la mano con el hocico.

De repente, las lágrimas empezaron a rodar por las mejillas de Alan. Abrazó con fuerza el cuello de Alfie y le suplicó: «¡No te mueras! ¡Te necesito!». Sabía que si Alfie moría jamás lograría perdonárselo a sí mismo, aunque todo hubiera sido por el bien de Corin. Estuvo durante un largo tiempo inclinado sobre su caballo, acariciando el flaco cuello de Alfie, diciéndole lo bueno que era por haber galopado tan valerosamente noche y día, porque hacía ya un mes que no necesitaba que le ataran las bridas y porque ya nunca se escapaba.

—Alfie Corazón Grande —dijo—. Así te llamaremos.

Pasado un rato salió de los establos y volvió a la habitación de Corin. Su rostro seguía humedecido por las lágrimas y muchos fueron los que se le quedaron mirando, pero Alan no podía sentirse incomodado por semejantes naderías. Cuando avanzaba por la fortaleza, el señor Roran de Firth apareció al otro extremo del pasillo que recorría y se paró, preocupado al ver su expresión.

—¿Malas noticias?

—No, mi señor. Cuando le dejé, el chico seguía igual. He ido a ver cómo estaba mi caballo... —Durante un segundo Alan fue incapaz de continuar hablando—. Disculpadme, mi señor —logró decir por fin—. He estado tres días y tres noches sin dormir y empiezo a comportarme como un tonto. El caballo está medio muerto de tanto

galopar y siento una gran tristeza por él.

—¿Desde dónde habéis venido? —le preguntó afablemente el señor Roran.

Alan se lo dijo:

—Hace cuatro días estábamos allí donde el Bosque se encuentra con el mar.

El señor Roran lanzó un silbido.

—Tiene que ser un caballo muy poco corriente.

—No lo es, mi señor —respondió Alan, y tuvo que taparse la cara con las manos.

Hal asomó por el umbral de la habitación de Corin, fue hacia él y le rodeó con sus brazos.

—Alfie... ¿Ha muerto?

Alan meneó la cabeza.

—No —logró decir—, pero es muy probable que muera.

Y se quedó inmóvil, respirando profundamente e intentando tranquilizarse.

—No morirá —dijo Hal con gran convicción—. Es demasiado tozudo. Ojalá me fuera posible afirmar lo mismo del chico...

—¿Cómo se encuentra el muchacho? —preguntó el señor Roran.

—Igual que antes. No podemos hacer nada más aparte de esperar.

—Entonces venid conmigo —les dijo Roran con voz firme—. Tenéis que descansar y es preciso que comáis algo. Vuestra cena os espera.

—Con vuestro permiso antes iré a los establos —dijo Hal.

Su Señoría asintió, y él y Alan continuaron.

—Todavía no sé cuál es tu nombre.

Alan se lo dijo.

—¿Y tu hermano?

—Su nombre es Hal. —Alan hizo una pausa—. Le habéis llamado mi hermano y la verdad es que en cierta forma lo es, pero no por nacimiento.

—Por las mareas, estaba seguro de que era tu hermano... Y Corin, ¿no es pariente de ninguno de los dos?

—No. Le encontramos hace tan solo cuatro días.

—¿Le encontrasteis? ¿Cómo ocurrió?

Llegaron a una habitación bien caldeada con dos camas y una mesita sobre la que había dispuesto un variado surtido de vituallas. Tomaron asiento ante ella y Alan le narró brevemente cómo habían rescatado a Corin.

—¡Canallas! —murmuró el señor Roran cuando Alan le habló de los hombres del rey—. ¡Malditos bribones de capas negras y manos sucias...! —Golpeó la mesa con su puño y su rostro se enrojeció a causa de la ira. Cuando Alan siguió hablando su expresión pasó de la rabia al asombro—. ¿Vosotros dos matasteis a seis hombres del rey? —exclamó.

—Sí, por increíble que parezca.

Alan estaba demasiado cansado para pensar en ofenderse.

—Pero ¿cómo?

—Les sorprendimos y en seguida logramos acabar con dos de ellos... Después Corin logró soltarse de sus ataduras, cogió una espada y se la clavó a uno de esos villanos en la rodilla cuando todavía no había podido ni levantarse del suelo. Hal llamó a los caballos con un silbido y ellos nos ayudaron a terminar con los demás.

—Unos caballos de lo más notable —murmuró el señor Roran con asombro.

Estaba claro que Alan se encontraba demasiado lleno de fatiga y preocupación para mentir o alardear. Roran escuchó en un silencio atónito el relato que le hizo Alan sobre sus cuatro días de cabalgada.

—Entonces la enfermedad de Corin afecta tanto al espíritu como al cuerpo —dijo por fin.

—Cierto. Cree que su padre murió por su culpa.

Hal se reunió con ellos y en respuesta a la mirada de preocupación que le dirigió Alan se limitó a encogerse de hombros: Alfie seguía igual. El señor de Firth se encargó de llenarles los platos. Había una sopa excelente, pan de trigo, dulces y carne fría. Hal y Alan lo probaron todo para no ser descorteses, pero comieron muy poco.

—Y ahora, ¿querréis dormir? —les preguntó el señor Roran en cuanto hubieron terminado—. Ésta es vuestra habitación, pero si lo preferís haré que os preparen catres para que estéis cerca de Corin.

Y así se hizo; pero los dos compañeros fueron incapaces de dormir. Estaban inquietos y dividieron su tiempo entre la cabecera de Corin y el establo, yendo de un sitio a otro durante toda aquella larga tarde. Alfie seguía tendido de lado sobre la paja, sin moverse apenas, todo el cuerpo sufriendo los calambres del agotamiento. Corin se estaba debilitando todavía más y su cuerpo se iba consumiendo, con la lengua reseca y el rostro tan ardiente que el tocarlo quemaba. Apenas si parecía respirar, y una docena de veces temieron que ya hubiese perecido.

—No tiene por qué morir —dijo el médico—. Me lo trajisteis a tiempo y su cuerpo ha absorbido bien la medicina. Pero está sumido en su pena y no recuerda ninguna de las alegrías de la vida.

Entonces Hal sintió que en lo más hondo de su mente se encendía una chispa de esperanza. Sabiendo muy bien que pedía algo ridículo, dijo:

—Al principio de esta era existía una pequeña planta que florecía en el sur y en el oeste de Isla, una planta que algunos llamaban oro élfico y otros corona de Veran. Se dice que desde que Herne apareció navegando por el Río Negro ya no se la puede encontrar. ¿Has oído hablar alguna vez de ella?

El rostro del señor Roran no dio señales de conocerla pero Bleys mostró cierto interés.

—He oído hablar de ella. Tenemos una habitación entera llena de cosas raras que fue coleccionando el tercer señor, Rob Roy. Me parece recordar que he visto en ella una pequeña jarra llena de plantas secas. La etiqueta decía «Brotes de la tiara de Veran».

Hal se levantó de un salto.

— ¡Juro que una sola de esas plantas salvará la vida de Corin!

Un instante después todos estaban en aquella polvorienta habitación repleta de objetos,

registrando frenéticamente cada uno de sus rincones, estantes y recipientes en busca de la jarrita cuya etiqueta decía «Brotes de la tiara de Veran». Fue Robín quien la encontró por fin y emergió triunfante con ella, cubierto por las telarañas que había bajo la mesa que la escondía. Volvieron apresuradamente con la jarrita a la habitación de Corin. Los sirvientes habían seguido las instrucciones de Hal; junto al lecho de Corin ardía un brasero y sobre él burbujeaba una marmita de agua. Hal sacó cuidadosamente de la jarrita una sola de las plantas quebradizas, con raíz, tallo, hojas y flores. Murmurando lo que podría haber sido una plegaria, aplastó entre sus dedos el minúsculo vegetal y lo dejó caer en el agua hirviente.

Poco a poco un leve aroma fue llenando la habitación, la misma esencia de la primavera, la juventud, el canto de los pájaros y el sol de mayo. Sin darse cuenta de ello, todos los presentes se relajaron y sus mentes volvieron a la época en que eran jóvenes y felices. Roran se irguió en su asiento y habló con voz asombrada.

—¿Qué clase de magia es ésta? Me ha parecido que volvía a ser un muchacho y que mi padre seguía vivo.

Alan estaba pensando en cuando cabalgaba por las verdes colinas de su nativa Laveroc, a la grupa de su primer caballo. Hal recordó los ojos de su madre. Y Corin se removió en su lecho de enfermo y habló.

—Padre —dijo como en sueños—, escucha cómo cantan las alondras.

Suspiró y, sonriendo, volvió su rostro hacia esa imaginaria luz del sol.

Bleys fue de puntillas hacia él y cuando habló lo hizo en un murmullo casi inaudible.

—Su frente se ha enfriado. Ahora duerme pacíficamente.

—Alabados sean los dioses —jadeó Alan, y empezó a llorar una vez más.

Pero no sintió vergüenza por ello, pues con excepción de Corin, ni un solo par de ojos de la habitación estaba seco.

Antes de que se fueran a la cama, Hal y Alan visitaron otra vez los establos. Alfie seguía acostado en su paja; pero ahora estaba profundamente dormido, respirando despacio y sin dificultades.

—Hal, ¿qué clase de hechicero eres? —le preguntó Alan, lleno de gratitud.

Pero Hal se limitó a menear la cabeza.

—En todo esto no hay magia alguna —dijo—, salvo la que tú mismo has causado.

7

Aunque Hal y Alan durmieron profundamente, se despertaron temprano, y nada más hacerlo acudieron a la habitación de Corin. El sol estaba saliendo en ese mismo momento y en la estancia todo era calma y silencio. Corin estaba dormido, muy pálido, pero con una expresión de paz en el rostro. El señor Roran estaba sentado junto a él y cuando les vio entrar sonrió.

—He mandado a Bleys a la cama —dijo en un murmullo—. Es viejo y necesita reposar.

La fortaleza daba hacia el sur y el este. Hal y Alan tomaron asiento en un profundo nicho tallado en una de las paredes de piedra y miraron por la ventana hablando de vez en cuando en un murmullo. Bajo ellos se extendían las casas y las tiendas de la ciudad. Desde allí podían ver las calles por las que habían cabalgado tan apresuradamente el día anterior y las puertas de la ciudad por las que habían entrado. Al este se hallaba el muelle, donde se alzaban los mástiles de los grandes navíos, pues los firthola eran un pueblo marinero; adoraban a Dunn de las islas y Dana de las mareas, que eran hermanos. No les interesaba demasiado las cosechas ni los rebaños, por lo que habían construido su fortaleza en la Gran Cala del Norte, un brazo de mar que se introducía profundamente en la desolada tierra del norte.

El paisaje resultaba bastante árido y los pocos árboles visibles ya estaban perdiendo sus hojas marrones. Pero el sol naciente lograba abrirse paso por entre la calina, dándole a todas las cosas un resplandor dorado y haciendo brillar las grisáceas aguas del mar. Incluso aquellas ásperas tierras norteñas podían ser hermosas. Hal y Alan sintieron una gran paz y tuvieron la impresión de encontrarse en un sitio que podían llamar hogar, algo que no les sucedía desde hacía muchos días.

Corin se agitó en su lecho y despertó cuando las últimas hilachas de niebla matinal estaban desvaneciéndose y el sol empezaba a brillar con fuerza. Los dos compañeros fueron hacia la cama. Corin contempló sus rostros, aún cansados, primero con asombro y luego con abatimiento.

—Sí —le dijo Alan con toda la amabilidad de que fue capaz—, es cierto; tu padre ha muerto.

Tomó asiento en el lecho y rodeó al chico con sus brazos.

Corin se quedó muy quieto pero no lloró.

—Alan, tu padre... ¿Está vivo? —preguntó por fin.

—No, Cory —le dijo Alan en voz baja—. Murió hace un año.

—¿Cómo?

—Le mataron, igual que al tuyo.

—¿Y tu madre?

—Murió de fiebre cuando yo tenía diez años.

Corin estuvo pensando durante un instante y luego se volvió hacia Hal. Su rostro estaba muy sereno.

—¿Y tú, Hal? ¿Tu padre también está muerto?

—No, Corin. No tengo padre.

El chico se quedó perplejo.

—Entonces es que ha muerto.

—No, está vivo. Pero me odia y si pudiera me mataría.

Corin puso cara de asombro, pero un instante después sus ojos se llenaron de compasión al darse cuenta de que sólo había una cosa peor que la muerte de un padre que amara a su hijo, y era que el padre no sintiera ningún amor hacia su hijo. Cuando habló, en sus palabras se notaba la intención de consolar a Hal:

—Pero tu madre te quiere, ¿verdad?

Hal sonrió y sus ojos parecieron mirar el pasado.

—Sí, Cory, me quería mucho.

—Entonces es que ha muerto.

Y el chico se quedó muy triste.

—Sí, ha muerto. —Los ojos de Hal se oscurecieron y luego ardieron con más brillantez cuando se centraron en las profundidades del tiempo—. Pero hay muchas cosas tristes que también pueden ser hermosas, Corin. Deja que te cuente una historia —añadió, instalándose en una postura más cómoda a los pies de la cama—. Hace mucho tiempo, cuando el hechizo del Principio aún era fuerte, Bevan, el hijo de las estrellas, el de la corona de plata, luchó con Pel Blagden, el dios del manto, y le venció en los oscuros abismos que hay en el fondo de la tierra. Pero el caldero dorado de la eterna juventud quedó roto en aquel conflicto de voluntades, y quienes se habían llamado a sí mismos inmortales tuvieron que enfrentarse a su muerte, largo tiempo pospuesta. Bevan, que seguía siendo joven, no quería aceptar su destino y partió en un barco para buscar la vida al otro lado del mar occidental, a la tierra de Elwestrand. Y su madre, Celonwy de la Luna Plateada, murió en la Bahía de los Benditos cuando llegó su hora, en el mismo estuario del Río Resplandeciente del que él había partido.

»Sus parientes salieron entonces de las colinas huecas donde habían vivido desde que las Madres de los Hombres empezaron a gobernar Isla. Acudieron en toda su antigua gloria y vinieron bajo la luz del día, tal y como ningún hombre les había visto durante un millar de años, y cabalgaron por última vez a la Bahía para reunirse con su hermana. Se cubrían con capas verdes cuyos ribetes dorados tocaban el suelo; las joyas caían igual que el rocío de la frente de las doncellas. De cada montaña llegó un rey con su corona de oro y una reina con su ceñidor dorado, y delgados sabuesos de piel blanca y negra iban y venían junto a ellos. Los hombres llevaban trajes blancos como la perla y rojos como el vino, y algunos tenían en sus manos arpas de plata y sus cabezas adornadas con las hojas de la colombina. Sus nombres eran Folien, el hijo del Ciervo, y Geryon, el Rey de Occidente, y Fearn de las Siete Piedras, y había muchos, muchos más. Entre las doncellas estaba la que vestía de negro como la medianoche, Menwy, la de la Luna Azabache; su caballo negro estaba adornado con minúsculas campanitas de plata. Y todos aquellos jinetes eran hermosos y jóvenes cuando empezaron su peregrinación, y viejos pero aún hermosos cuando la terminaron.

«Algunos cabalgaban en corceles blancos, y otros eran rubios como el trigo, rojos como la avena, grises y castaños. Los cascos de sus monturas estaban recubiertos de oro y allí donde pisaban crecía una flor con la forma de la corona a la que Bevan había renunciado. Pues los dioses amaban a Bevan aunque les hubiera costado su inmortalidad, porque había vengado el deshonor sufrido cuando Pel volvió su poder

hacia el mal. Y mientras cabalgaban le dejaron su herencia a Bevan, y esa herencia floreció y perduró hasta mucho después de que ellos se hubieran convertido en polvo en la Bahía de los Benditos.

«Quinientos giros del mundo pasaron antes de que Veran regresara a Isla con la corona de su antepasado Bevan, y cuando lo hizo se encontró las llanuras de Welas cubiertas por el oro de la flor que ahora la gente llama con su nombre. Pero poco después de aquello, Heme y sus esbirros cayeron sobre Isla igual que una plaga, y allí por donde iban la hermosa flor se marchitaba y moría, pues su llegada significaba el final de aquella era de paz. Pese a todo, hubo gentes sabias que recogieron algunas de las flores y las secaron para conservarlas; e incluso después de todos los años transcurridos ha sido su virtud la que hoy te ha dado la vida, Corin. —Con un esfuerzo de voluntad Hal miró nuevamente al chico—. Los grandes de la antigüedad quisieron dejar la misma fuente y el poder de sus vidas en su legado, y porque lograron engañar a la muerte, robándosela, sus sombras siguen vagando por los oscuros bosques de abetos que hay junto a la Bahía de los Benditos, incapaces de reposar en una paz completa. Sí, Corin, el rescate de tu vida se pagó hace muchas eras.

Durante unos instantes la habitación quedó sumida en un impresionante silencio.

—Jamás había oído esa historia, ni siquiera en boca de los bardos de los Romani —exclamó Roran—. Entonces, ¿ya no quedan dioses en Isla?

Y su voz estaba llena de un doloroso anhelo.

—Aquellos dioses eran tan sólo mortales que poseían en abundancia la fuerza del Principio —dijo Hal en voz baja—. Quizá aún haya auténticos inmortales en alguna parte... Pero ¿qué son los dioses, mi señor? ¿Los fragmentos que adoramos?

Roran no tuvo que responder a eso, pues en aquel momento entró una doncella llevando una bandeja con un plato que humeaba. El señor del castillo la ayudó a colocarlo en la cama y Corin alzó la vista sorprendido ante aquel hombre apuesto y ricamente vestido que desplegaba ante él una servilleta igual que si fuera un criado. Alan se encargo de hacer las presentaciones.

—Cory, aquí tienes a Roran, Señor de Firth, en cuyo hogar estás hospedado. Mi señor, permitidme que os presente a Corin, hijo de Col el Herrero.

Corin intentó hacer una reverencia y el señor Roran se apresuró a indicarle que se olvidase de ello.

—Eres un muchacho valiente —dijo—, y espero que pronto te encuentres mejor. Ahora prueba a tomarte un tazón de sopa y algo de pan. Es muy ligero y Hulde lo ha horneado especialmente para ti en la cocina: si no lo comes te cortará la cabeza y la usará en el pastel de carne.

Después de que Corin hubiese comido le dejaron a los cuidados de Bleys, pues seguía encontrándose muy débil. Hal y Alan se bañaron en agua caliente, un lujo de lo más raro, y tomaron el desayuno para ir luego a los establos, donde se encontraron con Alfie nuevamente de pie y devorando increíbles cantidades de heno y avena. El mozo de establo meneó la cabeza en un gesto de incredulidad.

—Jamás había visto un apetito semejante —dijo—. Temo que acabe poniéndose enfermo de tanto comer.

—No tengas miedo —le dijo Alan con una sonrisa—. Posee un estómago de hierro. Espero que el señor Roran no se arruine teniendo que alimentarle.

Dejaron que Alfie y Arundel pasaran el resto del día en el establo, descansando, y por su parte se dedicaron a no hacer nada, dormitando casi tanto como Corin. Durante los días siguientes ejercitaron a sus caballos en el patio y acompañaron a los jóvenes de la guarnición del señor en sus prácticas. Participaron en las luchas con espadas de madera, los combates con bastones y muchos otros deportes. Aunque eran más jóvenes que la mayoría de ellos, pronto descubrieron que eran capaces de aguantar más que dignamente todos los ejercicios.

Los días transcurrieron rápidamente. Corin comía mucho y pronto recuperó las fuerzas. Hal y Alan pasaban la mayor parte de sus horas libres con él. Cuando no estaban allí, Robín solía sustituirles y los dos chicos hablaban entusiasmados de sus diversiones favoritas. Alan intentó enseñarle el ajedrez a Cory, y Hal aprovechaba aquellas ocasiones para hablar con Robín. Le interesaba mucho aquel joven moreno y jovial tan semejante a su padre: era apasionado y salvaje como el halcón y, sin embargo, también era amable y justo. Aunque no se dieran cuenta de ello Hal y Robin eran bastante parecidos. Los dos solían tener momentos de melancolía y poseían un temperamento inclinado a los extremos. Alan, que era de ánimo más estable, prefería a Cory, quien era un chico cortés e inteligente pero de pasiones más templadas. Habría resultado difícil encontrar a dos chicos que fueran más dispares de lo que eran Robin y Cory: uno era del rubio más claro, corpulento, meditabundo y metódico; el otro, moreno, delgado, parlanchín, emotivo y espontáneo. Pese a ello, los dos jóvenes no tardaron en quererse, pues ambos tenían buen corazón.

Hacia el final de la semana. Corin ya estaba levantado y daba breves paseos por el castillo, y unos pocos días después pudo decirse que había vuelto a la normalidad, pasando la mayor parte de su tiempo con Robin. Hal y Alan empezaron a sentirse inquietos, pues querían continuar hacia Welas, pero no sabían cómo marcharse.

Un día, a mediados de la segunda semana, Hal y Arundel estaban haciendo ejercicios en el patio. Hal no utilizaba ni la silla de montar ni las bridas. Caballo y amo pensaban y se movían como un solo ser, y mientras trotaban y daban vueltas, lanzándose al galope contra enemigos imaginarios, los dos disfrutaban enormemente.

El señor Roran entró en el patio y se apoyó en la valla. Tenía un corazón demasiado grande para sentir envidia, por lo que cuando Hal trotó hacia él y desmontó en sus ojos sólo había asombro.

—Si ese corcel estuviera bien atendido y cepillado ninguno de los caballos de mi establo se le podría comparar —dijo.

Hal le agradeció su elogio.

—Le mantengo algo descuidado no sólo para que resista mejor la intemperie sino para que quienes le vean no lo encuentren tan deseable. —Y después de aquello, porque su mente llevaba ya tiempo preocupada por ese problema, dijo lo que no sabía muy bien cómo decir—: Pronto tendremos que marcharnos.

Y en sus palabras había un gran pesar.

—¿Adonde irás, Hal?

Hal se encogió de hombros en un gesto evasivo.

—Adonde me lleve el camino.

El señor Roran frunció el ceño.

—No pretendo inmiscuirme en tus asuntos, Hal, pero por lo que le contaste a Corin

entiendo que careces de hogar.

—No tengo ninguna puerta que se abra para acogerme.

—Y Alan..., ¿cabalga contigo porque también él carece de hogar o por amistad?

—Por las dos cosas.

Roran supo instintivamente que su oferta no sería aceptada pero, pese a todo, lo hizo.

—Entonces, ¿por qué no os quedáis aquí? Me sentiría muy orgulloso teniendo en mi casa a dos jóvenes tan valientes como vosotros.

—Aquí podría ser feliz —dijo Hal en voz baja—, pero no puedo quedarme. Yo..., nosotros... tenemos una... —Buscó una palabra que no resultara tan altisonante pero no pudo encontrar ninguna adecuada—. Tenemos una misión que cumplir.

—Pero ¿y Corin? —le preguntó el señor del castillo con voz repentinamente preocupada—. Es demasiado joven para ir vagabundeando por toda Isla. Su joven corazón ya ha padecido todo el peligro y la pena que puede soportar a sus años. Necesita descanso y cariño, compañeros de su propia edad y la guía de personas mayores que él. Deja que se quede aquí —pidió Roran cogiendo a Hal por el brazo—. Todos le apreciamos, sobre todo Robín. Y creo que el estar juntos será bueno para los dos, y que cada uno podrá aprender algo del otro. El muchacho será tratado como si fuera mi segundo hijo...

Hal contempló a aquel hombre apasionado con un gran alivio y un afecto algo sorprendido.

—Me habéis leído el pensamiento —replicó—. Pensar en quién cuidaría del chico me ha tenido muy preocupado. Naturalmente, es él quien debe elegir, pero me sorprendería que no decidiera quedarse aquí.

Hablaron del asunto con Alan y también él se sintió aliviado y complacido, aun sabiendo que echaría de menos al chico. Esa noche, cuando estaban cenando juntos, Roran le expuso lo que habían pensado a Corin, invitándole y, a decir verdad, casi suplicándole que se convirtiera en un miembro de su casa. Corin se volvió hacia su primer amigo.

—Alan, ¿es cierto que debéis marcharos? —le preguntó.

—Sí, tenemos que irnos —respondió Alan—. Te echaré de menos, Cory, pero me alegrará saber que estás cuidado por gente buena que te quiere y no expuesto al frío y los peligros.

—Cory, por favor, quédate con nosotros —le suplicó Robín con un hilo de voz.

—Dejarte me causaría un gran dolor, Robín —dijo Cory—, aunque también deseo mucho estar con Alan. Pero si he de escoger entre ambos, me quedaré, pues tal es el deseo de todos.

—Me gustaría que te quedaras —dijo Alan con voz firme.

Y así quedó resuelto el problema, y dado que no tenía ningún sentido torturar a Corin con largos preparativos, se marcharon al día siguiente, a primera hora del alba. Roran y su dama les ofrecieron ropas nuevas, botas de cuero forradas de piel y unos hermosos cinturones metálicos para sus espadas. También llevaban capas nuevas, cálidas y confortables, y se encontraron a sus caballos equipados con otro juego de mantas y una abundante provisión de vituallas, casi superior a la que podían llevar.

Hal y Alan montaron rápidamente. Aunque en aquella parte de Isla seguía siendo otoño, ya que estaba situada muy al norte, ya hacía bastante frío. La despedida fue corta.

—Que el amor de los dioses sea con vosotros —dijo Corin.

—Adiós, bribones —dijo el señor Roran—. Recordad que esta puerta siempre se abrirá para vosotros sin importar el porqué o el cuándo.

—¡Tened cuidado!

Mientras se alejaban miraron hacia atrás. Sus amigos estaban inmóviles, en fila, agitando la mano, y cuando ya se daban nuevamente la vuelta pudieron ver cómo Roran tomaba entre sus dedos la mano de Cory, apretándola con fuerza.

Fueron hacia el suroeste, cruzando los riscos de la Cala y hacia las Marcas. Durante dos semanas estuvieron atravesando una gran llanura casi deshabitada. Éste era el dominio de Arrok y sus jinetes lo recorrían continuamente. Hal y Alan avanzaron cautelosamente, comiendo sin encender fuego y durmiendo por turnos, temblando durante las frías noches, pues encender una hoguera habría sido atraer la atención de invitados que no resultarían bienvenidos. Arrok era un señor de la guerra por nacimiento: pertenecía a las tribus del norte que adoraban el metal y seguía siendo más bandolero que jefe de hombres. Su propia gente era enemiga suya, pues les había traicionado mediante la extorsión y la conquista, razón por la cual sus guerreros atacaban tanto a ellos como a los más pacíficos habitantes de Isla.

Hal y Alan divisaron por dos veces a sus patrullas en la lejanía y consiguieron escapar a ellas y ocultarse tras el horizonte de la llanura antes de que les vieran. Finalmente la tierra empezó a volverse más montañosa, con arbustos y pequeños grupos de árboles achaparrados. Alan miró a Hal y le sonrió con cansancio, pues pronto estarían fuera de las Marcas y en el corazón de Isla. Pero entonces, surgiendo de una loma, aparecieron cinco hombres de Arrok que lograron aproximárseles bastante antes de que los vieran.

Los guerreros se lanzaron sobre ellos dando gritos, emergiendo de un grupo de arbustos que parecían formar un lunar sobre el paisaje rocoso. Hal y Alan no dieron la vuelta ni se detuvieron sino que salieron disparados hacia el sur, con lo que consiguieron sorprender bastante a los jinetes. Los hombres de la patrulla les persiguieron al galope, parloteando excitadamente entre ellos ante la perspectiva de una buena persecución. Pero pasado un tiempo se quedaron callados, pues habían descubierto que no lograban alcanzarles.

Galoparon durante horas con Hal y Alan manteniendo sus caballos a un trote tan rítmico como implacable y los perseguidores siguiéndoles siempre a la misma distancia. A mediados de la tarde e incluso yendo al trote habían conseguido interponer un kilómetro entre ellos y los hombres de Arrok. Cuando anocheciera apretarían el paso para despistarles.

Pero cuando el sol empezaba a hundirse en el horizonte Alan se volvió hacia Hal.

—Creo que Alfie tiene una piedra en el casco —dijo con voz tensa—. Está empezando a cojear.

Y así era: el caballo estaba cojeando, aunque seguía galopando tan de prisa como podía. Hal frunció el ceño y su mano aflojó la vaina para poder sacar más rápidamente la espada. Los hombres de Arrok estaban más cerca de ellos.

—¡Mira! —exclamó Alan—. ¿Cómo es posible que eso sea el Bosque?

—Debemos encontrarnos más al este de lo que pensaba —exclamó Hal—. ¡Valor, Alfie! —Habló con el caballo en su extraña lengua y Alfie bajó su flaca cabeza y siguió avanzando pese al dolor que sentía.

Los perseguidores ya casi estaban encima de ellos cuando por fin llegaron a los árboles. Hal hizo que Arundel volviese grupas y desenvainó su espada, agradeciendo la protección que el Bosque les brindaba por los flancos. Alan guió a su montura hasta un tronco e hizo lo mismo. Pero los hombres de Arrok se detuvieron antes de entrar en el Bosque y empezaron a galopar de regreso hacia Rodsen. Hal contempló el sol poniente y parpadeó, lanzando un gruñido de sorpresa.

Alan ya estaba desmontando para comprobar cómo estaban los cascos y las patas de Alfie. Descubrió una piedra bastante afilada, se la quitó y guió a su cojeante caballo hacia el interior del Bosque, dándole palmaditas. Hal le siguió, montado en Arundel. Un instante después se encontraron bajando por una cuesta empinada y cubierta de árboles que llevaban hacia un valle escondido.

—Hal, ¿es un lugar encantado? —murmuró Alan.

Algo había cambiado en la atmósfera, algo que apenas si era lo bastante definido como para ser llamado una fragancia, pero que daba una impresión de frescura y pureza. Los dos compañeros irguieron el cuerpo y se miraron con asombro. Cuando llegaron al valle se encontraron una escena de lo más corriente: un claro con un arroyo burbujeante, unas cuantas ovejas y una vaca lechera, una casita y un huerto. Pese a todo, en aquel tranquilo lugar había algo muy especial. La hierba parecía terciopelo y brillaba suavemente en las laderas, igual que si poseyera una luz interior, y las pequeñas flores doradas que había esparcidas por entre ella relucían igual que joyas. El agua del arroyo fluía con el mismo ruido de la seda y hasta la madera de la casita parecía resplandecer como el más fino marfil.

—Hal —murmuró Alan—, creo que este valle es mágico.

Hal estaba a punto de contestarle cuando de la casita salió una mujer, ya muy anciana pero aún fuerte y de cuerpo erguido. Llevaba en las manos una cesta con pan para sus gallinas, pero cuando les vio se quedó quieta y les sonrió.

—¡Mireldeyn, Elwyindas, entrad! —dijo—. Ha pasado mucho tiempo desde que tuve compañía por última vez.

—No pienses en nada y no hagas ninguna pregunta: limítate a disfrutar de lo que veas —le dijo Hal mientras vadeaban el arroyo y desmontaban junto a la casa.

La mujer les dio de comer huevos y gachas con miel: aquella comida tan sencilla les pareció la ambrosia de los dioses. Hablaron de los pájaros que vienen y van con el cambio de las estaciones, y de árboles, del regio manzano y el noble serbal, y de la dama, la Dama del Serbal que moraba en su isla del Bosque de los muchos árboles, y del Gran Rey. En aquellos instantes todo el conocimiento era suyo, y sin embargo jamás pudieron recordar con exactitud de qué hablaron. Esa noche durmieron bajo la luna creciente y sus sueños tuvieron el color de la primavera, aunque el otoño ardía rodeándoles por todas partes. Al día siguiente la anciana se instaló ante su telar. Su tapiz era verde y dorado, plata y negro, pero Hal y Alan apenas si fueron capaces de contemplarlo durante más de un momento; después nada supieron de él salvo que era muy hermoso. Trabajaron al aire libre, cuidando del huerto y reuniendo madera para el fuego. La noche llegó sin que se dieran cuenta y el paso del día a la oscuridad pareció seguir un ritmo tan suave y grácil como el de la respiración.

Les habría resultado muy fácil quedarse allí para siempre. En el valle, Hal había olvidado todos sus planes y preocupaciones, pues el tiempo ya no le molestaba: el tiempo era como un lago tranquilo dentro del cual podía mirar tranquilamente, solo y feliz. Casi podría haber olvidado que más allá de los árboles había otro mundo donde los riachuelos de cada instante corrían para siempre trazando sus círculos. Pero la anciana sabía de ese mundo, y quizá mejor que sus invitados. A la mañana siguiente puso pan, huevos y queso en sus alforjas. Hal y Alan prosiguieron su camino sin más ceremonias, ignorando aún el significado de sus nombres. Treparon lentamente por las cuestas y se abrieron paso por entre los árboles, pues no había ningún sendero visible que pudieran seguir.

Cuando abandonaron el valle, el mundo les pareció de un apagado color marrón, y su fealdad les resultó casi insoportable. Cabalgaron lentamente hacia el sur siguiendo el confín occidental del Bosque, ahora alfombrado de hojas, sumidos en un profundo silencio. Sólo a principios de la tarde empezaron a conversar, y aún así lo hicieron de forma vacilante e indecisa.

—No llegamos a preguntarle su nombre —suspiró Alan—. O si lo hicimos no puedo acordarme... ¿Y cómo nos llamó ella?

—No lo sé. Me pregunto cuánto tiempo pasamos allí... No me costaría mucho creer que ha pasado todo un año y que el círculo de las estaciones ha vuelto al mismo punto en que lo dejamos. Pero supongo que la nieve habría caído allí igual que en cualquier otro sitio, y sólo recuerdo la luz del sol.

—Estuvimos allí dos noches; recuerdo la luna —dijo Alan—. ¡Qué triste y mezquino parece todo! Casi siento el deseo de que no hubiéramos encontrado nunca ese valle, pues hace que nuestro destino en el mundo parezca todavía más duro... Y, pese a todo, aún siento un resto de su felicidad, igual que un sueño perdura después de haber despertado. ¿Crees que es algún encantamiento, Hal?

—No, sólo una inmensa buena suerte. Ese lugar no ha sido tocado por la plaga de los Reyes Oscuros, Alan, y nada ha ocurrido en él desde el comienzo de esta era o quizá incluso desde antes de ella. ¿Recuerdas las pequeñas flores amarillas que había en la hierba?

—Sí.

—Eran coronas de Verán..., flores que desaparecieron de Isla hace ya siete generaciones. Es posible que esa mujer se encuentre tan fuera del tiempo y de la vejez como el mismo lugar donde vive.

Los diez días siguientes fueron los más horribles que habían pasado juntos hasta ahora. El viento del este había traído consigo la lluvia de otoño y ésta no paraba de caer tanto de día como de noche. Su ropa y sus mantas no tardaron en quedar empapadas, y el viento frío y húmedo les helaba hasta los huesos. El Bosque se convirtió en una lúgubre y empapada pesadilla de hojas resbaladizas a medio pudrir. Era imposible hacer ninguna hoguera con aquellas ramas goteantes. Alan y Hal cabalgaban todo el día bajo la lluvia, dormían con ella durante la noche y vivían de alimentos fríos y mojados. Sus ánimos se encendían en bruscas explosiones de mal humor o se arrastraban en silencios taciturnos, e incluso los caballos tenían la cabeza gacha mientras avanzaban.

Cuando por fin se detuvo la lluvia, el viento frío siguió soplando. Muy pronto sintieron la nariz congestionada, les zumbaron los oídos y les dolió la cabeza debido al frío y el viento. Sus ropas y mantas tardaron varios días en secarse del todo, e incluso una

hoguera resultaba de un escaso consuelo en el Bosque saturado de agua. Por ello, Hal y Alan entraban a veces en las tabernas de las aldeas para compartir el calor del fuego nocturno. Su aparición solía causar un silencio inicial, pero Alan tenía el don de inspirar confianza y la gente, una vez perdido su nerviosismo, acababa hablándole de sus cosechas o sus señores.

Un señor al que mencionaban con frecuencia era Pelys, de Celydon. Su nombre siempre era pronunciado con respeto y quienes le servían eran envidiados. A los dos viajeros no les gustaba mostrarse demasiado insistentes con sus preguntas, pero al parecer Pelys era uno de los señores más poderosos de las Tierras Ásperas, la montañosa parte central de Isla. Celydon, su residencia, se encontraba situada en el Río Impetuoso y sus campos estaban rodeados por el Bosque, algo bastante raro, pues la mayor parte de los señores siempre hacían retroceder al Bosque para que dejara libres sus tierras.

Hal y Alan no necesitaron mucho tiempo para abandonar la idea de llegar a Welas durante el invierno. Estuvieron de acuerdo en que su destino debía ser Celydon, ya que tanto jinetes como monturas precisaban un refugio. Y si la fortuna estaba con ellos, quizá el señor Pelys acabara siendo un amigo poderoso, tanto ahora como en los años venideros.

Varios días después, y mientras oscurecía, contemplaron finalmente Celydon desde los confines del Bosque que circundaba sus praderas y sus tierras de labor. Los dos sintieron una punzada de nostalgia, casi de reconocimiento, como si hubieran estado ya antes en aquel sitio, igual que si estuvieran regresando al hogar. Celydon no era una ciudad amurallada con un gran castillo, como Agua Blanca, y ni tan siquiera una ciudad amurallada con una pequeña fortaleza, como Firth. El Río Impetuoso era contenido con presas y cruzaba en un suave curso sinuoso los pliegues de la tierra, y la morada de Pelys se encontraba en una isla perdida entre sus curvas.

—Una construcción sólida —observó Hal.

La fortaleza era de piedra, tan resistente como si la hubieran esculpido de la misma tierra y, sin embargo, en la tranquilidad de aquel lugar había algo que hablaba de paz y calma. El agua era como un espejo y Hal creyó distinguir las copas de los árboles dentro de las murallas. El pueblo estaba distribuido a lo largo del río y de un sendero que atravesaba un puente levadizo y conducía a la isla del castillo, y sus puertas flanqueadas por torres.

—Imponente y orgullosa —dijo Alan.

Volvieron sus ojos hacia el pueblo, que muy probablemente les revelaría más cosas sobre el lugar que la fortaleza. Las casas parecían sólidas, y sus patios se veían limpios y bien cuidados. Aparentemente el señor de Celydon le daba a su gente el tiempo necesario para que se ocupase de sus propios asuntos.

De repente Alan lanzó un silbido.

—Hal, ¿estoy ciego o es que no hay ningún cadalso a la vista?

Y así era. Antes jamás habían encontrado una ciudad con castillo donde el cadalso no ocupara un lugar prominente. Tampoco había postes de azote, ni un sitio donde usar el hierro al rojo, ni cárceles o picota pública. Incluso en la amada Laveroc se había alzado un cadalso, aunque Alan recordara una sola ocasión en la que había sido utilizado, para colgar de él a un asesino. Pero aquí tenían a un señor que no amenazaba con su poder a nadie de los que se acercaran a él.

Entrar en una ciudad desconocida siempre era un riesgo. Ninguno de los dos sabía si volverían a salir alguna vez por aquellas puertas revestidas de hierro, y a ninguno de los dos le importaba. Pero el calor y la comida les atraían hacia ella, así como también cierta sensación de que su destino les estaba aguardando allí dentro. Hal y Alan bajaron la cuesta que llevaba hacia Celydon con una expresión pensativa en el rostro.

Libro segundo

Celydon

1

Los dos viajeros se sorprendieron al verse saludados por la calle vacía y las oscuras casas de Celydon. Y volvieron a sorprenderse cuando en lo alto de una colina situada más allá del castillo se alzó una gran llamarada. Después de aquello, en todas las direcciones abiertas a la mirada, las cimas florecieron con fuegos. Los recién llegados habían pasado tanto tiempo viviendo en soledad que pasó un instante antes de que comprendieran el significado de aquellos fuegos.

—Hal —exclamó Alan—, ¡debe de ser la víspera de noviembre!

Y, ciertamente, estaban en el momento de la vieja celebración de los muertos, uno de los cuatro días que forman el gran día del año, cuando se produce la peligrosa transición del tiempo en la cual todas las criaturas del Otro Mundo pueden entrar libremente en el mundo de los hombres y deben ser mantenidas a distancia mediante el fuego. En la víspera de mayo, la mitad del día anual, las reses sacrificadas eran la ofrenda hecha para aplacar a los muertos y convencerles de que siguieran reposando durante los oscuros meses del invierno. Mientras ardieran las hogueras se celebraría un gran banquete.

Hal y Alan cruzaron el puente levadizo para descubrir que las puertas de la fortaleza de Celydon estaban abiertas y que la gente se había congregado en su patio esperando el comienzo de la danza. En seguida se dieron cuenta de que todos parecían estar sanos, de que iban vestidos adecuadamente aunque con sencillez y que entre ellos no había ningún lisiado, como era costumbre encontrar en muchas fortalezas. Todos los ojos se volvieron con curiosidad hacia los dos jóvenes jinetes y unas cuantas personas les sonrieron dándoles la bienvenida. El viejo portero fue a recibirles y les preguntó cortésmente qué les traía hasta Celydon.

—Venimos a pedirle un gran favor a tu bondadoso señor —le respondió Hal—, pero tengo la impresión de que ahora estará muy ocupado.

El portero meneó la cabeza.

—El señor jamás permitiría que un forastero se marchara de su puerta sin haber sido atendido. Id a verle ahora y yo me cuidaré de vuestros caballos.

—No dejes que nadie toque al gris o que se le acerquen demasiado —le advirtió Hal—, pues ha sido entrenado para no consentir que le toque mano alguna salvo la mía.

Una vez dentro de la fortaleza un paje les mostró el camino a los aposentos del señor Pelys. Estaba sentado en una habitación de cómodo mobiliario que dominaba el patio atestado de gente, leyendo un libro cerca de la ventana. Era un hombre pequeño y de aire algo marchito con una fina cabellera gris, el mismo color de su barba; pero su rostro apenas tenía arrugas y sus ojos eran agudos y penetrantes, como los de un ave de presa.

—Mi señor... —empezó a decir Hal nada más entrar, pero el amo del castillo le interrumpió con un ademán de impaciencia.

—Bueno, bueno, venid aquí y dejad que os eche una buena mirada a la luz, y os garantizo que responderé a todas vuestras preguntas más de prisa de lo que podréis hacerlas. Ya veo —dijo Pelys al acercarse ellos dos a la ventana—, curtidos por el sol y el viento de un año entero y agotados por el viaje y la intemperie. Y una cierta palidez bajo vuestra piel morena; habéis estado enfermos, ¿eh?

—No, mi señor... —dijo Hal, pero fue nuevamente interrumpido.

—Desde luego sois un apuesto par de vagabundos. Hermanos, ¿eh?

—En cierta forma, mi señor —le respondió Hal con una sonrisa.

—¡En cierta forma! Respóndeme sin rodeos, ¿sois hermanos o no? —Sólo por voto de sangre, mi señor.

—¡Vaya! ¡Habría jurado que erais hermanos! De acuerdo, pero lo cierto es que tenéis la misma edad... ¿sobre los veinte años?

—Más jóvenes, mi señor. Los dos tenemos diecisiete años. Las pobladas cejas del hombrecillo se alzaron hasta casi tocar su cabello.

—¡Jamás me había equivocado tanto en toda mi vida! Bien, bien, entonces dadme vuestras manos y veremos si esta vez lo hago mejor. —Los dos compañeros extendieron su mano derecha hacia Pelys—. No, no, las dos manos, siempre se puede ver más así —exclamó, y después de examinar sus encallecidas palmas alzó la mirada con un nuevo respeto en los ojos y cuando habló lo hizo más despacio que antes—. Estas manos han conocido la azada, la hoz, el hacha y otras herramientas. También han conocido la espada y el bastón de lucha. Las tuyas —siguió diciendo, colocando un dedo sobre el moreno pulgar de Hal—, han conocido el arco. Pero aquí hay una cosa que me deja atónito. ¿Qué es esto?

Y señaló hacia la pequeña cicatriz que había en la muñeca izquierda de cada uno.

Hal y Alan se miraron y sonrieron, pero cuando Hal habló en su voz había un poco de tristeza.

—No puedo explicártelo, mi señor.

—No puedes o no quieres, ¿eh? —dijo él con un bufido y de repente sus ojos se clavaron en Alan, pareciendo atravesarle—. ¿Y tú? ¿Se te ha comido la lengua el gato?

—No, mi señor —respondió Alan, un poco sobresaltado, pero no tuvo necesidad de seguir hablando.

El hombrecillo se reclinó en su asiento y les contempló con una repentina afabilidad en la mirada.

—Bien, bien, así que habéis venido a pedirme algo... Parecéis un poco azotados por la lluvia, maltratados por el viento y encogidos por el frío. Sois bienvenidos y podéis quedaros aquí todo el tiempo que os plazca. Uníos al banquete de esta noche, pero tendréis que dormir donde podáis; todas las camas están ocupadas. Volveré a hablar con vosotros dentro de unos cuantos días, cuando mis invitados hayan vuelto a sus casas. Comida, calor y descanso... Eso es lo que deseabais, ¿no?

Los dos le dijeron que así era, ciertamente, y estaban intentando expresarle su gratitud cuando el aire fue desgarrado por el sonido que Hal más temía..., el irritado relincho de Arundel. Giró sobre sí mismo y salió corriendo de la habitación para bajar a toda prisa la escalera con Alan pisándole los talones. Mientras luchaban por abrirse paso a través del atestado patio pudieron ver cómo Arundel intentaba escapar de un joven que pretendía sujetarle. El caballo no tardó en verse acorralado contra un saliente del muro y se dio la vuelta para enfrentarse al desconocido que le acosaba. Se encabritó hasta su máxima altura, evitando la mano extendida hacia él, y cuando el joven daba otro paso hacia su perdición, Arundel le golpeó en el pecho con sus patas delanteras, haciéndole caer al suelo. Después volvió a encabritarse, pero Hal ya estaba ante él, gritándole su orden: *«¡Nelte,* Arun, no!». Alan cogió al joven y lo arrastró hasta un lugar seguro. El caballo se quedó inmóvil, tembloroso y cubierto de sudor, mientras Hal lo acariciaba

suavemente. *«Alle* —murmuraba—, *alle,* Arundel». («Tranquilo, tranquilo, Arundel.»)

—¿Está herido, Alan? —preguntó Hal.

Pero justo cuando pronunciaba esas palabras, el joven apartó bruscamente las manos que Alan extendía hacia él en un gesto de preocupación y se levantó de un salto.

—¡Ese caballo me ha atacado! —gritó—. Exijo...

—Parece estar bien, Hal —observó Alan, manteniendo la seriedad con un esfuerzo.

—¡Quiero una satisfacción! —balbuceó el joven.

—Silencio, Rafe —ordenó una voz que, pese a no ser demasiado potente, hizo que todo el mundo le prestara inmediatamente su atención.

Todos los presentes alzaron la mirada hacia el señor Pelys, enmarcado en su ventana.

—Mi señor —dijo el anciano portero—, el joven caballero me dio instrucciones de no permitir que nadie tocara a su caballo, pero Rafe no quiso escucharme. Y lo cierto es que el caballo no le atacó hasta no tener más remedio.

—Gracias, Bonar —dijo el señor Pelys—. Ésta es mi orden: nadie de los que viven en mi casa tocará a este caballo sin el permiso de su amo. Rafe, vuelve a tus labores, y en el futuro mantén las manos apartadas de lo que no te concierne.

Hal lanzó un suspiro y miró a su amigo. Luego dijo lo que le parecía obligado en aquel momento.

—Mi señor, hemos traído la discordia a tu casa. Será mejor que nos marchemos.

—Tonterías —dijo secamente Pelys—. Llevad vuestros caballos al establo y ocupaos de que sean bien atendidos. Creo que tendréis tiempo de lavaros antes de comer.

Manos amistosas se encargaron de recoger los arreos que Arundel había tirado al suelo en su frenesí y el portero les indicó donde estaba el establo. Una vez allí, los dos compañeros se encargaron de que el jefe de cuadras y algunos de sus hombres fueran presentados formalmente a Arundel. Flann era un hombre vivaz, ni viejo ni joven, a quien sólo se podía describir diciendo que tenía «buena mano para los caballos». Muy pronto, Arundel fue cepillado, secado, alimentado e instalado en el pesebre contiguo al de Alfie, aunque para ello hizo falta cambiar de sitio a unos cuantos caballos. Mientras trabajaba, Flann no paraba de parlotear animadamente con los dos caballos, mezclando los insultos con los elogios. Hal y Alan no pudieron contenerse y le echaron una mano, con lo que los caballos no tardaron en quedar atendidos.

—No temáis: aquí estarán bien cuidados —dijo Flann, sonriendo al ver sus miradas de preocupación—, y nadie molestará a vuestra quisquillosa montura gris. Cuando mi señor Pelys decide dar una orden, es obedecido. No utiliza la tortura para imponer su voluntad, pero toda su gente le ama tanto que si Rafe intentara desafiarle, nadie le hablaría durante semanas enteras, así que puedes estar tranquilo respecto a tu caballo. Y en cuanto a este flacucho devorador de paja que tenemos aquí —añadió dándole una afectuosa palmadita al flanco de Alfíe—, estará bien alimentado.

Alan se rió.

—¿Cómo sabes que le encanta comer?

—Porque me ha guiñado el ojo —dijo Flann, guiñándole el ojo a Alan.

Hal y Alan dejaron sus cosas en el henil del establo: Flann les había dicho que podrían

dormir allí. Se pusieron sus mejores ropas para la fiesta y ciñeron las espadas a sus costados con los cinturones de malla metálica que Roran les había dado.

—Espero que no volvamos a tener problemas con Rafe —dijo Hal con cierta preocupación—. Alan, ¿qué es lo que hice mal? Le salvamos la vida y aun así estaba enfadado.

—Creo que quizá estaba asustado —dijo Alan con voz pensativa—, y el estar asustado puede hacer que una persona se irrite mucho.

—Pero si tenía miedo de Arundel, ¿por qué se le acercó?

—No he dicho que estuviera asustado de Arundel —replicó Alan con afabilidad.

Cuando llegaron al gran salón la mayor parte de los bancos ya estaban ocupados. Encontraron un par de sitios libres entre un grupo de jóvenes cuyo promedio de edad quizá fuera algo superior al suyo. Rafe formaba parte del grupo; miró fijamente a Hal y Alan pero no dijo nada. Los demás jóvenes se mostraron bastante cordiales, aunque estaban algo asombrados ante aquellos forasteros con sus jubones azul cielo, sus brillantes espadas y aquel dominio de sí mismos que normalmente sólo se encuentra en quienes tienen hombres a su mando.

El banquete no podía empezar hasta la llegada del señor Pelys. Finalmente se dio la señal y todo el mundo se puso en pie. Hal y Alan casi se quedaron boquiabiertos de asombro: el señor Pelys no podía caminar. Entró en el gran salón sostenido por los brazos de un sirviente tan alto como musculoso. Aunque fue colocado en su asiento igual que un bebé en su sillita, era tal la dignidad que poseía aquel hombre y tan grande el cariño que le profesaba su gente, que nadie llegó ni a esbozar una sonrisa. Con él apareció una doncella, una muchacha delgada con una larga cabellera castañorrojiza que caía por su espalda y que ocupó el asiento situado a la derecha de Pelys. Se hizo la ofrenda de comida a los muertos y después se sirvió a los vivos.

La fiesta duró horas enteras. Había toda una variedad de sopas, carnes al horno y capones, mermeladas y dulces, pasteles, pan y golosinas. Había manzanas cocidas y tartas de manzana, frutos secos, salsas y purés. La gente de la ciudad no paraba de entrar y salir, comiendo por turnos y atendiendo a las hogueras encendidas en las cimas. Hal y Alan no se movieron de sus asientos, pero les fue imposible probar más de una cuarta parte de los platos que desfilaron ante ellos. Cuando llegaron las cremas de fruta y los puddings, estaban casi dispuestos a cambiar sus estómagos demasiado repletos por los vientres ruidosos que habían traído con ellos del Bosque.

Durante la comida hablaron con los jóvenes que estaban a su mesa y descubrieron que eran voluntarios que habían entrado a servir en la guarnición y la guardia del señor Pelys. La mayor parte de la conversación giró en torno a su adiestramiento, pero durante una breve pausa de la comida Hal hizo una de las preguntas que le habían estado dando vueltas por la cabeza.

—Si no resulta inadecuado hablar de ello en estos momentos, ¿podría contarme alguien cómo perdió el señor Pelys el uso de sus piernas? Si es algo de lo que no se deba hablar, disculpad que os lo haya preguntado.

—Ocurrió en una batalla —le respondió un joven alto y flaco cuyo nombre era Will—. Recibió un lanzazo que le atravesó las dos piernas por encima de la rodilla, y aunque guardó cama nunca llegaron a curarse.

Otros jóvenes empezaron a hablar de Pelys, y poco a poco, los dos compañeros llegaron

a reconstruir su historia escuchándoles. Su padre, el difunto señor Pelynger, era recordado por los más viejos de la ciudad como el típico señor egoísta e injusto. Su esposa era una buena mujer, pero su esposo siempre la había tenido dominada. Pelys, el chico, era su único hijo y desde el principio fue un soñador al que atraían las conversaciones más peculiares y los libros viejos, pero no así la espada ni el patio de prácticas. El padre intentó esforzadamente moldearle de acuerdo a unas pautas más viriles, pero el chico también era tozudo a su manera, e insistió en llevar la vida que le parecía más adecuada. Cuando Pelys llegó a ser mayor de edad dejó el castillo de su padre para llevar la existencia de un vagabundo. No se le volvió a ver durante muchos años. Cuando por fin volvió a Celydon era ya un hombre de mediana edad, duro y curtido por la intemperie, y su regreso tuvo lugar unos pocos días antes de que el viejo señor muriese. Su primera acción, incluso antes de que se celebrara el funeral, fue hacer pedazos con sus propias manos el cadalso que se había alzado durante tanto tiempo en la ciudad. Después repartió entre sus habitantes la mayor parte de la comida y el oro que su padre había ido atesorando a lo largo de los años. Hubo muchos que le creyeron loco, pero todo el mundo le amó por lo que había hecho.

Una semana después, aquella pacífica ciudad fue invadida por el señor Nabon de Lee, quien preveía una fácil victoria sobre aquel hijo de Pelynger que tenía la cabeza llena de fantasías. Pero tanto él como la gente de Celydon no tardaron en descubrir que, fuera donde fuese, Pelys había acabado aprendiendo a combatir. Su pueblo le siguió e hizo que el señor Nabon volviera a Lee con sus ejércitos diezmados. Pero Pelys fue llevado a sus aposentos con las piernas destrozadas por su herida.

Tal era el magnetismo de aquel hombre que todos amaban y obedecían aunque estuviera lisiado. Se casó con una hermosa mujer que sólo tenía la mitad de sus años, la dama Rowana. La gente decía que resultaría conmovedor ver cuánto se amaban. Dama Rowana murió en el parto de su primera y única criatura..., una chica.

—Entonces la doncella que está junto a él es su hija —dijo Hal.

—Cierto. Es la dama Rosemary, y tiene quince años.

Alan se había fijado en que los ojos de Hal se habían vuelto frecuentemente en aquella dirección, aunque desde lejos resultaba difícil averiguar si los rasgos de la joven eran hermosos o no. Pero su atención no tardó en verse atraída por las ceremonias de la doncella de la ceniza, el rey del tejo y la reina del sauce, así como la lenta y prolongada danza del círculo. Los bailarines llevaban coronas de saúco en las que había velas, y la danza duró hasta que todas las velas se hubieron consumido, que fue casi al amanecer.

Por fin los danzarines partieron hacia las hogueras encendidas en las colinas y el resto de los presentes fue desfilando para presentarle sus respetos al señor Pelys y a la dama Rosemary antes de marcharse a sus hogares y sus camas. A medida que se fueron acercando al estrado, Hal y Alan pudieron ver mejor a la dama Rosemary. Alan no pudo por menos que reconocer su hermosura. Pero Hal se fijó detalladamente en su hermosa y clara tez, que tenía el mismo color que el más pálido de los cervatillos, y en la belleza de sus ojos oscuros, sus rasgos delicados y bien proporcionados, así como en los labios que eran gruesos sin llegar a la excesiva sensualidad, al igual que sus cejas sugerían un carácter seguro de sí mismo pero sin llegar a la obcecación. Todo en ella hablaba de la mujer que dormitaba bajo la superficie de esta jovencita de quince años. Había en ella algo que había estado murmurando al oído de Hal durante toda la velada y su sangre corrió velozmente al acercársele.

Alan percibió su nerviosismo y cuando hicieron las reverencias le miró. Vio como Hal

clavaba una mirada curiosamente intensa en la doncella, pero esa mirada estaba llena de una cortesía tan delicada que Rosemary se la devolvió sin alarmarse. Durante un fugaz segundo sintió..., no habría sabido decir qué. Pero el momento pasó rápidamente, roto por el cálido saludo de Pelys.

—Bien, mis bravos muchachos —estaba diciendo—, ya tenéis mejor aspecto. ¿Habéis encontrado un sitio donde dormir?

Alan se encargó de responder, ya que Hal no parecía haberle oído.

—Estamos durmiendo en el henil del establo, mi señor, y os estamos muy agradecidos por ello.

—Así que estáis durmiendo con ese soberbio caballo gris, ¿eh? Espero que su aventura de esta tarde no le haya puesto demasiado nervioso.

—¡Oh! —dijo Rosemary sin poder contenerse—. ¡Vosotros sois los que habéis venido con ese horrible caballo que intentó matar a Rafe!

—El caballo se encuentra perfectamente, mi señor —replicó Hal y luego se dirigió a la dama con una afable sonrisa—. Señora, mi caballo nunca le haría daño a nadie salvo si esa persona intentara apartarle de mí.

—Pues no debes temer que yo lo intente —se rió ella—. Tengo intención de mantenerme bien lejos de él.

—Os ruego que perdonéis a mi hija —dijo Pelys con una sonrisa—. Desde muy pequeña le ha tenido miedo a los caballos y no hay nada que pueda curarle ese temor. Y ahora, os deseo que durmáis bien.

Volvieron a los establos andando en silencio. Alan se envolvió inmediatamente en su manta y todo su cuerpo se relajó con gratitud en el calor y el agradable aroma del heno. Pero Hal empezó a pasear nerviosamente de un lado a otro para acabar deteniéndose durante un rato muy largo ante la minúscula ventana que servía para airear el henil. La luna se encontraba en su plenitud y uno de sus brillantes rayos entraba por la ventana, pasando junto a su cabeza e iluminando un cuadrado de heno al igual que había iluminado la sucia paja de su oscura celda de la Torre un año y medio antes.

Alan fue incapaz de soportarlo por más tiempo. Las velas de los bailarines seguían girando ante el ojo de su mente igual que un círculo de estrellas o como los confusos y cambiantes designios del azar. Y aunque creía conocer la respuesta, se sintió obligado a formular la pregunta.

—Hal, ¿qué ocurre?

Hal suspiró.

—Pensarás que me he vuelto loco —le respondió sin moverse de su postura.

—Ya sé que estás loco —le dijo Alan burlonamente—. Cuéntamelo. No puede ser nada peor que oírte conversar con los espíritus de la noche.

Hal sonrió levemente al oírle decir eso y se volvió hacia él. Cuando habló lo hizo con una voz llena de dudas.

—Esa chica..., la dama Rosemary... es..., es mi *mendor.*

—¿Tú *que?*

—Mi destino. —Hal intentó explicárselo—. Pero es algo más que mi destino. Para cada

hombre existe una mujer que es su *mendor.* Rosemary es el mío. Es la mujer a cuya hebra de la vida está unida la mía. Ya era así mucho antes de que empezara el tiempo. Está escrito en *Dol Salden.* No sé si es algo bueno o malo y no sé si me traerá felicidad o pena, pero así es.

—¿Cómo puedes estar tan seguro? —le preguntó Alan, asombrado.

Hal no le respondió.

—Hal, ¿qué eres? —le preguntó Alan hablando muy despacio—. ¿Hechicero, vidente o algo más que eso? ¿Cómo ha llegado a ti esa visión?

—¡No lo sé, Alan, te lo juro por todos los dioses y también por el mío, no lo sé! —Cuando habló en la voz de Hal había tal intensidad de dolor y tal súplica dirigida a su hermano que incluso Alan, que ya estaba acostumbrado a sus extraños estados de ánimo, sintió cierto sobresalto—. Pongo por testigos a mis ojos de que nunca he sido amigo de hechiceros ni charlatanes... Algunas veces me parece que puedo ver claramente los misterios de todas las vidas... salvo los de la mía.

Rosemary, por su parte, también estaba sorprendida.

—Padre —le preguntó—, ¿quiénes son?

Estaba en su aposento, como hacía siempre antes de ir a su habitación para dormir. Pelys supo inmediatamente a quiénes se refería.

—Por la Dama que lo ignoro —respondió—. No me han dicho nada, pero estoy seguro de que han viajado mucho. Parecen ser unos jóvenes buenos y valerosos, aunque hay en ellos muchas cosas extrañas. Creo que me gustará tenerles aquí.

No dijo que aquellos dos jóvenes habían despertado en él una curiosidad como hacía mucho tiempo que no sentía y tampoco mencionó que se había dado cuenta del intercambio de miradas producido entre Rosemary y Hal. Durante toda su vida había sido un hombre amante de buscar y preguntar, pero la edad y las aflicciones sufridas habían hecho que sus conocimientos se convirtieran en sabiduría. Había aprendido a esperar pacientemente las respuestas.

2

Los días siguientes transcurrieron rápidamente. Veían a Rosemary con frecuencia cuando caminaba o reposaba entre los frutales y las flores del jardín del castillo. Para sorpresa de Alan, Hal no buscó ninguna excusa para trabar conversación con la dama, y en vez de ello se dedicó a inventarse ocupaciones que le alejaran de su presencia. Después de la fiesta había mucho trabajo que hacer, y los recién llegados prestaron su ayuda allí donde les era posible, ya fuera en las cocinas, el establo o los talleres. Los sirvientes aprendieron pronto a conocer y apreciar a esos jóvenes tan extraños que llevaban las espadas de dos nobles y trabajaban como si fueran campesinos.

Pero Rafe, capitán de los novicios de la guardia escogido por votación, no les apreciaba en los más mínimo. No perdía ninguna ocasión de hacer que sus vidas resultaran desagradables, especialmente la de Hal. Sus hombres no tenían nada que reprocharle a los forasteros, pero eran leales a su capitán y se cuidaban mucho de hacerles favores a Hal y Alan. Cuando los dos compañeros entraban en el patio de prácticas se veían rodeados por una muralla de silencio que sólo rompían las ocasionales burlas de Rafe. Algunas veces les desafiaba a luchar con espadas o bastones. Rafe luchaba con impaciencia y tesón y siempre perdía, lo cual no servía precisamente para mejorar su mal humor. Con sus hombres era totalmente distinto: sabía controlarse, estaba lleno de recursos y luchaba estupendamente. Rafe era un buen capitán, ferozmente orgulloso de sus hombres, y Hal y Alan podían ver muy claramente la razón de que éstos le fueran leales.

Durante su cuarto día en Celydon, cuando estaban ejercitando a los caballos, el señor Pelys fue llevado adonde estaban sobre una silla transportada por dos sirvientes. La dama Rosemary iba a su lado. Hal y Alan se acercaron para saludarles; Rosemary se tensó nada más ver aproximarse a los caballos pero no retrocedió. Cuando llegaron a la valla Hal habló en voz muy baja, dando una orden que Alan no había oído nunca, y Arundel puso una pata en tierra haciendo una grácil reverencia, arqueó su hermoso cuello y pegó su hocico al casco de la pata doblada. El señor Pelys se rió, encantado, e incluso Rosemary no pudo por menos que sonreír. Arun volvió a erguirse y Hal se dejó resbalar de la silla al suelo.

—Qué criatura tan bella —dijo Pelys con admiración—. Pero, ay, a tu caballo le falta mucho para aproximarse a su hermosura, Alan.

—Sed sincero y decid que es francamente feo —contestó Alan. Alfie sacudió su huesuda cabeza amenazadoramente y puso los ojos en blanco—. Pero aunque no sea hermoso, y pese a sus travesuras y su monstruoso apetito, no lo cambiaría por ningún otro caballo de Isla.

Alfie se quedó quieto y arqueó su flaco cuello orgullosamente. El señor Pelys volvió a reírse.

—Por mi pobre y viejo cuerpo, juraría que ha comprendido cada una de las palabras que has pronunciado —dijo con una risita—. Pero, Hal, cuéntame..., ¿cómo es posible que tu caballo haya llegado a sentir tal recelo ante los desconocidos? ¿Es algo natural o fue parte de su adiestramiento?

—Ambas cosas —dijo Hal acariciando a su hermosa montura—. Cuando le conocí, Arun era sólo un potrillo, pero nadie podía acercarse a él. El tratante de caballos le había atado la cabeza y las patas para lograr controlarlo, pese a que estaba casi muerto a causa

del hambre, el miedo y los malos tratos. Lo compré y cuidé de él hasta devolverle la salud. Arundel me dio su amor y yo le entrené porque él consentía que lo hiciera. Al principio jamás permitía que le tocara nadie salvo yo, pero si se lo ordenaba dejaba que lo hicieran. Desde entonces ha aprendido a conocer a otros amigos, como Alan. Siempre rehuye la mano del desconocido, tanto por sus propios instintos como por mi adiestramiento, para que no lo roben y lo aparten de mí. Pero no es malo y jamás le ha hecho daño a nadie salvo a Rafe, que no le dejó otra salida.

—De todas formas, no tengo intención de acercarme a él —dijo Rosemary con voz firme, algo traicionada por el miedo que había en sus ojos.

Hal frunció el ceño, lleno de piedad, y cuando le habló su voz era suave y afable.

—¿Cómo es posible que hayáis llegado a tenerle tal miedo a los caballos, mi señora?

—No lo recuerdo. Pero mi padre me ha contado que cuando era muy pequeña me derribó un caballo, y en cuanto a mí respecta siguen dándome la impresión de medir seis metros de alto.

—Cierto —dijo Pelys—, era muy pequeña y estaba jugando en el patio cuando un caballo de temperamento muy nervioso rompió sus riendas y echó a correr, derribándola. No sufrió ninguna herida —siguió diciendo mientras la miraba con afecto—, pero el miedo nunca desapareció. Es una pena, querida mía, pues en este mundo no encontrarás muchas cosas más necesarias que el caballo.

Alan no había dejado de mirar a Hal pero no logró detectar ningún signo del interés que Hal sentía hacia Rosemary. De hecho, si daba alguna impresión era la de una cortesía algo excesiva que casi rayaba en la falta de interés.

—Venid a vernos esta tarde —dijo Pelys mientras los sirvientes se preparaban para irse—, y compartiréis la cena con nosotros.

Así pues, Hal y Alan se dirigieron hacia el castillo cuando ya se acercaba la hora de cenar, vistiendo sus mejores ropas. Un sirviente les llevó al pequeño estudio escasamente iluminado donde estaban Pelys y Rosemary. En la mesa que había ante ellos se encontraba un compás y los dos estaban examinando varios mapas que el tiempo había vuelto amarillentos.

—Bien, bien, aquí estáis —exclamó el hombrecillo—. Éste es mi refugio de erudición y aquí aprendemos nuestras lecciones tanto la muchacha como yo. Te gusta, ¿eh?

Los ojos de Hal iban nerviosamente de un lado a otro de la habitación. Las paredes estaban llenas de libros que llegaban hasta el techo, así como de todo tipo de objetos extraños. De repente sus ojos se clavaron en uno de esos objetos y Hal atravesó rápidamente la habitación.

—¡Un plinset! — exclamó.

El señor del castillo enarcó las cejas ante esa extraña palabra pero, al darse la vuelta, vio que Hal estaba acariciando con reverencia un instrumento de cuerda colgado en la pared y casi escondido entre los estantes de libros.

—Ah, ¿es así como se llama?

—Sí —respondió Hal—. Pero vos no sois de sangre welandesa, ¿verdad, mi señor?

—No, no. Entonces, ¿es un instrumento de Welas?

—Sí. ¿Cómo ha llegado a vuestras manos?

—Un trovador lo trajo aquí el invierno pasado y sabía tocarlo maravillosamente bien. Contrajo unas fiebres y murió al cabo de pocos días, aunque le cuidamos tan bien como supimos. Tuvimos un invierno muy duro.

Pelys se reclinó en su asiento con expresión pensativa.

—Me pregunto quién sería... — murmuró Hal.

—Era de edad mediana, con el cabello y la tez claros y era apuesto y valeroso, aunque no llevaba espada... Yo también me he preguntado quién sería.

—¿No os dijo cuál era su nombre?

—No. Sonreía cada vez que se lo preguntaba y dijo que podía llamarle como me viniera en gana, así que le llamé Bardo. Creo que también podría haberle llamado Señor. —Pelys contempló a Hal con una expresión dubitativa en el rostro—. ¿Sabes tocar ese instrumento, muchacho?

—Sí —respondió Hal, algo sorprendido.

—Entonces, cógelo. Es tuyo. ¡Y toca una canción para nosotros!

Hal lo bajó de la pared y lo acunó en sus manos con algo parecido al temor.

—Os lo agradezco enormemente —dijo—, pero no creo que podáis saber lo que vale este regalo. Este instrumento fue fabricado en los tiempos de Veran, el primero de los Reyes Benditos, y quien lo hizo fue Llewys, Creador de Melodías. Tiene muchos siglos de edad y desde entonces no se ha hecho ninguno mejor que él. Hace tan sólo una generación habría sido guardado en la sala del tesoro del Viejo Castillo de Welden junto con las coronas de los reyes.

Mientras hablaba le había estado quitando delicadamente el polvo que lo cubría y al terminar lo llevó a la luz para que todos pudieran apreciar sus delicadas tallas.

—Ahora no estamos en estos tiempos —dijo Pelys con tristeza pero con un agudo interés brillando en sus ojos—. Y nadie lo merece más que tú por tenerlo en tan alta estima. Colgado en la pared no sirve de nada, así que tómalo, muchacho, y toca una canción para nosotros.

Hal tragó saliva y afinó las ocho cuerdas del instrumento tan cuidadosamente como si estuvieran hechas de hebras de telaraña. Después tomó asiento y las pulsó con aire pensativo. Hal empezó a cantar y las cuerdas emitieron una música triste y medio alegre:

Todos mis días han transcurrido con la visión
de un lugar bajo los cielos de occidente
donde la paz fluye cual la dorada miel
de los panales.
Pero el este me muestra mi carga
con los rayos de cada brillante amanecer.
Largo es el destino que he de recorrer
en esta tierra de contiendas.

Todas mis noches han transcurrido en el sueño
de ver las moradas de las estrellas hundidas en el mar,
donde habita el pueblo de los abismos
y donde se encuentra su hogar.

Pero el este me oculta el resplandor nocturno
de la hermosa y lejana Elwestrand,
donde las naves de los elfos
cortan la plateada espuma del mar.

¡Elwestrand! ¡Elwestrand!
Quizá tu reino sólo exista en mi mente,
pero aun así has vivido en diez mil estrofas
de canciones que han surcado los cielos.
Elwestrand. ¿Qué otra verdad hay en el alma
más que su deseo anhelado?
¿Hay lazos que puedan atar con más fuerza
que la de esa potente llamada?

Todo mi viaje ha transcurrido
bajo el amargo resplandor de la sangre.
Pero el brillo del oeste
aún sabe darme su calma.
Cuando la carga parece insoportable,
el crepúsculo me habla de la vieja sabiduría,
de la tristeza inmortal
curada con el bálsamo de los mortales.

¡Elwestrand! ¡Elwestrand!
¡Allí donde corre el indómito corcel blanco!
¿Serás mía
cuando se haya extinguido la última luz de mi vida?
¿O acaso, cuando haya ganado mi penosa batalla,
cuando llegue al sol poniente,
tendré que seguir viajando
para hallar algún reposo,
oh, Elwestrand?

Las notas de la canción fueron apagándose y los cuatro se quedaron sentados en silencio durante unos instantes. Pelys se agitó igual que si Despertara de un sueño.

—¿Dónde aprendiste a tocarlo? —le preguntó con admiración.

—Mi madre me enseñó. Era de Welas.

Aunque su curiosidad estaba excitada al máximo, Pelys supo instintivamente que hacer más preguntas al respecto no sería bien acogido y cambió de tema con la cortesía de un auténtico caballero.

—Desde hace mucho tiempo deseo que mi hija reciba cierta instrucción en la música pero aquí no hay nadie para enseñarla. ¿Podrías hacerlo?

—¿Qué?

—¡Venga, venga, muchacho, naturalmente que podrás hacerlo!

Hal miró a Rosemary.

—Haré cuanto pueda —prometió, estupefacto.

—Estupendo —dijo jovialmente Pelys—. Ven por las tardes siempre que tengas un momento libre. Y ahora, a cenar.

Dio unas palmadas llamando a su sirviente. La comida les estaba esperando en una habitación situada en lo alto de la torre que recibía los rayos del sol poniente. Hal tomó asiento ante la mesa con el plinset en su regazo.

—Tengo entendido que habéis estado trabajando en el castillo —observó el señor Pelys mientras les pasaba los panecillos—. Ya sabréis que no es necesario, ¿verdad? Sois mis invitados.

Hal seguía como hechizado y Alan no lograba decidir si era debido al plinset o a la dama.

—No nos gusta permanecer ociosos mientras que los demás trabajan —replicó Alan—. Y hemos aprendido a hacer muchas cosas útiles.

—Bien, bien, ya que habéis escogido ser útiles debéis permitir que os dé alguna paga por ello. —Hal salió de su trance para protestar pero Pelys insistió—. ¡Diantre, sólo serán unas cuantas monedas! No quiero que estéis en la miseria y tampoco quiero que os excedáis en el trabajo —añadió agitando amenazadoramente su índice ante los dos amigos—. No debéis descuidar vuestros ejercicios, vuestra práctica con los caballos ni vuestra educación. Tengo una biblioteca entera llena de libros soberbios y me gustaría mucho que los utilizarais.

—Gracias, mi señor —murmuraron ellos, asombrados ante esta manera tan peculiar de conceder favores.

—Y espero que comáis conmigo de vez en cuando —gruñó su señoría—. No podéis estar comiendo siempre en las cocinas o con los soldados. Además, espero de vosotros que empecéis a dormir en camas de verdad. Haré que os preparen habitaciones.

Alan se quedó algo sorprendido al ver que Hal no sabía qué decir ante aquello.

—Mi señor, con vuestro permiso..., ¿podríamos quedarnos en los establos? Quiero decir, siempre que Alan... Es más cómodo estar cerca de los caballos.

Preguntándose cuál era la auténtica razón de sus palabras, Alan se apresuró a decir que sí. El señor Pelys pareció algo dolido, pero accedió amablemente a su petición.

—¿Y no os helaréis de frío? —preguntó Rosemary, asombrada.

—Quizá —se limitó a responder Hal.

Esa noche volvieron al establo en silencio. Hal se detuvo en la carpintería para coger un pedazo de tela y un frasquito de aceite. Una vez en el henil colocó su linterna bien lejos de la paja y empezó a quitar cuidadosamente el polvo y la suciedad de su antiguo y precioso instrumento.

—Si lo prefieres podemos trasladarnos a la fortaleza, Alan —dijo sin alzar la vista—. Ya sé que es mucho pedirte que pases todo el invierno en un establo lleno de corrientes de aire.

—Aquí no hay corrientes de aire —mintió Alan—. Estaremos muy cómodos.

—¿Sin fuego?

Alan se encogió de hombros en un gesto lleno de cansancio.

—Pues entonces pasaremos frío. Me atrevería a decir que tenías tus razones para hablar

de esa forma, ¿no?

—¡No sé cuáles son mis razones! —gritó Hal lanzando a lo lejos su trapo—. ¡Ya no sé quién soy ni lo que pienso!

—Bueno, si tienes que gritar me parece que ésa es una buena razón para hacerlo —le dijo Alan, en parte irritado y en parte intentando calmarle.

Hal suspiró y volvió a ocuparse de su plinset, limpiando y puliendo y haciendo que el rico brillo de la madera oro oscuro volviera a brotar de sus profundidades. Su ceño fruncido se fue suavizando y pronto empezó a silbar desaliñadamente. Alan pensó que parecía perdido en algún ensueño feliz. ¿Estaría soñando con la Dama, quizá? Raras veces le veía tan contento.

Esa misma noche, bastante después, Alan despertó de golpe al oír un grito inarticulado. Hal estaba sentado, los ojos clavados en el vacío, con las mandíbulas apretadas y la frente perlada de sudor, temblando y luchando con unas ataduras invisibles. Alan alargó la mano hacia él, alarmado, y sintió como todos sus músculos estaban tensos cual bandas de acero bajo su piel.

—¡Hal! —exclamó, sacudiéndole—. ¿Qué pasa?

El. hechizo se rompió y Hal se quedó tan fláccido como una cuerda rota, aunque ahora temblaba más que nunca.

—¡Oh, Alan! —jadeó, tapándose la cara con las manos, desgarrado entre el alivio y la angustia.

Alan le abrazó por los hombros y un instante después sus temblores se detuvieron. Volvió a tenderse en el heno, respirando pesadamente.

—¿Qué ha pasado? —le preguntó Alan con dulzura.

—Nada. Un mal sueño.

—Hal, eres imposible... —suspiró Alan—. Entonces, ¿sabías que te iba a suceder esto?

Hal se quedó callado durante tanto tiempo que Alan pensó que se había dormido.

—No sé nada —dijo por fin con voz hueca—. Ni tan siquiera conozco el nombre de mis temores.

Al día siguiente Hal cogió su plinset y fue a la fortaleza para ver a su dama.

Las semanas pasaron rápidamente. Hal y Alan casi olvidaron que hubiera un mundo más allá de la isla y su castillo. Los árboles que había dentro de las murallas ya habían dado sus últimos frutos y éstos empezaban a ser recogidos: peras, manzanas, albaricoques, membrillo y los pequeños y ácidos frutos del serbal. Mientras Alan ayudaba en la cosecha, Hal y Rosemary solían sentarse con el plinset junto a las raíces de un árbol que el sol teñía de rojo. El mayor placer de Hal era la lección de música de cada día. Rosemary, hija de Rowana, era una muchacha muy hermosa, alegre, llena de vivacidad y tan amante del sol como las plantas que la rodeaban. Apreciaba mucho a Hal y Alan; para ella eran igual que hermanos y quizá pudiera decirse que Hal era su mejor amigo.

Hal estaba satisfecho de esa situación y no tenía intenciones de ir más lejos, o al menos eso se había dicho a sí mismo. Pensaba que resultaría una indignidad por su parte cortejar a la dama Rosemary para dejarla abandonada después de una loca búsqueda de un trono distante. Pero su corazón y su cuerpo no escuchaban este razonamiento y Hal

pasaba todas las horas del día consumido por un sordo dolor, y algunas veces llegaba a creer que se volvería loco si no hablaba. En aquellos momentos un pensamiento murmuraba en el fondo de su mente: ¿por qué luchar? ¿Por qué no librarse de su carga, quedarse en este pacífico claro del bosque, casarse y ser feliz? Bien sabía que tal felicidad era sólo un sueño, pero el sueño le roía por dentro.

A veces, cuando estaba lejos de ella, Hal conseguía olvidar la lucha que se libraba en su interior. Pero la noche le traía sueños aún peores que los de costumbre. El rostro torturado de Leuin de Laveroc le llamaba a través del humo y el resplandor de torres en llamas, oyéndose por entre los gritos de hombres y caballos, abriéndose paso entre velos de sangre. Algunas veces Hal pensaba que el señor de Laveroc seguía muriendo en su tormento, incapaz de alcanzar el reposo. Las pesadillas eran casi insoportables y para evitarlas iba y venía por el patio hasta bien entrada la noche, igual que una fiera cortejando a la luna. Incluso allí, la amable voz de Leuin llegaba hasta sus oídos: «¡Hal, sé valiente!».

Otra cosa turbaba el descanso de Hal: los continuos problemas con Rafe. Alan pensaba que la situación era más ridícula que dolorosa. Durante su infancia había conocido el amor de la familia y los amigos y la animosidad de una persona no le inquietaba en demasía. Pero Hal, que sólo había conocido la hostilidad de la corte del Rey, sentía la falta de aprecio de Rafe hacia su persona como un doloroso recordatorio del pasado, y muy a menudo se preguntaba cómo era posible que hubiese llegado a inspirar un odio tal.

Un hermoso y soleado día a mediados de noviembre, Hal y Alan fueron al patio de ejercicios. Otros jóvenes estaban entrenándose en él. Rafe se unió al grupo y saludó a Hal con un comentario sardónico; de repente el día pareció volverse gris y la atmósfera se cargó de tensión. Cuando Rafe desafió a Hal para luchar con los bastones, Hal miró a su compañero con una medio sonrisa de amargura y aceptó. En vez de continuar con sus ejercicios los otros jóvenes formaron un grupo alrededor de los combatientes. Alan se dio cuenta de que habían empezado a hacer apuestas sobre el desenlace.

Pero el combate siguió el curso de costumbre. Rafe atacó a Hal furiosamente y Hal fue parando sus golpes con mucha calma, sin ceder ni un solo centímetro de terreno, esperando la ocasión propicia. A medida que el combate iba progresando y las frenéticas embestidas de Rafe no daban el fruto apetecido, Alan vio que Rafe estaba empezando a llorar de furia. El grupo de espectadores, que al principio había estado de muy buen humor, ahora permanecía callado y como sintiendo vergüenza de lo que presenciaban.

Hal lamentaba la incómoda situación de Rafe, aunque no podía decirse que fuera el culpable. Deseando acabar con el combate cambió de postura y alzó su bastón para el ataque. En ese instante Rafe usó toda la fuerza de su cuerpo en una patada que llevó su bota hasta el vientre de Hal. Hal se dobló sobre sí mismo y cayó. Pero cuando Rafe, enloquecido por sus emociones, se preparaba para lanzar una segunda patada hacia la cabeza de Hal, quienes antes habían sido sus amigos y seguidores le apartaron por la fuerza de su rival caído. El tipo de juego sucio que acababan de presenciar era sencillamente imperdonable. No dijeron nada, pero le mantuvieron inmovilizado contra la pared mientras Will, el larguirucho y silencioso Will, le despojaba de su insignia de capitán. Después, sin una sola palabra, le dejaron ir y se volvieron hacia Hal.

Alan había palidecido de ira. Quería matar a Rafe, pero antes tenía que cuidar de su amigo. Sin embargo, y a medida que Hal empezaba a respirar con más facilidad, aquella furia que le había hecho verlo todo color rojo sangre fue esfumándose gradualmente de

la mente de Alan. Los voluntarios le rodearon con caras de preocupación y Alan se dio cuenta de que ningún castigo físico que pudiera infligirle a Rafe resultaría tan severo como la angustia mental que sentía ahora, sabiendo que había perdido el respeto de sus hombres.

—Hal, ¿cómo te encuentras? —le preguntó Will.

—Sobreviviré —se las arregló para responder Hal.

Will vaciló durante un segundo. Los demás parecían esperar de él que expresara en voz alta sus pensamientos.

—Hal, Alan... — dijo—. Creo que todos somos culpables de esto.

Pero Hal le hizo callar con un ademán. Los jóvenes se agruparon a su alrededor, mientras él, apoyándose en Alan, volvía cojeando al interior de la fortaleza. Rafe se quedó solo, en un rincón del patio.

A partir de entonces Hal y Alan fueron siempre bienvenidos por los voluntarios y Rafe se vio expulsado de su grupo. La noche del incidente los jóvenes escogieron a Will como su nuevo capitán. Ninguno de ellos hablaba con Rafe, ni tan siquiera cuando éste les dirigía la palabra, pues había deshonrado a su unidad. Hal y Alan fueron puestos por las nubes y descubrieron que su nueva y falsa popularidad era casi tan desagradable como su estado anterior. Sin embargo, las cosas acabaron calmándose después de unos cuantos días. Pero Rafe no volvió al patio de ejercicios.

3

Las primeras nieves cayeron hacia finales de noviembre. Hal y Alan estaban ayudando con la limpieza y el cepillado vespertino en los establos cuando llegó la noticia. Todo el mundo salió al patio para ver cómo los grandes copos que parecían plumón flotaban por entre la penumbra. La parte de niño que había dentro de cada uno de ellos se agitó emocionada, y un ambiente festivo se apoderó de todo el castillo.

Después llegó una nueva causa de agitación al abrirse las puertas para acoger a un forastero, un tratante de caballos que iba seguido por la recua de su mercancía. Una sola mirada al tratante y el jovial rostro de Flann se volvió ceñudo. El mercader era un tipo sucio y de aire tosco y sus caballos estaban medio muertos de hambre y muy cansados. Pero cuando llevó sus mercancías hacia el establo para averiguar si le era posible hacer algún trato, entre éstas se pudo ver un par de ojos brillantes y una cabeza erguida. Empezando por el final de la recua y en tercer lugar había una pequeña yegua bastante bonita... o que, al menos, habría podido serlo en cuanto le hubieran limpiado la suciedad y hubiera conseguido poner algo de carne encima de sus huesos. En aquellos ojos inteligentes, aquellos ollares bien abiertos y la pequeña y hermosa silueta de la cabeza había algo que inmediatamente hizo que Alan pensara en Arundel. Oyó cómo el aliento de Hal silbaba por entre sus dientes, y le miró. En el rostro de Hal había una expresión que daba miedo.

—Un caballo *elwedeyn* —jadeó Hal—, ¡aquí y en tal estado! Tengo que ayudarla. Si no puedo comprarla se la robaré.

El tratante de caballos fue mostrando su mercancía sin ningún tipo de miramientos hacia los animales, pero no logró ninguna oferta. Cuando llegó a la pequeña yegua la cogió rudamente por la crin. Los ojos de la yegua llamearon y su boca se abrió para enseñarle los dientes al tratante, intentando morderle, y el mercader la golpeó con dureza en el tierno hocico.

—¡Basta! —gritó Hal, lanzándose hacia adelante.

La yegua se encabritó rompiendo su brida de cuero. Parecía imposible que en su flaco cuerpo pudiera haber tal fuerza, pero sin que pudiera saberse cómo, logró soltarse. El tratante de caballos retrocedió, asustado, y la yegua empezó a galopar en círculos, buscando alguna forma de escaparse de aquel patio repleto de gente. Todos se apartaron ante ella, pero Hal fue directamente hacia el animal. Habló con la yegua en su extraña lengua, casi en un murmullo, y la yegua se quedó quieta, temblando, mirándole con una asombrada esperanza, empezando a ocupar el sitio de su miedo y su desesperación.

Hal volvió a hablarle.

—*Mir holme, Asfala, nilón tha risíe.* («Ven a mí, Asfala, nadie te hará daño.»)

La yegua corrió hacia él igual que un niño al que acaban de pegar y ocultó su cabeza bajo el brazo de Hal mientras que éste le hablaba en un susurro y acariciaba delicadamente sus flancos jadeantes.

Los mozos del establo fueron saliendo lentamente del refugio que habían buscado en las murallas del patio, contemplándoles con ojos asombrados. El tratante de caballos parecía dispuesto a empezar de nuevo con sus malos tratos. Alan se mordió el labio y se preparó para desenvainar la espada; era la única cosa con la que podía hacer un trato. Pero Flann vio el gesto y le detuvo con su mano y un guiño de complicidad. Después

fue hacia el tratante de caballos contoneándose fanfarronamente de una forma que no se parecía en nada a su paso habitual.

—Veo que tienes aquí a una yegua con mucho temperamento —observó.

El mercader empezó a explicar todos los problemas que había tenido con ella. La había comprado atraído por su aspecto, estando seguro de que podría domarla. Había probado con la fuerza y haciendo que pasara hambre, pero no había conseguido nada con ninguna de las dos cosas.

—Quizá pueda librarte de ella —dijo Flann despreocupadamente—. No me importaría nada tener una ocasión de poner a prueba mis recursos.

Su mano se agitó en el aire, dando la impresión de manejar un látigo invisible.

Los ojos del tratante de caballos se iluminaron ante ese gesto. Él y Flann hablaron durante unos instantes, pero Flann meneó la cabeza y se dio la vuelta, rechazando el precio que le pedía el tratante. Miró a Hal de soslayo y Hal, comprendiendo la farsa que estaba representando, le devolvió la mirada. Flann le había caído simpático al tratante de caballos porque parecía ser tan brutal como él mismo, y tenía muchas ganas de librarse de aquella yegua que sólo le causaba problemas. Pronto ofreció venderla por un precio razonable y Flann fue contando las monedas y dejándolas caer en su mano. Después le dio un fuerte puñetazo en la cara y le hizo caer al suelo.

—Y ahora, largo de aquí —dijo Flann con un rechinar de dientes y mostrando por primera vez toda su repugnancia ante aquel hombre—. Márchate con tus jamelgos. Y si vuelves a visitar alguna vez este sitio haré que te encierren hasta que te pudras. ¡Fuera!

El mercader no se quedó a discutir con Flann. Reunió apresuradamente a sus jamelgos y se marchó, alegrándose por tener al menos unas cuantas monedas en sus bolsillos. Flann dejó escapar un gruñido de furia, se estremeció y se volvió hacia Hal. La yegua había dejado de temblar y estaba observando con interés la marcha de sus antiguos compañeros. Los mozos del establo volvieron al interior de éste. Hal, Alan, Flann y la yegua se quedaron solos bajo los copos de nieve.

—Es tuya, Hal —dijo el jefe de los establos—. Ella te ha escogido.

—Flann —respondió Hal con voz enronquecida por la emoción—, jamás podré agradecerte bastante lo que has hecho. Habría dado cualquier cosa por ella. —Y antes de que Flann pudiera protestar, Hal añadió—: Te devolveré lo que has pagado en cuanto pueda.

Flann agitó la mano en un gesto de impaciencia.

—El valor del trabajo que has hecho aquí ya es superior a la cantidad de dinero que pagué por la yegua, y basta ya de tonterías.

Hal estuvo muy ocupado durante los días siguientes. Al amanecer la yegua fue bañada y cepillada. Una capa de suciedad y pelo muerto fue eliminada con el cepillo y su pelaje de alazán moteado de manchas rojo oscuro empezó a relucir con un hermoso resplandor. Estaba terriblemente delgada, pero tenía los huesos sólidos y su dentadura se hallaba en buen estado. Hal hablaba continuamente con ella, incluso cuando estaba con Aran en el pesebre contiguo, y la yegua empezó a comportarse de forma mucho más tranquila y a mostrarse más animada. Alan fue a verles cuando hubo terminado con Alfie y al pedírselo Hal la yegua permitió que la acariciara.

—Dejaremos que descanse un poco durante unos días —dijo Hal—. Después empezaremos con los ejercicios.

—¿Qué pretendes hacer con ella? —le preguntó Alan.

Hal se quedó callado durante un instante.

—Su espíritu es noble y altivo — dijo—, pero es sensible y tan buena como un gatito. No puede ser domada mediante la fuerza; antes moriría. Pero en cuanto le haya entregado su corazón a una persona hará cualquier cosa por ella. —Hal hizo una pausa y miró a su compañero, buscando en sus ojos la confirmación de que le comprendería y encontrándola un segundo después—. Cuando se encuentre mejor le hablaré de mi dama. Quizá le guste la idea de ser su montura.

«Entonces, es cierto que habla con los animales en un lenguaje que ellos entienden», pensó Alan. Aquello no le sorprendió demasiado. En el medio año que llevaba conociendo a Hal había llegado a creer y esperar cosas que antes jamás habría considerado posibles.

—La llamaste Asfala — dijo—. ¿Qué quiere decir esa palabra?

—Quiere decir «Hija del Viento».

Siguió nevando con fuerza durante varios días y el patio de ejercicios quedó cubierto con casi un metro de nieve. El viento hacía que el aire se llenase con los copos y el frío era terrible. Alan y Hal se enterraban cada noche en la paja de su henil, reconfortados también por el calor corporal de los caballos que había con ellos. Pasaron largas horas trabajando en el establo, sintiendo que estaba en deuda con Rann por el precio de la yegua y lo que costaba alimentarla, pero él siguió diciendo que no estaban obligados a nada y bromeaba con ellos sobre el asunto.

Flann no paraba de maravillarse ante los progresos que estaba haciendo Asfala. Recuperó la carne perdida con mucha rapidez y estaba mucho más alegre que antes. Flann y Alan eran ahora amigos en los que confiaba y había aprendido a tolerar a los mozos del establo, pues a ninguno de ellos se le permitía mostrarse duro o descuidado con ella. Habiendo perdido el miedo, empezó a exhibir toda una serie de juguetones trucos de potrilla y era muy probable que acabara convirtiéndose en la mascota del establo.

—Hal, ¿cómo lo has conseguido? —le preguntó Flann un día mientras Asfala le mordisqueaba la manga—. Llegó aquí siendo una pobre ruina temblorosa y en una semana se ha convertido en una muchachita traviesa y malcriada.

—¿Cómo no iba a serlo? —replicó Hal evasivamente—. Aquí no hay nada que pueda asustarla.

Pero Flann le miró de soslayo y expresó su incredulidad con un gruñido.

Cuando Hal y Alan sacaban a sus caballos para ejercitarlos, Asfala iba con ellos, dando la impresión de ser un poni en comparación al mayor tamaño de los otros dos. Siempre iba pegada al flanco de Arun y escuchaba atentamente cuanto Hal le decía. Alan tenía la extraña sensación de que la yegua estaba aprendiendo cómo debía comportarse llevando encima un jinete sin que nadie la hubiera montado nunca.

—Hal, ¿tienes planes de montarla? —le preguntó.

—No, dejaré que sea mi dama quien la entrene. Eso creará un lazo entre las dos.

Aunque no hicieron ningún esfuerzo para mantener en secreto la existencia de la yegua, había muy poco peligro de que Rosemary la viese antes del momento adecuado, pues si podía evitarlo jamás se acercaba al establo. Y la ocasión ya no quedaba demasiado lejos.

El Festival del Solsticio de Invierno sólo se celebraba desde hacía siete generaciones en Isla, pues había llegado allí con los hombres del este y sus hechiceros dedicados a contemplar las estrellas. Pero los habitantes de Isla habían aceptado la celebración, pues era una época de dar regalos y el que cayera justo después de la matanza del cerdo resultaba muy adecuado. En Nemeton, la corte lo llamaba el Día de Nacimiento del Hijo Sagrado y hacían regalos, celebraban banquetes y sacrificaban víctimas en su honor. Pero en casi toda Isla, la gente se limitaba a llamar a ese día la Fiesta de Invierno, considerándolo una bienvenida ocasión de reposar en aquella lúgubre época del año.

El día de la fiesta acabó llegando por fin, y Hal se levantó antes del amanecer, cepillando y haciendo brillar el pelaje de Asfala hasta que cualquier caballo corriente habría empezado a dar coces en señal de protesta, aunque Asfala daba la impresión de disfrutar mucho con todos aquellos preparativos. Después de que su manchado pelaje quedara bien reluciente, le cepilló la cola y las crines hasta que estuvieron tan suaves como la seda y le frotó los cascos con aceite. Alan y Flann observaron divertidos cómo Asfala arqueaba el cuello y se pavoneaba ante ellos, golpeando el suelo con sus cascos brillantes. Como toque final, Hal usó metros enteros de cinta verde y la trenzó en sus crines y su cola, terminando el trenzado con un hermoso lazo justo encima de su oreja izquierda. Asfala parecía a punto de reventar de orgullo y cuando tuvo puesto el lazo inclinó la cabeza en una especie de reverencia, logrando el aplauso del círculo de sonrientes mozos de establo que la contemplaba. Después de aquello, por fin estuvieron listos para ir al castillo.

Pelys y Rosemary estaban sentados en el estudio cuando Alan se presentó ante ellos luchando por ocultar su nerviosismo y les pidió que le siguieran a la sala de audiencias que se encontraba en el primer piso. Pelys llamó a su sirviente con unas palmadas y los cuatro bajaron la escalera. Una vez que estuvieron sentados, Alan dio unos golpecitos en la ventana y un instante después se oyeron unos extraños ruidos ante la puerta.

—¡Pero qué...! —empezó a decir Rosemary, quedándose sin aliento cuando Hal hizo entrar a la yegua.

El hermoso y amable animal no llevaba brida ni riendas, pero seguía a Hal como por voluntad propia y éste la condujo hasta el pie del estrado donde estaba sentada una perpleja Rosemary.

—Aquí está el regalo que os hago, mi señora —le dijo—. Su nombre es Asfala, lo que significa «Hija del Viento». No existe un caballo más bien educado en toda Isla. Sé que hay otras cosas que preferiríais tener, pero os ruego con todo mi corazón que la aceptéis pues no poseo otra cosa que daros.

—Es preciosa —dijo Rosemary con un hilo de voz. Antes habría preferido tirarse al río que tocar a la yegua pero sabía que si no la aceptaba heriría gravemente los sentimientos de Hal, así que apretó la mandíbula y caminó hacia Asfala con una nerviosa sonrisa en la cara. Pero cuando se acercó a ella sucedió algo maravilloso. Asfala retrocedió y se ocultó detrás de Hal atisbando por encima de su hombro con sus grandes ojos castaños, igual que un niño lo haría desde el refugio ofrecido por las faldas de su madre—. ¡Vaya, pero si me tiene miedo! —exclamó Rosemary, asombrada.

A su espalda Alan y Pelys estaban sonriendo pero el rostro de Hal mantenía la más perfecta seriedad.

—Al principio es un poco tímida —admitió Hal—, y es muy sensible. Tenéis que ser muy amable con ella. —Y después, dirigiéndose a la yegua, fingió que intentaba convencerla—. Ven, Asfala. La dama no te hará daño.

La yegua fue abandonando el refugio ofrecido por la espalda de Hal con paso tímido y delicado y Rosemary la miró como si viera un caballo por primera vez en su vida. Se fijó en los cascos relucientes que parecían bailar sobre el suelo y en el suave brillo de aquel pelaje de color tan hermoso. Se fijó en las crines y en la cola, suaves y limpias como su propia cabellera y en las que estaba trenzada la cinta verde. Vio la delicada y grácil forma de la cabeza, las finas orejas puntiagudas, la suavidad del hocico y la inteligencia de los ojos. La cabeza de la yegua apenas si llegaba un poco más arriba que la suya y, sorprendida de sus propias emociones, Rosemary se dio cuenta de que anhelaba consolar a esta hermosa criatura, tan delicada y tímida. Alargó su mano hacia Asfala y, con voz suplicante, le dijo:

—Ven aquí, Asfala. Pobrecita, yo nunca sería capaz de hacerte daño...

—Tomad —dijo Hal entregándole un pedazo de pan—. Dadle esto.

Sentir el contacto de la yegua en su mano la dejó maravillada. Asfala cogió el pan con mucha cortesía y Rosemary, encantada, acarició sus suaves mejillas y el arco de su cuello. Pelys la contemplaba con una asombrada alegría. Hal se permitió una sonrisa y tomó las manos de la dama, colocándolas a los lados de la cabeza de la yegua.

—Bien, Asfala —le dijo con voz muy seria—, ésta es tu dueña y tienes que seguirla y obedecerla. Sé una buena yegua. —Después retrocedió un paso—. Apartaos, mi señora, y así podremos ver si os sigue o no.

Rosemary fue hacia su padre y Asfala trotó detrás de ella igual que un perrazo.

—¡Padre! —exclamó ella sintiendo una gran felicidad—. ¡Mira! ¡Le gusto!

Pelys asintió, sus agudos ojos brillando igual que los de ella.

—Bien, bien, muchacha, llevémosla adonde se guardan las sillas de montar.

El almacén se encontraba al otro lado del patio, cerca de los establos. Pelys abrió la puerta con una gran llave sin bajar de la silla en que había sido transportado. La penumbra de la habitación contenía generaciones enteras de sillas de montar y arreos, que brillaron con un apagado esplendor. Había sillas de montar para la guerra y para la caza, sillas de montar cubiertas de adornos para dar paseos de placer, sillas grandes y pequeñas, y todas estaban ricamente trabajadas y adornadas con metal y joyas.

—Necesitará una que no sea ni demasiado grande ni demasiado pesada —dijo en tono pensativo—. La que lleva el dibujo del serbal era de tu madre, pero ella montaba en un caballo de mayor estatura. Creo que ésa de más allá puede irle bien. —Señaló hacia una silla de montar más pequeña hecha de cuero blando de color rojizo, sin adornos ni dibujos. Hal la bajó de la pared. Las bridas eran ligeras y las riendas estaban recubiertas de tela verde, al estilo antiguo—. Si no me equivoco, perteneció a la segunda hija del quinto señor —dijo Pelys—. Está pensada para un poni, pero creo que será lo bastante ancha, pues a menudo los ponis tienen la grupa tan ancha como los caballos. Bueno, ahora veremos... Alan había encontrado una manta verde para colocar bajo la silla. Hal se encargó de colocar los arreos y Asfala quedó preciosa con sus adornos verdes y rojos. Ladeó la cabeza como para exclamar «¡Miradme!», y Rosemary se rió.

—¡Qué yegua tan presumida! —bromeó—. ¡Creo que debería llamarte Caprichosa, pues se la ve tan contenta como a cualquier mujer con un vestido nuevo!

—¿Os gustaría montarla? —le preguntó Hal—. Nunca la han montado, así que no sabrá muy bien lo que debe hacer, pero, naturalmente, vos tampoco lo sabéis.

—¡Que nunca la han montado! —exclamó Rosemary—. ¿No protestará?

—Bueno, la verdad es que tampoco la habían ensillado nunca —dijo Hal con una sonrisa—. Si queréis, yo la montaré primero pero quizá resulte un poco demasiado pesado para ella.

—No —protestó Rosemary—. Lo intentaré.

Hal la cogió por la cintura y la instaló en la silla, colocándola de lado pues su falda no estaba hecha para montar. Después puso la mano sobre el cuello de Asfala y empezó a llevarla lentamente de las riendas. Asfala caminaba tranquilamente y después de unos instantes, el ceño fruncido de Rosemary se convirtió en una sonrisa complacida. Agitó la mano saludando a su padre, que estaba sentado en la puerta de la estancia con Alan al lado. El resplandor castañorrojizo de su cabellera era casi idéntico a las manchas rojizas que moteaban el pelaje de la yegua.

—Alan —le preguntó el señor Pelys—, ¿por qué tenía miedo Asfala de mi hija?

—Porque Hal le dijo que debía tenerlo.

—Por el poder de la Luna, juro que ese chico tiene toda la sabiduría de un gitano... —murmuró Pelys—. Pero, Alan, ¿qué prodigio se oculta en todo esto? Jamás había visto un caballo tan vivaz y, al mismo tiempo, tan amable y confiado.

Alan no supo qué contestarle. Sí, ciertamente, ¿qué era un caballo *elwedeyn?* ¿Y qué era Hal, que podía capturar el corazón de una persona con tan sólo unas pocas palabras?

Por la tarde Asfala volvió al establo para descansar en su pesebre, muy satisfecha, y todo el mundo empezó a ir apresuradamente de un lado para otro preparando la fiesta. Tanto en la cocina como en el gran salón la gente estaba muy atareada, pero a nadie se le había permitido echarle una mirada a lo que hacían. Hal y Alan fueron expulsados del lugar igual que los niños de la ciudad. Pelys y Rosemary les habían hecho regalos, camisas de fino lino blanco con bordados de oro en el cuello y los puños, y lo único que pudieron hacer fue ponérselas y esperar. Cuando llegó el temprano anochecer invernal se unieron a la multitud que se había congregado delante del castillo.

Al fin, las grandes puertas de madera se abrieron con un crujido y todos entraron en el salón, deteniéndose un instante en el umbral para contemplar boquiabiertos el espectáculo. Las grandes lámparas de aceite que colgaban de las vigas aún no estaban encendidas y ninguna de las antorchas ardía desprendiendo su humareda de costumbre. En su lugar, el salón estaba iluminado por centenares de velas hechas con cera aromática que habían sido colocadas sobre las mesas y a lo largo de las paredes; el número de aquellas caras velas, usadas muy raramente, era mayor del que nadie había visto jamás. Un cerdo a medio asar giraba perezosamente en cada una de las enormes chimeneas, y en vez de la capa de paja habitual, el suelo estaba cubierto de ramas recién cortadas que desprendían un olor agradable.

Hal y Alan tomaron asiento con el grupo de los voluntarios, tal y como habían hecho en aquel otro banquete celebrado dos meses antes, Pero esta vez Rafe no estaba allí: desde el incidente ocurrido en el patio de prácticas se había vuelto un recluso. Si se encontraba en el banquete, estaba sentado en algún otro sitio.

La comida era deliciosa y abundante, pero su cantidad no resultaba tan abrumadora como en el otro banquete, dado que nadie había pensado en aplacar a los dioses o a los muertos con ella: esta fiesta se celebraba puramente por placer y para divertirse. Después de que se hubieran consumido las sopas y los panecillos, el cerdo asado y las manzanas asadas, las frutas, tartas y nueces, se limpiaron rápidamente las mesas y todo el mundo se reclinó en sus asientos disponiéndose a presenciar el espectáculo. Actuaron

varios juglares y gimnastas, así como un mimo y, por supuesto, hubo los inevitables discursos pronunciados por el mayordomo del castillo, el capitán y otros cargos de la fortaleza. Pelys habló el último y logró obtener rugidos de aprobación al declarar que no pensaba decir nada dado que todo había sido más que dicho en los discursos anteriores. Hizo salir a un grupo de músicos que había estado oculto detrás de una cortina y todos se dedicaron con gran entusiasmo a quitar de en medio las mesas y los bancos para que se pudiera bailar. Las parejas se fueron colocando en fila para la «carrola».

Rosemary tenía los ojos encendidos y su pie golpeaba el suelo con impaciencia. Bailar era algo que le encantaba, pero no tenía ningún invitado con el rango de noble o, al menos, nadie que afirmara poseer dicho rango... Ser la hija del señor no siempre resultaba agradable. Al ver que Hal se acercaba hacia ella contuvo el aliento, y mientras se situaba frente a él en la fila de bailarines le miraba con ojos emocionados.

Qué maravilloso había sido ese día: primero Asfala, luego la música y Hal...

Sin tener que pensar mucho en ello, Rosemary sabía desde hacía tiempo que Hal era una persona distinta a las demás. Siempre se mostraba amable y considerado y, al mismo tiempo, Rosemary había notado que detrás de su cortesía se ocultaba un gran valor. Era decidido y animoso, pero en algunas ocasiones había creído percibir en él la soledad y la duda. Estaba rodeado de misterio y sabía mostrarse imperioso y dominante cuando era necesario. Era el único de los presentes que había osado pedirle que bailara con él. Y, además, bailaba impecablemente. Ahora estaba mirándola y un fuego extraño y suave ardía en sus ojos grises. La sonrisa se esfumó del rostro de Rosemary para ser sustituida por una mirada en la que se mezclaban la atención y el éxtasis. El tiempo se detuvo por un instante.

Cuando el lento baile llegó a su fin hubo tres personas que se fijaron en ese largo e intenso encuentro de miradas. Una de ellas era Alan. Otra, Peyls. Y la otra era Rafe, que estaba junto a la puerta, solo. Cuando vio como aquel insolente bailaba con la hija del señor algo se rompió dentro de él y, abriéndose paso a través del alegre gentío, llegó hasta donde estaba Hal y le cogió rudamente por el hombro.

—¡Quítate esa elegante camisa, bribón hijo de una ramera, y pelea conmigo! —dijo con un rechinar de dientes—. Acero contra acero, hasta la muerte, y...

—¡Contén tu lengua! —le ordenó Hal—. ¿No has pensado en la dama? —Alan ya estaba junto a él y Hal se volvió hacia su compañero—. Alan, ¿quieres acompañar a la dama Rosemary a su asiento?

—¡Quítate la camisa y pelea, bastardo! —siseó Rafe.

Era costumbre desnudarse para el combate con cuchillos, porque así la hoja podía deslizarse más fácilmente por entre las costillas. Rafe ya estaba desnudo hasta la cintura, sus músculos ondulando bajo la piel lisa y reluciente. Sabiendo gracias a muchas derrotas en los combates de entrenamiento que no era rival para Hal con una espada, había cogido una daga de acero con una hoja que tenía casi veinticinco centímetros de largo.

Salvo por unas cuantas mujeres que lanzaron gritos de protesta, los presentes en el salón se callaron igual que muertos mientras Alan acompañaba a Rosemary hasta su asiento en el estrado. Aunque Hal habló sin levantar la voz, sus palabras pudieron oírse en toda la gran estancia.

—Rafe, ¿te has vuelto loco? ¡Éste es un día de fiesta! No manches esta alegre reunión derramando sangre.

—Cobarde —dijo Rafe.

Will fue hacia ellos, seguido por otros voluntarios.

—Rafe —le dijo con voz suave—, no sabes lo que haces. Si no te queda más remedio que buscar satisfacción a tu ira, no lo hagas ahora, porque con ello no consigues más que deshonrarte.

—¡Incluso tú estás de su lado! —aulló Rafe—. ¡Mírale! ¿No te das cuenta de que no es humano? ¿No ves que es un espíritu maligno e implacable que ha tomado la forma de un hombre?

«Así que eso es lo que le obsesiona —pensó Alan—. Todo lo que hay de extraño en Rosemary. Sus ojos.»

Nadie más comprendió a qué se refería Rafe, pero muchos creyeron que estaba loco. Will le miró con una expresión de piedad en el rostro. —Ven con nosotros, Rafe, o nos obligarás a usar la fuerza.

—¡No podéis negarme lo que es mío por derecho de sangre! —gritó Rafe—. ¡Tiene que responder a mi desafío!

Will miró a Pelys y éste asintió con una mueca de tristeza. Según la costumbre de aquellos tiempos, la demanda de Rafe tenía que ser satisfecha. Will y sus hombres volvieron de mala gana al círculo de espectadores.

—Muy bien —dijo Hal—. Entonces vayamos fuera, donde no sea preciso que las mujeres y los niños nos vean.

—Lucharemos aquí donde todos puedan verte, igual que te han visto antes persiguiendo a una dama. ¿O acaso tienes miedo de morir como un cobarde?

Hal lanzó un suspiro, se dio la vuelta y miró a Rosemary. Cuando habló, sus palabras pudieron oírse por todo el salón.

—Mi señora —le pidió—, os ruego que salgáis de aquí.

Rosemary tenía el rostro muy pálido pero sus ojos llameaban.

—Me quedaré —respondió, alzando su cabeza orgullosamente.

—¡Lucha, cobarde! —le desafió Rafe.

Hal no podía hacer otra cosa. Se quitó la espada y empezó a sacarse la camisa. Will le trajo una daga.

Alan se quedó junto a Rosemary. No estaba demasiado preocupado en cuanto al desenlace de la pelea, pues conocía lo hábil que era Hal. También sabía la razón de que Hal tuviera tan pocas ganas de pelear, y especialmente delante de Rosemary, y cuando acabó de quitarse la camisa puso la mano sobre su hombro en un gesto tranquilizador.

El grito de asombro que salió de los labios de Rosemary se perdió en el jadeo que brotó de todos los presentes. Pelys se mordió los labios e incluso Rafe se quedó boquiabierto por un instante. Tanto en la espalda como en el pecho y los costados, llegando también al cuello y la parte superior de los brazos, la piel de Hal estaba surcada por las cicatrices de un millar de heridas. Pero incluso en contraste con la esbelta silueta de Rafe su cuerpo torturado poseía su propia y extraña gracia. La anchura de los hombros, lo bien desarrollado de los músculos y el dominio de sí mismo que demostraba cada movimiento provocó en los espectadores una impresión de poder y belleza parecida a la que despierta el granito desbastado de un risco marino. Rafe sintió una vaga inquietud,

como si su mente quisiera cambiar de idea sin él saberlo. Un instante después, Hal adoptó la postura agazapada de un gran felino y la pelea hubo empezado.

Apenas duró lo suficiente para que Rafe supiera qué estaba ocurriendo. Ahora no estaban en uno de los combates de entrenamiento en los que él atacaba y Hal esperaba a que fuera agotándose. En vez de ello Hal se arrojó sobre él en un movimiento tan rápido que resultó casi invisible. Rafe se apresuró a lanzar un golpe con su cuchillo, pero Hal eludió la hoja con fluidez, pasando bajo el brazo de Rafe y sujetándole por la muñeca. La estancia giró a su alrededor y Rafe se encontró caído de espaldas en el suelo. Una presa inmensamente potente le sujetaba la mano, aplastándosela; lanzó un grito de dolor, sus dedos se aflojaron y la daga cayó de entre ellos. Un instante después la punta de la daga tocó su garganta. Rafe cerró los ojos y esperó, con la certeza de que iba a morir.

Pero, increíblemente, la daga no se clavó en su carne. Rafe abrió los ojos y vio dos dagas con las hojas casi tocándose, clavadas formando una V en la viga que tenía encima. Todos los presentes en el salón estaban gritando. Se levantó torpemente y su mirada se encontró con los grises ojos de su adversario.

—¿Por qué no me has matado? —le preguntó—. Desde el mismo día de tu llegada no te he ofrecido más que enemistad.

La multitud volvió a callarse cuando Hal habló, muy despacio, mirando al suelo.

—Eres un hombre valiente, Rafe de Celydon. Ni teniendo la daga en tu cuello temblaste o suplicaste merced. Creo que quizá algún día Pelys, mi señor, llegue a tener necesidad de ti.

—Así será —gruñó Pelys con voz irritada—, si es que algún día llega a recuperar el poco sentido común con el que nació.

—Si realmente quieres verme muerto o en un estado peor que la muerte —dijo Hal con amargura—, no es preciso que luches conmigo. Lo único que debes hacer es ir a la Torre Oscura y darles noticias de dónde estoy. Pronto me verás sufriendo tales tormentos que podrán satisfacer incluso a tu odio.

Mientras hablaba, sus ojos se habían encontrado con los de Rafe y no se apartaron de ellos. Rafe contempló aquellas pupilas grises y todas las emociones confusas que sentía en su interior se centraron en una sola idea: se había equivocado. Hal no era una criatura de sangre fría y mente calculadora disfrazada bajo la forma de un humano. Tenía buen corazón y las emociones de los hombres no le eran desconocidas. Rafe vio en aquellos ojos la soledad, el anhelo y el dolor, y de repente comprendió que Hal le apreciaba. Se pasó una temblorosa mano por la frente, como si despertara de un mal sueño.

—He estado portándome como un idiota —dijo con la voz a punto de quebrarse—. Creo que durante estos últimos tres meses he perdido la cabeza. Hal, ¿puedes perdonarme?

Y Hal le ofreció la mano lleno de alivio y alegría.

—Siempre que tú perdones las tonterías de niño que te dije. Eres valiente, Rafe, y además eres honesto. Para mí no puede haber mejor regalo que contar con tu amistad.

Se dieron la mano delante de todos los presentes. Después Rafe fue hacia Hal y le dio la mano en señal de amistad, disculpándose luego ante Pelys y Rosemary.

—Mi señor, mi señora... Os pido perdón por mi incalificable conducta.

—Ponte la camisa, muchacho —le dijo Pelys con una mezcla de sequedad y alegría—, y

divirtámonos un poco. ¡Músicos, tocad!

Los violines empezaron a entonar una animada melodía y los voluntarios rodearon a Rafe para darle de nuevo la bienvenida dentro de su hermandad. Hal fue lentamente hacía Rosemary. Le apenó ver la palidez de su rostro. Contemplar sus cicatrices y pensar en los tormentos que debía haber soportado la había herido en lo más hondo de su ser. Había estado a punto de perder el sentido de puro terror cuando Hal lanzó su cuchillo hacia la viga y fue a por Rafe con las manos desnudas. Cuando la daga estuvo suspendida sobre el cuello de Rafe fueron muchos los que apartaron la mirada, pero ella lo había visto todo igual que si se hubiera vuelto de piedra, y un instante después se había reñido a sí misma por su miedo. Ahora, con el combate terminado, Rosemary no se encontraba demasiado bien y en lo más hondo de su mente, empujado hasta ahí por la presión de lo que acababa de suceder, resonaba el eco de aquel instante pasado con Hal, cuando el tiempo se había detenido.

Hal no sabía qué decirle. Fue hacia ella con el corazón entristecido, buscó sus ojos con la mirada y de repente el recuerdo de aquel instante volvió bruscamente a las mentes de los dos. Su calor les iluminó el rostro y les hizo levantar la cabeza. No hacía falta decir nada. Se cogieron de la mano y volvieron a bailar.

Y de esta forma Hal hizo aquello que había prometido no hacer jamás y la semilla del amor quedó sembrada en el joven corazón de la dama de Celydon.

4

Al día siguiente Rafe volvió a los aposentos de los soldados y al patio de ejercicios, pues Pelys le había hecho saber sin lugar a dudas que eso era lo que debía hacer. Pero mantenía la cabeza gacha, aunque no por rencor, y todos los voluntarios se esforzaron tanto en darle la bienvenida que lograron hacerle sentir más y más avergonzado a cada momento que pasaba. Will se ofreció incluso a devolverle su insignia de capitán, pero Rafe meneó la cabeza con el rostro enrojecido. Era incapaz de enfrentarse a Hal o a Alan.

Después de unos cuantos días similares, Alan empezó a sentir grandes deseos de hablar con él. Había otras personas que pensaban igual y acabó viéndose obligado a seguirle por todo el patio con el fin de poder hablar con él a solas. Finalmente logró hacerlo junto a un contrafuerte de la muralla.

—Al principio fuiste incansable en tu rabia —le riñó—, y ahora te muestras igualmente persistente en tu pena. Rafe, ¿cuándo sabré a qué se parece tu sonrisa?

Pero Rafe daba más la impresión de estar a punto de llorar que no de reír. Alan agitó las manos, no sabiendo qué hacer.

—Rafe, ¿qué sucede? ¿No te das cuenta de que todo el mundo te aprecia incluso cuando te comportas como un idiota?

—¡Un idiota! —estalló Rafe—. ¡Alan, tuve que estar loco para hacer todo esto! Era igual que un perro rabioso. ¿Y si vuelve a suceder? Yo... podría haberle matado y no soy digno ni de limpiarle las botas.

—Hal se encarga de limpiárselas cada día y tú eres tan digno de realizar esa tarea como él. —Alan se apoyó en la muralla, dándose cuenta de que tenía por delante una larga conversación—. Rafe, todo lo sucedido es muy comprensible.

—¡Comprensible! —gritó Rafe.

Alan le hizo callar con un gesto y decidió que lo mejor sería no andarse con rodeos.

—Rafe, ¿crees en los duendes, los espíritus del agua y todo ese tipo de cosas?

—¿Que si creo? —Rafe le miró, sin comprender que en las palabras de Alan se le ofrecía una alternativa—. He vivido con el pueblo invisible desde que nací. ¿Por qué?

—¡Pues entonces piensa, Rafe! ¿En qué día llegamos Hal y yo al castillo?

—En las vísperas de noviembre, cuando los moradores de la oscuridad... ¡Cierto, Alan, entonces pensé que Hal era uno de ellos! Pero ya no lo pienso. Yo...

—¡Rafe, cree en tus sentidos! —le interrumpió Alan—. ¿Qué sucedió ese día?

—Me salvaste la vida —dijo Rafe con abatimiento. —Y tú te enfadaste, quizá incluso llegaste a tener miedo. ¿Por qué? ¿Qué sucedió mientras yo te apartaba de Arundel? Rafe se tapó la cara con las manos.

—¡Rafe! —le apremió Alan.

—Los ojos de Hal —murmuró—. Brillaban igual que un fuego frío, como las luces de los espectros. Entonces pensé que estaba loco, pero quizá lo esté ahora.

Alan asintió con satisfacción.

—Habló con el caballo en el lenguaje del poder y tú lo viste todo. Nadie más lo vio, Rafe, o quizá sea que nadie más se fijó lo bastante para verlo. Y ahora, deja que te cuente una historia.

Tomaron asiento sobre las losas del patio; el cuerpo de Rafe se había quedado fláccido y debilitado por el incrédulo alivio que sentía ante las palabras de Alan. Un instante después, Alan le contó su primer encuentro con Hal.

—Los caballos salieron huyendo —le explicó—, y puede que yo también lo hubiera hecho si hubiese tenido las fuerzas para ello... No puedo decirlo; es muy difícil saber qué haremos cuando nos llegue el momento de ser puestos a prueba. Pero entonces yo no creía en ninguna criatura del Otro Mundo, ya fueran dioses, demonios, hechiceros o como les llames, por lo que me dije a mí mismo que no había visto nada, que estaba débil y confuso. Hal me llevó al Bosque, a un lugar seguro, y cuidó de mí.

—¿Al Bosque? —le preguntó Arundel con un hilo de voz.

Para él aquel lugar era un sitio de oscuridad y terror.

—Sí, al Bosque. Verás, Rafe, el Bosque está protegido por las manos de la Dama. —Alan le contó más cosas, habiéndole un poco de los gitanos, y los espíritus, y la flor de Verán. Rafe le escuchó boquiabierto. Cuando Alan estaba terminando su relato apareció el propio Hal y tomó asiento junto a ellos sin decir palabra—. Así pues, habiendo visto lo que viste y creyendo lo que creías..., ¿sigues pensando que estabas loco, Rafe?

—Pero estaba equivocado —protestó Rafe—. Hal es..., es bueno.

—Me atrevería a decir que no soy del todo malo —reconoció Hal en voz baja—, pero hay muchas cosas que ignoro de mí mismo, Rafe. Y en muchas ocasiones tengo miedo.

Alan sabía que estaba pensando en el Rey Iscovar.

—Y además a ti te han enseñado que las criaturas del Otro Mundo son malignas, Rafe —observó Alan.

—¡Las criaturas del Otro Mundo! —exclamó Hal con ironía—. ¿Así que ahora me he convertido en una de ellas? Os digo con sinceridad que no deseo ser más que un hombre.

—¡Lo eres, y mejor que muchos! —dijo Rafe, defendiéndole apasionadamente.

—¿Y soy tu amigo? — preguntó Hal.

—Y eres mi amigo.

Rafe le sonrió.

—Entonces, Rafe, hazme un favor de amigo —le pidió Hal muy razonablemente— , y olvídate durante un tiempo del dolor. Basta de malas caras.

Rafe irguió los hombros y sus ojos se encontraron con los de Hal.

—Basta de malas caras —prometió, y todos se dieron la mano para sellar esa promesa.

Durante los días que siguieron a esa conversación hablaron varias veces y llegaron a ser mejores amigos de lo que jamás hubieran creído posible. En una ocasión Rafe le mostró a Hal algo que había mantenido oculto a casi todo el mundo, algo que guardaba entre los grandes setos que circundaban los pastizales de su abuelo.

—¡Qué caballo tan espléndido! —exclamó Hal—. ¡Y qué grande! En la batalla no tendrás rival, Rafe. ¿Cómo le llamas?

—Tormenta Nocturna. Lo tengo desde que era un potrillo. La yegua murió después de darle a luz, perdida en la oscuridad y los truenos de la tormenta, cerca del Bosque. Le traje hasta aquí y le alimenté con leche de cabra día y noche... Lo hice todo salvo ponerle pañales. Su madre no era una de las yeguas de Pelys, claro está; él cuida de sus animales y no permite que les ocurran ese tipo de cosas. No estoy muy seguro de donde vino y tampoco puse demasiado empeño en descubrirlo. —Rafe le miró con una expresión de culpabilidad y sonrió—. Escondí su cadáver.

El caballo alzó su esbelta cabeza y les contempló con la majestuosa mirada de un rey. Ahora ya se había convertido en un corcel: era negro como el carbón, con las patas largas, el cuello grueso, la crin espesa y los flancos poderosamente curvados.

—Es un corredor nato —murmuró Hal—. ¿Qué piensas hacer con él, Rafe? No puedes tenerle aquí para siempre.

—Lo sé. Ahora ya tiene más de trece años y nunca ha sido montado porque no tengo ni idea de cómo empezar con eso. Amo los caballos, Hal, siempre los he amado: ese día en que llegasteis todo sucedió porque el niño que hay dentro de mí anhelaba tocar la grupa de Arundel. ¡Y cómo te envidio la forma en que sabes dominarle! Pero desde que mi padre murió apenas si he montado a caballo. Sus corceles fueron vendidos uno a uno para que pudiéramos comer. —Rafe apartó la mirada de Hal; tenía las mejillas cubiertas de rubor—. Ahora temo que alguien intente quitármelo diciendo que lo he robado... Y todo porque..., porque es hermoso.

—Nadie que te conozca bien será capaz de afirmar eso. —Hal le miró con afecto—. Y el que lo cuidaras te ha dado derecho sobre él, Rafe, el derecho que se gana con el trabajo. Lleva tu caballo al castillo y deja que Flann te eche una mano con él. Aquí se aburre y se pone nervioso; ¿no lo notas? Está pensando en tirar a coces ese cobertizo y marcharse para siempre.

—¿De veras? —Rafe miró a Hal con una alarma medio supersticiosa. Aunque Alan no se lo había contado, tenía la sensación de que Hal podía comunicarse con los animales de una forma que a él no le era posible entender. Se mordió el labio durante un momento y luego tomó su decisión—. Bien, mi nombre ya está lo bastante maltrecho y supongo que podré aguantar un poco más de escándalo... Ven, Tormenta. —Buscó una cuerda y el caballo fue dócilmente hacia él—. ¿Me ayudarás con él tú también? —le preguntó Rafe muy educadamente mientras empezaban a llevar al corcel negro como el azabache hacia Celydon.

—Si quieres... —Hal le miró con un brillo de humor en los ojos—. Pero creo que te las arreglarás bastante bien sin mí, y después sabrás que lo has entrenado por ti mismo con la ayuda corriente en estos casos..., sin brujería.

—Nunca he llegado a decir eso —murmuró Rafe, avergonzado al admitir su alivio.

—No te culparía por decirlo. Y, de todas formas —añadió jovialmente Hal—, ya tengo bastantes cosas con que mantenerme ocupado.

Al decir estas palabras su voz se volvió un poco más suave que de costumbre, pues ahora pasaba la mayor parte de su tiempo con Rosemary y Asfala.

Rosemary estaba encantada ante el nuevo giro que había tomado su vida y se pasaba horas enteras en los establos. Tenía que aprenderlo todo sobre los caballos y Hal estaba muy contento de podérselo enseñar. Observar la comunión de espíritus que estaba desarrollándose entre la dama y la yegua le conmovía enormemente. Rosemary había descubierto que su montura era tozuda pero bondadosa, libre y decidida, pero

dependiente de ella en cuanto a las comodidades y el sustento, un ser tan lleno de emociones y caprichos pasajeros como ella misma. Con el tiempo acabó queriendo también a los caballos de los dos compañeros, Alfie y Arundel, y comprendió mejor los lazos de amor que existían entre los animales y sus amos.

Cuando Rosemary llegó a ser una buena jinete, los tres dieron largos paseos por las praderas cubiertas de nieve que rodeaban a Celydon, llegando hasta los confines del Bosque. Aquella barrera circular ceñía la fortaleza igual que si la Dama del Bosque le hubiera dado su amor; estando en Celydon, Hal y Alan tenían la sensación de hallarse a salvo de todo mal. Le enseñaron a Rosemary cómo lograr que su yegua saltara los arbustos más bajos. El gélido aire invernal hacía brillar más sus ojos y ponía flores de color en sus mejillas; Hal la miraba como si no pudiera apartar la vista de ella. Algunas veces Alan se inventaba excusas para quedarse en el castillo, pensando que sería mejor no interponerse en aquel galanteo, pero Hal siempre insistía en que viniera.

—¡Alan, no me tientes! —le decía con voz llena de emoción—. Conseguirás que Pelys me persiga con una maza...

Pelys contemplaba a su hija con un gran placer. Jamás la había visto tan feliz y resplandeciente. Pensaba que aquello no era debido tan sólo a los saludables efectos del ejercicio al aire libre, pues sus ojos se posaban en Hal con mucha frecuencia. Pero también sabía que Rosemary apenas si era consciente de su propia felicidad, y confiaba en que Hal respetaría su inocencia.

Hal también era feliz, tanto como podía serlo su algo sombría naturaleza, y había recuperado la capacidad de conciliar el sueño. Ver con tanta frecuencia a Rosemary había hecho que descubriera la satisfacción de aprender a conocerla más y mejor a cada día que pasaba. Le gustaba su forma despreocupada de enfrentarse a la vida, su calor y su espíritu siempre amante de las diversiones, su paciencia y su animación, su ternura impulsiva e incluso sus ocasionales estallidos de genio. Amaba la gracia de su cabello y su cara, sus vestidos y sus movimientos. Y amaba toda la poesía oculta en su mente y su alma. Con todo, pese a ser inteligente y sensible, Rosemary era muy poco consciente de lo que le estaba ocurriendo, igual que le sucede a la persona dormida apenas emerge de su sopor.

La Fiesta de los Fuegos, uno de los cuatro grandes días del año, llegó y pasó mientras febrero se aproximaba a su final. Hal y Alan se dieron cuenta de que su estancia en Celydon pronto tendría que terminar. Hal empezó a despertarse nuevamente por las noches con el cuerpo tembloroso, y una vez más recordó la oscuridad del patio, desgarrado entre su deseo de quedarse y la certeza de que debía partir. Sus días pasaban en un trance de espera. Ya no nevaba y la tierra yacía inmóvil y helada, conteniendo el aliento hasta que llegara el deshielo de la primavera. Hal iba y venía nerviosamente de un lado a otro por las noches, que cada vez eran más cortas, husmeando el aire igual que una criatura salvaje.

—El viento es cálido y viene del oeste —le dijo una mañana a su compañero—. Ya no tardará mucho.

Al día siguiente llegaron las lluvias de primavera, llevándose la nieve con ellas. Durante toda la semana siguiente la tierra fue una masa de barro y agua y quien se aventurase a salir del patio no hubiera tardado en quedar calado hasta los huesos y cubierto de fango hasta las rodillas. Pero la lluvia era cálida, y la tierra, ablandada por el agua, olía a primavera. Los delgados y verdes tallos de la hierba empezaron a brotar por todas

partes.

Una noche dejó de llover y a la mañana siguiente el día amaneció plácido y despejado. Era el clima perfecto para viajar y pese a ello Hal no lograba decidirse a partir. Montó en Arundel y le hizo salir al trote por las puertas de la ciudad, huyendo hacia la soledad de las praderas. Alan le vio partir con un brillo de preocupación en los ojos, incapaz de ayudarle.

Pero el azar quiso que Hal no estuviera solo por mucho rato. Cuando se acercaba al Bosque oyó lo que parecía el trino de un pájaro y una sonrisa de incertidumbre se abrió paso por su rostro. Aún no era tiempo de pájaros. Respondió al silbido y entró en la arboleda y allí, delante de él y sonriendo, estaba Ket, su roja cabellera ardiendo bajo su gorro de cuero.

—Pareces triste, Hal —le dijo con voz jovial.

—Ya no —respondió Hal desmontando de un salto—. ¡Ket, viejo zorro, me alegro mucho de verte! —Y se dieron la mano, riendo—. ¿No estás un poco lejos de tu hogar? —le preguntó Hal.

—El exiliado no tiene hogar —se quejó Ket. Le explicó que tanto él como sus hombres habían abandonado sus viejas moradas de siempre; habían descubierto que en esta parte del Bosque la caza era más abundante y la vida más pacífica. La gente de Pelys era bondadosa. Pero Ket tenía que hacerle una advertencia a Hal—. Será mejor que no cabalgues solo, muchacho —le dijo poniéndose repentinamente serio—. Hay hombres del rey por los alrededores.

Hal se quedó paralizado por la sorpresa. Era como si en el pacífico lago que era Celydon alguien hubiese arrojado un cadáver ensangrentado.

—¿Cómo? —logró decir por fin—. No..., no he oído hablar de ellos.

—Oh, se quitan sus sombreros de calabaza antes de montar a caballo —gruñó Ket—. Han estado espiando por las tabernas, buscando a un hombre con una espada muy parecida a la tuya, Hal. —Ket contempló la hoja negra y plata con una expresión meditabunda—. Pero dicen que es un hombre rubio de mediana edad, y que quizá lleve consigo una especie de laúd... Aun así es posible que hayan oído hablar de un joven con más cicatrices de las que nadie se merece, igual que han oído hablar de él mis hombres. Tienes que ser cauteloso, Hal.

—Bien, lo seré —dijo Hal con un suspiro—. Mañana me iré de aquí, Ket.

—Te he visto a menudo cabalgando con Alan y con la dama Rosemary —observó Ket como sin darle importancia—. ¿Deseabas quedarte?

—Tengo que irme. —Hal se quedó callado un instante—. No me importa confesarte lo que ya has adivinado, que siento un gran amor hacia la dama y también hacia el señor Pelys. Si la buena fortuna no te hubiera traído a mí habría sido yo quien te buscase, pues me he sentido inquieto y quiero pedirte un gran favor.

—Haré cuanto esté en mi mano —le prometió Ket.

Hal hurgó en la tierra con un palo, intentando darle nombre a sus temores.

—Para empezar, está Nabon de Lee —dijo con lentitud—. Por lo que he oído, está preparando a sus ejércitos para vengarse de Pelys. Y en el norte está Guy de Gaunt, listo para saltar sobre lo que haya quedado de los dos después de la batalla, lo cual quizá haga esperar un poco más a Nabon... Pero el peligro que temo es algo aún más grave

que esos señores belicosos. Cuanto puedo decirte es... Te ruego que veles por mi dama y mi señor mientras yo esté fuera.

—No me parece que sea pedir mucho entre amigos. —Ket sonrió—. Haré todo lo que pueda. ¿Adonde irás?

—Adonde me lleve el camino. Y me atrevería a decir que volveré a verte de vez en cuando.

Estuvieron hablando durante un rato más, y luego Hal volvió al Castillo de Celydon y saludó a su compañero con una sonrisa entristecida.

—Vamos a recoger nuestras cosas.

—Ya están recogidas —replicó Alan.

Cargaron sus caballos. Flann se quedó muy sorprendido y apenado al enterarse de que se iban, pero se dio cuenta de que deseaban partir con discreción y se despidió de ellos sin protestar ni armar jaleo. Después fueron a los aposentos de los soldados y hablaron con Rafe y Will. Rafe empezó a tartamudear, intentando explicarles qué había significado para él haberles conocido.

—Creo que tú me comprendes mejor que ninguna otra persona salvo Alan —le dijo Hal en voz baja—. Espero que volvamos a encontrarnos.

Rafe intentó dominar la confusión de sus pensamientos y expresó lo que sentía tan bien como pudo.

—Que todos los dioses te defiendan, Hal. Y si alguna vez puedo ayudarte de cualquier manera te ruego que me llames..., amigo mío.

Le pidieron a Will que se despidiera por ellos de los otros amigos que habían hecho entre los soldados, la cocina y los talleres. Después, de mala gana, fueron a despedirse de Pelys y Rosemary. Hal llevaba el plinset acunado en sus brazos.

El señor y la dama estaban desayunando en la estancia de Pelys.

—El sol brilla y el viento es cálido, mi señor —dijo Hal—. Ha llegado el momento de que nos marchemos.

Rosemary lanzó una exclamación de pena.

—Pero ¿adonde, Hal? ¿Y cuándo volveremos a vernos?

—Adonde me lleve el camino, mi señora —replicó Hal con dulzura—. No sé cuándo volveremos a encontrarnos, pero estad segura de que si vivo volveré a vos. —Y le entregó el precioso instrumento que sostenía en las manos—. Es demasiado antiguo y valioso para sufrir la intemperie y los riesgos del viaje. ¿Querréis guardarlo por mí hasta que regrese?

—Pero, entonces, ¿qué tendrás para que te consuele y te alegre? —Rosemary sabía hasta qué punto dependía Hal de su plinset cuando se hundía en uno de sus ataques de melancólica desesperación—. Espera un momento —dijo, y salió corriendo de la habitación.

Pelys les miró en silencio con aquellos ojos suyos que siempre estaban buscando la verdad.

—Así que nos dejáis... —murmuró con voz pensativa—. Lamento veros marchar. Habéis hecho que mi invierno fuese mucho más alegre y os lo agradezco desde lo más

profundo de mi corazón, por ésa y por otras muchas razones. —Hal y Alan oyeron estas palabras con gran incomodidad y se miraron de soslayo. Pelys cambió bruscamente de tono—: ¡Bueno, bueno, no os quedéis ahí parados! ¡Dadme las manos, de prisa!

Los dos extendieron las manos hacia él con una sonrisa, tal y como habían hecho cuando le vieron por primera vez.

—Bien, Alan, así que te has dedicado a tallar la madera y a trabajar en la herrería. ¿Cuáles fueron los resultados?

Alan sacó de su bolsillo el cuchillo de caza que había hecho para Corin y la vaina de cuero repujado que lo acompañaba. El mango había sido pulido hasta cobrar la forma de una cabeza de caballo que brillaba con un oscuro resplandor. Pelys lo admiró durante unos instantes, y luego alzó la vista hacia Alan, sonriendo.

—Creo que eres capaz de hacer cualquier cosa con tus manos —observó—. Las obras de Hal pertenecen a una categoría distinta... Pero ¿es que nunca sabré lo que significa esto?

Y señaló hacia la pequeña cicatriz que había en la muñeca izquierda de cada uno.

Rosemary entró silenciosamente en la habitación y se detuvo en el umbral de la puerta. Hal y Alan se miraron y fue Hal quien habló.

—Mi señor, el pasado verano hubo una noche terrible y prodigiosa en la que yo estaba pensando que él tenía buenas razones para odiarme. Pero él me contó algo maravilloso: deseaba que fuese su hermano y que mi sangre corriera por sus venas.

»En el país de Welas, la Tierra del Este, allí de donde vienen mis antepasados, es costumbre que si dos hombres desean ser hermanos se conviertan en tales mediante un ritual que requiere el que cada uno confíe en el otro. Cada uno de los hombres debe acercar su cuchillo a la muñeca izquierda del otro, allí donde fluye la sangre del corazón, y debe abrir un corte en ella, y después hay que unir las heridas... de esta forma.

Él y Alan unieron sus manos izquierdas de una manera algo parecida a la de los luchadores, con lo que sus puños señalaron hacia el techo y sus muñecas quedaron juntas. Cada uno de ellos, juguetonamente, intentó hacer que el otro cayera al suelo. Este gesto, que era al mismo tiempo una prueba de fuerza y una demostración de afecto, había llegado a ser el saludo acostumbrado entre ellos dos.

—Y así lo hicimos —dijo Hal.

—Y de esa forma —concluyó Alan— somos ciertamente hermanos, mi señor, tal y como vos habíais dicho, aunque haya algunos que puedan no pensar lo mismo.

Por una vez en su vida, Pelys no supo qué decir. Rosemary se apartó de la puerta y acudió en su ayuda. En sus manos llevaba un saco de cuero cuidadosamente cosido con una larga tira para colgarlo del hombro. El saco podía cerrarse gracias a unas fuertes correas y las costuras eran tan resistentes y el cuero había sido tan bien encerado que era prácticamente a prueba de agua. Dentro de aquel saco el plinset estaría tan cómodo y protegido como una tortuga en el interior de su caparazón.

—Tómalo, Hal —dijo, alargándoselo—. Hará que tu instrumento no sufra ningún daño. Pero debes devolvérmelo en cuanto puedas, pues aún no lo he terminado.

Hal, atónito, aceptó el saco de cuero finamente repujado. En su parte delantera, allí donde se abrochaban las correas, había un sol hecho con delicadas hebras metálicas,

pero el dibujo no había sido completado. Jamás había llegado a soñar que Rosemary estuviera haciendo un regalo para él. Sus ojos, llenos de emoción, se encontraron con los de ella durante un instante muy largo, pero ninguno de los dos pronunció una sola palabra.

—Vamos, vamos... —dijo Pelys, rompiendo el silencio—. El día se hace más viejo a cada segundo que pasa. ¡Marchaos si es que debéis hacerlo!

Los dos compañeros no necesitaron más apremio para dirigirse hacia la puerta.

—Que todas las bendiciones sean con vos, mi señor, y con vos, mi dama —dijo Hal.

—Gracias por todo —añadió Alan.

Y un instante después se hubieron ido. Rosemary, los ojos llenos de lágrimas, se lanzó hacia la puerta mientras el eco de sus pasos se desvanecía por la escalera.

—¡Ven aquí! —le ordenó secamente Pelys, que en toda su vida no le había hablado con semejante dureza. Sorprendida, pero aún llorando, Rosemary fue lentamente hacia él. Pelys alzó las manos y la cogió por los hombros, sacudiéndole con fuerza—. ¿Eres una mujer o una niña? —la riñó—. ¡Sécate los ojos, aprisa! Iremos a las murallas para despedirles desde allí.

Dio unas palmadas llamando a su sirviente.

Hal y Alan salieron de Celydon tan de prisa como les fue posible, entreteniéndose tan solo para darle un rápido adiós al viejo portero. Iban hacia el norte, hacia Rodsen, por el mismo camino que habían usado para venir el otoño pasado. Cuando coronaban la loma cercana al Bosque Hal hizo que Arundel se detuviera. No podía soportar la idea de mirar hacia atrás, pero tampoco podía soportar la idea de no hacerlo. Muy despacio, hizo que Arundel volviera grupas y en el punto más alto de la fortaleza vio a dos siluetas minúsculas, una de pie y la otra sentada. Incluso a esa distancia le resultó imposible no saber quiénes eran y mientras sonreía, aliviado, vio que le saludaban con la mano. Hal y Alan les devolvieron el saludo y luego pusieron sus caballos al trote, bajando por la loma.

—Y ahora, hija mía —dijo Pelys con una voz que había vuelto a ser amable y llena de ternura—, ya puedes llorar cuanto quieras.

Y eso hizo Rosemary, rodeada por los brazos de su padre.

Esa noche, kilómetros al norte, Hal y Alan se acostaron bajo la luz de la luna recién nacida y un límpido cielo de primavera incrustado de estrellas. Hal durmió bien; mejor de lo que había dormido en meses. Había vuelto al camino y le aliviaba el que Rosemary no hubiera quedado tan afectada por la despedida como se había temido. El invierno de la inacción y la lucha interior quedaba a su espalda; ahora sólo tenía que preocuparse del futuro.

Pero en Celydon, Rosemary descubrió que le era muy difícil conciliar el sueño después de un día que había pasado primero llorando y luego sumida en un trance de abatimiento y desesperación. Aunque exteriormente parecía tranquila, sus pensamientos eran un torbellino. La joven luna que parecía atisbar por su ventana se burlaba de ella con su serenidad. Finalmente, igual que una marmita cuyo contenido hierve de repente, arrojó a un lado la ropa de su cama, bajó sus pies descalzos al suelo y fue a la habitación de su padre.

Pelys estaba despierto, leyendo, y cuando entró le sonrió, casi igual que si hubiera estado esperándola. Dio una palmadita en la cama y Rosemary tomó asiento en ella con

un suspiro.

—No consigo dormir —murmuró.

—Vamos, vamos, Rosie... —dijo él, acariciándole el cabello—. Anda, suéltalo. ¿Qué te aflige?

—Oh, padre... —dijo ella, incapaz de contenerse por más tiempo—, ¿por qué no nos contó nada? ¿Por qué se ha ido? ¿Acaso me he equivocado y no siente ningún amor hacia mí?

Enterró el rostro en las manos de su padre.

—Diantre, muchacha... —dijo el anciano colocando amablemente su mano sobre el tembloroso hombro de Rosemary—. Vayamos por partes. Para empezar, ¿le amas o no le amas?

Rosemary le miró con una mezcla de asombro e irritación.

—¡Por supuesto que le amo! —gritó.

—¡Bien! —sonrió Pelys—. ¡Qué gran temperamento! —Su rostro se puso más serio—. Nunca te avergüence decirlo, Rosemary, y nunca lo lamentes, no importa lo que pueda llegar a ocurrir. Pero ¿te ama él? ¿Qué piensas tú?

Rosemary estaba a punto de estallar a causa del enfado que sentía pero, dándose cuenta de que él la estaba poniendo a prueba, cuando contestó lo hizo en voz baja.

—Había pensado que sí.

—Pues entonces sigue pensándolo —dijo Pelys—. Confía en tus sentimientos, hija. Y, si es que mi opinión al respecto tiene algún valor —añadió—, yo también pienso que te ama.

Rosemary sintió cómo una ola de alivio inundaba todo su ser.

—Padre, ¿de veras lo piensas?

—Muchacha, por mi barba, ¿crees que lo diría si no lo pensara? Ya me lo parecía antes de la Fiesta de Invierno. Incluso llegaré al extremo de afirmar que si no está terriblemente enamorado de ti, entonces es que no soy más que un niño de pecho, pues estoy tan seguro de ello como lo estaba del amor de tu madre.

Al oír las tiernas palabras de su padre, las pálidas mejillas de Rosemary recobraron un poco de color. Cuando habló ya no lo hizo con desesperación, sino tan sólo con un cansado asombro.

—Entonces, ¿por qué se ha ido? O, si tenía que marcharse, ¿por qué no me dijo nada de eso?

—Bueno, bueno, Rosie, ¿no te parece obvio que hay algo que debe hacer? Y, si ese algo existe, ¿crees que te hablaría de ello antes de haberlo hecho? Hal es un hombre de honor por encima de todo. Y, ¿qué puede ofrecerte? Sólo una vida de vagabundeo llena de peligro y penas. No, no, no me interpretes mal —siguió diciendo al ver que ella se disponía a protestar—. No hay un hombre mejor en toda Isla y te garantizo que antes de que haya pasado mucho tiempo conseguirá lo que se ha propuesto.

—Pero ¿por qué no confió en nosotros? —insistió Rosemary—. ¿Por qué no nos dijo adonde debía ir y la razón?

—Me atrevería a decir que tiene sus motivos. —Pelys miró a su hija con un leve brillo

de humor en los ojos—. ¿No tienes fe en él, Rosie?

—¡Oh, padre! —exclamó ella, exasperada.

—De acuerdo, doy por sentado que la tienes... Entonces, ¿no crees que cumplirá su promesa y que volverá?

Los labios de Rosemary se curvaron lentamente en una sonrisa.

—Sí, creo que sí. —Y suspiró—. Pero es probable que pase mucho tiempo.

—Bueno, entonces te diré otra cosa. Incluso si tuviera un hogar y una fortuna esperándote y entre vosotros dos no hubiera ninguna barrera salvo la de su propio honor y sabiduría, creo que seguiría sin haberlo contado, y por una razón: todavía no estás preparada. Hija, acabas de encontrar el amor. Saboréalo y deja que madure. Tu vida aún es muy joven y aunque de hecho sólo tienes dos años menos que él, te lleva muchos años de ventaja en sabiduría. Si no me equivoco, Hal ha conocido muchos dolores y éste es el primero que sufres tú. Ah, jovencita, no me mires haciendo mohines, porque no hago sino decir la verdad y tampoco puede decirse que sea culpa tuya. Lo cierto es que durante estos últimos meses has hecho que me sienta orgulloso de ti...

—¡Orgulloso de mí!

—Sí. —Volvió a rodearle con sus brazos—. Te has convertido en una mujer y en una dama. Mientras esté ausente, Hal te recordará con amor.

—Padre, me maravilla que llegue a pensar alguna vez en mí. —Rosemary tenía los ojos velados, como si estuviera soñando—. Mi corazón sabe que me ama pero a mi mente le resulta difícil creerlo. Jamás he conocido a un hombre como él... Es un guerrero, y sin embargo es amable, sabio y apasionado, y está lleno de poesía, misterio y una extraña sabiduría. ¿Qué ve en mí?

Pelys sonrió.

—Los amantes siempre se asombran ante esto. Recuerdo cuan maravillado me sentí ante el amor de tu madre, pues era una joven belleza que habría podido escoger entre muchos, y yo era un lisiado que la doblaba en edad. — Rosemary le acarició en una afectuosa protesta y Pelys siguió hablando con voz pensativa—. La razón de que nos lo preguntemos es que los amantes nunca ven los defectos de la persona a quien aman. Pero en tu caso creo que no andas muy errada. Sí, Rosie, he visto a muchos jóvenes espléndidos, pero jamás vi a ninguno como él. En sus ojos hay un misterio que... Confieso que no le comprendo y sin embargo, muchacha, sé muy bien que no podrías haber escogido a un hombre mejor. Si los dioses permiten que viva, quizá algún día lleguemos a conocerle mejor. Hasta entonces, lo único que podemos hacer es aguardar a que haya llevado a cabo su misión.

Libro tercero

La tierra del oeste

1

Al día siguiente, Hal y Alan se desviaron hacia el oeste con la esperanza de hacer que los hombres del rey perdieran su rastro. Cruzarían las Tierras Salvajes por donde eran menos amplias hasta llegar al Bosque del Oeste, el otro gran Bosque de Isla. Una vez dentro de aquel refugio torcerían hacia el sur y en dirección a Welas.

Su camino hacia el Bosque del Oeste pasaba por las tierras de Guy de Gaunt pero no corrían demasiado peligro, pues el terreno ofrecía bastantes refugios. Las Tierras Salvajes estaban recorridas por un continuo zigzag de arroyos que serpenteaban por entre cañadas cubiertas de arbolado, y las colinas que había entre ellos tenían coronas de árboles. En sus ramas se notaba ya el atisbo de las hojas que iban a brotar, dando la impresión de que estaban recubiertas de una neblina verde, y el murmullo de las flores parecía flotar sobre la vegetación. Éste era el corazón de Isla en el amanecer del año y el hechizo de su belleza era muy potente. Hal y Alan viajaron sumidos en una tranquila felicidad. Estaban bien aprovisionados y llegaron al Bosque del Oeste antes de sentir con demasiada agudeza la necesidad de conseguir nuevos suministros.

Para aquel entonces los abetos ya se habían cubierto con brotes de un verde brillante y los gamos estaban por todas partes. Hal y Alan siguieron cabalgando hacia el sur, cambiando carne por pan antes de que llegara a hacerles falta. La primavera se convirtió en verano sin que hubieran llegado a uno de los recodos de Isla. Poco a poco el terreno se fue haciendo más abrupto y lleno de hondonadas, hasta que un día el Bosque del Oeste llegó a su fin. Los dos compañeros se encontraron en las estribaciones de roca desnuda que formaban la primera montaña y desde ella contemplaron Welas.

Los ojos de Hal brillaban emocionados mientras iba indicando los lugares que habían sido el alimento y la bebida de su mente desde pequeño, pero que nunca había llegado a ver. Bajo ellos se extendían las tierras bajas de Welas y a lo lejos brillaban las curvas del Río Resplandeciente. Al oeste se encontraba la oscura masa de Welden, el antiguo hogar de los Reyes Benditos de Welas, ahora manchada por la presencia de Ulger, el esbirro de Iscovar. Las montañas rodeaban a las tierras bajas por tres lados y a lo lejos se podía ver cómo una de ellas se alzaba por encima de las demás. Hal la señaló con un gesto lleno de reverencia.

—Ahí está nuestro destino —dijo.

—¿Por qué? —le preguntó Alan—. ¿Esperas encontrar allí a tu abuelo?

Hal se quedó callado durante un segundo.

—Es bastante difícil explicar lo que espero encontrar allí. Ésa es la Montaña de Verán. —Y volvió a quedarse callado, como si con eso lo hubiera dicho todo.

—¿La Montaña de Verán?

—Verán hizo lo que nadie más ha vuelto a hacer: fue hasta la cima de esa montaña y volvió de ella sano y salvo.

—¿Ah, sí? —Alan le miró de soslayo y se preguntó con una amarga ironía a qué extraño peligro estaba planeando llevarles ahora el Príncipe de los Ojos Grises. Cuando hizo su siguiente pregunta escogió cuidadosamente las palabras—: ¿Qué hay tan especial en esa montaña?

—La gente de aquellos tiempos afirmaba que era el hogar de los dioses, y la adoraban.

Quienes se aventuraban por sus laderas volvían habiendo perdido la cordura y algunos jamás volvieron. Pero Verán volvió y trajo con él a una novia tan hermosa que la gente la llamaba la hija de los dioses, aunque murió a la misma edad que los mortales.

Un año antes Alan se hubiera reído al oír hablar de los dioses. Pero ahora lo único que hizo fue mirar a Hal con un agudo interés.

—¿Y tú, Hal? ¿Crees que esa montaña lejana es el hogar de los dioses y que ellos le dieron a Verán su hija y su bendición?

—Creo en el Único. Pero he visto... —Hal luchó por encontrar palabras con las cuales expresar sus sueños—. He visto a un pueblo más rubio y luminoso que el sol, la luna o las estrellas que giran en el cielo. Esa montaña me está llamando, Alan.

Para llegar allí o, realmente, para llegar a cualquier otro punto de Welas, tenían que atravesar las tierras bajas que eran gobernadas por los capitanes que habían ayudado a Iscovar en su conquista veinte años antes. Aquellos capitanes eran señores duros e implacables que oprimían a su pueblo y que se esforzaban por sofocar sus continuos intentos de rebelión. Sus hombres patrullaban constantemente la comarca, siempre alertas y fuertemente armados. Hal y Alan decidieron cabalgar de noche, pero aun así no pasó largo tiempo antes de que Alan se viera atrapado en una situación más bien angustiosa.

Un anochecer, cuando ya se estaban preparando para continuar el viaje, Hal montó en Arundel y recorrió al trote el kilómetro escaso que les separaba del arroyo más cercano, yendo en busca de agua. Junto al pequeño hilo de agua sólo había una aldea, y Alan no creyó que pudiera correr ningún peligro yendo hasta allí. Pero Hal no volvió. Alan fue en su busca, muy preocupado, y encontró la tierra llena de surcos y huellas de cascos donde Hal había vuelto grupas para huir de una emboscada, y los rastros que indicaban cómo había atraído a sus perseguidores en una dirección opuesta a aquella donde se encontraba su amigo. Alan pensó que por el número de huellas quizá hubiese una media docena de caballos. Estaba muy preocupado y temía enormemente por Hal pero ya casi era de noche y no podía seguir las huellas.

Pasó una noche de inquietud en su campamento, esperando contra toda razón que Hal acabaría volviendo. Al día siguiente, sin dejarse dominar por el miedo, siguió las huellas de Hal hasta que las perdió en las rocosas altiplanicies donde algún señor local hacía pastar a sus ovejas. Empezó a trazar círculos cada vez más amplios y pasó en ello todo el día sin hallar rastro alguno de su hermano. Quizá Hal hubiese logrado despistar a los hombres del señor, pero lo cierto es que haciendo eso también había logrado que Alan perdiese su pista.

Alan recorrió la comarca durante días y días sintiendo un pánico creciente y sin apenas molestarse en evitar a los hombres del señor. Las pocas palabras de welandés que Hal le había enseñado le resultaron dolorosamente inútiles a la hora de conseguir cualquier información. Finalmente, desesperado, hizo que Alfie se encaminase hacia la Montaña de Verán. Si Hal estaba vivo y libre quizá hubiera reanudado su interrumpida misión.

Durante las semanas que duró el viaje, Alan cabalgó siguiendo un ritmo implacable, comió poco y durmió sólo cuando el agotamiento le vencía. Alfie adelgazó y sus ojos no paraban de moverse de un lado para otro, mostrando el blanco con cada uno de aquellos gestos temerosos. Pero los ojos de Alan, inyectados en sangre, no se apartaban de la Montaña de Verán, maldiciéndola febrilmente porque jamás parecía hacerse más grande. Estaba yendo en línea recta hacia ella, dejando atrás con impacientes galopadas a los hombres del señor que le perseguían ocasionalmente.

Y por fin el picacho fue creciendo, y cambió, y llenó el cielo. Alan dejó a su espalda las tierras bajas habitadas por los hombres y atravesó las desoladas y salvajes estribaciones iniciales de su meta. Y entonces el desespero más absoluto le hirió el corazón, pues no pudo hallar rastro alguno de Hal. Durante tres días cabalgó sin rumbo fijo por entre las sombras de los riscos hasta una tarde en la que oyó unas voces ásperas alzándose en crueles gritos de triunfo. Desenvainó su espada, lleno de temor, se envolvió el brazo izquierdo en la capa para que le sirviera de escudo y avanzó hacia aquel ominoso ruido. Pero no fue a Hal a quien encontró.

En una hondonada de la montaña crecía un fresno de tronco esbelto y grácil. Alrededor del árbol galopaban cinco guerreros que entonaban un cántico horrible y amenazador, y atada al tronco del árbol, con ramas secas y follaje amontonados a sus pies, había una doncella. Permanecía callada e inmóvil, con la cabeza inclinada de tal modo que su larga cabellera dorada caía sobre su rostro, ocultándolo. Uno de los guerreros hizo chocar su pedernal contra el acero de su arma, pero antes de que pudiera prenderle fuego a la leña Alan hizo que Alfie se lanzara contra ellos.

Su espada y la fuerza de su acometida dejaron detrás de ella a dos hombres muertos, pero aún quedaban tres fuertes combatientes a los que enfrentarse y éstos no tardaron en recuperarse de su sorpresa, atacando a Alan desde tres direcciones distintas. Alfie giró sobre sí mismo y se lanzó como un pájaro de presa con cascos de hierro. Se encabritó sobre sus patas traseras y atacó con sus mortíferos cascos delanteros, añadiendo su fuerza a la espada de Alan. El enemigo retrocedió durante unos segundos y Alfie logró pegar la grupa a una piedra gigantesca. Pero los guerreros avanzaron nuevamente con fuerzas renovadas. Alan recibió varias heridas en la cabeza y en el brazo protegido por la capa, a las que se añadió una estocada que le atravesó el hombro izquierdo. La fuerza del impacto le hizo palidecer y casi cayó de su montura.

La doncella, callada y tan inmóvil como una piedra, observaba con sus ojos de un nebuloso verde gris cómo Alan luchaba por su vida y la de ella. Pero mientras le miraba el velo neblinoso de sus pupilas se fue oscureciendo y se hizo más opaco, hasta que de repente las lágrimas fluyeron por sus mejillas, y un instante después empezó a luchar con sus ligaduras gritando palabras que Alan no pudo comprender: *«¡O Aene so loften, ir shalden, el prien, tríst a miraos frec engriste!»* («¡Oh, Tú que habitas en lo alto, te ruego que me ayudes o este valiente morirá!»). El grito de la doncella era tan potente que Alan pudo oírlo incluso a través del rugido que llenaba sus oídos, pero poco podía imaginarse que antes de aquel instante sus mejillas jamás habían sido humedecidas por las lágrimas y que aquellas extrañas palabras no eran una súplica por ella, sino por él.

Y, sin que pudiera saberse muy bien cómo, la doncella logró soltarse de sus ataduras, y a Alan no le importó si lo había logrado mediante brujería o por un simple golpe de suerte.

—¡Corre! —le gritó—. ¡Corre todo lo rápido que puedas y escóndete ! ¡ No podré resistir mucho más!

Pero la doncella no pensaba huir, si es que había llegado a entender lo que le dijo. Cogió la espada de uno de los muertos y con unas extrañas palabras llamó a un caballo. Montó en él con una aterradora llama en los ojos y se lanzó a la contienda. Un instante después dirigía un torpe golpe a la espalda del guerrero que tenía más cerca, pero cuando éste giró para enfrentarse a ella se quedó paralizado por un miedo irracional y la doncella volvió a golpearle, dándole de lleno en la garganta. Los otros dos enemigos se apresuraron a volver grupas y Alan, temiendo por la doncella, hizo acopio de todas sus fuerzas y lanzó una estocada al brazo de uno de ellos. Pero los dos guerreros restantes

habían perdido el valor y huyeron velozmente de la hondonada para bajar por la pendiente, dejando atrás a un Alan tan sorprendido como aliviado.

Se apoyó en su silla, agotado, y contempló a la extraña doncella que acababa de salvarle la vida mientras él luchaba por salvar la suya. Su hermosura era increíble, una belleza tan perfecta que desafiaba la razón. «Si la novia que Verán se trajo de esta montaña se parecía en algo a ella, no me extraña que la gente la tomara por una diosa», pensó Alan. La doncella estaba mirando la espada que sostenía en su mano con una expresión muy peculiar, y un instante después la dejó caer bruscamente al suelo, las huellas del llanto humedeciendo aún sus mejillas mientras se volvía hacia él.

Por un instante Alan pensó que debería estar sintiendo miedo. Sabía que dos hombres armados habían huido ante esta doncella. Pero estaba tan agotado que no podía sentir miedo. Sus ojos buscaron los de ella sin ninguna vacilación, sabiendo que todo su desespero, su cansancio, su anhelo y su amor eran visibles en su mirada y durante lo que pudo haber sido una hora o un instante los ojos de la doncella se lo tragaron. Vio a un patriarca de blanca cabellera con un rostro tan joven como el nuevo día y tan viejo como el tiempo. Vio a un gran caballo corriendo por un verde valle sobre el cual volaban pájaros dorados, y el corazón le dio un vuelco al sentir la esperanza de que fuese Arundel. Vio naves de plata sobre mares color turmalina. Y entonces la debilidad le venció y la visión se convirtió en negrura. Sintió unos brazos a su alrededor y con la escasa fuerza que era capaz de ejercer bajó de la grupa de Alfie y se derrumbó en el suelo.

Cuando abrió los ojos se encontró con la espalda apoyada en el tronco del fresno. La doncella le había abierto el jubón y estaba intentando detener la sangre que fluía de su hombro herido, llorando silenciosamente mientras le cuidaba. Alan alargó su brazo bueno hacia ella y le limpió las lágrimas del rostro.

—No llores —le dijo en voz baja—. No es tan grave.

Y después de hablar contuvo el aliento, atónito, pues las palabras que había pronunciado no habían sido dichas en el lenguaje de Isla. De su boca habían salido unos sonidos distintos, emanaciones musicales de la preocupación y el consuelo que había pretendido impartir con ellas. La doncella siguió llorando, pero ahora en sus ojos había un brillo de alegría.

—Explícame qué debo hacer —dijo en aquel lenguaje armonioso que Alan nunca antes había logrado entender—. Jamás he curado a un hombre.

Alan cogió el pedazo de paño que la doncella había estado apretando contra su herida. Cuando sus dedos tocaron los de ella sintió un leve cosquilleo.

—Coge el odre que hay en las alforjas —le dijo—. Me dará fuerzas.

Un trago del ardiente líquido hizo que su memoria volviese a la primera vez en que lo probó, cuando Hal se había convertido en amigo suyo. Los ojos de la doncella, continuamente clavados en él, le recordaron a los ojos grises que había visto por primera vez ese día. Quizá fuera pariente de Hal; no era del todo imposible. Cuando fue a buscar agua a un arroyo de la montaña, Alan la observó atentamente. Llevaba un vestido sencillo hecho de fibra flexible que tenía el mismo color que el verde primaveral. Su único adorno era una piedra verde oscuro que colgaba de su cuello sostenida por una cadenita dorada. Era más hermosa que cualquiera de las nobles damas cubiertas de joyas que Alan había visto antes. Era delgada pero majestuosa, igual que el fresno de la hondonada, y se movía tan grácilmente como se agitaban sus ramas bajo la

brisa del verano, y su vestido flotaba alrededor de su cuerpo como las hojas recién brotadas.

—¿Cuál es tu nombre? —le preguntó Alan cuando la doncella volvió a su lado—. Si es que quieres decírmelo... —añadió apresuradamente. Sabía instintivamente que en esta extraña lengua un nombre revelaba la esencia de su portador.

Ella sonrió, no tanto con su boca como con sus ojos llenos de luz.

—Claro que quiero decírtelo —contestó mientras empezaba a lavar las heridas de su cabeza con el agua fría y pura del arroyo—. Mi nombre es Lysse.

Alan supo de inmediato que su nombre significaba «la que posee la gracia». Incluso ahora, mientras aplicaba el espeso ungüento negro sobre las heridas de su cabeza, cada uno de sus movimientos fluía con la gracia de la perfección, rápido y preciso. Cuando le hubo vendado la cabeza, le subió la manga izquierda hasta dejar al descubierto su antebrazo y lo lavó para quitarle la sangre seca. Alan se quedó muy quieto, sin apartar los ojos de ella. El contacto de sus manos le hacía sentir una extraña emoción.

—¿Cuál es tu nombre? —le preguntó la doncella.

Alan se lo dijo y luego le preguntó:

—¿Significa algo para ti, igual que el tuyo significa algo para mí?

Y una vez más ella volvió a sonreír con aquel misterioso resplandor de sus ojos.

—Claro que sí. Significa «apuesto». También quiere decir que eres amable y bondadoso y que preferirías vivir en paz y armonía y no entre luchas y batallas. —Alan se ruborizó al oír tales alabanzas, pero ella siguió hablando sin que pareciera darse cuenta de su rubor—. ¿Qué estás haciendo aquí, Alan? ¿Acaso te ha traído alguna misión? Sé que tu corazón está turbado y lleno de amargura.

—Estoy buscando a mi *belledas,* mi hermano de sangre. Nos separamos en las tierras de los señores malignos y yo... temo que pueda estar muerto. Él tenía planeado ir a la Montaña de Verán y por eso vine aquí con la esperanza de encontrarle.

—Pero ¿por qué deseaba venir aquí?

—Si he de ser sincero —replicó Alan con lentitud—, creo que ni él mismo lo sabía. Busca a su abuelo, pero no creo que espere encontrarle aquí.

—¿Y quién es su abuelo?

—Lo siento —respondió Alan—. No soy libre de contar sus secretos.

Lysse pareció quedarse muy sorprendida, pero no se enfadó. Acabó de vendar su brazo en silencio. Cuando hubo terminado le miró a los ojos, intentando averiguar qué tal andaba de fuerzas.

—Si puedes montar a caballo iremos adonde está mi pueblo —dijo—. Quizá mi padre pueda ayudarte a encontrar a tu *belledas.*

—Pero ¿cuál es tu pueblo?

—Ese secreto no me pertenece y no soy libre de contarlo —le respondió ella con una sonrisa.

Pusieron un pedazo de paño limpio sobre el hombro de Alan y luego colocaron su brazo en cabestrillo para que no se moviera. Después, Alan vendó los cortes y magulladuras que Lysse se había hecho en las muñecas al librarse de las cuerdas que la habían tenido

atada. Lysse pensaba que no era necesario, pero Alan insistió en ello. Le ofreció un poco de carne seca, pero ella la rechazó, diciendo que no comía carne. Alan estaba tan débil que incluso a él se le revolvió el estómago al ver la carne, pero aun así mordisqueó unos cuantos pedazos para recuperar fuerzas. Lysse no comió nada; no había mostrado ningún signo de la debilidad que sentía Alan.

La doncella le explicó que su hogar se encontraba a no más de tres días de camino, quizá menos si viajaban rápidamente. Tan pronto como Alan estuvo listo se pusieron en marcha. Lysse montaba en el caballo que había cogido antes.

—En el fondo de su corazón es un buen corcel —le explicó—, y servia de mala gana a su amo anterior.

Conversaron muy poco, pues Alan necesitaba todas sus fuerzas para mantenerse encima de Alfie. Cada sacudida y cada movimiento brusco hacían que una punzada de dolor recorriese sus heridas y la cabeza le latía fuertemente debido a los golpes que había recibido. El camino que seguían era agreste y lleno de obstáculos, pasando por encima de peñascos y cruzando barrancos. No se veía ningún sendero que pudiera ayudarles a ir con mayor comodidad. Pasado cierto tiempo, Alan sintió que su hombro empezaba a latir de dolor, igual que su cabeza, y apenas si pudo contenerse para no empezar a llorar ante su mísero estado.

Se detuvieron antes del anochecer después de que Lysse encontrara una extensión cubierta de hierba para reposar. Alan estaba tan enfermo que no tuvo tiempo de pensar en su orgullo y tras desmontar dificultosamente de Alfie se dejó caer al suelo, quedando sumido inmediatamente en una especie de estupor. Lysse le tapó con su manta y después se encargó de quitarles las sillas a los caballos. Una vez hubo terminado se quedó quieta y estuvo velando el sueño de Alan durante toda la noche.

A la mañana siguiente, Alan fue despertado por el agua fría con que Lysse estaba lavándole la cara. Tenía el hombro rojo e hinchado y todo su cuerpo latía de dolor. Lysse puso unos paños mojados con agua fresca sobre la herida mientras Alan comía un poco de venado seco, y antes de que el sol hubiera subido mucho en el cielo ya estaban nuevamente en marcha.

Para Alan el día no tardó en convertirse en una confusión de dolor y sufrimientos. Si alguien le hubiese pedido que volviera sobre sus pasos habría sido incapaz de hacerlo, pues no veía nada salvo la grupa del caballo de Lysse moviéndose ante él. Se dedicó a seguirla ciegamente, confiando en Alfie para que evitase las trampas y peligros del camino. Lysse estaba apretando el paso. Sabía que no podía compadecerse de Alan y dejarle descansar, pues su herida estaba infectándose rápidamente. Si no conseguía llevarle pronto a un sitio donde fuera posible proporcionarle los cuidados adecuados era muy posible que muriese. Había visto el profundo cansancio y la inmensa desesperación de sus ojos, lo vacío de sus alforjas y su rostro agotado y sabía aquello de lo que apenas si era consciente el mismo Alan, que el esfuerzo hecho hasta ahora le había llevado hasta el borde de su resistencia y que su herida era mucho más peligrosa de lo que parecía.

Durante ese largo día sólo descansaron en tres ocasiones. Cada vez que lo hacían, Lysse buscaba agua fría para que Alan bebiese y le mojaba la cara y la herida. Después, con Alan tendido sobre la hierba, buscaba moras y frutas silvestres con que alimentarse, pero cuando el día empezaba a terminar las plantas y los arbustos medio ocultos en las grietas de los riscos ya habían desaparecido. La montaña se alzaba muy por encima de ellos en una estéril serie de acantilados. La atmósfera era muy tenue y para Alan cada

respiración suponía un esfuerzo terrible. Jadeaba incluso con el más leve de los ejercicios, y el dolor de su pecho le hacía sentirse tan débil que acabó doblándose sobre sí mismo y aferrándose a la silla de montar mientras sus lágrimas humedecían las crines de Alfie.

Alan nunca recordaría cómo desmontó y pasó aquella noche. A la mañana siguiente creyó que sería incapaz de moverse.

—¡Elwyndas! —le dijo Lysse con firmeza, y Alan se incorporó con un gemido; aquel nombre era para él como un hechizo que le diera fuerzas. No consiguió comer nada, pero Lysse le hizo beber lo que aún quedaba en el odre—. Llegaremos a primera hora de la tarde —le dijo—, pero aún falta por recorrer la parte más dura del camino. Debes conservar tus fuerzas.

Le habló con una despreocupada valentía y apartó el rostro para que Alan no pudiese ver la compasión que había en sus ojos.

Ese día escalaron el acantilado. Los caballos se abrieron paso por una cornisa que recorría la Montaña de Verán, subiendo en espiral como por la escalera del interior de una torre. Alan apenas si era consciente de su ascensión, pero cuando se dio cuenta de que bajo ellos podían divisarse los lentos círculos de los halcones hizo que Alfie se parase y esperó a que se le pasara el mareo que le había atenazado. Lysse también se detuvo, llena de preocupación, pero no tardaron en seguir avanzando. Alan no volvió a mirar hacia abajo, pero la siguió muy de cerca y no le pareció nada extraño confiarle tanto su vida como su amor.

En lo alto de la montaña había un valle, un círculo gigantesco protegido desde todos los ángulos por murallas de roca, un lugar lleno de manantiales y arroyos, árboles verdes y praderas bañadas por el sol. Cuando llegaron a él, Alan no se dio cuenta de ello, y sólo poco a poco fue percibiendo que los cascos de Alfie pisaban ahora la hierba en vez de la roca y que ahora estaban bajando por una pendiente y no subiendo por ella. Alzó su cabeza con un gran esfuerzo e intentó enfocar su mirada. Lysse le estaba llevando hacia unas tiendas de brillantes colores medio escondidas entre un macizo de árboles, y de las tiendas salía gente llamándose unos a otros. Alan pensó que quizá la fiebre estuviera afectando su mente, o que quizá hubiese muerto y llegado a un reino donde moraban las almas benditas. Había creído que ninguna criatura viviente podía ser tan bella como Lysse, pero estas personas que veía ahora eran tan hermosas que desafiaban toda descripción. Parecían estar rodeadas por un aura luminosa, un resplandor ultraterreno igual que la iridiscencia que brillaba en los ojos de Lysse. Pese a su pena y su dolor, Alan sintió que su corazón sonreía al verlas, aunque apenas era capaz de distinguir sus rostros.

Entonces uno de ellos se abrió paso entre el grupo y fue corriendo hacia Alan y Lysse. ¡Uno de ellos y, sin embargo, no era uno de ellos! Alan se tambaleó en su silla de montar al sentir cómo el alivio y la felicidad le golpeaban con toda la fuerza de una pena insoportable.

—¡Hal! —intentó gritar, y su voz brotó como un ronco murmullo.

Unos brazos fuertes le ayudaron a bajar de su montura y Alan, sin avergonzarse de ello, se echó a llorar en los brazos de un Hal también sollozante.

2

Alan despertó sintiendo el suave contacto de las mantas sobre su piel desnuda y se encontró tendido sobre un grueso colchón de plumas. Le resultó difícil creer que hubiera llegado a estar tan agotado y ardiendo con el dolor de la fiebre. Sobre él brillaba un dosel de fina tela en la que había entretejida hebra de oro; el resplandor solar que se filtraba a través suyo era como la cálida luz de la salud que sentía ahora en todo su cuerpo. Se desperezó voluptuosamente bajo las mantas que le tapaban pero se detuvo bruscamente cuando una cuchillada de dolor en su hombro le recordó que sus problemas no habían sido un sueño. Se incorporó sobre su codo bueno, ahora más cautelosamente, y miró a su alrededor. Hal estaba durmiendo a unos dos metros de él, un brazo musculoso sobre la manta cubría su pecho en una postura casi infantil de confiado abandono. Alan pensó que Hal estaba pálido y que parecía cansado. No se daba cuenta de que su propio aspecto era considerablemente peor de lo que imaginaba.

Recordaba vagamente su enfermedad, las personas que habían corrido a recibirles y los brazos de Hal sosteniéndole. Recordaba las entrecortadas palabras de consuelo pronunciadas por Hal, el horrible dolor sentido cuando su herida fue reventada con una lanceta y limpiada de pus, el agua fría y las vendas nuevas, y un aroma primaveral que le hizo olvidar que jamás hubiese llegado a conocer la pena. Pero todo aquello parecía haber sucedido hacía mucho tiempo.

Alan oyó un leve ruido y Lysse asomó la cabeza por la entrada de la tienda. Cuando vio que estaba despierto entró en ella llevando una bandeja con una jarra y dos copas. Sus ojos brillaban de alegría.

—Lysse —murmuró Alan, y alargó hacia ella su brazo sano. Lysse dejó su bandeja y tomó asiento junto a él, encima de la hierba, cogiendo su mano entre las suyas. El tacto de sus dedos era tan cálido como el brillo de sus ojos.

—¿Te encuentras mejor? —dijo en voz baja.

—Mucho mejor. ¿Cuánto tiempo he dormido?

—Sólo una noche. Llegamos ayer y ahora está amaneciendo. La flor de Verán tiene un efecto muy rápido. También me la dieron a mí, pues estaba agotada, y ahora me siento como si jamás hubiera salido del valle.

—Y te han curado las muñecas —dijo Alan, acariciando las vendas blancas que llevaba en ellas—. Me alegro.

—No hables tanto —le dijo ella con una sonrisa—. Al menos, no hasta que estés más fuerte. Bebe esto.

Llenó una de las copas con un centelleante líquido ambarino y le ayudó a llevárselas a los labios. Su sabor era delicioso, fresco y algo picante. Alan dejó la copa, ahora vacía, con una expresión de asombro.

—Qué bebida tan maravillosa —dijo—. Me hace pensar en el néctar, la miel y el jugo de frutas multicolores que jamás he conocido. ¿Qué es?

—Todas esas cosas y muchas más —replicó ella, pero sus ojos no le estaban mirando.

Alan se dio la vuelta y vio que Hal le contemplaba con una expresión de sobresalto.

—Hal, ¿qué pasa? —le preguntó.

—Nada —respondió Hal, y su expresión cambió para convertirse en asombro y alegría—. Estoy atónito, nada más. ¿Cómo has aprendido a hablar la Antigua Lengua?

Alan ni tan siquiera se había dado cuenta de que él y Lysse estaban conversando en esa lengua que en el pasado le había resultado tan extraña y que tan natural había llegado a serle ahora. Y Hal le estaba hablando en la misma lengua. ¡Entonces, éste era el misterioso lenguaje que durante tanto tiempo le había tenido perplejo! Se quedó tan sorprendido que no supo cómo responder a la pregunta de Hal.

—No lo sé —murmuró—. Creo que lo he aprendido en sus ojos.

—La verdad es que tu hermano es una maravilla entre los hombres, Mireldeyn —le dijo Lysse gravemente a Hal—. Su alma tocó la mía sin ningún temor. Su nombre entre los míos será Elwyndas, pues es un hombre valiente y de gran corazón. No me sorprende que le ames tanto.

Le sirvió a Hal una copa de su néctar y mientras lo bebía, Alan se dio cuenta de que no hacía ningún esfuerzo por ocultarle sus cicatrices a Lysse.

—¿Le llamas Mireldeyn? —balbuceó.

—Sí. ¿Cómo le llamas tú?

—Hal. ¿Significa algo para ti?

—Ciertamente, y le va muy bien. —Lysse aspiró una honda bocanada de aire—. Significa «el que gobierna». —Lysse cogió las dos copas y se puso en pie—. Mi padre vendrá a veros muy pronto —dijo—. Si necesitáis algo, os ruego que nos lo digáis. —Y se marchó con su paso lleno de gracia.

Los ojos de Alan la siguieron y sus confusos pensamientos acabaron cobrando la forma de una pregunta irresistible.

—Hal, ¿quiénes son? —le preguntó, hablando esta vez en el lenguaje de Isla—. ¿Son seres humanos, como nosotros, o no lo son?

Hal tomó asiento junto a él. Su cuerpo lleno de cicatrices relucía con un brillo dorado bajo el difuso resplandor de la mañana.

—Ah, Alan —replicó con una voz que el asombro había enronquecido un poco—, te juro que mis sueños han cobrado vida y caminan bajo la luz del día. Son elfos.

—¡Elfos! —exclamó Alan.

Cien cuentos infantiles cruzaron velozmente por su memoria, historias sobre criaturas de sangre helada, seres sin corazón que robaban bebés de sus cunas y hechizaban el alma con sus ojos. Hal percibió la alarma que llenaba su rostro y le miró con un agudo interés.

—Sí —dijo—, elfos. Acuérdate de tus amigos del túmulo y sé un poco precavido a la hora de creer las historias que cuenta la gente ignorante. Estos elfos no se parecen demasiado a los duendes que las viejas utilizan para asustar a los niños.

Alan le sonrió, algo avergonzado.

—Háblame de ellos.

—Son los auténticos inmortales —dijo Hal con un gran respeto en la voz—. Nunca enferman ni envejecen, aunque se les puede matar. Si es preciso se enfrentan, sin temor, a la muerte, pero la muerte de uno de ellos es una terrible tragedia y provoca un dolor y

un luto más profundos de lo que podemos imaginar, pues sus vidas no tienen por qué acabar de esa forma. Todos ellos te están enormemente agradecidos por haber salvado a Lysse de tal destino.

—Podría haberse salvado sola —protestó Alan, recordando cómo los guerreros habían huido ante ella—. ¡Podría haberlos matado a todos con solo un pensamiento!

—Si tiene tal poder no podía usarlo o no quería hacerlo; no para salvarse. —Hal suspiró—. Hay muchas cosas del Pueblo de la Paz que no comprendo, Alan; hasta el día de ayer ni siquiera osaba tener la esperanza de que existieran salvo en mis sueños. Pero hay algo que sí sé: al igual que sucede con los espíritus de los muertos, no pueden o no quieren intervenir en los asuntos humanos o en el destino venidero.

—Pero ella intervino. ¡Me salvó la vida!

—Debes ser una persona muy especial, Elwyndas.

Alan comprendía ahora que su nombre *elwedeyn* significaba «amigo de los elfos, espíritu de elfo», como había ocurrido con Verán antes que él. Pero si era un amigo de los elfos, ¿no lo era también Hal?

—Hal, ¿qué lengua es la que habláis tú y los elfos?

—Es la Antigua Lengua, el idioma del Principio. Es el lenguaje del poder, el que fue utilizado por el Único para cantar la creación cuando las montañas surgieron de los abismos. Quienes lo usan conocen a todas las criaturas y son igualmente conocidos por ellas; es el lenguaje del yo interior. Pero el orgullo lo teme, pues no oculta nada, y ésa es la razón de que los hombres mortales se hayan apartado de él desde hace mucho tiempo, para pelear a través de las barreras impuestas por la abundancia de lenguas. Sólo los gitanos, que no conocen fronteras, naciones ni guerras, siguen usándolo todavía.

—¿Cómo has llegado a conocerlo? ¿Lo aprendiste de los gitanos?

Hal pareció vacilar durante unos instantes, casi igual que si tuviera miedo.

—No —respondió—, no puede ser aprendido ni enseñado; sólo aquellos que vencen al orgullo y al miedo pueden hablarlo. Los gitanos educan a sus hijos para que sean valerosos y no conozcan el egoísmo, pero son muchos los que fracasan y con ello se han perdido algunos de los Misterios. En cuanto a mí, supongo que debe tratarse de algo innato. No recuerdo ningún momento en el que no conociera la Antigua Lengua, aunque a mi alrededor no había nadie que la conociera.

Alan observó atentamente a su hermano. Tenía la sensación de que el misterio oculto en los grises ojos de Hal quizá hallara su respuesta en este valle situado en lo alto de una montaña.

—Hal —le preguntó de repente—, ¿no pertenecerás al Pueblo de la Paz, verdad?

—¿Eso piensas? —le respondió Hal, y Alan se dio cuenta de que estaba asustado y no tenía ninguna respuesta que ofrecerle.

Durante unos instantes pareció estar absorto en sí mismo y su cuerpo se encorvó, sumido en una profunda meditación. Luego, con un esfuerzo de voluntad, irguió los hombros y se encaró con Alan, hablando en la Antigua Lengua.

—Creo que me conoces tan bien como yo mismo —dijo—. Ayúdame a descubrir quién soy, Elwyndas. Tú, que me amas, encuentra mi alma.

Alan sintió aquella misma y extraña falta de temor que había sentido ante Lysse. Clavó

la mirada en los ojos de Hal, sabiendo que debería sentirse aterrado; nubes de neblina grisácea se derritieron ante él. Durante un segundo se halló rodeado por una profunda oscuridad, tan insondable y cálida como un útero. Y entonces se formó un punto de luz que se fue haciendo más grande y más brillante, de tal manera que Alan vio círculos luminosos que giraban rápidamente, una claridad cálida y maravillosa. Siguió mirando, sin pestañear, hasta ver que en el centro de aquel torbellino luminoso había una silueta con una corona y una cota de malla hecha con plata bruñida. Pensó que jamás había visto un porte tan noble, aunque la cabeza estaba inclinada y el rostro no le miraba. Entonces la figura alzó la cabeza y vino hacia él hasta que el rostro llenó todo su campo visual, y Alan sintió una alegría enorme, una falta de todo temor que jamás había conocido. Cayó de rodillas y alargó la mano, la mirada clavada aún en aquellos maravillosos ojos grises. «¡Mireldeyn!», susurró Alan al hacérsele manifiesto el significado de aquel nombre.

La visión desapareció de repente; Alan se vio engullido por una oscuridad de pánico y dolor. Una voz le gritaba desde una gran distancia. «¡Alan! ¡No! Te lo suplico...» Y un instante después se halló de nuevo bajo la claridad del día, de rodillas ante Hal, y éste tiraba de él con las dos manos y las lágrimas corrían por su pálido rostro. Alan se apresuró a levantarse y le abrazó.

—Calla —le dijo cariñosamente en la Antigua Lengua—. ¿Acaso no sabes que te amo? En los ojos de Lysse vi el pasado del Pueblo Bendito, pero en tus ojos veo el futuro. Algún día me arrodillaré ante ti y lo comprenderás. Eres Mireldeyn. No ha existido nadie como tú y no es probable que vuelva a existir nadie igual.

—¡No quiero ser diferente! —jadeó Hal, llorando como un niño—. ¡No quiero que la gente se arrodille ante mí! ¡Lo único que he deseado durante toda mi vida es paz, amistad y un poco de amor!

—¿No te das cuenta de hasta qué punto eso te hace ser especial? —le explicó Alan con dulzura—. Todos los hombres anhelan el poder y la fama con más o menos intensidad..., todos salvo uno. Sólo tú de entre todos los hombres puedes curar esta tierra que está tan cubierta de cicatrices como tu mismo cuerpo, pues no puedes ser corrompido por las cosas que no deseas.

—¿Y tú? —exclamó Hal con voz desesperada—. ¡No he visto tal anhelo en tu alma!

—Pese a todo, allí está —le replicó Alan con amargura—. Ahora mismo siento agitarse en mi interior la envidia hacia esa maravillosa corona que te vi llevar. No soy Mireldeyn. La sangre de los elfos no corre por mis venas, dejando aparte esas pocas gotas que recibí de ti.

—Tu hermano habla con sabiduría —dijo una voz suave y dulce.

Adaoun estaba ante ellos; Adaoun, el padre de los elfos, el patriarca. Alan, paralizado por el asombro, percibió la inmensa edad que había en sus ojos juveniles, pero Hal se lanzó tambaleándose hacia él con las manos extendidas.

—Adaoun —le preguntó con voz suplicante—, ¿qué significa lo que me ha dicho Alan? ¿Acaso no soy un hombre como los demás?

—Ya sabes que no lo eres, Mireldeyn —contestó Adaoun, poniendo una mano sobre la cabeza de Hal en un gesto de bendición que pretendía tranquilizarle—. Lo has sentido desde el principio de tus días. ¡No intentes huir de la verdad ahora que por fin la has encontrado!

Hal se arrojó sobre su lecho y empezó a golpear la almohada con una angustiada furia para acabar quedándose inmóvil con sus manos convertidas en dos puños temblorosos. Tragó aire, apretó la mandíbula y acabó irguiéndose.

—Muy bien —dijo—. Soy algo más que un hombre; soy algo distinto..., algo llamado Mireldeyn. ¿Qué significa ese nombre?

—Debemos comer antes de hablar sobre eso —le dijo Adaoun—. Elwyndas ha estado varios días casi sin probar bocado y la fiebre le ha dejado débil. Poneos vuestros jubones y comeremos al aire libre.

Y, ciertamente, Alan estaba pálido y tembloroso sólo por el leve esfuerzo de haberse levantado.

—Lo siento —le dijo Hal en un murmullo—. He estado pensando en mí y me había olvidado de tu estado.

—No te preocupes por eso —gruñó Alan—. Ayúdame con el cabestrillo.

Se pusieron las ropas que les habían dejado preparadas. Alan se quedó sorprendido al descubrir que eran de una lana muy suave, ligera y delicada, en nada semejante a los toscos tejidos de lana que había conocido hasta ahora, y estaban teñidos con tonalidades que parecían arrancadas al mismo sol, las hojas, el cielo y el agua. Aunque no tenían ningún tipo de adorno ni dibujo, aquellas ropas estaban cosidas con tal delicadeza y su colorido era tan brillante que se sintieron igual que reyes al ponérselas; y lo cierto es que el mismísimo Adaoun iba vestido con un atuendo semejante. Se pusieron las botas pero dejaron las espadas en la tienda, llevando tan sólo sus cinturones metálicos para ceñirse las ropas.

Cuando salieron vieron que Adaoun estaba en una colina cubierta de hierba que iba bajando hasta un lago incrustado en el centro del valle igual que una joya. Lysse estaba allí con uno de sus hermanos, un elfo de cabellos dorados que tenía todo el aspecto de un joven de veinte años salvo por los siglos de sabiduría visibles en sus ojos. Su nombre era Anwyl, «el que es amado». Tomaron asiento en el suelo y se dispusieron a comer. Servidos en platos de madera había huevos y varios quesos, miel, un pan excelente y toda una variedad de frutos, algunos nuevos para Hal pese a la gran amplitud de sus conocimientos. Para beber había leche en cuencos de madera. Alan necesitó cierto tiempo para darse cuenta de que no había carne alguna. Al acordarse de que Lysse no había querido probarla antes, comprendió de repente por qué los elfos iban con los pies descalzos y por qué sus cinturones estaban hechos de cuerda y no de cuero. «Por supuesto —pensó—. No matan a ningún tipo de animal, porque son criaturas cuyos corazones hablan directamente con los suyos.»

Por lo que se fue diciendo, Alan se enteró de que Hal había llegado al valle poco antes que él.

—Apenas sé cómo logré encontrar el camino en espiral —explicó Hal—. Creo que fui atraído hacia él y me pareció que no había casi ninguna esperanza de que siguiéndolo me fuera posible encontrarte, Alan, pero aun así supe que debía ascender por él. Cuando me aproximaba a la cima sentí la presencia de Anwyl y hablé con él, aunque era incapaz de verle: *«Ir holme, wilndas elwedeyn, ir selte, to nessa líder daelen frith».* («Ven a mí, amigo de la vieja sangre, y habla conmigo en recuerdo de los antiguos días de paz.») Anwyl dio un gran salto para venir a mi encuentro y yo me aterré al pensar que podía caer al abismo, pero sus pies se plantaron en el sendero sin vacilar. Tuve la impresión de que estaba muy conmovido.

—Cierto, mi mente estaba tan confusa y emocionada como puede estarlo la de un elfo —observó Anwyl—. Le pregunté quién era y cómo era posible que hablase la Antigua Lengua, y él me respondió con estas palabras: «Soy Hal, hijo de Gwynllian, heredero de Torre, Taran, y el linaje de los Reyes Benditos de Welas». Entonces sentí el anhelo de arrodillarme ante él y jurarle lealtad, pues sabía que era Mireldeyn, pero su alma estaba llena de fatiga e inquietud, así que me contuve y le guié hasta aquí.

—Mi corazón estaba desgarrado por la pena, Alan —dijo Hal en voz baja—, y en él luchaban mi alegría y asombro ante este lugar y el miedo que sentía por tu vida. Hablé con Adaoun y me descargué de toda mi angustia, pero apenas si había terminado de contárselo todo cuando llegaste.

—Creo que fui enviada para traerle hasta aquí —dijo Lysse—. Fui a las estribaciones de la montaña sin tener ninguna razón para ello, salvo la extraña impresión de que debía hacerlo, y ahí fue donde me atacaron esos cobardes.

—¿Cuál es el significado de todo esto, Adaoun? —preguntó Hal—. Tengo la sensación de que las hebras del destino se enredan a mi alrededor.

—Antes de que pueda explicártelo debo saber hasta qué punto comprendes lo sucedido —le replicó Adaoun.

—¿Dónde debo empezar?

—Por el Principio.

Quitaron de ante ellos los restos de la comida y apoyaron sus espaldas en los árboles. Lysse trajo almohadones para Alan y éste se tendió junto a ella. El aire no era demasiado caluroso pese a que estaban casi a mediados del verano, sino tibio como en la primavera.

—Antes de que existiera el tiempo existía el Único —empezó diciendo Hal.

—¿Y qué es el Único? —preguntó Adaoun.

Alan comprendió, tal y como parecía entenderlo todo ahora, que el Único era una esencia y emanación ni buena ni mala, ni femenina ni masculina y, aun así, no era un espíritu sin sexo sino todas esas cosas al mismo tiempo. Había una palabra en la Antigua Lengua para tal esencia; se la llamaba Aene. Pero habría sido incapaz de explicar su significado en el lenguaje de Isla.

—El Único es el sol y la luna, el amanecer y el ocaso, el halcón y su presa —dijo Hal.

—Cierto —dijo Adaoun quedamente—. Hijo de la Estrella y Madre de la Luna, Padre Rey e Hijo Sagrado, Virgen Negra y Recién Nacido de piel nívea, Dama de Todos los Arboles, roja como la corteza del serbal... Todos ellos se encuentran en Aene. Incluso el dios con los cuernos como crecientes de luna está en Aene. Pero el hombre ha hecho de su adoración algo dividido, y con ello ha venido la pena y el dolor.

—En los Principios del Tiempo —siguió diciendo Hal—, el Único cantó para crear la tierra y el cielo, los días y las estaciones y todas las plantas y animales. Y Aene amó esa canción. Tú estabas en ella, Adaoun, así como lo estaba Elveyn, tu compañera. Amabas la paz y la belleza, y vivías entre los animales. Tuviste descendencia.

—Sí, Anwyl fue de los primeros.

—Adaoun, ¿cómo era todo en aquellos días del Principio?

—Ah, Mireldeyn, era hermoso, tan hermoso... —suspiró Adaoun—. Grandes pájaros

volaban por el aire y otros, más pequeños, creaban música en cada árbol. La vida era abundante; ningún lugar era presa de la desolación pues incluso los desiertos florecían. Desde aquel tiempo muchas criaturas maravillosas han desaparecido de la faz de la tierra; dragones resplandecientes, las juguetonas bestias del mar... Pero de todas las criaturas que caminaban sobre la tierra las más nobles eran los caballos y sus parientes, los unicornios. Y de todas las criaturas que surcaban el cielo las más nobles eran las águilas.

Adaoun se puso en pie y, llevándose los dedos a los labios, emitió un penetrante silbido y desde la distancia les llegó un grito musical como el que podría lanzar un gran pájaro. Un instante después, detrás de una loma, apareció una manada de grandes caballos, corceles de finos miembros y yeguas de largas patas, unos caballos tan hermosos como aquellos que Alan había visto uno o dos días antes... Uno de esos caballos, Arundel, corría delante de los demás, sus flancos gris plata brillando bajo el sol. Pero precediéndole, y jefe de todos, corría un corcel de un blanco deslumbrante que dominaba con su talla a todos los otros y de sus flancos brotaba un reluciente par de alas doradas. Sus cascos brillaban también con un resplandor dorado y cuando él y su manada llegaron a la orilla del lago una imagen blanca y oro centelleó bajo él en el azul oscuro de las aguas. El corcel alzó su cabeza y Alan quedó asombrado ante el rayo de sus inmensos ojos. El corcel alado lanzó un grito extraño, como un silbido muy penetrante, y de los cielos llegó una réplica. Grandes pájaros dorados se hicieron visibles, dirigidos por uno cuyas áureas alas eran casi tan grandes como el corcel que había bajo él. Durante un momento formaron un brillante cuadro de blanco y oro reflejado en el azul de aquel lago insondable y después, como los últimos destellos de un sol hundiéndose por el oeste, desaparecieron y el atronar de los cascos se esfumó en la lejanía.

—El que mora en el Valle del Águila —jadeó Alan—. ¿Es de aquí de donde vino Arundel?

Hal pareció incapaz de responderle, pero Adaoun se encargó de contestar en su lugar.

—Arundel fue llamado cuando aún era un potrillo y se marchó de aquí, igual que hizo Asfala unos años después. Pero ¿cómo lo sabías, Mireldeyn?

—He visto muchas veces este sitio, Adaoun, tanto en sueños como en visiones que me llegaban estando despierto, aunque jamás osé albergar la esperanza de que algún día podría encontrarlo.

—¿Has visto también el pasado, Mireldeyn?

—He visto a una figura que podría ser Elveyn. Tiene una ondulante cabellera color oro viejo y lleva un traje hecho del púrpura oscuro que reina en la tormenta. La veo sobre unos acantilados rocosos, mirando hacia las aguas grises.

—Sí —dijo Adaoun—, siempre amó el mar. Cuando los hombres conquistaron la tierra y olvidaron la Antigua Lengua, Elveyn fue quien nos enseñó cómo podíamos alejarnos de ellos haciendo barcos.

—¿Por qué fue puesto el hombre sobre la tierra? —preguntó Hal con amargura—. La ha convertido en un lugar desolado lleno de contiendas y sangre derramada. ¿Acaso no era todo mejor antes?

—¡Era demasiado bueno! Jamás ocurría nada y el Tiempo, que acababa de empezar, se habría mantenido inmóvil como un gran lago hasta el fin de la eternidad. Y el Único estaba solo. Los elfos no podíamos satisfacer los anhelos de Aene: sólo conocemos el

amor que se siente con el espíritu. Escogemos a nuestros compañeros mediante el buen juicio; somos callados, pacientes y razonables. No gritamos ni reímos de alegría, y tampoco lloramos.

Alan alzó los ojos hacia Lysse, muy sorprendido. Sus ojos de un verde humo eran tan profundos como el lago de la montaña y tan brillantes como la gema reluciente que colgaba de su cuello. Lysse le sonrió y Alan se quedó atónito ante aquella sonrisa.

—Y por eso el Único creó al hombre —siguió diciendo Adaoun—, un ser que podía sentir la fuerza y la pasión del amor de Aene... Pero el hombre no podía poseer la sabiduría que contrarresta a esa pasión. Sólo en Aene se dan el amor y la sabiduría completos y unidos, y éste es uno de los grandes Misterios.

—Puedo imaginarme lo que sucedió aunque no estaba allí —murmuró Hal —. Primero empezamos matando a los animales...

—Está en vuestra naturaleza —le interrumpió Adaoun—. El zorro mata al faisán y la marta mata al ratón, y los hombres cazan al veloz gamo de piel rojiza; todos están en Aene. Pero, ay, creo que ésa es la razón de que el hombre olvidara la Antigua Lengua: sería muy difícil matar a una criatura que te habla con su alma.

—Lo sé —dijo Hal secamente—, pues yo lo he hecho en un gran número de ocasiones. Y supongo que después empezamos a matarnos entre nosotros. ¿Está también eso en Aene?

Adaoun suspiró.

—Igual que el lobo en el bosque, Mireldeyn, o como hace la cerda vieja cuando mata a sus crías... pero no ocurre muy a menudo. Tengo la impresión de que la gran rueda ha perdido su equilibrio. Hace falta más amor en vuestro mundo. —Adaoun hizo una pausa cargada de significado—. Y di otra cosa, Mireldeyn..., di que el hombre empezó a matar a los elfos.

—Había tenido la esperanza de que no me sería preciso decirlo —replicó Hal con voz desfallecida.

—Algunos de los nuestros murieron. Mi hijo Feca fue el primero... Al no conocer el amor que arde en el corazón, los hombres dijeron que éramos fríos y malignos y huyeron de nosotros o nos lapidaron y se rieron, o nos cazaron implacablemente cuando les venía en gana; pues los hombres son, por encima de todo, criaturas de pasión. El Único los había hecho mortales para que pudieran conocer al máximo todas las pasiones de la vida, la alegría, la pena y el engendrar descendencia. Esto era algo que les estaba prohibido a mis hijos, pues de lo contrario y siendo inmortales acabarían llenando la tierra. Pero pese a la muerte, los hombres se hicieron más y más numerosos, de tal forma que ni tan siquiera en los lugares más salvajes podíamos estar a salvo de ellos. Y por fin, siguiendo el consejo de Elveyn, construimos naves y cruzamos el mar buscando una nueva tierra.

«Desde entonces hemos tenido que hacernos a la mar seis veces y a ésta la llamamos nuestra Séptima Era. Algunas veces hemos hallado la paz, pero siempre ha terminado cediendo ante la guerra cuando la plaga de la codicia humana se ha difundido por la tierra. Hace quinientas revoluciones que llegamos al país de Welas y nos retiramos a la cima de esta montaña, tal y como hemos aprendido a hacer, pues sabíamos que la guerra no tardaría mucho en seguirnos. Y lo cierto es que no tardó en hacerlo. Pero antes llegó Verán.

«Navegó subiendo por el Río Resplandeciente: venía del oeste y era de tez muy oscura, pero a su alrededor brillaba una aureola que parecía de oro viejo. Los jefes de las tribus guerreaban entre ellos desde sus torres de madera erigidas en las marcas, como siempre habían hecho, pero Verán hizo que se encogieran ante él con sólo mirarles y hacerles sentir el poder de su mano. En una sola estación toda Welas le saludó como a su Rey. Y después vino directamente a esta montaña y en su corazón no había miedo alguno hacia nosotros. Eso ya era un gran prodigio, pero además ocurrió algo que ninguno de nosotros había visto antes. Una de mis hijas, a la que llamábamos Claefe, la paloma, se prendó de Verán y decidió seguirle como su esposa, entregándose con ello a la muerte de los humanos. Su amor nos alegró inmensamente, aunque lloramos su marcha. Lysse fue engendrada para que nuestro número no disminuyera. Pero Verán tuvo que guiar a los hombres de Welas contra los invasores del este. Mientras estaba fuera, Claefe murió de parto, igual que si fuera una mujer mortal. Después de su muerte una pena incontenible se apoderó de mi Elveyn, y fue a los acantilados y se arrojó a las aguas grises y salobres que tanto amaba.

»Fue entonces cuando oí hablar de ti por primera vez, Mireldeyn, pues con la muerte de mi compañera y el regreso de esa plaga llamada guerra llamé al Único, dominado por el dolor y la desesperación. Y Aene vino a mí, a este mismo valle, y caminó sobre la tierra envuelto en carne, como suele ser su capricho, ya que puede ser tanto vidente como sabio, joven, profeta, madre, doncella o vieja marchita. Pero yo reconocí inmediatamente al Creador de Canciones, pues ya nos habíamos encontrado antes.

»Aene dijo que Elwestrand nos estaba esperando: era la tierra de occidente de la cual había venido Verán, un lugar donde había gentes con las que podríamos vivir en armonía y con las que mis hijos podrían unirse para engendrar descendencia, pues llevaban siendo célibes desde hacía miles de años. Y el Único dijo que cuando se cumpliera esta profecía, los elfos y los hombres se unirían para que surgiese una nueva criatura que tendría lo mejor de cada linaje. Pero antes era preciso que la Era llegara a su fin aquí mismo, en Isla, la última avanzada del Mundo Medio, pues si la plaga de la guerra que nos ha seguido durante tanto tiempo no es detenida aquí, volverá a seguirnos hasta los campos del oeste, allí donde pastan los unicornios. La Rueda gira de forma errática, Mireldeyn, y ni tan siquiera el Único puede ver dónde acabará llegando.

»Pero Aene predijo que cuando la plaga de los hombres del este hubiera llegado incluso a Welas, un joven del mundo de los hombres vendría a nosotros, un descendiente del linaje de Verán, un heredero del trono de Isla por un derecho aún mayor que el de su nacimiento. La sangre de los elfos correría con fuerza por sus venas. Sabría encontrarnos y nos hablaría en el Lenguaje de Eld, el idioma que nadie puede aprender si no ha sido bendecido desde el principio. Sus únicas armas serían la amistad y el acero carente de toda brujería, pues los hombres del este han hecho que la magia sea algo maldito. Conocería todas las alegrías y penas de los mortales pero no su codicia o su orgullo; tendría la visión del elfo, así como su sed de conocimiento y su agudeza de espíritu. Y le llamaríamos Mireldeyn, el hombre-elfo, pues no sería ni del todo elfo ni del todo hombre, sino lo mejor de ambos. Ése eres tú, Hal, hijo de Gwynllian, heredero de Torre, de Taran y de todos los Reyes Benditos de Welas, pues has cumplido cuanto se dijo que harías, y mucho más.

Hal veía su destino como una pesada condena.

—Brand, el hijo de Verán y Claefe... —protestó—. ¿Acaso no era un hombre-elfo, y en un grado mayor que yo?

Alan negó bondadosamente con la cabeza.

—Cuando Claefe se marchó con Verán se convirtió en mujer, aunque quizá pueda afirmarse que en la más maravillosa de todas las mujeres. Le dio a sus herederos una mente despejada y una rapidez de percepción que es rara en el mundo de los hombres, así como el amor a la sabiduría y al conocimiento, pero nada más.

Adaoun había estado hablando con voz firme pero ahora vaciló durante unos momentos antes de continuar.

—Mireldeyn, tú eres el único que puede detener la plaga de la guerra que nos ha perseguido durante siete eras. Eres la única persona que puede ponerle fin al tiempo de terror y sangre derramada que ha caído sobre Isla y eres también quien debe ayudar al Pueblo de la Paz para que llegue a Elwestrand cruzando el Mar Occidental. Sólo si vences a los malignos señores de las llanuras podremos llegar a la Bahía de los Benditos e izar nuestras velas desde allí.

»No sé si triunfarás. Creo que eso es algo que ni tan siquiera el Único sabe. No sólo depende de ti sino de todos los habitantes de Isla, de cada hombre, mujer y niño. Sólo si el equilibrio es capaz de prevalecer, ya que está en juego tanto..., el futuro de la especie de los hombres, al igual que toda la especie de los elfos... — Adaoun se esforzó en pronunciar las palabras que era preciso dijera en aquel instante—. El Pueblo de la Paz no puede seguir huyendo ante el derramamiento de sangre y la pérdida de vidas. Sea cual sea el sacrificio, Mireldeyn, haremos lo que debemos hacer para sobrevivir. Lucharemos por ti, El Que Gobierna.

La magnitud de aquel regalo cayó sobre Hal como un fardo ardiente. Que su destino fuera liberar no tan sólo a toda Isla sino también a los elfos..., el peso de aquella obligación casi le hizo derrumbarse. Sintió una oleada de rebelión y, ciegamente, se apartó de los elfos que aguardaban ansiosamente su respuesta. Pero Alan le acompañó, aun estando débil a causa de la fiebre; y en la firmeza de su amistad, aunque fuera la de un mortal, Hal halló la fuerza que necesitaba para vencer en aquel combate consigo mismo.

3

«Sí, fue muy duro aceptar ese conocimiento —pensó Hal—. Y, con todo, me ha sido concedida una inmensa bendición.»

Estaba tendido sobre una gran roca, con el sol de finales de verano calentando agradablemente sus hombros desnudos. Alan y Lysse estaban sentados cerca de él. Lysse le estaba cortando el cabello y sonreía, teniendo que hacer un esfuerzo para no reírse a carcajadas ante las caras de pena que ponía él viendo caer al suelo sus largos rizos en los que el sol había dejado sus huellas.

Había pasado casi un mes desde que entraron por primera vez en el valle de los elfos. La herida de Alan ya estaba totalmente curada y había recuperado todas sus fuerzas, pero ni él ni Hal pensaban aún en marcharse. Apenas si eran conscientes del paso del tiempo, pues la eternidad se cernía en la atmósfera igual que un suave perfume, como lo había estado también en aquel pequeño valle escondido adonde el azar les había llevado hacía ya cerca de un año. También los elfos vivían en un sitio que la plaga de los invasores no había tocado. Adaoun lo había descubierto mientras cabalgaba en Wynnda, claran corcel de alas doradas para quien había suplicado la inmortalidad al Único. Con grandes esfuerzos, los elfos habían tallado el camino en espiral que llevaba a la cima de la Montaña de Verán, pero los años transcurrían igual que segundos en sus vidas inmortales. Cuando por fin llegaron al valle, descubrieron un paraíso como el que recordaban de hacía siete eras y aquí habían dejado libres a las criaturas que más amaban, los caballos nacidos de la sangre de Wynndas, y los caballos prosperaron y crecieron gracias al aire de la montaña. Sí, aquel lugar obraba maravillas en todos los seres. Alfie corría ahora con los caballos *elwedeyn* y en sus ojos se notaba el asombro de ser capaz de hacerlo. Pero los ojos de Alan también brillaban con idéntico calor y cada vez que le miraba, Hal sabía que no era tan sólo el valle lo que le llenaba de amor.

«Querido Alan —pensó Hal—. Ojalá el Único le conceda lo que desea su corazón. Mucho es lo que le debo, pero en esto no puedo ayudarle.»

Desde el primer día que pasaron en el Valle del Águila Hal había sabido que Alan estaba enamorado de Lysse, y podía ver claramente que Lysse se daba cuenta de que era la *mendor* de Alan. Pese a ello Alan se esforzaba por ocultar su amor, aunque éste se deslizaba furtivamente en cada una de sus palabras y miradas cuando Lysse estaba cerca de él. No se atrevía a cortejarla abiertamente, pues ganarla sería despojarla de su inmortalidad. Hal sabía que Lysse la sacrificaría de buena gana, pues reunía en ella las dos sabidurías, la de mujer y la de elfo. Pero incluso sabiendo esto no estaba seguro de que le hubiera sido posible actuar de una forma distinta estando en el lugar de Alan. Para Alan su dilema era un dulce tormento. Cada vez que veía a Lysse el corazón le daba un vuelco con el más maravilloso de los dolores. Pasaban juntos casi todo el día, cabalgando por las praderas, cantando bajo la luna, trabajando juntos y explorando la paz del valle. Lysse ya le había concedido una parte de su sabiduría inmortal, mucho mayor de la que Alan percibía, y ahora su cabeza se erguía con la fuerza que estaba naciendo en él. Pero Hal ignoraba si sabría hallar la fuerza necesaria para aceptarla tanto a ella como a su destino.

«Sólo puedo ayudarles de una manera —pensó—, y es dándoles tiempo para que estén juntos.»

Les dejó riendo bajo el sol y empezó a subir por la montaña.

Adaoun se había sentido aliviado cuando Hal dejó de pensar en la carga que Aene le había impuesto. Adaoun sabía que el destino de los elfos no estaba nada seguro, sino que aún temblaba en la Rueda. Era preciso que la elección de Mireldeyn llegara a ser firme; la indecisión en un momento inadecuado podía causar un desastre eterno. Por eso, cuando el padre de los elfos encontró a Hal solo y con expresión preocupada, fue rápidamente hacia él.

—¿Qué te aflige, hijo de los mortales? —le preguntó con jovialidad— . Das la impresión de que el cielo entero acaba de caer sobre tu cabeza.

El rostro solemne de Hal se iluminó con una breve sonrisa ante las palabras del elfo, pero no dejó que su jovialidad le engañara.

—No temas, Adaoun —le respondió con cierta ironía—. No estoy pensando en mí. Nunca hemos hablado de Elwyndas y Lysse. Adaoun, ¿te complace el que se amen?

Adaoun tomó asiento junto a él antes de responderle.

—Ni me alegra ni me entristece, Mireldeyn; todavía no. Los elfos rara vez sienten tales emociones. Y, en verdad, ¿qué puedo decir al respecto? Están unidos en *Dol Salden,* igual que tú y la Dama de Celydon.

Hal le miró con sorpresa; jamás había hablado de Rosemary con Adaoun.

—Entonces, ¿es que cuanto se halla escrito en *Dol Salden* acabará sucediendo inexorablemente?

—No, desde luego que no —le replicó Adaoun—. En él hay escritas cosas que deberían suceder, pero Aene puede hacer que ocurran o puede preferir que no lleguen a existir. Los elfos y los hombres deben llevar los asuntos del mundo hasta el Final, cualquiera que éste fuese. Cada uno de nosotros tiene el destino de ayudar en el sendero que sigan la fuerza y el flujo de la vida. Si prestamos atención a nuestro destino, entonces todo va bien. Si escogemos ignorarlo, entonces nuestras vidas corren en dirección contraria a la que sigue el mundo...

La voz de Adaoun se esfumó en la distancia mientras que Hal tenía la visión de miles y miles de años girando lentamente, ciclo tras ciclo, millones y millones de vidas como gotas iridiscentes que convergían en una corriente circular de color dorado. Los años se iban convirtiendo en eras y las eras en el Todo, el torrente dorado de un número incontable de vidas girando lenta pero implacablemente hacia el vórtice de algún Final invisible. El tiempo se movió ante él como si fuera una gran rueda dorada, emitiendo una leve y casi inaudible nota musical.

La visión se desvaneció y Hal fue consciente una vez más de que Adaoun estaba sentado junto a él.

—¿Lo saben?—murmuró.

—Lysse lo sabe —le respondió inmediatamente Adaoun—. Y ahora respóndeme a una pregunta, Mireldeyn, pues la mente de tu hermano es algo que no puedo ver: ¿la ama y le permitirá seguir el curso que ella ha escogido en su corazón?

—La ama —afirmó Hal—. Pero Alan aún no puede ver claramente el camino que ha de seguir y está preocupado y lleno de inquietud. Es difícil pensar que pueda haber un hombre mejor que él, Adaoun, pero su orgullo y su razón luchan contra la dirección que su corazón querría tomar. —Los labios de Hal se fruncieron en una mueca de

impotencia—. Mi corazón anhela ayudarle, pero no me atrevo a hablar con él por miedo a que la elección sea mía y no suya.

—Qué criaturas tan extrañas sois los mortales —suspiró Adaoun—. Bien, ya veo que lo único que puedo hacer es esperar y mantener la esperanza.

Tres días después Hal y Anwyl, su primer amigo entre los elfos, estaban trepando por entre las rocas de las estribaciones iniciales de la montaña, buscando ramas secas para las hogueras en las que cocinaban. Se movían silenciosamente, pues los elfos nunca asustaban a las criaturas del bosque sin tener una buena causa para ello. Muchas eran las maravillas que habían visto, pero difícilmente podían esperar ver lo que a continuación se ofreció ante sus ojos. Cuando rodearon un peñasco vieron bajo ellos una hondonada cubierta de árboles donde se encontraban Alan y Lysse. Él le estaba dando un ramito de violetas; púrpura, azul, oro, lavanda y blanco. Mientras hablaba no la miraba sino que sus ojos estaban clavados en las flores.

—Cada una es distinta de las otras, Lysse —dijo—, pero todas son hermosas. Ninguna es más perfecta que sus compañeras.

—Sí —respondió Lysse en voz muy baja, asombrada.

—Así ocurre también con las hermosas doncellas de este valle. Todas son distintas y, sin embargo, todas son perfectas en su belleza. Ningún hombre en su sano juicio sabría escoger a una con preferencia a las otras.

Alan se volvió hacia ella con un gran esfuerzo de voluntad y sus ojos se encontraron con los de Lysse.

—¡Pero yo he escogido, Lysse! —le dijo con voz emocionada—. Para mí no hay doncella alguna, ni mortal ni inmortal, que pueda soñar en compararse con tu belleza. Tus ojos y tu cabello borran a los de tus hermanas igual que el sol borra a las estrellas. No deseo tener en toda mi vida a ninguna mujer salvo a ti, y si no te consigo será como si no viviera. —La cogió por los hombros, pues el rostro de Lysse revelaba su consternación—. Lysse, ¿me entiendes? Que el cielo me ayude, pues te amo con el amor de un mortal hacia una mujer mortal. ¡Debo hacer que lo comprendas o me volveré loco! —La besó en los labios, con ternura pero con fuerza. Lysse cerró los ojos y su rostro se puso tan pálido como el de una muerta. Y un instante después, con lo que parecían sus últimas fuerzas, se arrancó de sus brazos y huyó por la pendiente sin decir palabra— . ¡Lysse! —gritó Alan al verla huir, pero la montaña se limitó a devolverle el eco de su grito y, furioso, golpeó con el puño el tronco de un joven fresno.

Mientras contemplaba el camino por el que había desaparecido Lysse, el rostro de Alan se volvió tan duro como la roca y ni tan siquiera se dio cuenta de la sangre que goteaba por su mano herida.

Anwyl y Hal se miraron con ojos llenos de dolor. Cualquier movimiento podía representar el riesgo de entrometerse, y ésa era la razón de que se hubieran quedado para ser testigos involuntarios de su angustia. Hal apretó los puños, el rostro pálido y los músculos tensos por la impotencia. Pero cuando Anwyl le dijo en voz muy baja «Ve con él», los ojos de Hal relampaguearon y le respondió con un seco «¡No!». Alan jamás debía saber que le habían observado cuando se declaraba a Lysse.

—¿Por qué? —jadeó Hal—. ¿Por qué huyó de él?

—Creo que yo habría hecho lo mismo —le dijo Anwyl con una voz enronquecida por el esfuerzo de la carrera—. Mireldeyn, intenta comprenderlo... Lysse se encuentra ante lo

desconocido. Lo que para vosotros, los mortales, es la mismísima sustancia de la vida es para nosotros, los elfos, el mayor de todos los misterios.

Se detuvieron un instante para recuperar el aliento al llegar a los pabellones. Después, prometiéndose mutuamente que guardarían en secreto lo que habían visto, cada uno partió por su lado. Las hogueras donde se cocinaba desprendían aromas deliciosos y a su alrededor se oía el zumbido tranquilo de las conversaciones. Hal pasó por entre ellas igual que si acabara de llegar al valle y fue a la tienda para esperar. Alan no tardó en aparecer. Cuando entró Hal alzó la vista con una expresión de sorpresa cuidadosamente preparada.

—¡Alan! ¡Tu mano! ¡Está cubierta de sangre!

Alan ni tan siquiera examinó su herida.

—Hal —dijo con voz ronca—, tenemos que marcharnos inmediatamente.

Hal estaba demasiado ocupado trayendo agua y vendas para responderle. Cuidó la mano herida de su amigo con el alma llena de miedo y preocupación. Cuando hubo terminado, Alan habló de nuevo y su voz era muy tranquila, pero había en ella una tozuda decisión que, y bien lo sabía Hal gracias al tiempo que llevaba conociéndole, no aceptaría negativa alguna.

—Hal, tenemos que irnos. Ahora ya me encuentro bien, he recuperado las fuerzas y no hay nada que nos siga reteniendo aquí. Todavía tenemos muchas cosas que hacer y fuera del valle el tiempo no se ha detenido. Ya tendríamos que habernos marchado.

—Muy bien —dijo Hal quedamente—. Esta noche hablaré con Adaoun y nos iremos mañana por la mañana. Ven a cenar algo.

—No tengo hambre —replicó Alan, arrojándose encima de su lecho.

Hal sabía que discutir sería inútil, y se fue a cenar sin él.

Esa noche ninguno de los dos durmió demasiado, aunque Alan quizá pensara que Hal no tenía problemas para conciliar el sueño. Cuando se acercaba el alba, Alan acabó quedándose adormilado y Hal salió sigilosamente de la tienda en busca de Anwyl. Cuando le encontró, éste no tuvo gran cosa que contarle.

—No hay ni rastro de ella —dijo Anwyl—. No ha vuelto al campamento y nadie la ha visto.

El día amaneció límpido y soleado, pero los elfos parecían extrañamente silenciosos. Las despedidas fueron breves, pues pese a la cortesía de Alan, su nerviosismo y tristeza resultaban más que evidentes. Tanto él como Alan llevaban espadas por primera vez en un mes. Sus alforjas estaban repletas de provisiones y ropas nuevas hechas con la suave lana de los elfos.

—No tengo ningún regalo que daros salvo recuerdos y esperanzas —les dijo Adaoun—. Cuidad bien de ellos si es que me amáis.

—Adiós —dijo Anwyl—. Ojalá podamos volver a encontrarnos en tiempos más pacíficos. Que el Único os acompañe a los dos.

Unos instantes después trotaban por el sendero que llevaba hacia la parte exterior de la montaña. Cuando llegaron a los confines del bosque miraron hacia atrás. Lysse no estaba allí. Hal jamás llegaría a saber si Alan sintió alivio o decepción al no verla.

Entraron en la sombra creada por los árboles y subieron rápida y silenciosamente por la

pendiente. Pero cuando ya estaban llegando a las partes más altas del dominio de los elfos, una delgada silueta vestida de verde emergió de la sombra de un fresno igual que un espíritu materializándose del tronco, y Lysse estuvo ante ellos.

Hal la miró y sonrió.

—Alan, te esperaré en la cima —dijo con toda la despreocupación de que fue capaz, e hizo que Arundel avanzara al galope. Alan intentó gritarle que no se marchara, pero su voz no le obedeció. Él, que había viajado a través de medio reino, que había dormido con los espíritus de los muertos, desafiando los peligros de la Torre Blanca y luchando sin escudo contra enemigos cubiertos con cotas de malla, estaba ahora muy cerca del pánico al ver a una esbelta doncella de cabellos dorados.

Comprenderlo hizo que el rostro le ardiera de vergüenza. Apretó la mandíbula, tragó una honda bocanada de aire y la miró. Sus ojos se perdieron en las pupilas verde humo, y antes de saber lo que estaba haciendo ya había desmontado para coger su mano. Sólo entonces vio que Lysse estaba temblando. Todos los discursos que había preparado se desvanecieron de su mente.

—¡Lysse! —exclamó—. ¿Tienes miedo?

—¿Miedo? —Lysse probó la palabra, saboreándola en su mente, y una leve sonrisa curvó las comisuras de sus labios—. ¡Entonces, ése es el nombre de lo que siento! Sí, me atrevería a decir que estoy asustada...

—Pero, ¿cómo? ¿Por qué...? ¡Oh, Lysse, tienes miedo de mí!

—Le he oído decir a mi padre que los hombres temen aquello cuyo nombre ignoran. —Su sonrisa se hizo más grande y luminosa—. Ahora he descubierto que no sólo los hombres temen a lo desconocido. Ayer, cuando hiciste aquello...

—Se le llama beso, Lysse. Algo que un hombre mortal hace con la mujer a la que ama.

—Un beso. —Sus ojos brillaron con el placer del descubrimiento—. ¡Así que eso es un beso! Ahora que puedo darle un nombre no tiene nada de temible. Cuando me diste el beso, Elwyndas, sentí que mi cabeza vacilaba; mi cuerpo ardió y luego sentí frío, el corazón me latió con fuerza y mi respiración se volvió agitada y difícil, y no logré entender lo que me estaba sucediendo. Pensé que quizá estaba muriéndome y tuve miedo, algo que ningún miembro de mi raza debería sentir jamás. Estuve caminando toda la noche por la montaña, pensando, y ahora lo lamento y me avergüenzo de ello, Elwyndas, pues veo que sólo me preocupaba de mí y te causé un gran dolor.

Alan se sobresaltó al ver cómo sus ojos se llenaban de lágrimas, con lo que se volvieron de una profundidad insondable, lagos oscuros parecidos al que había en el corazón de la montaña. Sintió cuál era el significado de aquellas lágrimas y la deseó con tal intensidad que su alma se llenó de dolor; toda su ira se perdió en su amor y su deseo de consolarla. Puso sus brazos alrededor de los hombros de Lysse, acariciando su cabello y besándole suavemente el rostro. Y, de repente, Lysse dejó de temblar. Alzó la cabeza hacia él y le miró con unos ojos que seguían brillando a causa de las lágrimas pero también a causa de la alegría.

—Alan —dijo, usando su nombre de mortal por primera vez desde que había entrado en el valle—, lo que me contaste ayer...

—Sí. —Le besó los ojos—. Te amo, Lysse.

—Ése es el nombre de lo que yo también siento. —Por fin las lágrimas desbordaron de sus ojos y empezaron a humedecer sus mejillas—. Te amo, Alan de Laveroc.

Y haciendo un gran esfuerzo, como si obedeciera a un impulso irresistible, Alan se inclinó para besarla. Pero antes de que sus labios pudieran encontrarse, se detuvo, y sus ojos anhelantes y preocupados le hicieron una pregunta.

—Nunca volveré a huir de ti —le respondió ella en voz alta.

Hal esperó pacientemente en lo alto de la montaña mientras el sol subía en el cielo calentando su nuca. Y, finalmente, desde el recodo del camino, le llegó el sonido de unos cascos de caballo. Hal tensó todo su cuerpo y un instante después se relajó con un suspiro de alivio. Alan llevaba a Lysse en la silla de montar, delante de él, acunada contra su pecho.

Pero cuando llegaron al final de los riscos, Alan la dejó en el suelo sin decir ni una sola palabra.

—Espera —dijo ella, y se quitó el colgante que siempre llevaba alrededor del cuello. Alan bajó la cabeza y Lysse se lo puso, centrando en su pecho la piedra que relucía con una luz verde oscuro—. El pasado y el futuro de tu raza y de la mía arden en esta piedra —dijo—. Llévala con la esperanza de ver algún día el amanecer de un tiempo mejor.

Alan meneó la cabeza en un gesto de dolor.

—Oh, amor mío, el futuro me resulta oscuro. Mis esperanzas son sueños que carecen de toda sustancia.

—Pues entonces, sigue soñando —le respondió ella—, y deja que tus actos moldeen esa sustancia. ¡Recuérdame en tus sueños, Alan! ¡Adiós!

Alan se inclinó en su silla de montar y la besó, estando seguro de que ése era su último beso.

Él y Hal alzaron sus brazos en un saludo final hacia el Pueblo de la Paz congregado bajo ellos. Después siguieron cabalgando y una muralla de roca les ocultó el valle secreto. Ambos sabían que quizá nunca más volvieran a verlo. Alan tuvo que parpadear cuando se enfrentó al sol naciente, pero no miró hacia atrás.

4

Cuando dejaron el valle de los elfos, el verdor del verano empezaba a teñirse con el pálido oro del otoño que comenzaba. El sol brillaba con fuerza y el aire era fresco y limpio. Pero antes de que volvieran a encontrar un sitio que les diera la bienvenida, los árboles quedarían desnudos, los cielos se volverían oscuros y ventosos y la tierra quedaría empapada por las frías lluvias de otoño.

Viajaron hacia el sureste, siguiendo la curva de las montañas que se alzaban entre Welas y el mar. Su avance fue lento, pues no seguían los senderos habituales. Iban abriéndose paso a lo largo de los riscos y cruzando los barrancos, yendo por entre las grandes rocas de las cañadas y las viejas ruinas. Hal tenía la esperanza de encontrar a su abuelo en alguna parte de estas desérticas comarcas de Welas. Sus ojos examinaban ansiosamente el paisaje a cada nuevo panorama que se abría ante ellos, aunque durante días enteros no vieron a un solo ser viviente.

Viajaban sin esconderse, a la luz del día. Los hombres de los señores de las tierras bajas rara vez se aventuraban por esos lugares, pues eran muchos los proscritos que acechaban entre aquellos picachos. Hal, confiando en que ni él ni Alan serían atacados, cabalgaba sin miedo alguno. Alan le seguía con el rostro ceñudo, importándole muy poco el peligro. Se había hundido en una negra tristeza y rara vez hablaba. Lysse era un tormento constante oculto en lo más profundo de su mente. Había llegado al extremo de pensar en no volver a verla nunca, pues estaba seguro de que no podía negarle la inmortalidad de los elfos. Su declaración de amor había sido un grito arrancado a la tortura de su corazón, y ahora se reprochaba amargamente su debilidad y maldecía esta tierra desolada y abrupta en la que parecía resonar continuamente el eco de la voz de Lysse, «Recuérdame».

A medida que iban pasando las semanas, el viaje empezó también a afectarle los nervios a Hal. La lluvia les mojaba con frecuencia, y los fríos vientos les dejaban helados hasta los huesos. Incluso las hogueras que les calentaban de noche parecían frías sin la alegría de una conversación. Pero finalmente, tras dos meses de viaje, un grito pareció atravesar el muro de la montaña y de repente, como caídos de aquel cielo gris, un grupo de hombres morenos y vestidos con pieles se plantó en su camino. Sobre sus cabezas había más hombres de aspecto salvaje formando una hilera en la agreste superficie de los acantilados. La resistencia era imposible, pero Hal no tenía intenciones de resistir. Les miró sin dejarse impresionar, esperando la pregunta que sabía iban a formularle.

—¿Quiénes sois, que recorréis sin miedo los senderos de las montañas? —les preguntó con voz ronca el jefe de aquellos hombres—. ¿Qué os ha traído aquí?

—He venido a hablar con tu señor, el Rey Bendito —dijo Hal osadamente—. Sólo a él le diré mi nombre.

El hombre murmuró algo ininteligible y avanzó hacia él con una expresión amenazadora en el rostro, pero uno de los que estaban sobre las rocas le gritó:

—¡Espera! ¿No ves el signo que hay en su espalda? ¡Es la marca de Verán, el Sol Poniente! —Y un coro de voces afirmativas se alzó ante estas palabras.

—¿Es cierto eso? —le preguntó el jefe a Hal.

Atónito, Hal cogió el saco del plinset y lo alzó para que pudiera verlo. El sol a medio terminar de Rosemary relucía brillantemente incluso bajo aquel cielo cubierto de nubes.

El hombre lo contempló durante unos instantes y luego miró a Hal sin que en sus ojos pudiera percibirse ni una sola huella de su hostilidad anterior.

—¿Es cierto que llevas en tus venas la sangre de Verán?

—Buen amigo —le respondió Hal en voz baja—, no puedo decirte nada hasta que el Rey no me haya dado permiso para ello.

—Cualquier espía podría llevar el emblema de Verán —gruñó uno de los hombres.

—Por las Madres, es un riesgo que debemos correr —replicó el jefe—. El señor Galin está en la primera línea de las defensas y no puede darnos su consejo. Debemos llevarles a la fortaleza.

Se volvió hacia Hal y Alan.

—Os llevaremos al lugar donde se encuentra el que buscáis, pero antes debéis entregarnos vuestras armas.

Hal se quitó la espada del cinturón y se la entregó. Alan siguió su ejemplo, aunque más lentamente. El hombre contempló durante unos minutos el fino acero de aquellas armas.

—Si se pierden o si sufren algún daño —le advirtió Hal en voz baja y suave—, ninguna montaña de Welas será lo bastante grande para ocultarte.

—Soy un vasallo del Rey, no un ladrón —replicó el jefe con dignidad— . Y he visto anteriormente esta espada.

Alzó en sus manos el arma de Hal y el acero brilló con un resplandor grisáceo.

—¿Dónde? —se apresuró a preguntarle Hal.

—No puedo decirte nada hasta que el Rey no me haya dado permiso para ello —le replicó el jefe del grupo con expresión ceñuda—.Y ahora, mis señores, venid con nosotros.

Pasaron la noche en una profunda caverna oculta en los flancos de la montaña. En los riscos y barrancos había gran cantidad de grutas semejantes, así como túneles protegidos por toda una serie de fortificaciones hábilmente disimuladas. En el centro de ellas, acunada en el mismo seno de aquella imponente montaña, se encontraba una antigua fortaleza conocida como Cair Indel, el Más Profundo de los Refugios, y allí era donde el viejo Rey había buscado protección. Por la mañana Hal y Alan fueron llevados a su presencia.

Torre era un hombre ya anciano y la vida no había sido bondadosa con él. Reino, hija, hijos..., todo había desaparecido. Y con ellos se marchó también la luz del día, o eso le parecía a Torre, pues pasaba las largas horas de cada jornada meditando en su oscura caverna situada en el ombligo de la montaña. Soñaba a menudo con los brillantes días de su pasado junto al Río Resplandeciente, cuando su bella esposa Megolyn aún vivía, cuando sus hijos Galin, Glondil y Gildur eran jóvenes fuertes y osados y su hija Gwynllian era aquello a lo que más amaba. Pero jamás lograba perderse del todo en esos recuerdos; sabía que aquellos días y aquellos rostros se habían ido para siempre. Podía soñar, sí, pero el horrible y triste Ahora volvía inexorablemente con cada nuevo despertar.

Y entonces, de las sombras de su estancia sumida en la penumbra, surgió una figura del pasado. La figura le sonrió, dándole la bienvenida, y era igual que si estuviera contemplando a uno de sus hijos muertos. Pero no era ni Glondil ni Gildur; aquel joven tenía los ojos de Gwynllian.

Torre se irguió bruscamente, no osando creer en lo que veían sus ojos, pero en lo más hondo de su corazón sabía que aquella figura estaba viva. El joven se movía con la gracia y la fuerza de un guerrero, y sus atuendos maltratados por la intemperie no podían ocultar la anchura de sus hombros ni la potencia de su pecho. Llevaba la cabeza erguida con orgullo, y las firmes líneas de su mandíbula y sus cejas le recordaron a Torre los hijos que en un tiempo habían sido su orgullo. Pero ¡aquellos ojos! Sus grises profundidades le hechizaron inmediatamente. Tenía delante a un hombre de gran poder y fuerte voluntad y en él veía también a un sueño y al tormento del tiempo pero, por encima de todo, en aquellos ojos grises, Torre reconoció a Gwynllian. El joven era de su sangre, estaba seguro de ello.

—¿Quién eres? —murmuró.

Alargó la mano y sus dedos vacilantes encontraron la firmeza de los músculos y la solidez de los huesos. La visión era real.

El joven se arrodilló ante él y el saco de cuero que llevaba a la espalda fue colocado en el suelo. El sol bordado en el cuero brilló con un extraño resplandor en la penumbra de la estancia, y el viejo Rey se dio cuenta de que junto a las paredes se alzaban las siluetas de sus hombres, escuchando en silencio.

—Torre, hijo de Tamar, del antiguo linaje de los Reyes Benditos de Welas, pido tu bendición —dijo el joven. Su voz era melodiosa y aunque había hablado quedamente sus palabras hicieron vibrar la gran estancia— . El nombre que prefiero por encima de todos los otros es Hal, el que me dio mi madre. Te amaba mucho y hablaba frecuentemente de ti. —Hal se quedó callado, no sabiendo qué podía decirle a ese anciano de aspecto feroz e imponente que le miraba inmóvil, igual que un águila ciega en un nido lleno de tinieblas—. Abuelo —murmuró—, ¿no me reconoces?

—Mi nieto —dijo el anciano con la voz a punto de quebrarse—, ¡mi nieto!

Sus manos se alzaron vacilantes hacia el cabello de Hal en el gesto de la bendición y unos instantes después las lágrimas empezaron a caer de los brillantes y negros ojos de Torre, y Hal se encontró besando torpemente las apergaminadas mejillas del Rey y rodeando los delgados hombros de Torre con sus fuertes brazos, dándole el consuelo que había anhelado desde hacía tanto tiempo.

Fuera de la estancia de Torre, todo Cair Indel parecía haber enloquecido. Los nerviosos sirvientes habían difundido la nueva de que el Príncipe se aproximaba y estas noticias corrieron igual que los torrentes de la primavera por entre los soldados y la servidumbre del castillo. Algunos, los que habían visto el emblema del sol bordado sobre el saco de cuero, se apresuraron a saludarle como el heredero de Verán. Pero hubo otros que le llamaron impostor y muchos pensaron que era uno de los odiados nombres del este. La fortaleza zumbaba con el sonido de todas aquellas conversaciones, emocionadas unas e iracundas otras.

Cuando Hal y Alan salieron de la estancia, un silencio repentino cayó sobre el patio atestado de gente y todos los ojos se clavaron en ellos. Hal, sumido en sus pensamientos, pareció no darse cuenta de aquello hasta que de repente una voz gritó:

—¡Falso príncipe! ¡Sucio hijo del diablo, hijo de Iscovar de Isla! ¿Cómo es posible que un jamelgo engendre nada que no sea igual a él, por mucho que la madre sea una yegua con la más buena de las sangres? —Y de la multitud brotó un murmullo de aprobación.

Hal alzó bruscamente la cabeza igual que si le hubiesen golpeado con un látigo y bajo la mirada de aquellos ojos grises como el acero la multitud se quedó callada y pareció retroceder un paso.

—Oídme, hombres de Welas. —La mirada de Hal se clavó en quienes le escuchaban, atravesándoles hasta las entrañas—. Si me muestro débil o codicioso, estaréis en vuestro derecho de juzgarme como tal. Si soy cruel, salvaje o sanguinario, juzgadme. Si cometo una traición o una locura, si soy estúpido o arrogante..., juzgadme entonces, y no tengáis piedad. —Había hablado sin levantar la voz, pero sus siguientes palabras fueron pronunciadas con un grito—: ¡Pero no me juzguéis por ser el hijo de ese Rey de sangre negra! —Los ecos de sus palabras fueron apagándose mientras que Hal jadeaba a causa de la emoción—. No lo merezco. No lo merezco, y pongo al Único por testigo. No puedo explicar cómo llegó a ser así. Mi mayor miedo es que algún día, sin saber de qué forma, llegue a parecerme a él. —Hal hablaba apasionadamente pero con dignidad—. Es vil, es un canalla, está enfermo de maldad hasta un punto tal que nadie podría creerlo, y nadie podría despreciarlo bastante. Os digo que todo esto es cierto, y yo le conozco bien. ¡Ved la prueba!

Y con un gesto salvaje Hal se arrancó su jubón lleno de remiendos y dejó qué los restos destrozados de éste colgaran de sus brazos musculosos. La multitud emitió una exclamación ahogada de sorpresa y nadie dijo ni una palabra.

Hal siguió hablando, ahora con más calma.

—Esto no es nada. Millares de hombres destrozados por él habrían dado gracias por haber podido escapar con un castigo tan leve como el mío. Pero si entre los presentes hay quien piensa que amo al Rey de Isla o que me parezco a él, que medite en lo que ha visto. —Se dio la vuelta para marcharse, agotado, pero en las sombras del umbral donde se encontraba hubo un repentino movimiento. Los espectadores lanzaron una breve exclamación de sorpresa y cayeron de rodillas—. ¡Mi señor! —exclamó Hal.

El viejo Rey estaba saliendo de la oscuridad de su refugio.

Totalmente vestido de negro pero con su frondosa cabellera ardiendo como una llama blanca recortada contra el cielo, Torre extendió las manos hacia Hal, el rostro lleno de emoción.

—Mi niño, mi niño... —murmuró cuando Hal quiso ayudarle—. ¿Qué te ha hecho esa bestia? —Sus manos arrugadas acariciaron tiernamente los hombros llenos de cicatrices.

—No es nada, Abuelo, y ya hace mucho tiempo que curó.

Hal se maldijo por haberle causado ese dolor al anciano. Alan, que se había arrodillado ante el Rey, como todos los demás, se puso en pie y fue hacia ellos, quitándose la capa. Hal la aceptó, agradecido, y se la puso sobre los hombros mientras Alan le hacía una reverencia a Torre. El Rey le examinó con sus agudos ojos negros.

—¡Ah! ¿Es tu hermano?

Hal le miró, sorprendido.

—Sí, es mi hermano de sangre. Su nombre es Alan de Laveroc. Pero, ¿cómo lo habéis sabido?

—Puede que luego te lo cuente. Pero, ¿dónde está tu gran corcel gris? Todavía no lo he visto.

Hal intercambió una mirada de perplejidad con Alan.

—En el establo. Iré a buscarlo, mi señor.

—No, vayamos juntos. Hal, desde que recibí la noticia de que tu madre había muerto no he salido de mis aposentos. Había olvidado lo brillante y agradable que puede llegar a ser el sol.

Alan miró de soslayo al cielo cubierto de nubes y luego vio cómo Torre y Hal iban hacia el establo, el anciano apoyándose en el brazo del joven. Sería mejor dejarles a solas para que compartieran aquella docena de años perdidos.

No vio nuevamente a Hal hasta que se vistieron para la cena. Cuando bajaban la escalera encontraron a Torre con alguien que no había podido gozar del reposo que acababan de disfrutar, un hombre de tez morena que parecía cansado y sucio a causa de haber viajado mucho. Aunque su cuerpo era esbelto como el de un joven, su rostro estaba surcado de arrugas, y cuando Torre le presentó a los recién llegados, les contempló con un cansado escepticismo.

—Hal, Alan, éste es Galin, el mayor de mis hijos y, por desgracia, el único de ellos que sigue vivo. Mis hermanas no tuvieron hijos con que honrar a las Madres, así que Galin es mi heredero y a través de él también lo eres tú, Hal, como muy bien sabe Iscovar. Galin, éste es Alan, heredero de Laveroc, y su hermano de sangre Hal, Príncipe de Welas, quien será Rey.

—Quizá llegue a serlo, con mucha ayuda —reconoció Hal.

Galin no sonrió ante estas palabras.

—No tendrías que haberme hecho venir para esto, Padre —dijo—. Es peligroso dejar abandonadas las defensas exteriores y que los nombres queden sin jefe. Este par de muchachos podría haber cabalgado hasta donde me encontraba.

—No veo a ningún par de muchachos —le replicó secamente el viejo Rey—, sino a dos guerreros que han viajado mucho y han sido curtidos por la intemperie. Los hombres sabrán arreglárselas perfectamente sin ti, Galin. Te estás volviendo tan obcecado y caprichoso como yo. Será que estás envejeciendo...

—Cierto, me he vuelto viejo y todo me preocupa —murmuró Galin.

—Incluso yo te preocupo —añadió Torre con un cierto humor en la voz—. Siempre estás fuera de aquí, haga el tiempo que haga, protegiendo a mi real persona. Te lo agradezco mucho, hijo mío. —Sus ojos, medio ocultos bajo sus frondosas cejas, contemplaron a Galin con ternura—. Pero me siento solo sin tu compañía.

—Teníais otros dos hijos —dijo Hal quedamente.

—Cierto. —Los ojos de Torre parecieron volverse hacia el pasado—. Glondil murió en el ataque a Welden. Le enterramos en una tumba anónima mientras huíamos. Pero a Gildur, el más joven de mis hijos, jamás volví a verle después de esa noche terrible. Ya sabes que el ataque fue tan repentino como traicionero. Gildur corrió a la sala del tesoro para salvar unos cuantos de los objetos más preciados, la herencia de nuestro pueblo... Jamás debió intentarlo. Los que escapamos no conseguimos llevarnos nada más que la ropa que vestíamos en aquellos instantes. Durante meses tuve la esperanza de que un día entraría por la puerta de mi habitación... Pero con el paso del tiempo acabé creyendo que debían de haberle capturado y que murió en sus manos.

Galin se removió, inquieto.

—Príncipe welandés, ¿os importaría contarme cómo habéis llegado a poseer la espada

de mi hermano? —Y con un gesto casi despectivo les devolvió sus armas a Hal y Alan, sacándolas de un saco que había a sus pies.

Hal, aturdido, aceptó la espada negra y plata que le tendía.

—¿La espada de Gildur? ¡No lo sé! Me la dio un proscrito que vive en los bosques.

—Entonces, ¿por qué has dicho «la espada de Gildur»? —le preguntó secamente Galin—. Tenía otro hermano.

—Y le mataron. Pero, sin que pueda saber cómo, estas cosas llegaron a Isla y acabaron en mis manos. —Sacó el viejo plinset de su saco de cuero—. ¿No era éste uno de los objetos preciosos que había en la sala del tesoro del Castillo de Elde?

—Lo era —murmuró Torre—, lo era. —Sus viejas manos cogieron tiernamente el plinset—. Éste es el primero de todos los plinsets, el que Llewys Creador de Canciones hizo para Claefe, la reina de Verán, la que él trajo consigo de la Montaña de los Dioses. Pero, ¿dónde lo encontraste?

—Lo encontré en el estudio del señor de Celydon, en las Tierras Salvajes: es un hombre bueno y amable. Se lo había dado un trovador que murió de fiebres en su castillo. —Hal escogió con gran cuidado las palabras de su siguiente pregunta—. ¿Cómo era mi tío Gildur?

Torre se limitó a tragar saliva y Galin se encargó de responder por él.

—Glondil y yo éramos morenos, igual que nuestro padre y su tío, el Tonante, y Verán y todos los otros. Pero Gildur era rubio como el oro, igual que Ban, y Claefe, y tu madre. Era un músico y un soñador.

—Amaba las viejas leyendas y la sabiduría de los tiempos antiguos —dijo Torre, casi riñendo a su hijo—. Cuando nuestro reino se hallaba en el apogeo de su gloria habría sido reverenciado como un gran bardo. Es malo que un hombre pacífico no pueda ser respetado por sus propios talentos.

—El trovador era un hombre rubio de mediana edad —dijo Hal con voz pensativa—. Podría haber sido Gildur. —Tomó el plinset e hizo sonar distraídamente sus cuerdas.

—¡Sabes tocarlo! —exclamó Torre.

—Sí, mi señor.

—¿Quién te enseñó?

—Mi madre. —Hal enarcó las cejas ante las miradas sorprendidas que recibió tanto de Torre como de Galin—. ¿Por qué?

—Gwynllian no sabía tocar el plinset —le respondió Galin, asombrado.

Comieron en un aturdido silencio y después de que hubieran terminado sus platos, Hal habló igual que si estuviera contestando a una pregunta hecha en voz alta.

—Si Gildur vivió y no volvió con vos, no sé por qué razón, es posible que se reuniera con mi madre.

—Probablemente nunca lo sabremos —suspiró Torre—. Pero es bueno pensar que quizá sobreviviera... y que no fue torturado lentamente hasta morir.

—El trovador del que hablé murió en la cama, rodeado de gente amable y bondadosa. —Hal pasó la yema de un dedo por encima de la mesa, como estudiando algún dibujo invisible—. Y aparte de este plinset, ¿qué objetos es más probable que se llevara

consigo mi tío Gildur?

—Estaban las coronas, por supuesto. La de plata que Verán trajo consigo de la tierra del Sol Poniente... Nadie la llevó nunca; según la leyenda está reservada para el Rey que aparecerá al final de esta era. Pero Verán llevaba la corona del Sol Naciente, la que hicieron para él con el oro de la montaña que lleva su nombre, la misma montaña de donde trajo a su novia y a la Piedra Élfica de color verde.

Hal y Alan intercambiaron una mirada de sorpresa. Galin estaba repiqueteando impacientemente con los dedos sobre la mesa pero el viejo Rey siguió hablando con voz serena, sumido en sus pensamientos.

—Y, desde luego, el objeto más preciado de toda aquella habitación, especialmente para Gildur, habría sido el Libro.

—¿El Libro?

—Sí. Un grueso volumen escrito por el mismo Verán en una lengua extraña. Sólo los Reyes Benditos podían leerlo. Ban murió cuando Taran estaba todavía en el útero de Branwyn y el secreto de aquel extraño lenguaje murió con él. Pero gran parte de lo que había en el Libro nos ha llegado, transmitido de manera oral.

—*¡Dol Salden!* —jadeó Hal—. *¡El Libro de los Soles!* ¡Entonces, existe en este mundo, está escrito...!

—Sí, conocemos muchas extrañas profecías. La caída de la Casa de Verán ya había sido profetizada, aunque de joven jamás pensé que fuera a ocurrir en mis tiempos. Pero se decía que llegaría un jefe de hombres, un joven del linaje de Verán, alguien que poseería la sabiduría, la visión y el conocimiento del lenguaje perdido. Vendría montado en un corcel plateado de sangre élfica y llevaría consigo el emblema de su destino. Sobre su cuerpo serían visibles las marcas del sufrimiento y en sus ojos brillaría la luna. Se le llamaría el Hombre-Elfo, El Que Cura, El Que Gobierna, el Rey del Crepúsculo. Con la ayuda de su gente haría desaparecer la plaga llegada del este y con él llegaría finalmente la paz necesaria para que termine la Era.

—Padre —protestó Galin—, ¡no puedes estar hablando en serio!

—Y con él —siguió diciendo impertérrito el Rey Torre—, llegaría también su hermano, un hombre cuya grandeza no conocería los límites de la sangre o las naciones, un hombre de corazón tan bondadoso como el del mismísimo Verán. Vendría montado en un bayo de color oro y se le llamaría Amigo de los Elfos, el Dorado, *y* Rey del Amanecer. El emblema de su destino residiría en la Piedra Elfica, regalo de la doncella del fresno.

Alan se levantó de un salto, haciendo caer su banco al suelo, y fue hacia la puerta, pero se detuvo antes de cruzarla, respirando roncamente. Hal recogió el banco que había tirado sin hacer ningún comentario.

—¿Qué ocurre? —preguntó Torre, sorprendido.

—Mi señor, os pido que disculpéis mi comportamiento —dijo Alan, volviéndose a la mesa con el rostro aún enrojecido por la emoción—. Algo de lo que habéis dicho me resulta muy doloroso. Aquí está la piedra de la que hablabais.

La sacó de su jubón y pasó la cadena por encima de su cabeza para entregársela al viejo Rey. Pero Torre le detuvo con un gesto.

—Sostenla bajo la luz.

Alan obedeció y se quedó atónito. En lo más profundo de la gema, brillando con un resplandor dorado que se hacía cada vez más fuerte, como si la luz fuese algo vivo, había un semicírculo de rayos iridiscentes dotados de una luminosa simetría. Su llama se fue haciendo más y más brillante hasta que superó con mucho a la luz de la antorcha e incluso Galin se quedó boquiabierto y asombrado al contemplarla. Alan bajó su temblorosa mano y la visión se desvaneció.

—¿Qué clase de señal es ésta? —murmuró.

—Según la leyenda —les explicó Torre—, ésta es la piedra que Claefe le dio a Verán, la piedra que trajo consigo desde la tierra del Sol Naciente. Muestra en su centro el emblema del sol, el mismo que fue usado para hacer la corona de Verán. ¿Querrías decirme cómo ha llegado a ti?

—Parecéis saber tanto como nosotros sobre ella —murmuró Alan.

—Más —observó Hal—. Tengo la impresión de que Adaoun no nos contó todo lo que sabía.

—¡Adaoun! —exclamó el viejo Rey—. ¡Entonces, es cierto!

—¿El qué es cierto? —gruñó Galin—. ¿Acaso estoy sentado con un grupo de locos?

—Elfos —replicó Hal en voz baja—. El recuerdo de Verán sigue viviendo en la cima de la montaña más alta.

Intentó transmitirles lo que había sentido en el valle élfico, haciéndoles comprender que en su atmósfera no existía el tiempo y les habló del aura maravillosa que poseía aquel lugar, un aura que envolvía incluso a la hierba. No mencionó a Lysse y Alan, con la cabeza inclinada, guardó silencio mientras hablaba. Cuando hubo terminado Galin y Torre le miraron durante un segundo con una expresión en la que se mezclaba la emoción y una extraña paz, como si una ráfaga del aire que se respiraba en la cima de aquella montaña hubiera llegado hasta ellos.

Después tuvieron muchas preguntas que hacerle y en el curso de la noche Hal y Alan relataron la mayor parte de los acontecimientos sucedidos en los dos años y medio que habían pasado desde que Hal escapó de la Torre Oscura. Hal describió sus planes para reclamar el trono y la conversación se desvió al tema de las tropas y la estrategia, con un gran despliegue de mapas y dibujos. Hal percibió cómo la cautela inicial de Galin estaba convirtiéndose en esperanza y, quizá, incluso en la convicción de que cuanto habían dicho era cierto.

Cuando dejaron a Torre era ya tarde. Mientras subían por la escalera de caracol que llevaba a sus habitaciones, Galin se dirigió a Hal con respeto, hasta con algo de vacilación.

—Hal —le preguntó—, ¿crees en todas esas... profecías?

—No creo que deban suceder de forma inexorable. Los acontecimientos suelen seguir caminos distintos a los fijados en las profecías. Pero debo luchar para que sucedan y no por conseguir la gloria, sino por mi pueblo. Mi nacimiento me ha impuesto la carga de evitar que otro demonio como mi..., mi padre vuelva a ocupar jamás el trono de Isla. Vi con toda claridad cual sería el curso de mi vida mucho antes de haber oído hablar del *Libro de los Soles.* —Hal se detuvo al final de la escalera—. Tío, ¿me ayudaréis?

—Sí. Lucharé por ti y llevaré mis hombres al combate —le respondió Galin con el ceño fruncido.

Hal volvió a mirarle.

—Mi señor, ¿lo haréis obedeciendo a vuestro corazón o sólo para complacer a vuestro padre?

Galin se quedó callado un instante, maravillándose ante la agudeza que había en aquellos ojos grises, y luego alargó hacia Hal su mano curtida por las inclemencias del tiempo.

—Lo haré con todo mi corazón, Príncipe welandés —prometió—. Si algún día vemos brillar de nuevo el sol sobre nuestras vidas, será sólo gracias a ti.

Una vez en su habitación Hal se dejó caer con un suspiro de agradecimiento sobre su angosto catre. El día había sido muy largo y durante todo él había hablado con sinceridad, sin ocultar nada de lo que había en su corazón. Pero Alan empezó a caminar con inquietud de un lado a otro de la habitación, librando alguna especie de lucha interior. Hal le observó disimuladamente. ¿Acabarían rompiéndose al fin los meses de silencio?

—Todo este asunto del destino es más duro de lo que había imaginado, Hal —dijo Alan con voz llena de dudas—. Siento que una enorme carga de esperanza reposa sobre mis hombros. Y la tuya es mucho más pesada que la mía. No me sorprende que te resulte tan difícil de llevar.

—Me has ayudado enormemente, más de lo que nunca podré expresar. —Hal se puso en pie y fue hacia él—. Eres una persona muy especial, Elwyndas..., una persona maravillosa. ¿Tan duro te resulta aceptar eso? —Y al ver que Alan hacía un gesto de impaciencia con la mano se apresuró a seguir hablando—. Alan, escúchame aunque sólo sea por un instante. ¿Por qué debemos sentirnos turbados por la profecía? ¿Es que cambia algo? Siempre pretendimos hacer cuanto estuviera en nuestra mano y portarnos lo mejor posible.

Pero Alan no estaba dispuesto a dejarse convencer tan fácilmente. Con el valor nacido de su abatimiento, pronunció un nombre que no había salido de sus labios desde hacía meses.

—Pero la profecía habla de mí y de... Lysse, ¿verdad?

—Sí —replicó Hal en voz baja.

—¿Y qué dice?

—Sólo que ella es tu *mendor,* al igual que Rosemary es el mío.

—Pero... —Alan tuvo que hacer un gran esfuerzo para hablar, pero habiendo empezado era demasiado tozudo para detenerse—. No quiero que lo sea. No debo volver a verla nunca más.

—Alan, ¿es que no la amas?

—¡Sí que la amo! —Alan golpeó la piedra de la pared con tal fuerza que la sangre empezó a fluir por su muñeca—. ¡Hal, madre de la misericordia, yo...!

—Y se lo has dicho, ¿verdad?

—Sí. —Agotado por todas aquellas emociones, Alan habló con apenas un hilo de voz—. Fue un acto nacido de la debilidad. Jamás tendría que habérselo dicho.

—¡No, Alan, no! —Hal le cogió por los hombros y casi le sacudió—. ¡No lo lamentes nunca! Tu amor es tu talismán. Fue tu valeroso amor el que te enseñó la Antigua

Lengua y te llevó al sitio donde sólo Verán había estado antes... y él era un hombre-dios llegado del este. Nunca he visto a un hombre que posea en mayor grado que tú el don del amor, Alan, y ahora que lo has conseguido todo, ¿quieres ser derrotado por tu orgullo?

Alan, irritado por sus palabras, se apartó de él con un gesto lleno de brusquedad.

—¿Prefieres que la entregue a la muerte?

—¡Tú también eres su *mendor*! —gritó Hal—. ¿No crees que la elección debería ser suya? ¡Hay muchos destinos peores que la muerte, incluso para una doncella élfica!

Alan le miró, furioso, y cruzó la habitación para detenerse ante la estrecha ventana. Contempló el cielo de medianoche y recordó el lago de los elfos: sereno, oscuro y de una profundidad insondable. Todo su ser era una confusa lucha de emociones y le costaba respirar.

Hal, que se había puesto a su espalda, le habló con voz llena de cansancio.

—Alan, ¿es preciso que nos peleemos? Esto que te aparta de mí... He sido muy desgraciado durante estos últimos meses... Te suplico que me perdones por haberme entrometido en un asunto que no me concierne.

—Di lo que quieras —murmuró Alan, sintiendo un maligno impulso de hacerle daño y un instante después, como la cuerda que ha sido tensada con una fuerza excesiva, no pudo aguantar más y se derrumbó. Lloró, por primera vez en todos sus meses de angustia. Hal le rodeó con sus brazos para consolarle y Alan sintió cómo las lágrimas disolvían el duro nudo de amargo orgullo que llenaba su pecho, dejando en su lugar la esperanza. Poco a poco comprendió que incluso lo imposible podía llegar a ocurrir, y que la mano de Lysse podía apretar una vez más la suya, y oyó resonar débilmente el eco de su voz, diciéndole «Lleva esto con la esperanza de que llegue un día mejor. ¡Recuérdame!».

Hal frotó con sus dedos los tensos hombros de Alan, sintiendo cómo los músculos apretados se iban relajando lentamente y los jadeos torturados se iban convirtiendo en una respiración profunda y tranquila. Pero el Príncipe de los Ojos Grises no pensaba en la doncella del fresno. En su mente resonaban con un eco alegre las palabras de Torre, aquellas palabras que Alan ya había olvidado:

«... y le llamarán Amigo de los Elfos, el Dorado, el Rey del Amanecer...»

5

Tres días después de que los camaradas llegaran a Cair Indel se celebró la víspera de noviembre, la antigua Fiesta de los Fuegos. Galin acudió para participar en los festejos y Hal tomó su plinset y cantó las melodías que su madre le había enseñado. Para el viejo Rey aquella fiesta fue la más alegre que había conocido en muchos años, pero Hal y Alan pensaron que era más bien triste comparada con la fiesta del año anterior, en Celydon. En Cair Indel había poca comida, pues las montañas carecían de tierra que pudiera ser cultivada. El banquete consistió tan sólo en pasteles hechos con nueces y manzanas cocidas. La estancia de Torre estaba tenuemente iluminada con antorchas y candiles. Al igual que todas las demás habitaciones de la fortaleza, carecía de tapices o adornos. La piedra era fría, y el mobiliario escaso y más bien tosco.

En las semanas que siguieron a esa fiesta Hal pasó muchas horas con Torre. El viejo Rey era un auténtico manantial de historia y todo tipo de conocimientos antiguos, pero no era sólo su erudición lo que hacía que Hal se sintiera atraído hacia él. Lo que más le hacía desear su compañía era el amor que el Rey le profesaba, el amor de aquel padre que no había conocido nunca. Torre adoraba a su nieto, y Hal sentía hacia él el profundo amor de un niño. Alan les observaba con una sonrisa de ternura. Todo el mal humor se había desvanecido de su alma y se maravillaba ante el cambio producido en Torre. Desde la llegada de Hal, el viejo Rey parecía haber rejuvenecido varios años. Caminaba con paso firme, sin necesidad de que le ayudaran; sus manos ya no temblaban y su voz era clara y fuerte. Torre, que no otorgaba fácilmente el don de su amistad, trataba a Alan distinguiéndole como el más querido de sus amigos, yendo mucho más allá de la cortesía requerida en un anfitrión. Alan sentía que eso era un gran honor, y le alegraba la felicidad de Hal. Pero ni tan siquiera Alan sabía con qué frecuencia pensaba Hal en Celydon.

Llegó el invierno. Las montañas se cubrieron con espesas capas de nieve y el aire se hizo gélido y mordiente. Torre salía a menudo, pese al frío, para ayudar a Hal y Alan con los caballos; le encantaba mirar cómo galopaba Arundel. Pero un día en que hacía mucho frío, Hal no acudió al patio de ejercicios. Alan, preocupado, fue a ver a Torre. Le explicó que Hal estaba en la muralla, mirando hacia el este como sumido en una especie de trance, sin hacer caso a quienes le decían que no era razonable estar allí con semejante frío. Torre no se dejó impresionar por aquello.

—Por todas las Madres... Pues entonces vayamos a reunimos con él —dijo.

Subieron por los peldaños cubiertos de escarcha. Hal estaba contemplando las grises extensiones invernales de Welas.

—Hal, ¿qué pasa? —le preguntó Torre. Cuando pronunció el nombre su voz pareció acariciarlo.

Hal no respondió y Alan y Torre se colocaron junto a él, dispuestos a esperar. Hal apenas si parecía darse cuenta de su presencia. Pasados unos momentos, las palabras salieron bruscamente de sus labios, pero los dos tuvieron la impresión de que no hablaba en respuesta a su pregunta anterior.

—¡Rosemary! —exclamó Hal—. ¡Está en peligro!

—¿Dónde? ¿Qué clase de peligro? —le preguntó Alan, pero una vez más, Hal no pareció darse cuenta de que le hablaba. Su rostro estaba muy tenso.

—¡Los lobos! —dijo un instante después—. ¿Por qué no ve a los lobos? Asfala sí los ve... ¿En qué puede estar pensando Pelys para permitir que cabalgue sola?

—Está pensando en ti —murmuró Alan.

—Ya huye —dijo Hal con inmenso alivio—. Pero, ¿por qué va hacia el Bosque, por qué se mete entre los árboles? ¡Un caballo no puede dejar atrás a los lobos entre los árboles! —Su cuerpo volvió a tensarse y se mordió el labio en una mueca de consternación—. Asfala es pequeña, puede esquivar los troncos, pero tiene las patas cortas y la nieve es muy honda... ¿Por qué ha seguido ese camino? —Hal jadeaba; era Asfala, y los lobos, y Rosemary, inclinada sobre el cuello de la yegua. Torre y Alan tuvieron la impresión de que la persecución duraba horas enteras. Aguardaron en silencio, con todos los músculos tensos—. ¡Un refugio! —gritó Hal—. Un refugio, un..., un claro sagrado... —Su voz murió y su rostro se llenó de asombro. Sus hombros se encorvaron y todo su cuerpo pareció aflojarse de puro éxtasis—. Claro, iba hacia allí —murmuró—. Es su hogar, el sitio donde ha nacido, el sitio que nunca ha visto... ¿Fueron los lobos quienes la llevaron hacia allí, o fue ella quien los guió? —Su voz se convirtió en un murmullo; Alan y Torre apenas si podían oírle—. La dama ha llevado su montura al círculo de los serbales. Los lobos no pueden seguirla, pues ella es dueña de todo este lugar, es su esencia... Los lobos empiezan a dar vueltas siguiendo la danza sagrada. Ahora vienen Ket y sus hombres, con garrotes y arcos, dispuestos a expulsarlos de aquí. Los lobos escapan y los hombres de Ket se quedan boquiabiertos de asombro; ellos tampoco pueden entrar al círculo del Serbal. Pero después de un tiempo la dama sale del círculo y se une a ellos. —Hal hablaba como en sueños, igual que si estuviera entonando un cántico, un mero espectador que había perdido la conciencia de sí mismo—. Ket le pregunta su nombre, aunque ya lo sabe, y ella le responde: Rosemary, hija de Rowana de Celydon. Estando en este lugar sabe que es digna hija de su madre. Ket se arrodilla a sus pies. La ama. Casi llora de amor; la amará hasta que muera. Pero la dama es mía; él lo sabe. Es la Dama y yo soy el Rey.

—Así es —dijo Alan en voz muy baja, recordando un sueño que había olvidado, un sueño que había visto en el telar de una anciana— . Así es. La Dama de Todos los Árboles mora en el Bosque de Celydon.

Hal se volvió hacia él, saliendo bruscamente de su trance, temblando ante sus propias palabras, aterrorizado.

—Alan, en nombre de Aene... ¿Qué he dicho?

—La verdad. —Alan le abrazó.

—¡Me he llamado Rey! —murmuró Hal con el rostro color gris ceniza.

—Es la pura y simple verdad, Mireldeyn —le dijo Alan con una leve ironía en su voz—. No pienses más en ello.

—Espero que a la muchacha no le ocurra nada —dijo Torre, aún sorprendido por lo que había visto.

—No le ocurrirá nada. Ket la acompañará a su casa. —Hal se volvió hacia el viejo Rey con el rostro lleno de remordimientos—. Abuelo, ¿estabas aquí cuando he dicho todas esas tonterías?

—No he oído ninguna tontería —replicó Torre—, y aún no soy tan viejo como para no poder resistir el frío durante un rato. Además, la profecía ya había dicho que la Dama del Bosque debe casarse con el Rey, porque el Bosque es el alma de Isla y el Rey es su

corazón. Pero, ¿cuáles son los ritos de esta Dama? ¿Qué debe hacer?

—No debe hacer nada; le basta con existir. —Hal dio la impresión de hablar casi involuntariamente—. Vive, tal y como vive el Bosque.

—¿Por qué no nos lo dijo, por qué no nos mostró quién era? —murmuró Alan—. ¡Qué ciegos estábamos entonces, Hal!

—¡Ni ella misma lo sabe, Alan! Su naturaleza tiende más al ser que al conocer. Es el árbol que da fruto y el gamo de piel moteada. —Hal meneó la cabeza, luchando por contener las lágrimas—. ¡Que el poder de Aene la acompañe! El conocimiento sólo sirve para causar dolor.

—Vayamos al fuego —dijo Torre con un gruñido.

Hal necesitó unos cuantos días para librarse del letargo en que le había sumido su trance, y durante varias noches recorrió inquieto los pasillos, temiendo dormir por lo que pudiesen traerle los sueños. Odiaba la idea de que algún día Ket pudiera arrodillarse ante él... Pero el cálido amor de Torre acabó haciéndole olvidar sus miedos más de prisa de lo que jamás habría creído posible. Al caer la noche tomaba asiento ante la chimenea y cantaba para el anciano.

Los tranquilos meses de invierno pasaron lentamente para Hal y Alan, aunque eran felices en aquel lugar. En el año que tenían por delante había muchas tareas que llevar a cabo y anhelaban emprender nuevamente el camino. Si el médico de Iscovar estaba en lo cierto, éste sería el último año en que podían prepararse para la guerra que había de venir. Hal estuvo dándole vueltas a esa idea durante casi un mes, hasta que un día olió la primavera en el gélido aire de la montaña.

—La nieve se está derritiendo y las llanuras ya están cubiertas de hierba aunque los barrancos sigan de color blanco —dijo—. Ha llegado el momento de que nos marchemos.

Cuando estaban recogiendo sus cosas recibieron la visita de Torre.

—¿Cómo se os ocurre viajar sin escudos, cascos o cotas de malla? —les riñó—. Sois dos grandes guerreros, cierto, pero me asombra que todavía no os hayan matado.

—Siempre hemos intentado rehuir el combate —le explicó Hal—. Si lo deseamos podemos aparentar que somos vagabundos o campesinos, aunque lo cierto es que muy a menudo no tuvimos más elección que fingir.

Torre meneó la cabeza.

—Puede que hace dos años os resultara posible hacer eso, pero ahora nadie os tomaría por dos muchachos salidos de una granja. —Observó sus poderosos hombros y la anchura de sus pechos, fijándose en lo decidido de sus movimientos y la firmeza de sus miradas—. Sois guerreros, y jefes de guerreros: no hay forma de ocultar eso.

—Quizá tengáis razón —dijo Hal, bromeando—. Pero ¿qué podemos hacer al respecto?

—Hemos traído unos regalos —dijo una voz desde el umbral. Los dos compañeros se volvieron hacia él, sorprendidos al ver a Galin, pero el Rey sonrió. Galin, como siempre, había hablado con voz sombría. Pero Alan creyó ver un detalle de emoción en sus ojos negros.

Por el pasillo se aproximaba una procesión de sirvientes que les traían a Hal y Alan todo el equipo necesario para el combate. En primer lugar, Galin y Torre les ofrecieron unas finas cotas de malla, ligeras pero muy fuertes, hechas con el mejor metal de la montaña.

Después les dieron unos cascos con un protector metálico para la nariz, mucho más ligeros y menos calurosos que los cascos que cubrían toda la cabeza, y que además podían ser guardados en las alforjas hasta que fuera necesario utilizarlos. Las cotas de malla eran tan finas que se las podía llevar debajo del jubón, si es que Hal y Alan deseaban ocultarlas.

Y, por último, Torre y Galin les regalaron a los dos camaradas unos escudos. También eran ligeros pero resistentes, y bastante pequeños, con lo que no les impedirían moverse libremente. Su forma era delicada y grácil, con la punta no demasiado larga y un poco redondeada. En el centro de cada uno había un sol semicircular, como el del saco para guardar el plinset, o como el emblema de la corona de Verán que había en el corazón verde de la Piedra Élfica. El escudo y el casco de Hal eran de un gris plateado, igual que su espada y su corcel. Los de Alan estaban hechos del mismo metal pero se les había recubierto con una capa que los hacía relucir con un brillo dorado como el sol.

Los dos compañeros pronto se dieron cuenta de que les resultaría imposible expresar el agradecimiento que sentían. Sabían que Torre comprendía sus emociones y bajo el endurecido semblante de Galin percibieron tanto su amor como su reluctancia a mostrarlo, por lo que ensillaron sus monturas en silencio, colocaron sobre ellas tanto arreos como mantas, y se prepararon para marchar.

—Os echaré de menos a los dos —dijo el Rey Torre.

Se mantenía muy erguido y en sus ojos brillaba la esperanza de un nuevo amanecer. Cuando bajaron por la cañada se volvieron a mirarle y el centelleo de sus ojos oscuros, lo apretados que estaban sus labios delgados y la nevada blancura de su cabellera revuelta por el viento frío le hacían parecer un ave de presa dispuesta a lanzarse sobre sus enemigos, tan veloz como letal. Como despedida, el Rey Torre alzó hacia ellos el puño, apretado en señal de guerra.

Galin cabalgó con los hermanos hasta la primera línea de las fortificaciones. Desde los riscos podían ver las llanuras perdiéndose entre la calina. Hal tenía razón; en la tierra ya empezaban a surgir los primeros retazos de verdor.

—Adiós —se limitó a decir Galin cuando los dos compañeros se volvieron hacia él y, siguiendo un impulso repentino, añadió—: Hal, Alan, nunca os he dicho que...

—Lo sabemos —le aseguró Hal, sonriendo ante el amor que había en aquellos ojos oscuros como un cielo tormentoso.

—Id con todas mis bendiciones —dijo él.

Dejaron las montañas a su espalda y cabalgaron hacia las llanuras, el dominio de Iscovar. Galin les vio marchar. El emblema que llevaban en sus escudos le preocupaba... ¿Era acaso el sol naciente de un nuevo amanecer para su tierra y su pueblo, o era el ocaso definitivo de su luz? En los ojos de Hal había un misterio que no entendía, pero que provocaba en su alma tanto miedo como esperanza. Sabía que en Hal había algo que le hacía superior a los hombres, más grande incluso que las leyendas... pero incluso un hombre-elfo podía morir. Galin inclinó su cabeza con la dificultad de quienes son muy orgullosos y suplicó a las Madres que salvaran a su pariente de todo mal.

Libro cuarto

La torre oscura

1

Hal y Alan fueron en línea recta hacia Nemeton, pues necesitaban saber cuál era la situación en el castillo antes de establecer sus planes definitivos. Hal tenía la esperanza de que su vieja nodriza siguiera con vida.

—Siempre fue inteligente y había un núcleo de dureza incluso en su ternura —gruñó, intentando calmar la preocupación que sentía—. Con todo, me gustaría saber qué ha sido de ella después de que mataran a Rhys.

Dado que les era preciso viajar cruzando el corazón de las llanuras, decidieron que lo mejor sería no ocultarse y se prepararon para cualquier posible combate llevando sus tintineantes cotas de malla, los cascos puestos y los escudos bien cerca de la mano. Creían que en esta tierra de señores pequeños pero orgullosos nadie les prestaría demasiada atención. Pero se equivocaban. Los campesinos les contemplaban boquiabiertos desde sus campos y en una ocasión una anciana corrió hacia ellos y les cogió las manos.

—¡Alabadas sean las Madres por haberme permitido vivir y presenciar este día! —exclamó, y les besó las manos echándose a llorar.

Hal y Alan no supieron qué pensar de aquello. En otra ocasión, para sorpresa e incomodidad suya, un grupo de campesinos se arrodilló en el suelo al verles pasar.

—¿Por qué os arrodilláis? —les preguntó Hal.

—Porque eres el Rey —le respondió con voz ronca uno de ellos—, el rey que ha venido a librarnos de todos los opresores. ¡Demos gracias a todos los dioses!

—Pero, ¿cómo podéis saberlo? —exclamó Hal.

—Gracias a la vieja canción, mis señores... —balbuceó el campesino, y recitó los versos siguientes:

Crepúsculo de plata, amanecer de oro, haz que el demonio se marche de Isla.

Corcel de plata, bayo dorado, traedle a Welas un día más claro.

Los dos compañeros que de Cair Indel vienen Reyes de Isla serán.

Hal miró a su hermano de sangre y le sonrió con muy poca alegría. —Creo que Torre debería habernos advertido de esto.

—¡Sí, ya sabía muy bien lo que ocurriría! —dijo Alan.

Los señores de las llanuras también se dieron cuenta de su presencia. En varias ocasiones tuvieron que dejar atrás a grupos de hombres armados y en dos de ellas tuvieron que abrirse paso luchando. Su nuevo equipo les permitió salir bien librados, pues ninguno de los dos recibió herida alguna, y por eso lo llevaron puesto al vadear el Río Resplandeciente, lo llevaron mientras luchaban, escapaban y se abrían paso valerosamente a través de Isla y siguieron llevándolo a principios del verano, cuando entraron en la parte sur del Bosque.

En lo profundo de su verde vientre, cabalgaron por un pasillo cubierto de hojas apenas lo bastante ancho para que sus monturas lo recorriesen una al lado de la otra. De

repente, Hal se detuvo, sin que Alan pudiera ver razón alguna para ello, y le indicó con una seña que se parase también. Hal estuvo escuchando con mucha atención durante unos instantes y en sus labios fue naciendo una sonrisa. De su boca brotó un trino agudo.

Un hombre se dejó caer de un árbol al centro del camino, a poca distancia de ellos, con una flecha preparada en el arco. Un instante después, otros proscritos se dejaron caer a ambos lados del camino hasta que tuvieron delante a una docena de ellos, listos para combatir. El que había aparecido en primer lugar, un hombre moreno de mediana edad, frunció el ceño con una mueca de consternación. La sonrisa de Hal se hizo todavía más amplia pese a que sus ojos estaban empezando a humedecerse.

—Trigg —le dijo—, ¿no me reconoces?

La mandíbula del hombre se aflojó a causa de la sorpresa y su arco cayó ruidosamente al suelo. Un instante después, Hal había desmontado de Arundel y los dos amigos estaban abrazándose y dándose palmadas en la espalda. Trigg tenía las mejillas mojadas por el llanto.

—¡Querido Hal! —dijo con voz ronca—. ¡Quién lo hubiera pensado! —Admito que no pudieras reconocerme —le dijo Hal bromeando—,

¡pero pensaba que al menos reconocerías a Arundel!

—Los dos habéis crecido —se maravilló Trigg—, pero eres tú quien más ha cambiado. Un gran caballero, con cota de malla y todo, con los músculos de uno de esos... ¿Cómo los llaman? ¡Matadores de dragones! Bueno, ya sabes, cuando te vi por última vez no eras más que un muchacho, aunque incluso entonces eras ya bastante fuerte...

—¡Venga, Trigg, no hagas que me sonroje! —protestó Hal, riendo—. Éste es Alan, mi hermano de sangre.

Trigg estrechó su mano y sus ojos examinaron el rostro de Alan con una atención y una intensidad extrañas en quien, a primera vista, parecía un campesino de reacciones algo lentas.

—Jamás habría creído que pudiera haber más de uno... —murmuró.

—Y no lo hay —respondió Alan—. Tú eres quien le dio su espada a Hal, ¿verdad? ¿Dónde la encontraste?

—Oh, no tuve que hacer ninguna gran hazaña para conseguirla. —Trigg se encogió de hombros—. Un trovador me la cambió por algo de comida, diciendo que a él no le servía de nada... Me pareció que era una espada muy bonita, y se la cambié.

—Lo es, ciertamente.

Hal alzó en sus manos el reluciente acero.

—Hal no la cambiaría ni por el cetro de un rey —dijo Alan, y los ojos de Trigg chispearon de placer.

Después les llevó hasta el campamento principal de los proscritos, donde encontraron a Craig el Ceñudo sentado a la entrada de su cabaña, contemplando aparentemente cómo crecían los árboles. Era un hombre de rostro enjuto que parecía haber sido tallado con un hacha, curtido por la intemperie y los enemigos. Sus ojos eran tan agudos como el pedernal, pero en ellos ardía una viva luz de inteligencia. Craig saludó a Hal sin demasiado entusiasmo, pero Alan percibió su placer, oculto igual que una cálida hoguera bajo la máscara de su rostro.

Hal y Alan se quedaron tres días en el campamento, pasando la mayor parte de su tiempo en largas conversaciones con Craig, enterándose de lo ocurrido en los dos últimos años, haciendo planes y estableciendo un sistema de señales. Alan no tardo en descubrir que si no tenía alguna razón que le impulsara a obrar de otro modo, Craig era tan callado e impenetrable como una ostra. Cuando decidía dar órdenes, sus hombres le obedecían sin rechistar. Alan se alegraba de tenerlo de su parte.

—Desde que nos dejaste he oído hablar de ti algunas veces, Hal —observó al tercer día de su estancia. En las comisuras de sus delgados labios se pudo notar el atisbo de una sonrisa cuando se dio cuenta de cómo les sorprendían sus palabras—. Tuvimos noticias del campamento de Ket gracias a los caminos del bosque, y así me enteré de que habías hallado un amigo en la persona de Alan. Después llegaron rumores de que Gar de Agua Blanca ofrecía una sustanciosa recompensa por un par de bribones tan osados que supe que sólo podíais ser vosotros dos. Los caminos del Bosque volvieron a traerme noticias desde los campamentos de los gitanos. Pero después de eso todo se volvió confuso. De todas las direcciones posibles me llegaban rumores sobre dos jóvenes que parecían nobles e iban pobremente vestidos, pero a caballo y armados con espadas y con el conocimiento necesario para usarlas... Dos jóvenes que luchaban contra los esbirros de los ricos opresores en bien de la gente sencilla. Oí contar historias sobre su bondad, sobre hierbas que curaban los males y carne regalada para devolver las fuerzas. Y en los últimos tiempos se decía en susurros que el Rey había vuelto, un Rey que la misma Piedra que Habla habría querido anunciar antes de agrietarse hace muchas eras, antes de que los invasores la destruyeran...

—Pero entonces, ¿quién le ha proclamado ahora? —preguntó Alan. Hal parecía demasiado atónito para hablar.

—¡Pues vuestros escudos, naturalmente! A decir verdad, todo lo que se ve en vosotros lo proclama... — Craig se permitió la sombra de una sonrisa—. Hay muchas viejas canciones e historias y todas ellas hablan sobre un sol que nace y un sol que se pone, de plata y de oro, y de otros muchos presagios. Los campesinos canturrean las melodías que hace tan sólo un año creían adecuadas para los juegos infantiles, y cada vez que se os ve, la noticia se difunde igual que un incendio en la pradera. Por toda Isla se dice que habéis viajado sin miedo, como dos leyendas vivientes, y que por donde vais los opresores se ven derrotados y las bendiciones llueven sobre los pobres. Así pues —concluyó Craig—, no os resultará difícil comprender que no me sorprendiera mucho vuestra llegada.

—¡Todo eso son tonterías! —balbuceó Hal—. Dejamos Welas hace tan sólo dos meses y no hemos viajado a ninguna parte salvo hasta aquí. En una ocasión ayudamos a una muchacha que tenía problemas con su vaca y en otra ocasión salvamos a un pobre hombre de que le azotaran porque pasábamos por allí... Y también estuvo ese niño enfermo cerca del Camino Occidental, y esa choza en llamas de Lee; allí tuvimos que luchar con unos cuantos hombres del señor local. Pero eso fue todo. No somos leyendas; sólo hombres intentando cumplir con nuestro deber.

—Son hombres así los que crean las leyendas —le respondió Craig con voz grave—. Y creo que no todo lo que se dice son tonterías.

Sus ojos recorrieron lentamente la figura de los dos compañeros.

—Craig, no llevo este escudo con el propósito de convertirme en leyenda —le dijo Hal secamente—. Me lo regalaron.

—Tal y como pensaba —afirmó Craig.

Una anciana avanzaba tambaleándose por un sendero del Bosque, sus ojos vidriosos y ausentes, su boca medio abierta en una fláccida mueca. Temía a los proscritos y por esa razón caminaba tan rápido como se lo permitían sus torpes pies. Pero cuando un corcel dorado surgió de la espesura para interponerse en su camino no hizo nada salvo emitir un jadeo de sorpresa. Sus ojos fueron subiendo de los cascos del caballo a un escudo en el que había dibujado un sol, llegando después a unos ojos azules y un casco dorado. Los ojos estaban llenos de bondad y le recordaron otros ojos que había conocido en el pasado. Sin decir palabra, dejó que Alan la subiera a su silla de montar y la llevara a través de la muralla formada por las hojas del Bosque. Llegaron a un claro dominado por un gigantesco abeto plateado en el centro del cual había un caballo gris plata que mordisqueaba la hierba junto a un hombre de ojos grises. Hal esperaba a la querida nodriza de su infancia, anhelando darle la bienvenida.

—¡Oh, Halsey! ¡Oh, mi pobre principito! —dijo ella sollozando, mientras rodeaba con sus brazos los anchos hombros de aquel guerrero; la cabeza de la anciana apenas si le llegaba al pecho. Alan no pudo evitar una sonrisa. Pero cuando Hal se inclinó para besarla tampoco pudo evitar el tragar saliva, emocionado.

—Nana, qué extraño azar te ha hecho venir hacia nosotros... —dijo Hal, maravillado—. Ha sido una casualidad el que te viéramos.

—Extraño azar, cierto —dijo ella limpiándose la cara—, pues hace muchos años que no salgo de Nemeton. He ido a visitar a mi primo... Pero no creo que sea ése el tipo de noticias que necesitas conocer, ¿verdad?

—Tus palabras están llenas de sentido, como siempre. —Hal la ayudó a sentarse en el suelo—. Descansa un poco, Nana. Come con nosotros y cuéntame lo que debo saber. ¿Qué tal anda la salud del Rey?

—Es un hombre muy enfermo, aunque logra ofrecer una falsa apariencia de salud a quienes le ven. Creo que no durará mucho más de un año.

Siguió hablando, contándole a Hal cómo andaban las cosas por la corte. Alan se quedó muy sorprendido ante el brusco cambio que se produjo en sus maneras. Ahora sus ojos estaban despejados y llenos de vivacidad, sus palabras fluían con rapidez e inteligencia, y sus gestos eran seguros y decididos. Poco después empezó a comprender que su temblorosa estupidez no era sino un disfraz protector. De lo contrarío, ¿cómo habría podido sobrevivir tanto tiempo en aquella corte hostil, ella que había sido la antigua favorita de la Reina? Su repulsiva senilidad la volvía libre de toda sospecha. Iba a todas partes y lo veía todo, pero ninguno de los grandes señores de la corte se fijaba en ello ni le daba importancia.

—Durante estos tres largos años he intentado enterarme de cuanto pudiese —les explicó—, y siempre he querido saber qué fue de ti, pequeño mío. Pero nunca logré dar con ninguna pista de tu paradero, y ya no sabía qué pensar.

—Sabía que estarías apenada por mí, Nana, y que intentarías hallarme como fuera —le dijo Hal con voz dolorida—. Y ahora debo pedirte que hagas algo por mí, algo duro y peligroso.

—¡Estoy dispuesta! Desde que te he visto mi corazón ha vuelto a ser tan ligero y fuerte como el de una muchacha.

—Entonces, te pido que me hagas saber el estado de salud del Rey a cada mes que pase.

Cuando empiece a guardar cama deberé ir a Nemeton. Pero ¿cómo podemos conseguirlo?

Nana estuvo pensando en silencio durante un rato.

—No puedo hacerlo en persona —dijo por fin—. Salir del castillo con tal frecuencia sería invitar a que sospecharan de mí... Pero hay otras personas que te recuerdan. Creo que Tod, el encargado de los sabuesos, podrá sernos de utilidad. Cada quince días o cada mes, como mucho, lleva los perros al páramo para que corran, jueguen y ejerciten sus músculos.

—Eso nos iría muy bien —dijo Hal—. Adviértele de que no debe esperar verme directamente, sino que se encontrará con un mensajero mío. Tiene que llevar en el sombrero una pluma de codorniz, y el mensajero llevará un arco y flechas con plumas de esa misma ave.

Cuando hubieron terminado de comer, Hal hizo por fin la pregunta que le había estado atormentando.

—Nana, la Torre Oscura... ¿sigue tan llena como siempre?

—Son muchos los pobres desgraciados que han conocido el infortunio de hacer que Iscovar se fijara en ellos —replicó Nana—. El mismo día en que me fui, llegó del norte un señor demasiado osado que venía a pagar su tributo, y le suplicó al rey que acabara con ese ladrón, Arrok de Rodsen. Y mis pobres ojos vieron cuál fue la respuesta del Rey: le hizo prisionero, junto a su hijo y a todo su séquito, y los encerró en la Torre, y allí se quedarán hasta que le pase por la cabeza liberarles, torturarles o matarles. No había razón alguna para hacerlo, no, ninguna, sólo un capricho cruel y la excusa del Hijo Sagrado...

—¿Quién era ese señor? —preguntó Hal. Su rostro estaba muy pálido.

—Tenía uno de esos extraños nombres del norte... Ror... Roran, de la ciudad de Firth.

Se despidieron de la vieja nodriza y la dejaron en un punto lo bastante alejado de donde la habían recogido como para compensar el tiempo que había perdido.

—Vuelve a ponerte tu cara de costumbre, Nana —le recordó Hal mientras la besaba, y cuando Alan se volvió a mirar, la nodriza se había convertido de nuevo en una anciana de paso torpe y mirada vacía.

Los dos compañeros partieron al galope hacia el Bosque. Al caer la noche ya estaban con Craig el Ceñudo, y Hal le informó de que, sin importarle los riesgos, tenía la intención de liberar a Roran y sus hombres de la Torre.

—¡Estás loco, Hal, loco! —le dijo Craig con más emoción de la que Alan jamás habría creído posible en sus palabras—. Es imposible que triunfes. Incluso si logras huir vivo, los hombres del rey te perseguirán igual que avispas enfurecidas. Piénsalo bien; no serás tú sólo quien corra el riesgo. Eres la única esperanza de todos los pobres e infelices de esta tierra. ¿Quieres hacer que sufran otra larga era de miserias por salvar a quien ya está perdido? ¡Piensa en todo lo que está en juego!

—Si pensara en todo eso —le contestó Hal quedamente—, ni tan siquiera me levantaría de la cama por las mañanas, y ésa es la razón de que no haga caso de lo que está en juego y obre cumpliendo con mis deberes de hombre. Craig, lo conseguiré y los hombres del rey no sabrán ni por donde empezar a buscarme. ¡Temes demasiado por mí! Conozco secretos que incluso tú ignoras y tengo poderes que no has visto.

Craig meneó la cabeza, preocupado, y se preparó a seguir discutiendo con él, pero Hal le hizo callar con un relámpago de sus grises ojos.

—¡No hay tiempo para hablar! Limítate a hacer que tus hombres se mantengan alerta para ayudar a cualquier pobre desgraciado que aparezca en estos lugares.

Craig se quedó paralizado ante la gélida intensidad de aquella mirada. Por un instante lo vio todo negro y tuvo que frotarse los ojos con la manga. Cuando alzó la mirada, Hal ya había desmontado de su caballo y le estaba agarrando de los hombros con una expresión preocupada en el rostro. Por primera vez, Craig se dio cuenta de que Hal tenía que encorvarse un poco para mirarle a los ojos.

—Craig, ¿te encuentras bien? —le preguntó Hal—. Lo siento, pero quizá ahora lo comprendas.

Craig alargó la mano y sus dedos tocaron el brazo de Hal, como para asegurarse de que era real.

—Así que éste es el poder del Rey... —murmuró con una sombra de temor en su voz.

Trigg había guardado silencio durante toda esta extraña escena, comprendiendo muy poco de ella salvo que Hal iba a correr un gran peligro.

—Jefe —dijo por fin—, déjame ir con ellos.

—No tienes caballo —dijo Craig.

—Ya le conseguiremos uno —dijo Hal—. Craig, si puedes prescindir de él durante unos cuantos días, me alegraría mucho contar con su ayuda.

—Hal —le dijo Craig con una expresión dubitativa en el rostro—, ¿acaso tienes algún plan?

—¡Por supuesto que tengo un plan! ¿Piensas que sería capaz de llevar a Trigg a una muerte segura si no lo tuviera? Dentro de una semana volverá a estar contigo.

—Sí, después de todo me consolará bastante saber que os acompaña para cuidar de vosotros en esta loca aventura. De acuerdo, iros todos, y que mi bendición os acompañe.

Se dio la vuelta y se alejó hacia el Bosque.

2

Tomaron prestadas unas cuantas cosas de los almacenes de Craig: una linterna, vendajes y mantas extra. Después, con Trigg montado en Arundel a la espalda de Hal, cabalgaron a través de la noche. Al amanecer ya habían llegado al extremo sur del Bosque y vadeaban el Río Negro. Ante ellos se extendían los páramos, las vacías tierras altas cubiertas de una vegetación rala que Iscovar reservaba para diversión de los sabuesos reales y los cazadores. Aunque en toda la extensión que divisaban sus ojos no había movimiento alguno, decidieron acampar durante el resto de ese día junto a los confines del Bosque y montaron turnos de vigilancia.

A finales de la tarde levantaron su campamento y abandonaron el refugio del Bosque. Cuando llegaron a las pequeñas aldeas que había más allá de los páramos ya había oscurecido y les fue posible respirar con mayor tranquilidad. Viajaron rápidamente pero en silencio, siguiendo las sendas del campo bajo la débil luz de las estrellas y la luna creciente. Buscaron refugio con los primeros resplandores del alba y el día les halló ocultos en una pequeña arboleda. Por el camino, no muy lejos de ellos, pasaban las patrullas del Rey. Hal y Alan tuvieron que hacer un esfuerzo de voluntad para descansar.

Reemprendieron la marcha con la llegada de la oscuridad, avanzando silenciosamente a través de la noche tenebrosa. El tiempo transcurría con lentitud y de mala gana, igual que un arroyo de corriente perezosa y turbia. Los tres viajeros ya casi habían perdido la esperanza de que amaneciera cuando Trigg lanzó un ahogado jadeo de sorpresa y Hal alzó la mano indicando un alto. Ante ellos, no demasiado lejos, las negras siluetas de torres y murallas se alzaban contra un cielo grisáceo.

—¡Nemeton! —murmuró Hal.

Contemplaron sus muros con una mezcla de temor y alivio. Nemeton se agazapaba igual que un sapo, una masa oscura caída sobre la llanura. Los murciélagos volaban ominosamente sobre la ciudad, dirigiéndose hacia un macizo de árboles que rodeaban un promontorio rocoso.

—Ahí está el final de nuestro viaje.

Hal señaló con la mano hacia el refugio ofrecido por el bosquecillo y les llevó rápidamente a él.

Se metieron por entre la arboleda y acamparon junto al promontorio rocoso. Justo delante de ellos, más allá de los árboles y el muro de la ciudad, se alzaba la Torre Oscura. Ya era de día, pero todos sentían sobre ellos la sombra proyectada por la presencia de la Torre. Trigg se ofreció a montar el primer turno de guardia pero Hal tenía otros planes.

—Hoy debemos dormir todos —dijo—. Estamos bien escondidos y Arundel es tan buen centinela como un hombre. —Le habló al corcel en la Antigua Lengua y Trigg se maravilló al ver cómo los ojos de Arundel se iluminaban respondiendo a sus palabras. Hal sonrió y se apartó del caballo—. Él puede reposar luego —observó—, y a nosotros nos espera una noche larga y ardua. Dormid bien.

Pero no durmieron bien y se despertaron aliviados de que la espera hubiese llegado a su fin.

—¿Por qué no viene nadie aquí? —preguntó Trigg mientras cenaban.

—La gente afirma que es un lugar encantado —respondió Hal. —Trigg se estremeció, pero Hal no pareció darse cuenta de ello—. Y en cierta forma, lo es. Cuando era joven, algunos chicos del castillo fueron a explorar esa caverna de la que salen los murciélagos. No tardaron en volver, corriendo y gritando, medio enloquecidos de miedo. Pero cuando se les preguntó qué les había asustado tanto fueron incapaces de contestar.

Alan le miró, comprendiendo a qué se refería.

—Hal —dijo, casi riñéndole—, ¿cómo puedes esperar que él sea capaz de resistir ese tipo de cosas? ¿Estarás a su lado para ayudarle?

—No. Tiene que permanecer aquí, junto a los caballos. Pero sería capaz de poner la mano en el fuego por Trigg —le respondió Hal—. Tiene un gran corazón y su fidelidad llega allí donde su entendimiento es incapaz de ir.

—¿Resistir el qué? —preguntó Trigg, aún tembloroso.

—Lo que te he explicado sólo puede significar una cosa. La caverna de los murciélagos debe llevar a las catacumbas, los osarios que hay bajo la Torre. Alan y yo entraremos en ella siguiendo ese camino.

—He luchado contra muchos hombres —jadeó Trigg como protesta—, ¡pero nunca he combatido con espíritus!

Hal le puso la mano en el hombro para tranquilizarle y sus ojos buscaron su mirada, tan sincera como asustada.

—Escúchame bien —le dijo con dulzura—, y olvida todas esas falsas historias que te han contado quienes no tienen nada mejor que hacer para pasar el tiempo. Si has de luchar esta noche, te aseguro que será contra hombres, pues sólo ellos podrán hacerte daño. Pese a ello, el combate que deberás librar será contra tu propio miedo.

—Te escucho —murmuró Trigg.

—Cuando Alan y yo hayamos encontrado a nuestros amigos tendremos que invocar a los espíritus para librarnos de los centinelas. Es probable que veas a hombres armados corriendo de un lado para otro, y quizá les oigas gritar. Si te mantienes firme descubrirás que huyen sin razón alguna, y que no hay nada que les persiga salvo el mal de sus corazones, reflejado y devuelto a ellos bajo la forma de lo desconocido.

Trigg clavó la mirada durante unos instantes en los ojos grises de Hal, y una semilla de sabiduría echó raíces en la sana tierra de su alma, honrada y buena.

—Creo que te comprendo —musitó.

—Bien. Cuando esta noche haya tocado a su fin, podrás decir que eres uno de los matadores de dragones, los auténticos héroes de Isla.

Trigg se rió.

—¡Bah! —dijo, pero abrió mucho los ojos al ver que Hal no estaba bromeando.

Al caer la noche, los murciélagos empezaron a brotar de la grieta abierta de la roca. Alan y Hal tomaron linternas, pan y vendas.

—Ten preparados los caballos, Trigg —le dijo Hal—. Si triunfamos tendremos que marcharnos rápidamente antes de que el pánico se calme. Si algún hombre del rey aparece por aquí, apártate de su camino siempre que te sea posible; si es necesario, protege tu vida y la de los caballos. Y recuerda una cosa: el miedo no es más que

miedo... y por sí solo no puede hacerte daño alguno. Adiós.

—Id con mis bendiciones —susurró Trigg.

La caverna de los murciélagos estaba sumida en tinieblas y en ella reinaba una terrible pestilencia. Nada más entrar, Hal habló en un susurro con los murciélagos que aún permanecían en la cueva: *«Éste selle, bissel arledas, al donn tha ne riste».* («Calma, hermanitos, que no pretendemos haceros ningún daño.») Al oírle las pequeñas criaturas se quedaron tranquilas y no hicieron ruido alguno aparte de sus habituales murmullos y roces. Pero Hal y Alan no osaron correr el riesgo de encender su linterna, pues quizá hubiera ojos que pudieran verles desde la Torre, y sus dedos fueron cubriéndose de suciedad y fango al tener que abrirse camino tanteando a ciegas. Sus pies resbalaban por aquel suelo agreste cubierto de excrementos y cada paso era un chapoteo.

Después de lo que pareció una eternidad, encendieron cautelosamente su linterna. Ahora podían moverse con más facilidad, pero Alan se sintió repugnado al ver que el suelo era una enorme masa de gusanos e insectos que se alimentaban de los excrementos de los murciélagos. Aquel espectáculo le revolvió el estómago y a partir de entonces intentó no mirar donde ponía los pies.

El dominio de los murciélagos terminó de repente y los dos camaradas dieron gracias al ver que entonces avanzaban sobre rocas limpias y húmedas. La caverna se estrechaba para convertirse en una cañada que iba descendiendo en un ángulo muy pronunciado hacia las entrañas de la tierra. Los dos compañeros se encontraron deslizándose por una tortuosa chimenea de roca, y unos instantes después Hal sintió cómo sus pies colgaban en el aire. Se descolgó cautelosamente y acabó dejándose caer al suelo sin hacer ruido alguno. Alan le siguió, más despacio. Aquellas angostas regiones subterráneas le parecían terribles y opresivas. Con un esfuerzo de voluntad se preparó para enfrentarse a la traicionera caverna que podía estarle esperando.

Aterrizó junto a Hal. Pero la linterna proyectaba su luz sobre un pasadizo con el techo curvado y Alan comprendió en seguida que se encontraban en un lugar que era obra del hombre y no de la naturaleza. La fisura por la que habían entrado era visible sobre sus cabezas bajo la forma de un agujero negro que Alan contempló asombrado.

—Todos estos lugares fueron excavados por los pueblos de la antigüedad —le explicó Hal—. Nadie sabe por qué lo hicieron. Quizá fueran minas, o refugios en épocas de saqueo. Mi antepasado Herne, maldito sea su nombre, tuvo la brillante idea de usarlas como la mazmorra más profunda de su despreciable Torre. Vamos.

Siguieron avanzando en silencio pero a buen paso hasta que llegaron a un montón de escombros que les impedía seguir. Una parte del túnel debía de haberse derrumbado en algún momento del pasado.

—¡Maldición! —murmuró Hal, hurgando entre los escombros y, unos instantes después, trepando temerariamente por encima de ellos. Cuando estuvo en lo alto del montón metió la cabeza por un agujero de negrura y se volvió hacia Alan, lleno de alegría—. ¡Alan, hay un paso, lo noto al tacto! ¡Trae la linterna!

Alan trepó cautelosamente por las resbaladizas piedras con la linterna.

—Hal —le preguntó en voz baja—, ¿es que nunca tienes miedo?

Hal giró en redondo y le miró, sorprendido, para acabar cogiéndole la mano. Estaba fría como el hielo. Mientras hablaba Hal se la fue frotando para calentarla.

—Pocas veces. Pero tú eres mucho más valiente que yo.

Alan se disponía a protestar con un confuso balbuceo cuando Hal siguió hablando, con tristeza pero sin compadecerse de sí mismo.

—Nunca he apreciado demasiado la vida. Pero tú, que tienes el corazón grande y sabes amarla, debes superar el miedo de perderla. Los viejos miedos, los que llegan hasta lo más hondo, el miedo a la oscuridad, a los abismos y a las alturas... apenas si los conozco, y se me hace difícil imaginar el coraje que precisas para superarlos.

—¿No puedes imaginar lo que sería quedarse atrapado en un agujero como ése? —le preguntó Alan con un hilo de voz.

—¡Pensando en la muerte y la catástrofe! ¡Vaya, Alan, eso no es nada propio de ti! —le dijo Hal con una sonrisa. Luego se puso serio—. ¿Realmente quieres volver?

—No —le respondió Alan con un gran esfuerzo—, hay que continuar, como siempre. Te seguiré.

La media hora siguiente hubiera podido ser la peor que había pasado Alan en toda su existencia, de no ser por las generosas palabras de Hal. Tuvieron que arrastrarse igual que gusanos por aquel minúsculo túnel, empujando todas sus cosas ante ellos. Algunas veces se quedaron atascados, y sólo empleando la fuerza lograron abrirse camino. Después de esos esfuerzos caía sobre ellos un diluvio de rocas que les dejaba el corazón helado de terror, convenciéndoles de que acabarían enterrados vivos. Cuando lograron llegar al final del túnel estuvieron a punto de precipitarse de cabeza por el montón de escombros, pero consiguieron bajar sanos y salvos y se sentaron en el suelo, jadeando durante unos momentos.

—¿Cuánto tiempo hemos estado ahí dentro? —suspiró Alan—. Me parece que han sido horas.

—Espero que no haya sido tanto —murmuró Hal—, pero desde luego, ya he tenido suficiente con eso. Será mejor que nos pongamos en marcha.

No habían recorrido mucho trecho, cuando Alan sintió la presencia de los espíritus de los muertos, aunque sólo como un peso incorpóreo suspendido en el aire. Después de unos cuantos pasos más, la tenue claridad de la linterna empezó a iluminar confusos montones de huesos humanos, muchos de ellos rotos, entre los que había jirones de ropa y cabellos. Pese a la oscuridad, los dos compañeros tuvieron la impresión de que aquel montón de míseros despojos era toda una montaña que llegaba hasta muy por encima de sus cabezas. Ésta era la obra de siete generaciones de opresión, miles y miles de muertos apilados unos sobre otros. El olor que desprendían casi les hizo desfallecer, pues era el olor de la muerte, de la carne en putrefacción y las criaturas que se alimentaban de ella. Hal y Alan fueron incapaces de mirarse a la cara.

—Vosotros, que habéis muerto en el dolor y el odio —les dijo Hal a los espíritus que aguardaban sus palabras—, sabed que no venimos aquí impulsados por el capricho, sino porque debemos hacerlo.

La atmósfera de aquel lugar silencioso se agitó como si en ella hubiera entrado una ráfaga de aire fresco. Los dos compañeros oyeron el rugido de una voz que parecía llegar de muy lejos:

—Os conocemos, Mireldeyn y Elwyndas, y hemos aguardado durante mucho tiempo vuestra llegada.

—Debemos pediros ayuda —siguió diciendo Hal—, o de lo contrario lo más probable

es que no sobrevivamos a esta noche.

—No importa donde vayáis: seréis el centro de nuestro círculo de amistad y a vuestro alrededor se alzará el anillo creado por nosotros y el Otro Mundo.

Mientras la voz pronunciaba estas palabras, Alan sintió cómo aquella atmósfera helada se cargaba de un dulce calor. Alzó la cabeza y tragó una profunda bocanada de aire; la pestilencia de la muerte ya no le daba miedo.

—Os lo agradecemos —dijo Hal—, pero esperad en este lugar hasta que os llame.

Un instante después, como si no se diera cuenta de lo que hacía, empezó a trepar por el montón de esqueletos. Alan le miró, boquiabierto y preocupado.

—¡Hal! ¿Tenemos que subir por ahí?

—Es el único modo de llegar a la puerta. —Pero Hal se quedó quieto un momento y aguzó el oído para percibir a los espíritus—. ¿No es así, amigos?

—El único camino —dijo aquella voz profunda y lejana—. Ve con nuestra bendición, Elwyndas. Nos enorgullece que nuestros cuerpos destrozados todavía puedan servir de algo.

—¿Os causará dolor?

—Ninguno.

—Entonces, os lo agradezco.

Subieron en silencio por aquella macabra ladera. La luz de su linterna caía algunas veces sobre la carne a medio pudrir de alguna víctima más reciente, o sobre las huidizas siluetas de las ratas y los insectos que se escabullían entre los despojos. Hal seguía avanzando, los ojos clavados en donde ponía los pies, intentando no preguntarse si encontrarían a Roran y a los demás en la cima de esa horrenda colina. Oyó a su espalda un jadeo ahogado y giró en redondo con el tiempo justo de salvar a su compañero de una caída. Alan se dejó caer de rodillas, tembloroso y tan blanco como los huesos que había bajo él. Del confuso montón de huesos sobresalía una mano esquelética y en su dedo color tiza había un anillo de plata con una piedra negra engarzada. Hal, sin decir palabra, vio cómo la temblorosa mano de Alan se alargaba hacia esos huesos, igual que si esperara tocar una carne viva y cálida.

—Padre —jadeó Alan, y sus ojos recorrieron la oscuridad que le rodeaba como buscando un rostro familiar. Hal se arrodilló junto a él y le cogió por los hombros.

—Alan —susurró—, aunque esté aquí no le harás ningún bien llamándole.

—Los muertos no pueden tener sitio alguno en las vidas de aquellos que dejan atrás —dijo la voz que hablaba desde la distancia del Otro Mundo—. El amante no hablará con su amada y el padre no hablará con el hijo, pero la Rueda seguirá girando para traer las estaciones. Así está escrito en el Libro.

Y Alan creyó oír lágrimas en la voz.

—Alan —le apremió Hal con dulzura—, piensa en los vivos... si es que aún viven.

Alan alzó la cabeza y apretó las mandíbulas durante un segundo, y su cuerpo dejó de temblar.

—¿Puedo llevarme el anillo? —preguntó al fin, con una voz que no lograba controlar del todo.

—Pertenece al hijo de quien lo llevó.

Alan quitó reverentemente el anillo de aquellos huesos y lo deslizó en su dedo. Después se puso en pie y los dos compañeros siguieron trepando sin mirar hacia atrás.

Unos tenues rayos de luz les guiaron hacia la puerta del osario, pero antes tuvieron que pasar entre montones de cadáveres recientes que Hal examinaba apresuradamente y de los que se acababa apartando con una expresión de alivio. Apagaron su linterna y la ocultaron entre el espantoso contenido de aquella recámara. Una vez en el umbral aguzaron el oído durante un instante. La puerta no estaba cerrada: ¿quién pensaría en impedirle la huida a los muertos? Al no oír ningún eco de pasos o voces al otro lado, Hal y Alan la abrieron.

El señor Roran yacía en la oscuridad de su celda. La ventana con barrotes que había sobre su cabeza le indicaba que era de noche, pero no dormía. Ya casi no podía pensar. Había perdido todo sentido del paso de los días, pues su cabeza estaba aturdida por el hambre. Por sus labios no había pasado nada más que pan mohoso y agua rancia. El primer día le habían dado un pedazo de carne podrida que ni un perro se habría comido y lo rechazó. Los centinelas se burlaron de él.

—La semana que viene estarás dispuesto a suplicar que te demos un trozo igual —dijeron entre carcajadas.

Tenían razón.

Desde entonces no le habían hecho el más mínimo caso. Cada día le arrojaban su mendrugo de pan y su magra ración de agua sin decirle una sola palabra. Pero ahora podía oír el sonido de una ronca risa aproximándose. La puerta de su celda se abrió con un crujido y un cuerpo fue arrojado sin ningún miramiento a su interior, cayendo al suelo de piedra unos centímetros más allá de donde le permitían llegar sus cadenas. Mientras la puerta se cerraba con un golpe seco y los centinelas se alejaban entre risas y gritos, el cuerpo arrojado sobre las losas empezó a gemir y agitarse.

—¿Padre?

—¡Robin!

Roran tiró de sus grilletes igual que un perro enloquecido luchando con su cadena, debatiéndose en un frenético esfuerzo por llegar hasta su hijo. Pero era inútil, y acabó dejándose caer de nuevo sobre la paja, agotado, oyendo cómo Robin murmuraba:

—Padre, no lo hagas...

—Robbie —sollozó Roran—, ¿qué te han hecho?

—Padre, te ruego que no llores. Tus lágrimas me duelen más que los golpes.

Roran se quedó inmóvil, intentando recobrar el dominio de sí mismo. Cuando volvió a hablar lo hizo con una voz más tranquila. Por el jadear de Robin se dio cuenta de que su hijo estaba sufriendo grandes dolores.

—Ya estoy mejor, Robín. Dime la verdad. ¿Qué te han hecho?

—Me ataron las manos a la espalda y me clavaron una lanza en las piernas, detrás de las rodillas. —Robin no lograba controlar del todo su voz—. No puedo moverme o quedaré lisiado para siempre. No puedo acercarme a ti. —Después de aquellas palabras en la celda hubo un largo silencio. Finalmente Robin le preguntó—: ¿Has visto a Cory?

—No.

Cuán propio de él era preguntar por Cory, pensó Roran con una mezcla de dolor y orgullo. Desde aquel día de otoño, hacía ya casi dos años, los chicos habían sido inseparables. ¡Chicos! Ya no lo eran. Durante ese tiempo habían crecido hasta convertirse en dos jóvenes altos y fuertes, hábiles en las artes de la guerra y de la paz, tan osados de cuerpo como de mente, y tan parecidos en el cariño que sentían el uno hacia el otro como distintos eran de aspecto. ¡Sí, era lógico que Robin pensara en él antes que en sí mismo!

—Espero que no le hayan hecho daño —murmuró Robin—. Es probable que ignoren hasta qué punto le queremos, y quizá piensen que no sabe nada...

La última frase pronunciada por su hijo fue abriéndose paso lentamente en el cerebro de Roran.

—¿Qué no sabe nada de qué?

—De Hal. No pararon de hacerme preguntas sobre él. Les dije que no sabía nada, pero parece que no me creyeron.

—¡Hal! —jadeó Roran—. ¡Entonces, ésa es la razón de que nos traten así! ¡Centinela! —gritó de repente.

—¡Padre! ¿Qué haces!

—¡Les contaré cuanto quieran saber de Hal, si haciéndolo consigo que te quiten esa lanza de las piernas! Sí... ¡Incluso les guiaría hacia su puerta, si la tuviera!

—¡Padre, no! No debes traicionarle. ¿Crees que eso cambiaría las cosas? Nos matarían apenas hubieran conseguido saber lo que desean.

—Incluso la muerte sería mejor que esto —dijo Roran con voz ronca—. ¡Centinela!

Su mente nublada por la desesperación era incapaz de pensar racionalmente.

—Padre. —En la voz de Robin había algo que logró atravesar las neblinas que invadían la mente de Roran, una nota de imperioso amor que no podía ser ignorada—. ¡Deja que me maten si quieren hacerlo, pero no permitas que torturen mí corazón, padre! No consientas que te cambien...

Roran se quedó inmóvil sobre su lecho de paja sucia, jadeando. Estaba agotado, demasiado agotado para pensar o sentir nada, pero de repente la situación se le apareció con tal claridad que caló hasta lo más hondo de su alma, no dejando lugar para la esperanza o el miedo.

—Así que quieres resistirles, Robbie...

Su voz sonaba tan tranquila como si estuviera discutiendo los planes del día, pero en ella había un orgulloso afecto.

—Sí. Pueden quedarse con mi cuerpo mientras que yo conserve mi alma y tú la tuya.

—Acabas de salvarla, mi maravilloso hijo. Lucharemos juntos contra ellos.

Cuando la llave giró en el cerrojo y la puerta se abrió de nuevo Roran alzó la cabeza con un tranquilo valor, esperando ver a los torturadores. Pero fueron Hal y Alan quienes entraron en su celda. Entre ellos iba un centinela con el rostro muy pálido, y las llaves de la Torre colgaban de los dedos de Hal.

Trigg seguía en el bosquecillo, luchando contra el sueño mientras iban pasando las horas. Estaba sentado en el suelo, entre los caballos, dando cabezadas. Pero sus músculos se tensaron de repente y se levantó de un salto. La noche resonaba con los terribles gritos de hombres dominados por el terror. Las ventanas negras de la Torre se iluminaron con el resplandor de las antorchas. Trigg parpadeó, incapaz de creer en lo que veía. Los centinelas, presa del pánico, saltaban por las ventanas para encontrar una muerte horrible en las duras rocas del suelo.

Otros hombres preferían huir por el patio o a lo largo de las murallas. Los gritos siguieron y siguieron, y las ventanas de la fortaleza que había más allá de la Torre empezaron a iluminarse. Un instante después, la poterna de la Torre se abrió lentamente y a la luz de las antorchas Trigg pudo ver gente que huía en busca de la libertad. Estas figuras no corrían ni gritaban. Algunas se tambaleaban sobre sus piernas heridas, sostenidas por otras siluetas casi tan débiles como ellas. Algunos exhibían los muñones donde antes estuvieron brazos o dedos. Algunos tenían agujeros vacíos en lugar de ojos y eran guiados por otros a los que una larga oscuridad había dejado casi igual de ciegos. Pero todos seguían avanzando en silencio, alzando sus rostros pálidos y sonrientes hacia el cielo nocturno.

Y en el centro de esta extraña procesión iba Hal, sosteniendo su capa con alguien envuelto en ella. Nada más verle Trigg, montó en Arundel, cogió en una mano las riendas de Alfie e hizo avanzar los caballos hacia él.

Tenía la sensación de estar siendo empujado a través de un sólido muro hecho de miedo. Se apoyó en la grupa de Arundel e intentó que la oscuridad no le aplastara los pulmones. Creyó que su cabeza acabaría reventando ante aquel silencio, pero no pudo gritar. Creía estar resbalando, cayendo hacia su muerte. Rodeó el cuello de Arundel con su brazo, usando el último gramo de fuerza que le quedaba, buscando su calor. Y entonces, justo cuando estaba a punto de perder el conocimiento, se encontró al otro lado del muro.

Un instante después se irguió en la silla de montar, atónito, con una sonrisa en los labios. El mundo entero se había llenado de amor y dulzura. Hal estaba ante él, llamándole por su nombre, el rostro iluminado por el orgullo que sentía al verle llegar. Trigg bajó de su montura y contempló el cuerpo que Hal sostenía en sus brazos. Era el de un joven de oscura cabellera, su rostro pálido como el de un muerto, con la cabeza cubierta de heridas y feos golpes.

—Agua —se apresuró a decirle Hal—. Y cualquier alimento que tengamos, dáselo a quienes más lo necesiten. Luego ve al establo para ayudar a Alan.

Trigg repartió rápidamente pan y carne seca que fueron aceptados en silencio, con algunas breves palabras de agradecimiento y expresiones de sorpresa. Cuando se hubo quedado sin nada que dar fue corriendo a los establos para descubrir que Alan estaba metido en el centro de una confusión de riendas y sillas de montar. En el establo no había nadie aparte de él: las puertas se hallaban abiertas y los caballos iban saliendo al patio igual que habían hecho los prisioneros hacía unos instantes. Alan había usado el poder de la Antigua Lengua para mantener junto a él a una docena de corceles, e incluso el poco experimentado ojo de Trigg pudo ver que entre ellos había algunas de las monturas más hermosas de toda Isla. Los equiparon con los arreos necesarios tan de prisa como les fue posible y los llevaron al trote hacia la poterna.

Hal seguía cuidando las heridas del chico mientras Roran y sus servidores esperaban junto a él. Trigg y Alan les ayudaron a montar en los caballos que traían. Hal cogió en

brazos a Robin y lo colocó sobre Arundel. También Trigg tenía un caballo esperándole, lo que le dejó un tanto preocupado, pues no era un buen jinete, aunque no tenía que haberlo estado. Aquellas bestias fogosas y llenas de ímpetu permanecieron inmóviles como estatuas mientras Hal y Alan se despedían de los espíritus. Cuando las graves voces de éstos brotaron del aire nocturno, Trigg se llevó una gran sorpresa; pero ya no tenía miedo de ellos.

Cabalgaron durante el resto de la noche. Antes de que hubieran recorrido muchos kilómetros, el señor Roran dejó escapar las riendas y estuvo a punto de caer de la silla. Alan le colocó atravesado en ella y le aseguró tan firmemente como pudo; después siguieron avanzando. Uno a uno, los servidores de Roran también fueron derrumbándose debido al agotamiento y la falta de comida. Al amanecer, sólo unos pocos seguían siendo capaces de mantenerse erguidos sobre sus monturas.

Hal descubrió un manantial de aguas límpidas a cuyo alrededor crecían árboles, y allí se detuvieron. Alan y Trigg ayudaron a los más débiles a bajar de sus monturas y prepararon mantas en el suelo. Después Trigg fue a ver si podía ayudar en algo a Hal, quien había llevado a Robin junto al manantial y le estaba cambiando los vendajes que le había puesto apresuradamente en la Torre. Trigg no había comprendido hasta qué punto eran graves las heridas del muchacho y, al parecer, Cory tampoco se había percatado de ello, pues nada más verlas se desmayó. Trigg le cogió antes de que cayera al suelo y le llevó hasta una manta al otro lado del manantial.

—No me sorprende —murmuró Hal mientras que Trigg le ayudaba con los vendajes—. Lleva una semana y media casi sin comer. Y él ha sido uno de los más afortunados de toda la Torre... ¿Has visto a los demás, Trigg? Los que habían sido torturados, los mutilados... Por la sangre de las Madres, ya había olvidado qué horrible...

Hal se quedó callado y tragó saliva, limpiando las heridas de Robin con una expresión feroz en el rostro.

—Pero, ¿os habéis fijado en sus caras? —exclamó Trigg—. Estaban llenas de paz pese a todas sus heridas. Hal, ¿sabes qué has hecho? ¡Has logrado entrar en la Torre y has salido de ella! Toda Isla hablará de esto.

—La Torre volverá a estar tan llena como siempre dentro de una semana —le respondió Hal en voz baja—, y la mayor parte de estos pobres desgraciados habrán sido capturados en muy poco tiempo. Les liberé para confundir a los hombres del rey... Quizá habría sido más misericordioso dejarles dentro de sus celdas.

—¡No! —protestó Trigg—. Estás demasiado agotado para pensar con claridad, Hal. Sus rostros... Sonreían igual que si hubieran estado esperando ver la medianoche y se encontraran con que amanecía.

Pero Hal apenas si prestó atención a sus palabras.

—Robin tenía una lanza atravesándole las piernas —dijo, y la desesperación había convertido su voz en una especie de zumbido monocorde—. La sacamos tan delicadamente como nos fue posible, pero gritó y perdió el conocimiento. Todos chillaron al ver llegar a los espíritus. Los prisioneros habrían echado a correr igual que los centinelas, pero estaban encadenados dentro de sus celdas. Toda esta noche ha estado llena de gritos, Trigg, y ninguno de ellos ha salido de mis labios. Alan cogió un anillo de la mano de un hombre que había muerto torturado. Horrible...

—No sabes lo que dices —contestó Trigg, y le quitó el paño con el que limpiaba las heridas de Robin igual que una madre le quitaría el juguete a un niño caprichoso,

obligándole luego a tenderse en el suelo y tapándole con una manta.

Apenas pasaron unos segundos Hal quedó profundamente dormido. Alan ya había terminado con los caballos y venía hacia ellos, tan cansado que daba tumbos entre los árboles. Trigg le miró y suspiró.

—Descansa un poco —le dijo—. Yo montaré guardia.

—Eres un auténtico regalo de los dioses, Trigg —balbuceó, y se quedó dormido nada más tenderse en el suelo.

Hal despertó a última hora de la tarde, aún agotado pero ya más tranquilo. Alan, medio aturdido, se irguió al sentir cómo se levantaba. Dos alegres hogueras les dieron la bienvenida; sobre una burbujeaba una marmita con sopa, la otra lamía con sus llamas unos cuantos espetones en los que se asaban varias aves. Trigg, que parecía cansado pero contento, estaba dándole un poco de sopa a Robin canturreando distraídamente. Girando los espetones con cara de hambre había un desconocido, un robusto campesino de cara franca y agradable que casi podría haber sido el gemelo de Trigg. Junto a él, llenando el aire con su aroma, había una cesta llena de pan recién horneado.

—Éste es Drew —explicó Trigg mientras Hal y Alan le contemplaban parpadeando, medio adormilados—. Vive cerca de aquí y vino a buscar agua. Nos llevamos muy bien; es primo mío y hace muchos años que no le veía. El pan y la sopa son de su esposa, a cambio de uno de mis gansos.

Hal fue hacia Robin y se arrodilló junto a él con cara de preocupación. El muchacho abrió los ojos y el fantasma de una sonrisa revoloteó por sus pálidos labios.

—Hal —susurró—. Pensé que era un sueño.

—No era ningún sueño —murmuró Hal, acariciando la frente de Robin—. ¿Te duele mucho?

—No. Trigg ha sabido cuidarme maravillosamente bien.

—Es un buen enfermero —dijo Hal en voz baja—. Lo sé.

—Y sabe reconocer una necesidad en cuanto la ve —gruñó Trigg a su espalda, entregándole a Hal un cuenco lleno de una pasta blanquecina—. A lavarte. El jabón también es de mi primo Drew. No se come hasta que no lo hayas hecho.

Hal y Alan se miraron en silencio y sus expresiones de abatimiento y preocupación se esfumaron rápidamente para ceder paso a sonoras carcajadas que despertaron a todo el campamento. Estaban cubiertos de pies a cabeza con excremento de murciélago, polvo y tierra, suciedad y telarañas. Lo único limpio que había en ellos era los dedos de Hal al, pues se los había lavado al cuidar las heridas de Robin, y al contemplárselos rió y rió hasta que las lágrimas abrieron surcos en sus mugrientas mejillas.

—¡Vaya par de salvadores estamos hechos! —dijo Alan, ahogándose de risa.

—Pues cuando os vi pensé que erais como dioses —observó Roran, que se había reunido con su hijo—. De todas formas, la verdad es que nosotros tampoco olemos demasiado bien después de haber pasado una semana entre nuestra propia suciedad.

—Cierto —dijo Trigg sin miramientos—. Pero a vosotros os dejaré comer antes de que os lavéis.

Comieron y se lavaron por turnos, sin darse prisa y ocupando en ello toda la tarde. Cuando por fin hubieron terminado, Trigg estaba dormido. Los demás sintieron ganas

de hablar por primera vez en muchos días v se agruparon alrededor de las hogueras. Incluso Robin se unió a ellos, apoyándose en Cory, quien llevaba en su cintura el cuchillo de caza que Alan le había regalado, con su mango tallado en forma de cabeza de caballo.

—Se te ve tan agotado como al resto de nosotros, Hal —observó Roran.

—Volver a la Torre fue duro —reconoció Hal en voz baja—. Ya habla estado allí antes.

Nadie quiso preguntarle cuándo.

—Y en cuanto a ti, Alan, ¿qué te ocurre? —le preguntó Cory con voz jovial—. Estás tan callado y pensativo... —Corin no llegó a completar su frase.

Durante un fugaz instante la mirada de Alan le había atravesado, llenándole de miedo. Pero cuando le contestó su voz era tranquila y suave.

—He estado viendo moverse la Rueda y no consigo ver hacia dónde acabará inclinándose. Mira.

Metió la mano dentro de su jubón y sacó de él la reluciente Piedra Élfica con su cadena dorada. Sostuvo la verde joya ante la luz del fuego, casi tocando el anillo negro y plata que había en su dedo. Corin dio un respingo de sorpresa al verse bañado en un brillante resplandor.

Reluciendo igual que una visión, en el centro de cada piedra se había formado un radiante semicírculo con la forma de una noble corona. Corin entrecerró los ojos para ver mejor en aquellas deslumbrantes profundidades y percibió vagamente los contornos de dos rostros que llevaban coronas de oro y plata. Pero la visión se esfumó antes de que pudiera reconocerlos. Alan bajó las manos.

—¿Había hecho eso antes el anillo? —le preguntó Hal, tan sorprendido como Corin.

—Nunca que yo sepa. —Alan se rió con voz ronca—. Claro que antes nunca me había fijado demasiado en él...

—¿De dónde proceden ese anillo y esa piedra? —preguntó Roran, el rostro pálido bajo el moreno de su piel.

—El anillo estaba en la mano de mi padre, quien llevaba mucho tiempo muerto en el osario del Rey.

Alan pareció incapaz de seguir hablando y fue Hal quien se encargó de continuar.

—Es un prodigio que lo hayamos encontrado. Siempre registran los cadáveres antes de echarlos allí, y les quitan incluso los dientes de oro. —Se calló y una extraña mueca de dolor recorrió su rostro—. Corin —dijo de repente—, intenta sacar el anillo del dedo de Alan... pero ten cuidado.

Cory obedeció, perplejo. Pero apenas tocó el anillo apartó rápidamente la mano con un chillido de dolor.

—¿Te encuentras bien? —le preguntó Hal con voz preocupada.

—¿Qué ha pasado? —exclamó Roran.

—¡Es como tocar un zarzal —jadeó Corin, riendo pese a que sus ojos se estaban llenando de lágrimas a causa del dolor—. Creo que sobreviviré. Pero la verdad, Hal, si esperabas que sucediese algo parecido a esto, ¡creo que deberías haber intentado quitárselo tú mismo!

Y Hal cogió con mucho cuidado el dedo de Alan, le quitó el anillo y se lo puso. El señor Roran lo tocó, torció el gesto y se llevó el dedo a los labios. Hal le devolvió el anillo a su compañero, quien lo había presenciado todo con mudo asombro.

—No sabía nada de esto —dijo por fin —. ¿Cómo has podido hacerlo?

—Un recuerdo enterrado en lo más hondo de mi mente. Lo llevó hasta morir, mientras le torturaban, y ninguno de los centinelas osó tocarlo. Pero yo lo toqué sin sufrir dolor alguno...

Roran estaba asombrado y pareció querer decir algo, pero lo pensó mejor y se quedó callado.

—Había logrado olvidarlo junto con todo lo demás que sucedió en aquellos negros días —concluyó Hal, muy serio.

Nadie tenía ánimos para seguir hablando de ello. Corin intentó desviar la conversación hacia uno de los temas que habían discutido antes.

—¿Y la piedra verde? ¿De dónde procede?

Pero Alan se levantó de un salto y se apartó de la hoguera. Cory le vio marchar con expresión abatida, incapaz de seguirle; Robin se había quedado dormido sobre su hombro.

—No te preocupes —le dijo Hal amablemente desde el otro lado del fuego—. Pronto volverá.

—Ha cambiado tanto... —balbuceó Corin.

—Tiene razones para haber cambiado —replicó Hal—. La piedra verde es una prueba de amor, un regalo de cierta doncella cuyo pueblo recuerda todo lo sucedido desde el Principio. Fue estando con ella cómo aprendió a ver los giros de la Rueda... —Hal contempló el perplejo rostro de Corin y suspiró—. Es difícil de comprender.

—Imposible —gruñó Alan, que había vuelto y estaba detrás de Cory—. No pienses en ello, Cory... Anda, cojamos a Robin y devolvámosle a su lecho.

Poco después se acostaron todos y durmieron hasta bien entrada la mañana siguiente. Pasaron todo el día descansando junto al manantial, recuperándolas fuerzas, ya que según Drew los hombres del rey no se habían acercado por allí. Después pasaron otro anochecer charlando ante el fuego y durmieron otra noche en el claro; a la mañana siguiente se pusieron en marcha hacia el norte, sin apresurarse. Robin ya estaba lo bastante fuerte como para mantenerse sobre un caballo, aunque no podía colocar los pies en los estribos y debía dejarlos colgando. Seguían sin tener noticias de que les persiguieran. Al parecer Iscovar tenía problemas en Nemeton.

Hal ignoraba que había dejado paralizada a toda la corte con una noche de terror que se convertiría en leyenda y que pasaría a formar parte de los libros en que estudiaban los hechiceros. Ningún hombre del rey podría abandonar Nemeton durante bastantes días y el propio Iscovar rugía de rabia para ocultar el miedo que le helaba las entrañas. Nadie sabía cómo había gritado en aquella noche dominada por el frío de los espíritus, sintiendo en ella un presagio de su ya cercana muerte.

3

Unos pocos días después, protegidos por el Bosque, los fugitivos se detuvieron para discutir lo que harían en el futuro. Hal les reveló de quién era hijo y la misión que se había impuesto, y Roran halló esperanza en sus palabras. Acabaron decidiendo que Roran y sus hombres irían hacia el norte tan de prisa como les fuera posible para que Firth se preparara a resistir un asedio, dado que seguramente Iscovar anhelaría vengarse de él. Trigg les guiaría hasta donde estaba Craig y éste les ayudaría para que no tuviesen problemas durante el camino. Hal y Robín, cabalgando más despacio debido a las heridas de Robín, irían a reunirse con Ket, Margerie y los gitanos para hacer planes conjuntos entre todos. Alan y Corin irían hacia el norte para reunirse con los parientes de Alan, aunque éste no esperaba obtener gran ayuda de ellos. Hal y Alan tenían la esperanza de que a mediados del verano volverían a estar juntos. Hal advertiría a Ket de que vigilara a Nabon de Lee mientras tanto. Si Nabon decidía marchar contra Celydon, Ket tenía que atacarle antes de que entrara en los dominios de Pelys, y debía enviar un mensajero para avisar al castillo.

El grupo de amigos se enfrentó a la triste perspectiva de la despedida. Roran, sabiendo que pronto debería luchar con los ejércitos del Rey, le dijo adiós a su único hijo. Cory sintió el dolor de abandonar a Robín, aunque le alegraba la idea de cabalgar con Alan. Y Hal sentía una extraña reluctancia a separarse de Alan, aunque no veía ninguna otra forma de hacer a tiempo los preparativos necesarios para cumplir con su misión. Vio alejarse a su hermano hasta que Alan no fue más que un destello dorado a través de las hojas del verano y, sorprendido, se preguntó por qué sentía tal abatimiento en su corazón. Por fin acabó volviéndose hacia el norte con un suspiro. El joven heredero de Firth le aguardaba pacientemente.

Hal y Robin cruzaron el Bosque tan de prisa como lo permitía el estado de Robin, buscando continuamente a Ket el Rojo. Craig ya sabía que el ejército del Rey iba hacia Firth y lo atacaría con todas las fuerzas a su disposición, pero Hal necesitaba asegurarse el apoyo de Ket. Aun así, una vez que hubieron localizado su campamento, Hal no quiso hablar con él delante de sus hombres. Robin se preguntó el porqué de tal conducta, pues Hal le había dicho que eran amigos.

Cuando Ket penetró en el Bosque que iba cubriéndose con las sombras del anochecer un caballo gris como una nube pareció flotar por entre la espesa arboleda para plantarse ante él, en silencio, igual que una aparición. Ket palideció y le flaquearon las piernas, y su temor se hizo aún más grande cuando vio el rostro de Hal bajo el yelmo plateado.

—¡Mi señor! —susurró Ket con un hilo de voz.

Hal desmontó de Arundel en un segundo y le cogió por los hombros para inmovilizarle, pues ya había esbozado el gesto de arrodillarse.

—No, nada de eso, te lo suplico —le dijo—. Ket, ¿por qué tienes miedo?

—Mi Príncipe... —Ket apartó el rostro, incapaz de seguir hablando.

—¿Cómo lo sabe? —balbuceó Robin.

—Lo sabe, y eso es todo. Conoce a mi Dama y me conoce a mí. ¡Ket, mírame! —Hal casi le sacudió.

El fuera de la ley alzó hacia él unos ojos llenos de angustia.

—Jamás me pasó por la cabeza la idea de ser vuestro rival —dijo con voz desfallecida.

—Claro que no. Si hubieses pensado en ello yo lo sabría. ¿Cómo te iba a ser posible no amarla después de haber contemplado su verdadero ser? Ket, ¿por qué tienes tanto miedo?

—Habéis..., habéis cambiado tanto.

Pero sus temblores ya habían empezado a calmarse un poco, y Hal no dejó de notarlo.

—Soy el mismo hombre que conociste. Puede que ahora me veas mejor que antes. Creo que eres tú quien ha cambiado mucho más que yo.

Hal dejó de abrazar a Ket y tomó asiento sobre una retorcida raíz de árbol y, tal como había esperado, Ket tomó asiento a su lado. Los dos guardaron silencio durante un rato, dejando que sus palabras se fueran abriendo paso entre el torbellino de sus emociones, y finalmente Robin, no sabiendo muy bien cómo obrar, hizo que Arundel volviera grupas y se alejó. Hal apoyó su cabeza en el viejo tronco de aquel grueso árbol.

—¿Cómo lo supisteis? —murmuró Ket.

Hal se encogió de hombros.

—¿Qué importa? No quiero que me rindas cuenta de tus actos, Ket; lo que quiero es que me ayudes. Pero, ¿acaso no sabes lo que más deseo de ti en estos instantes?

—Ser saludado como un amigo. —Ket se volvió hacia él, sus ojos castaños ensombrecidos por el remordimiento—. Pero te he fallado, Hal.

—No del todo. —Hal le sonrió levemente —. Acabas de llamarme por mi nombre.

Ket lanzó una carcajada que era medio sollozo, se abrazaron y empezaron a hablar interrumpiéndose el uno al otro. Ket quería saber donde estaba Alan y, ¿quién era Robin? Y Hal le preguntó quejumbrosamente por su dama; aún pasaría cierto tiempo antes de que pudiera verla.

Al día siguiente, él y Robin partieron hacia el este acompañados por Ket y todos sus hombres. Durante algo más de un mes, los dos viajeros pasaron su tiempo ayudando primero a los proscritos y después a los gitanos en su lucha por retrasar el avance del ejército real. Fueron tiempos difíciles de duras cabalgadas y prolongadas esperas emboscados en la espesura, poco dormir e incursiones nocturnas. Hal no se atrevía a mostrarse cerca de Agua Blanca, así que mandó a Robin como mensajero suyo para que hablara con Margerie, aunque la idea no le gustaba demasiado. El joven volvió triunfante... y, a decir verdad, casi alardeando de lo que había hecho. A Robin le encantaban las emociones y peligros de su nueva vida, pero las penalidades y la preocupación por su familia le estaban exigiendo un precio más alto de lo que confesaba. Y aunque no se quejaba de ello seguía sintiendo grandes dolores en las piernas, y eso le debilitaba bastante. En algunas ocasiones pensaba que no habría podido seguir adelante de no ser por la infatigable bondad de Hal. Jamás llegó a imaginar lo solitario y desgraciado que se encontraba Hal sin Alan.

Después de que hubieran visto cómo el ejército de Iscovar llegaba a las Marcas volvieron a dirigirse hacia el sur, yendo hacia Celydon, pues Ket había dicho que los preparativos de Nabon ya estaban muy adelantados. Cuando por fin se reunieron con él, el mes de julio ya casi terminaba.

—¿Y Alan? —preguntó Hal.

—Todavía no ha llegado.

—¿Y Nabon? ¿Cuándo atacará?

—Muy pronto. —Ket enarcó las cejas al ver que un mensajero jadeante entraba en el campamento—. ¡Por mi barba, creo que va a ser ahora mismo!

Rosemary atravesaba el patio de Celydon cuando un guerrero entró al galope por la puerta: al verle se quedó como paralizada.

—¡Hal! —exclamó.

Y, sin embargo, ahora que le veía, tenía la sensación de estar contemplando a una persona que jamás había conocido, alguien cubierto con un casco reluciente y una hermosa cota de malla, un cuerpo hecho de duros ángulos y líneas pronunciadas, un rostro de apretado mentón. Hal fue hacia ella con la velocidad de una flecha y saltó de Arundel cuando éste aún no había frenado su galope.

—¡Mi señora! —dijo—. Rosemary...

Era la primera vez que la llamaba por su nombre y ella casi creyó que el nombre surgido de sus labios era Amor; al mirarla, los ojos de Hal se habían velado como la neblina del anochecer y su rostro se había transfigurado en una expresión de asombro y maravilla. Su mano se detuvo en el aire y fue Rosemary quien tuvo que completar el gesto: las yemas de sus dedos apenas si llegaron a tocarse pero ese contacto bastó para que sus dos cuerpos sintieran el calor de su presencia.

El otro jinete se acercó a ellos al trote y Hal se apartó de ella sintiendo el mismo dolor que si le desgarraran la carne, una punzada que los dos sintieron al mismo tiempo.

—Mi señora —dijo Hal con premura—, tengo que ver inmediatamente a vuestro padre; Lee viene hacia aquí. ¿Queréis guardar esto por mí? Volveré a buscarlo después de la batalla.

Se quitó el plinset de la espalda y se lo entregó. Qué aspecto tan extraño había tenido encima de su cota de malla...

Rosemary le siguió con la mirada y le vio entrar en el castillo, y unos cuantos minutos después contempló su marcha, todavía en silencio. Hal se volvió un instante hacia ella y sus ojos se encontraron; después, sin decir palabra, galopó hacia el Bosque. En menos de una hora la guarnición de Pelys partió hacia el combate. En la vanguardia de ésta iba Rafe, montado en un gigantesco corcel negro. Ahora era teniente de la guardia y Will era el capitán, pero ésta era su primera batalla.

Alan había descubierto que sus parientes del norte todavía pensaban darle menos ayuda de la que se había temido en un principio. Decidido a volver con alguna buena noticia para Hal, guió a Cory hacia las profundidades del Bosque del Oeste y una vez en ellas encontraron a un grupo de proscritos, tal y como había esperado Alan. Tras haber localizado los puestos de algunos centinelas Alan dejó que le capturase un grupo mandado por un hombre flaco como una lanza que se llamaba Blain el Delgado. Unas pocas horas después, Blain ya le trataba como si fueran amigos de toda la vida y Alan se alegraba de ello, pues según se decía, en el Bosque Blain mandaba a casi mil arqueros.

—Sirvo a cierto Príncipe —dijo Alan de modo algo enigmático durante el banquete.

—Un Príncipe que está en prisión, ¿no es así? —Blain le lanzó una rápida mirada—. Según parece él y el Rey no están muy de acuerdo, lo cual habla en favor de tu Príncipe.

—No: mi Príncipe va de un lado a otro, igual que yo —le respondió Alan cautelosamente—. Los campesinos le llaman Sol de Plata.

Blain había visto el escudo de Alan, con su dibujo del sol dorado, y Alan creía que quizá hubiese oído hablar del escudo que llevaba Hal. Pero no esperaba la fuerza de la reacción de Blain. El fuera de la ley se inclinó hacia él con tal brusquedad que a punto estuvo de caer dentro de la hoguera.

—¿Cuándo? —exclamó.

—¿Qué? —Alan casi se atragantó con el bocado que estaba masticando.

—¿Cuándo caerá esa maldita Torre? Ya se está agrietando. ¡Dime cuándo caerá!

Los ojos de Blain le contemplaban con una expresión feroz a través del humo del fuego.

—¿Qué dicen las canciones? —le preguntó Alan en voz baja y suave, devolviéndole su interrogación.

—En primavera. —Blain se apartó de él y volvió a reclinarse en su asiento, algo más tranquilo—. Cuando los proscritos marchen a la luz del día y las hogueras ardan a finales de mayo. En primavera. ¿Esta primavera?

—Tú mismo has dicho que ese oscuro cubil ya se está agrietando —murmuró Alan, siempre pensando en quien pudiese estarles oyendo—. ¿Marcharás contra ella, Blain?

—¡Yo y mis hombres iremos al combate, y moriremos si hace falta! —le prometió el proscrito con la voz llena de pasión. Se quedó callado unos instantes después de lanzar un suspiro de admiración—. ¡Qué inteligentes sois tú y tu Príncipe al haber hecho vuestros planes ajustándoos a esa canción! ¡Y además habéis hecho que vuestros escudos lleven el dibujo de las viejas historias! Todos los campesinos de Isla estarán dispuestos a dar la vida por vuestra causa.

Alan le miró, el ceño fruncido en una mueca de inquietud.

—No fuimos nosotros quienes planeamos el momento —dijo por fin.

—Como quieras. —Blain se apresuró a sonreír, evitando una posible discusión—. ¿Hacia dónde tenemos que ir?

—A Laveroc.

—Ah. —Blain asintió y sus ojos a medio cerrar ardieron con un fugaz resplandor—. Pero, mi señor, ¡cuéntame más cosas sobre ti y sobre este Príncipe tuyo! Necesitamos tener esperanzas.

—Pues créalas tú mismo. —Alan se puso en pie—. Volveré en otra ocasión para contarte algo más, pero ahora tengo que reunirme nuevamente con él. Ya llevo demasiado tiempo sin verle.

Blain le dio escolta para salir del Bosque del Oeste. Alan y Corin dejaron al delgado y astuto proscrito allí donde terminaba la última arboleda y se dirigieron presurosamente hacia el este. Su búsqueda de aliados había requerido más tiempo del que hubieran deseado. Aunque viajaron tan de prisa como les fue posible, cruzando Isla a marchas forzadas, el mes de julio ya casi tocaba a su fin cuando volvieron a entrar en el Bosque.

Se dirigieron hacia Celydon, anhelando reunirse con sus camaradas y buscando a Hal en cada recodo del sendero rodeado de árboles. Pero cuando se iban acercando a su destino distinguieron una nube de polvo por encima de la espesura, y oyeron el lejano estruendo de las armas.

—Nabon debe de haber atacado más pronto de lo esperado —murmuró Alan, mientras se colocaban apresuradamente los cascos—. ¡Haz cuanto puedas, Cory!

El camino hacia Celydon atravesaba un valle dominado por un risco tan angosto como el filo de un cuchillo. Ése era el lugar elegido por Ket para su emboscada. Alan y Cory hicieron avanzar sus caballos hacia la cima y una vez en ella bajaron la mirada hacia una feroz batalla. Ket había causado una avalancha que serviría para dividir al ejército de los invasores, y en aquel momento, sus proscritos, unidos a los hombres de Celydon, luchaban contra los invasores que habían sobrevivido al desprendimiento. Muchos eran los hombres de Nabon que yacían muertos bajo las rocas o con flechas clavadas en el cuello, y los demás estaban atrapados contra las rocas y la abrupta pendiente, pero aun así seguían superando en número a las fuerzas de Celydon. Los hombres de Ket habían dejado a un lado sus arcos y ahora luchaban con los bastones, no pudiendo hacer gran cosa salvo defenderse y contener a su enemigo. Los hombres de Pelys sí podían matar a sus contrincantes, pero estaban cubiertos de sangre y bastante cansados.

Alan y Cory bajaron atronando por la pendiente. Los hombres de Nabon fueron cogidos por sorpresa, pero los defensores de Celydon estaban a la espera de algún acontecimiento como ése y se lanzaron al ataque. El ímpetu de la carga atravesó las defensas de Lee y varios invasores murieron en ella. Alan hizo que Alfie girara sobre sí mismo y lo metió por el laberinto de rocas. El caballo empezó a trepar con la agilidad de una cabra y el corcel de Corin le siguió con cierta vacilación. Aunque sólo eran dos hombres enfrentados a muchos, Alan y Cory destrozaron la retaguardia de los invasores, logrando una gran ventaja sobre ellos gracias a su elevada posición.

Ahora todo era confusión en las filas del enemigo, pues no sabían hacia qué lado volverse. Las fuerzas de Celydon lanzaron vítores de alegría y atacaron con renovado vigor, y algunos hombres fueron a las rocas para reunirse con Alan y Cory. Desde allí hicieron llover la destrucción y el caos sobre las fuerzas de Lee hasta que, encontrando por fin un hueco dejado libre por los hombres que habían trepado a las rocas, los guerreros de Nabon huyeron tan aprisa como les fue posible, dejando a sus muertos y heridos detrás de ellos.

Rafe estaba furioso al ver que les había sido posible escapar.

—¡Adelante! —gritó con ferocidad—. ¡Seguid a las ratas de Lee hasta su madriguera! ¡Ahora tenemos la ocasión de terminar para siempre con la amenaza del sur!

—¡Cálmate! —le dijo Will—. ¿Qué harías con Lee si lo tuvieras en tu poder? ¿Acaso dividirías las fuerzas de nuestro señor y le dejarías expuesto al ataque de Gaunt? ¿O esperas quizá que el señor Pelys abandone Celydon y se traslade a Lee?

—Entonces, ¿vamos a permitir que Nabon nos ataque de nuevo dentro de uno o dos años? —insistió Rafe con voz apasionada.

—No seas tan pesimista —dijo Ket, que había aparecido junto a él, cojeando levemente—. ¿No has oído los rumores que corren por todo el país? —Rafe le miró sin comprender, pero antes de que pudiera hablar, Alan se acercó a ellos con cara de preocupación.

—¿Habéis visto a Hal?

—¡Tendría que estar aquí desde hace horas! —exclamó Ket—. Él y Robin partieron esta mañana a caballo para avisar a Celydon. No creo que en un momento semejante pierda el tiempo cortejando a su dama, ¿verdad?

—Tiene que haberle ocurrido alguna desgracia —murmuró Alan, y él y Corin partieron al galope antes de que los demás tuvieran ocasión de mostrar lo preocupados que estaban.

Cabalgaron bastante separados, moviéndose en zigzag para registrar mejor el terreno, comunicándose con un silbido de vez en cuando y volviendo a separarse después. No habrían recorrido mucho más de un kilómetro cuando Corin oyó gritar a Alan. El sonido procedía de un pequeño grupo de árboles y fue rápidamente hacia él. Cuando llegó vio que Alan estaba inclinado sobre Robin, con el oído en su pecho.

—No es grave —dijo Alan, intentando dar la impresión de que estaba muy seguro de sus palabras. Envolvió el inmóvil cuerpo de Robín en su capa y lo colocó suavemente en la montura de Corin—. Llévale al castillo —dijo—. Tengo que encontrar a Hal.

Cory se marchó cabalgando tan de prisa como le permitía hacerlo la naturaleza preciosa de su carga.

Los otros dos cuerpos que había en el bosquecillo eran hombres del rey. Estaban gimiendo y se removían débilmente. Alan usó su espada en ellos, mirando hacia otro lado mientras lo hacía. Después montó en Alfie y partió tan rápido como pudo por el sendero que cruzaba el Bosque, siguiendo las huellas dejadas por los cascos de los caballos. ¿Cuántos juegos de huellas distintos había? ¿Ocho? ¿Diez? ¿Quizá incluso una docena? Imposible saberlo. De vez en cuando la húmeda tierra del Bosque estaba manchada con grandes charcos de sangre. Alan se decía constantemente que no era de Hal, pero la verdad iba contradiciendo implacablemente sus esperanzas. De lo contrario, ¿por qué no se libraba Hal de sus perseguidores con alguno de sus trucos de zorro, tal y como había hecho tantas veces en el pasado? El rastro de sangre hacía que tales artimañas resultaran inútiles. Las huellas llevaban hacia Agua Blanca, rectas como la trayectoria de una flecha. ¿Qué le esperaba allí? No había amigos fuera de las murallas, aunque los hombres del rey no lo sabían. La única preocupación de Hal había sido conseguir que el enemigo se apartara de Robin, de Celydon y de los hombres de Ket, enzarzados en un peligroso combate. ¡Qué infortunado era que le hubieran atacado cuando no había nadie en todo el Bosque para ayudarle! Sí, qué infortunio, o quizá fuera algo mucho peor que eso... Alan maldijo amargamente al destino mientras hacía que Alfie avanzara por el sendero, obligándole a mantener su velocidad máxima.

Al anochecer, Alan había logrado calmarse un poco. Cuando llegó a un arroyo hizo que Alfie se detuviera y le dejó beber un poco mientras se obligaba a reflexionar sobre la situación. La noche estaba cayendo. ¿Qué haría Hal ahora? Alan conocía sus tácticas casi tan bien como su rostro. La oscuridad ocultaría el rastro de sangre. Casi podía ver a Hal haciendo que Arundel abandonara el trote férreamente contenido que le había obligado a llevar durante toda la tarde, dejando que los hombres del rey conocieran por fin la velocidad de que era capaz aquel corcel nacido en el Valle del Águila. Hombre y caballo se esfumarían igual que un espectro gris en la oscuridad del Bosque; ¿y después de eso, qué? Alan estaba casi seguro de que Hal trazaría, un gran círculo y volvería hacia Celydon con la esperanza de que sus enemigos seguirían yendo en línea recta, tal como hasta entonces. Ir hacia el norte sería quedar atrapado contra el Río Impetuoso. Sí, estaba seguro de que iría hacia el sur.

A no ser que ya hubiese muerto, o que le hubieran capturado. A no ser que ya no tuviera las fuerzas necesarias para hacer que Arundel cabalgara al máximo de su velocidad. Alan apartó tales ideas de su mente. Aun teniendo la sensación de que había logrado acercarse un poco a los hombres del rey, sabía que éstos se hallaban a horas de distancia. No podía hacer nada contra ellos. Pero si Hal seguía teniendo una ocasión de

jugar al zorro... Sí, allí había una posibilidad.

Cuando volvió a emprender la marcha lo hizo con más calma y se desvió hacia la derecha, dejando el sendero que para entonces apenas podía distinguir. Después de haber cabalgado un par de horas, empezó a detenerse de vez en cuando. De sus labios brotaba un prolongado y grave silbido, después escuchaba atentamente durante todo un minuto y reemprendía la marcha.

Aún no había llegado la medianoche cuando su silbido fue contestado por un relincho lejano. Alan galopó hacia ese sonido y cuando les vio, lágrimas de agradecimiento y de agonía humedecieron su rostro. Arundel estaba muy quieto, sus flancos plateados cubiertos por las oscuras manchas de la sangre. Bajo su cabeza yacía la inmóvil silueta de Hal, caído al suelo cuando su gran fortaleza fue incapaz de seguirle sosteniendo.

Alan cogió el odre de sus alforjas y muy pronto la cabeza de Hal se agitó en su regazo.

—Alan —murmuró, sabiendo quién era incluso a través de la oscuridad—. Por la dulce Dama, cómo te he echado de menos...

Y un instante después su cabeza volvió a derrumbarse y se quedó inmóvil.

—¡Hal! —gritó Alan, lleno de pánico, buscándole frenéticamente las muñecas. El débil aleteo de la vida aún estaba en ellas—. ¡Mireldeyn! —le llamó Alan desesperadamente, y sintió la dolorosa respuesta del cuerpo de Hal.

—Sí... —jadeó Hal, apretando los dientes. Alan le hizo beber nuevamente del odre antes de hablarle, y cuando lo hizo le temblaba la voz. —Mireldeyn, por el amor que te profeso, te lo suplico... ¡No me abandones!

—Elwyndas... —jadeó Hal como desde muy lejos, igual que los espíritus del túmulo—. Me han herido de muerte y la poca vida que hay dentro de mí es un tormento.

—¡Intenta vivir! —le apremió Alan sintiendo cómo los sollozos le agarrotaban el pecho—. Si me amas... ¡inténtalo!

Tuvieron que pasar largos segundos antes de que Mireldeyn le contestara.

—Lo intentaré, porque te amo. Te doy mi palabra.

Con cada metro del largo trayecto de vuelta el dolor atravesaba el cuerpo de Alan en una punzada similar a la sentida por el cuerpo que llevaba abrazado ante él. Arundel les seguía cojeando, pues había recibido una profunda herida cerca del cuello. Alan había hablado con él diciéndole que no intentara seguirles de prisa y que volviera a Celydon a su propio paso, pero aun así Arundel no quería dejar a su amo.

Las largas horas de la noche se extendieron hasta formar un negro túnel de dolor que debían atravesar por muy difícil que les resultara.

4

El castillo de Celydon estaba repleto de muertos y heridos, y entre ellos había demasiados amigos, pero la mayor parte de las bajas las habían sufrido los hombres de Lee. Rosemary iba de una cama a otra humedeciendo frentes febriles y dando agua, pero no veía a quien más temía hallar entre los heridos; y tampoco estaba entre los muertos. Entonces, ¿por qué no volvía junto a ella?

Una voz habló con dulzura a su espalda, rompiendo el silencio lleno de dudas y temores.

—¿Sois la dama Rosemary?

Rosemary giró en redondo para encontrarse con un desconocido rubio cual la estopa que estaba inclinado sobre un delgado joven moreno. El desconocido se apresuró a responder al asombro que vio en su mirada.

—Soy Corin. He estado viajando con Alan. Ha ido a buscar a Hal, pues parece que se vio envuelto en el combate junto con Robín, mi amigo.

Robin estaba inconsciente debido a una profunda herida recibida en la cabeza y el brazo que sostenía el escudo estaba fracturado a la altura del hombro. Hizo falta la fuerza de los dos para colocar de nuevo el hueso en su sitio. Rosemary estaba tan pálida como Cory antes de que hubieran terminado, pues Robin se retorcía y gemía, presa del dolor, aunque no llegó a despertarse. Para que los dos se distrajeran un poco de su horrible tarea le preguntó a Corin cómo había llegado a conocer a sus camaradas. La historia que le contó le hizo sentir más deseos que nunca de ver nuevamente a su amable guerrero.

Rosemary siguió atendiendo a los heridos durante toda la noche y vio llegar el amanecer mientras esperaba noticias, yendo en silencio de un lado a otro, con el alma llena de preocupación. Las sirvientas se habían apoyado en los muros para echar una cabezada. Robin se sumió en el profundo sueño que sigue al dolor y Corin, exhausto, se quedó dormido junto a él. Rafe estaba dormitando junto a la puerta y el viejo y sabio médico de dedos hábiles dormía sobre un lecho de paja entre los heridos, listo para levantarse nada más le avisaran de que alguno de ellos le necesitaba. De vez en cuando un hombre gemía o se agitaba presa del dolor, pero ninguno de ellos estaba despierto. Rosemary tuvo la impresión de que en el mundo entero sólo ella se mantenía en vela. Jamás se había sentido tan sola.

Y entonces un repiqueteo de cascos despertó a Rafe, y Rosemary sacudió al médico hasta hacer que se levantara. Alan había llegado en la hora que precede al amanecer, sosteniendo su carga ante él.

El rostro del médico se fue poniendo muy serio mientras iba quitando las ropas cubiertas de sangre seca, examinando delicadamente el debilitado cuerpo de Hal. Tenía muchas heridas, aunque sólo una de ellas era letal. Una espada había penetrado la cota de malla por debajo del brazo, hundiéndose a través de los músculos, las costillas y los órganos vitales. Increíblemente, Hal se había retorcido con tal fuerza que la espada se había partido entre los dedos de su enemigo, pero a pesar de ello había logrado no caer de su montura, había luchado y había huido con la punta de la espada enterrada peligrosamente cerca de su corazón.

Hal se agitó al sentir que le tocaban y sus ojos examinaron a los que le rodeaban, sosteniendo velas y agarrándole por las manos y los pies.

—¿Robín? —murmuró.

—Se pondrá bien —dijo Corin, apresurándose a tranquilizarle—. Está durmiendo.

La sonda del médico abrió de nuevo la herida de Hal, y éste sólo logró dominar el grito que pugnaba por salir de su boca mordiéndose el labio de tal forma que la sangre brotó por un nuevo camino. Sus ojos buscaron los de Rosemary.

—Amor mío —jadeó cuando le fue posible hablar—, te ruego que me dejes solo.

Rosemary se disponía a protestar, pero el médico la detuvo con una rápida mirada. Besó a Hal y se marchó, pero sólo llegó hasta la habitación contigua. Sabía que Rafe le agarraba por los hombros, que Alan estaba colocando un palo entre sus dientes para que lo mordiera. Sabía que Hal jadeaba y temblaba mientras el cuchillo se hundía en su costado, y con su mente podía ver qué esfuerzo de voluntad le era preciso hacer para obligarse a seguir inmóvil. Y un instante después le oyó gritar y debatirse:

—¡Demonios! ¡Malditos demonios, malditos seáis!

—¡Cree que está en la cámara de torturas! —dijo Alan con la voz a punto de quebrarse—. ¡Hal! Hal...

Hablándole con amabilidad hizo que volviera en sí durante un segundo mientras el cuchillo le mordía aún más adentro, y entonces el castillo resonó con el terrible y desgarrador alarido de un hombre fuerte y valeroso presa de una agonía insoportable. Rosemary entró corriendo en la habitación. Corin estaba apoyado en el muro; Alan tenía el rostro pálido y le temblaban las manos. Hal estaba totalmente inmóvil.

—Por los dioses, ha muerto —jadeó Rosemary, pero el viejo médico meneó la cabeza.

—Se ha desmayado, y doy gracias por ello. Sostened la palangana, mi señora...

El cuchillo empezó a moverse de nuevo con cautelosa delicadeza; un resbalón podía significar la muerte. El médico sacó la astilla metálica con mucho cuidado y luego se limpió el sudor de la frente lanzando un suspiro que más parecía un gemido. Lavaron las heridas y las vendaron, y el cuerpo de Hal siguió sin moverse. Pero cuando Alan y Rafe le pusieron en el lecho del propio Pelys, Hal se agitó y logró hablar con voz pastosa.

—Podéis hacer prisionero el cuerpo y torturarlo —rechinó—, pero el alma vuela tan libre como las águilas.

Alan le tocó la frente con los dedos y le llamó con voz suplicante.

—¡Hal!

Los ojos de Hal perdieron su expresión distante y pasados unos segundos lograron enfocarse en el rostro de Alan.

—Hermano —susurró—. Si muero, ¿te encargarás de terminar lo que yo he empezado?

Rosemary sintió como si una mano helada le aferrara el corazón y se tambaleó, a punto de perder el sentido. El rostro de Alan se puso tan blanco como aquel otro rostro exangüe que estaba mirando.

—¡Hal! —exclamó—. ¡No digas eso!

—Mi alma está cansada y anhela escapar de mi cuerpo —murmuró Hal—. Tú que me amas, ¿no quieres ayudarme a completar la misión?

—¡Alan! —le suplicó Hal.

Pero Alan ya se había puesto en pie y en su rostro había una expresión terrible.

—¡Mireldeyn! —ordenó, y Rosemary sintió un gran asombro ante las extrañas palabras que pronunció a continuación—. ¡Por el amor que nos tenemos, te conmino a que apartes esos pensamientos de tu cabeza!

—Elwyndas —gimió Hal—, ¡déjame partir!

—¡No, en nombre de quienes han sufrido bajo siete generaciones de opresión! ¡Sólo tú puedes salvarles! —La voz de Alan era tan irresistible como un toque de clarín; pero cuando volvió a hablar se hizo más suave y dulce—. Mireldeyn, deja que veamos la fuerza que hay en ti. Mírame.

Sus ojos se encontraron en un mudo abrazo y en las pupilas de Hal floreció una luz vacilante, como el primer resplandor del alba o la salida de la luna.

—Dilo —le ordenó Alan.

—Te lo prometo, Elwyndas.

Las palabras brotaron de sus labios como aplastadas bajo el peso de un inmenso dolor, pero las dijo pese a todo.

—¿Qué es lo que me prometes?

—Seguir luchando.

—¿Y por qué lo juras?

—Por el amor que nos profesamos.

—¿Qué más? —dijo Alan, implacable.

Hal sabía lo que Alan quería oírle decir y sintiendo pesar sobre él aquella mirada dura como el diamante reunió las últimas fuerzas que había en su alma.

—Por la carga de mi nacimiento —dijo en un jadeo, su rostro iluminándose con la agonía de su espíritu.

Y entonces, sintiendo un inmenso amor y una insondable gratitud hacia él, Alan hizo lo que nunca había hecho antes..., se arrodilló y besó la frente de Hal. Después se dio la vuelta y habló en voz baja con Rosemary, quien había presenciado estupefacta toda aquella extraña escena.

—Las sombras de negros recuerdos pesan sobre su alma —le explicó—. Sentaos junto a él y habladle; recordadle todos los instantes de amor que habéis compartido, cada rayo de luz que ha iluminado su vida y todas las razones que tiene para seguir existiendo. Ya he hecho cuanto puedo hacer por él. Ahora tengo que emprender un viaje desesperado... Debo buscar el bálsamo de Verán para curar las heridas de su heredero.

Alan viajó tan velozmente como el viento de la guerra. No iba en Alfie, agotado pese a su gran corazón, ni en Arundel, que estaba herido. Montaba el gigantesco corcel negro de Rafe, Tormenta Nocturna, y erguido sobre su grupa parecía un relámpago rubio. No llevaba escudo o casco, ni tan siquiera una manta, y su silla de montar era de las más ligeras, cargando tan sólo con agua, algo de comida y una espada. Su capa aleteaba con el viento de su galope igual que las alas de un águila. Quienes le veían pasar se persignaban, como si hubieran presenciado un presagio.

El pequeño recipiente que había en Firth, el que llevaba la etiqueta donde decía «Brotes de la tiara de Verán», estaba tan lejos de su alcance como si se hallara en la luna. El oro

élfico que florecía en el Valle del Águila se encontraba todavía más lejos. Por razones que nunca habían llegado a formular en voz alta, ni él ni Alan habían llevado nunca consigo esa preciosa planta; sin que supieran muy bien por qué, no les parecía correcto arrancar aquel bello resto del pasado legendario y atesorarlo para protegerse a sí mismos. Pero ahora, en aquel instante de amarga necesidad, Alan rezaba continuamente para que la fuerza de Hal le hiciera resistir un poco más, mientras dirigía el negro corcel hacia un pequeño valle que aún estaba vivido en su memoria, un valle donde una anciana se afanaba ante su telar, donde el tiempo se había detenido y la plaga de la codicia y la belicosidad aún no habían logrado penetrar.

Salió de Celydon al alba. Dos largos días con sus dos largas noches pasaron sobre él y Alan siguió cabalgando. No intentaba protegerse y jamás buscaba refugio, habiendo trazado su curso igual que el pájaro que huye de la tormenta, en una línea tan recta como podían permitirle campos y caminos. Aunque galopase cruzando la pradera de un señor o ante la puerta de un castillo, los hombres apenas si tenían tiempo de lanzar un grito antes de que se desvaneciera.

Cuando la segunda noche ya estaba bien avanzada, Alan se detuvo. Tormenta se acostó inmediatamente en el suelo, pero Alan era incapaz de reposar, aunque sus ojos estaban inyectados en sangre y su rostro se retorcía incesantemente por la falta de sueño. Pasó las horas de oscuridad yendo impacientemente de un lado para otro y con la primera y débil luz del alba le habló al corcel en la Antigua Lengua, y Tormenta Nocturna se incorporó, con todo el cuerpo tembloroso.

—A fe mía que eres bien digno del amor que te profesa tu amo —le alabó Alan.

Se puso en marcha, buscando cualquier señal del valle, y encontró lo que buscaba cuando los primeros rayos de sol iluminaban las copas de los árboles. Pero al verlo, sus labios emitieron un gemido de la más profunda desesperación que jamás había conocido. El pequeño valle había sido destrozado por alguna contienda fruto de una mísera guerra de señores. La hierba estaba quemada, el arroyo ensuciado por el fango y manchado por la sangre. Los cuerpos de hombres y caballos se mezclaban con los hinchados despojos de las ovejas. La pestilencia de la guerra y la muerte flotaba sobre todo el lugar y en la atmósfera no perduraba ni una huella de aquel indefinible aroma intemporal que antes la dominaba.

Alan se dio la vuelta con los ojos nublados por las lágrimas de una ira impotente, disponiéndose a partir. Y se detuvo. Se dijo que no tenía necesidad alguna de volver a toda prisa para presenciar la muerte de Hal, obteniendo una perversa satisfacción en la agonía de su fracaso. Fue hacia las ruinas de la choza y encontró el cuerpo calcinado de la anciana tendido junto a su telar. La envolvió en su capa y la llevó a un sitio no tan profanado como los demás, al lado del arroyo, bajo la sombra de un viejo sauce. Trajo piedras de las laderas del valle y alzó un túmulo sobre ella. Cuando hubo terminado se arrodilló y encomendó su alma a los cuidados de Aene, aunque tenía la extraña sensación de que no era una tumba lo que había levantado para ella. Pero nada más arrodillarse se sintió invadido por una inexplicable sensación de paz y sosiego y la niebla dejó de cegar sus ojos. Su rodilla izquierda tocaba una raíz del gran sauce y justo detrás de la raíz, casi tan escondida en el refugio de su curva, brillaba una solitaria y minúscula flor dorada...

Rosemary permaneció junto al lecho de Hal tal y como le había dicho Alan, y le habló de todas las cosas buenas de la vida, de las flores y de las plantas que crecen, de los

pequeños animales del campo, del calor que llega después del invierno, de cómo sabe la comida después de haber pasado hambre y el agua fresca cuando hace calor. Le habló tan bien como pudo de sueños y hazañas, de la amistad y la camaradería, pero, por encima de todo, le habló del amor, de los recuerdos y los sueños del amor que se profesaban.

Hal no daba señal alguna de oírla y a Rosemary sólo le quedaba la esperanza de que pudiera escuchar sus palabras, porque yacía inmóvil y ardiendo con una fiebre que era tanto del cuerpo como del alma. Sus heridas no curaban y seguían tan abiertas como en el primer momento, y Hale iba consumiendo a cada día que pasaba, incluso a cada momento, hasta que Rosemary pudo ver claramente que no era ninguna fuerza física la que le mantenía con vida. Hal tenía los ojos abiertos y brillantes, pero lo único que veía era escenas de horror. De sus labios brotaba un murmullo desafiante y algunas veces lanzaba gritos de agonía. En aquellas ocasiones su frente se cubría de sudor y cada uno de sus músculos se tensaba, aunque Rosemary bien sabía que no le quedaban fuerzas suficientes ni para levantar la cabeza.

A veces, si su padre se lo pedía, Rosemary descansaba unas cuantas horas, mientras Pelys o Rafe ocupaban su lugar a la cabecera del lecho. Pero aquel rato de sueño era tan inquieto como la pesadilla en que vivía Hal, y cuando Pelys se dio cuenta de que no sacaba ningún provecho de ello, no volvió a insistir en que durmiera. De vez en vez, cuando su mente se quedaba vacía de cosas que decirle a Hal, cogía el plinset y tocaba las canciones que más le gustaban; canciones alegres, canciones de dulce tristeza, canciones de amor. La neblina de su cansancio y su desesperación se iban haciendo más espesas y Rosemary decía y cantaba lo primero que le pasaba por la cabeza, sin apenas darse cuenta ya de lo que salía de sus labios.

Bálsamo eterno de la flor de Verán,
hombre nacido con la herencia de los elfos.
Ojo que hace huir al mal,
destructor de la más oscura torre.
Plateada es la lluvia de primavera,
que libra la tierra del poder invernal.

Verde piedra élfica en cadena de oro.
Brillante amanecer forjado por Verán.
Osado resplandor de la espada bajo el sol
que expulsa a los lobos de las praderas.
Cada uno con su poder y su gracia.
El sol naciente ha vencido al frío.

Rosemary se calló, no muy segura de lo que había dicho. Hal habló en aquella lengua que le era desconocida. Aunque su rostro seguía dominado por el sufrimiento y todos los tendones de su cuerpo estaban rígidos, sus ojos ya no contemplaban ningún horror. Ahora estaban mirando hacia la lejanía, hacia el mismo interior de su ser, un lugar en el que deseaba estar.

El bálsamo de Verán... Rosemary se aferraba desesperadamente a una esperanza cuyo significado apenas si conocía, y cada día anhelaba el regreso de Alan.

Alan había arrancado la pequeña planta con gran ternura, pese a su frenética prisa, y la

guardó en su alforja murmurando una disculpa. Pero cuando montó en Tormenta Nocturna lo hizo galopar al máximo de su velocidad. Ya era mediodía y las preciosas horas perdidas jamás podrían ser recuperadas.

—Eres la única esperanza de Isla —le dijo al corcel en la Antigua Lengua.

Tormenta Nocturna galopó todo el día con unas patas entumecidas que seguían moviéndose por la fuerza de una voluntad que a duras penas podía llamar suya. Las hábiles manos de Alan le guiaban para que superase aquellos obstáculos que el agotado caballo ya casi no percibía. La noche fue todavía más dura. Tormenta siguió avanzando con paso vacilante y Alan hablaba continuamente con él, animándole a casi cada zancada. Sabía que Corin y Alfie les estaban esperando no muy lejos de ellos, a tres días de Celydon yendo a caballo. Tormenta Nocturna tenía que conseguirlo, era preciso que cubriera esa distancia...

Pero el caballo no creía que le fuese posible hacerlo. Jamás se había visto llevado tan cruelmente hasta el límite de sus fuerzas. Si fuera Rafe quien estuviera al borde de morir quizá hubiese hallado dentro de su ser la fuerza que se encuentra más allá de todo límite, pero no amaba a Hal ni a Alan, y llegó un momento en que el poder de la Antigua Lengua fue incapaz de obligarle a que siguiera moviéndose. Tropezó, cayó y se quedó inmóvil.

Alan logró apartar su pierna con el tiempo justo para que no se la aplastara. No dijo nada. Aflojó el cinturón y le quitó la silla de montar. Después derramó los restos de su agua sobre la cabeza de Tormenta Nocturna y le hizo tragar un poco. Le quitó todos los arreos, no dejando ni tan siquiera el odre de agua, la comida o las botas..., nada salvo su espada y la preciosa bolsa con la flor. Después se arrodilló junto a la cabeza del caballo.

—Vamos —le ordenó—, ¡arriba!

Tormenta no se movió: hasta sus orejas siguieron inmóviles.

La desesperación había vuelto implacable a Alan. Montó sobre el inerte cuerpo de Tormenta, sacó su espada y golpeó con todas sus fuerzas el flanco del caballo, haciendo que el acero cayera plano sobre su carne.

Tormenta Nocturna se incorporó con un grito de furia. Desde que era potrillo jamás había sido tratado de ninguna otra forma que con el más profundo respeto, y ahora sólo pensaba en aplastar, herir y matar al hombre que le había inflingido esta indignidad..., pero no podía llegar hasta él. Sintió un peso en su espalda y una voz fría y burlona dijo:

—¡Venga, cobarde, corre!

E, increíblemente, la espada volvió a golpearle.

Tormenta Nocturna galopó igual que el viento cuyo nombre llevaba. No se dio cuenta de que el día ya había amanecido y de que la negrura que había ante sus ojos no era la negrura de la noche. Cegado por el agotamiento, el odio y la vergüenza, corrió hasta creer que le iba a estallar el corazón. Corrió por el miedo que le inspiraba el castigo de la espada. Corrió con la loca esperanza de que podría dejar atrás a ese hombre terrible. La humillación ardía en su alma, unida al irritado deseo de probar hasta donde llegaba su grandeza, de poder vengarse de su propio sufrimiento y de la muerte. Corrió hasta que, y eso le pareció increíble, se le ordenó que parara. Pero aquellas patas que aún eran capaces de hacerle galopar no lograron sostenerle cuando se paró y Tormenta Nocturna cayó al suelo, con la negrura engulléndole, y no fue consciente de nada más hasta que Corin le despertó.

Alan, que estaba a kilómetros de distancia, sintió también cómo la negrura cubría sus ojos. Agachó la cabeza y confió en Alfie para que le llevara hasta Celydon tan de prisa como le fuese posible.

Llegó con el primer rayo del nuevo día. Rosemary oyó el repiqueteo de los raudos cascos de Alfie sobre los guijarros del patio y unos minutos después Alan estaba junto al lecho de Hal, ayudado por Rafe. Daba miedo verle, pues tenía los ojos hundidos en sus cuencas y las pupilas ennegrecidas por la sangre, y su rostro carecía de toda expresión, agitado en una continua serie de muecas por la falta de sueño. Pero Hal era como un espíritu, apenas visible a la luz del día: tan consumido estaba su cuerpo que su única vida parecía estar en el alma torturada que gritaba desde sus ojos grises. La fiebre le quemaba igual que las llamas de la tortura, pero no era eso lo que agitaba su alma. De sus labios seguían brotando palabras ininteligibles, y si hubiera tenido fuerzas para ello se habría debatido en su lecho.

Los sirvientes trajeron un brasero sobre el que hervía agua, y Alan colocó en ella la pequeña flor con dedos temblorosos, susurrando palabras que Rosemary no comprendió. Pero tuvo la sensación de que eran una plegaria, e inclinó la cabeza ante ellas. Un instante después sintió cómo toda su alma era invadida por la paz y, consolada por aquella emoción, las arrugas de tensa preocupación que surcaban su rostro se fueron desvaneciendo. Miró a Hal y ahora ya no lo hizo con desesperación y miedo, sino con una callada esperanza; su mente le había visto sumido en un sueño pacífico. Alan se arrodilló junto a él, apoyándose en la cama, y sacó una piedra verde que llevaba bajo su jubón.

—Lysse —dijo, como si le hablara a una presencia visible en la habitación— , tú y tu pueblo..., ayudadle.

Alan se llevó la fría piedra a los labios y aunque en sus ojos había un anhelo y un dolor imposibles de consolar, Rosemary vio que los temblorosos nervios de su cara se habían calmado al fin.

Hal se agitó y lanzó un suspiro, murmurando algo que Rosemary no entendió, algo sobre Adaoun. Un instante después, sus párpados se deslizaron sobre sus ojos, que se habían vuelto tan tranquilos y profundos como un lago de montaña. Alan, casi sin respirar, alargó la mano para acariciar su rostro, ahora lleno de paz, y también Rosemary se acercó a él para tocarle. Alisó la almohada y colocó las mantas para que taparan a Hal hasta el cuello, pero Alan enterró su rostro en ellas y lloró de puro y simple alivio. Rosemary le tocó suavemente el hombro y luego le dejó en la habitación con Rafe.

—Duerme tranquilamente —le dijo a su padre, que le hacía compañía a Robin en ausencia de Corin. Después, sin que le pareciese estar haciendo nada extraño, fue al establo donde Arundel y Alfie compartían un gran pesebre—. Vive —les dijo—. Vive, ¿me comprendéis?

Arundel arqueó su hermoso cuello y un potente relincho de triunfante alegría resonó sobre las serenas aguas de Celydon.

5

Alan jamás recordaría haberse ido a dormir después de sus cuatro días de cabalgada. Cuando despertó había pasado mucho tiempo, y se encontró a Rafe sentado junto a su lecho con cara de preocupación, como si el enfermo fuera Alan y no Hal. Rechazó la oferta que le hizo Rafe de traerle algo para comer y fue corriendo a la habitación de Hal. Le encontró despierto, con Rosemary cuidando de él, pero demasiado débil para hacer algo más que mirarle con ojos en los que se leía un leve asombro. Alan se dio cuenta de que Hal apenas si sabía quién era.

En los días siguientes, Alan y Rosemary cuidaron constantemente de Hal. Rosemary sostenía la taza o la cuchara mientras Alan refrescaba la indefensa cabeza que yacía sobre la almohada. Alan alzaba y bañaba el frágil cuerpo de Hal mientras Rosemary cambiaba las sábanas y las curas, y el poner nuevos vendajes era algo que hacían siempre entre los dos. En cuanto pasaron unos cuantos días, Hal empezó a recuperarse. Sus heridas se cerraron y ganó algo de peso. De vez en cuando se movía, intentando cuidar de sí mismo, y en algunas ocasiones susurraba unas pocas palabras respondiendo a sus preguntas. Pasaba la mayor parte del tiempo durmiendo, pero cuando despertaba, sus ojos estaban llenos de perplejidad y se preguntaba cómo había escapado a los horrores de la cámara de torturas para acabar siendo cuidado por estas dos personas que tanto le amaban.

Al tercer día, Corin volvió con Tormenta Nocturna. Alan les recibió en las puertas del castillo.

—Hal se encuentra mucho mejor —le dijo con alegría, y luego le dijo lo mismo al corcel en la Antigua Lengua, expresándole su más fervorosa gratitud. Tormenta alzó su hermosa cabeza y por un instante el serio rostro de Corin brilló de felicidad. Después preguntó por Robin—. Se está recuperando sin problemas —respondió Alan, sintiendo una leve punzada de culpabilidad. No había visitado a Robín más que una sola vez. El joven había recibido una herida grave y merecía más atención por parte de sus amigos, pero incluso Corin se había visto separado de el. La única esperanza de Alan era que pudiese comprenderlo. Dominado por toda esa confusa serie de pensamientos, no pudo contenerse por más tiempo y le dijo—: Cory, tenías que ser tú. Habías hecho ese camino conmigo, y conocías el mejor sitio para esperarme.

—Claro que sí —le contestó Corin, sorprendido, y clavó la mirada en Alan—. Tus problemas aún no han terminado, ¿verdad?

—Llevaré el caballo al establo —dijo Alan con expresión ceñuda—. Ve con Robín.

—Y con Hal.

—No, con Hal no. Aún no está preparado.

Ese día el castillo recibió a otra persona preocupada por Hal, un osado visitante que se salía de lo acostumbrado: Ket. Rafe le llevó adonde estaba la dama y Ket se alegró de poderle dar sus noticias. Los hombres del rey habían estado registrando Agua Blanca durante unos días y luego se habían introducido en el Bosque, donde los hombres de Ket habían acabado con ellos. Rosemary le dio las gracias por haberse molestado en traerle esas nuevas, pero le explicó que Hal todavía no estaba lo bastante fuerte para verle.

—¿Serviría de ayuda que le hablaras en ese..., ese lenguaje secreto vuestro? —le preguntó Rosemary a Alan cuando se quedaron a solas.

—Quizá. Pero sería igual que si intentara darle prisa a una flor para que abriera sus pétalos. Cuando esté listo para levantarse del lecho, lo hará, y debe conseguirlo a su manera, por extraña que parezca.

Y la manera de lograrlo para Hal consistía en soñar. Ya no dormía tanto, pero se pasaba horas enteras con los ojos clavados en la lejanía, sin ver lo que le rodeaba. Alan permanecía sentado junto a él en silencio durante horas y horas, como si su muda presencia pudiera servirle de ayuda; no se atrevía a ofrecerle ningún otro tipo de auxilio. Rosemary iba a verles de vez en cuando y se marchaba sin hacer ruido. Tenía la sensación de que no la necesitaban..., todavía no.

Algunas veces Hal hablaba en su trance, murmurando palabras de la Antigua Lengua, fragmentos de canciones y leyendas. Habló de Bevan de Eburacon, y luego habló de Verán, de Brand y de Brent; todos los Reyes Benditos. Habló de Adaoun y de Claefe, e incluso de Lysse. Alan le observaba y le escuchaba un día tras otro, aguardando oír el nombre de Mireldeyn.

—*Elwyndas* —murmuró Hal—. *Elwyndas, mir belledas kellarth.*

Su trance se rompió igual que si fuera un frágil hilo e irguió el cuerpo lanzando una exclamación; las lágrimas rodaron por su rostro. Alan se apresuró a rodearle con sus brazos, temiendo que pudiera caerse.

—¡Hermano mío, hermano mío! —dijo con voz ronca—. ¡Cómo he podido olvidarlo! —Clavó sus ojos en Alan y él le apretó con más fuerza, intentando que su abrazo le devolviera la calma. Un instante después Hal dejó caer la cabeza sobre el hombro de su hermano—. Me diste tu sangre —sollozó.

—Ya hace un tiempo de eso —reconoció Alan—. Volvería a hacerlo si creyera que podía ayudarte. Cálmate, Hal.

—Ahora todo vuelve a mí de golpe, igual que una ola —gimió Hal—. Esa Torre maldita, y Roran, y tú alejándote al galope... ¡Y Robin, herido! ¡Y Arundel!

El cuerpo de Hal se tensó a causa de la angustia.

—Ya casi están curados del todo —se apresuró a decirle Alan—. Robin tiene muchas ganas de verte, pero pensamos que su presencia quizá pudiese turbarte. ¡Cálmate, Hal!

—¡Calmarme! —Hal se apartó de él y le miró igual que si se enfrentara a su juez—. Les había olvidado; me había olvidado de ti y también de..., de Rosemary... —Su voz tembló al sentir la magia de ese nombre.

—Hal —le pidió Alan con mucha dulzura—, no debes ser tan duro contigo mismo. Sufriste una herida mortal y lo cierto es que habrías pasado al reino oscuro de la muerte si tu fuerza de voluntad no hubiera podido hacerte resistir el tiempo necesario. Tanto tu cuerpo como tu espíritu han quedado agotados. No me extraña que tu corazón haya querido descansar en el olvido durante estos últimos días.

—Aun así... —y Hal no pudo completar la frase.

—¡Aun así, nada! —casi gritó Alan, dominado por la exasperación—. Ni una palabra más, hermano. Tiéndete en la cama; esta postura no es buena para ti.

Hal se apoyó en las almohadas con una trémula sonrisa. Alan le miró, no queriendo apartarse de él.

—Si lo deseas haré que venga —añadió.

Hal asintió. Alan le acarició la mano y luego se marchó en busca de Rosemary.

Al día siguiente él y Hal hablaron durante horas enteras, siguiendo el curso de los acontecimientos desde que sus dos caminos se habían separado. Hal recordaba muy poco de su enfermedad pero había algo de lo que sí se acordaba: la implacable majestad de Elwyndas.

—Me hiciste jurar... —murmuró.

—Por la carga de tu nacimiento —dijo Alan, terminando la frase por él.

—¿Por qué, Alan? ¿Acaso no bastaba con el juramento de nuestro amor?

—Mi amor te habría permitido dejarme o te habría perdonado por romper tu palabra, y lo sabías —le explicó Alan con el rostro muy serio—. Pero la carga de tu nacimiento es algo de lo que resulta imposible huir y jamás podrá ofrecerte perdón. No había otra cosa con la que me fuera posible atarte. —Alan estaba mirando al suelo—. ¿Me odias por ello, Hal?

—Me trajiste el bálsamo de Verán —le respondió Hal, y con aquellas palabras lo dijo todo.

Pero en la semana siguiente Alan vio con bastante menos frecuencia a Hal, ya que Rosemary y los demás le veían casi constantemente. Cuando Hal y su amada estaban juntos, Alan vagaba por el castillo sin rumbo fijo, incapaz de centrar su mente en nada salvo en los recuerdos de Lysse, que no cesaban de atormentarle. La felicidad de Hal le alegraba, así como el consuelo que le daba Rosemary apresurando su curación, pero Alan carecía de tal alivio. Algunas veces Rosemary percibía fugazmente la oscuridad que había en su rostro, oscuridad que Alan se apresuraba a ocultar, una tristeza demasiado noble para que fuese posible llamarla envidia, y deseaba que estuviera en sus manos reunirle con su amada. Jamás habría podido imaginar que una distancia muy superior a la de los meros kilómetros separaba a Lysse de Alan.

Cada día se asombraba ante el cambio que se había producido en Alan. Ahora había un nuevo conocimiento en sus ojos; a decir verdad, auténtica sabiduría. Rosemary siempre le había considerado un hombre sencillo y generoso cuya grandeza se mostraba tanto en su rostro como en sus obras. Pero Alan había conocido una pena que resultaba imposible vencer con facilidad y soportarla le había dado una talla que le hacía parecer más que antes el hermano de Hal. Rosemary no paraba de hacerse preguntas sobre la extraña piedra verde que había visto, el colgante suspendido sobre su corazón, allí donde quedaba oculto para todos. ¿De dónde había venido y cuál era el significado de su brillo iridiscente?

Alfie también parecía haber cambiado junto con su amo. Cuando estaba cerca de Arundel o Asfala siempre había dado la impresión de ser un animal algo torpe y desgarbado, pero ahora su cuerpo parecía tan lustroso y finalmente moldeado como el de un galgo o un ciervo. Se movía con la poderosa gracia nacida del orgullo justificado. Sus músculos ondulaban con cada gesto de sus largas patas; sus flancos brillaban a la luz del sol; sus ojos centelleaban con un resplandor dorado. Cuando miraba en sus profundidades ambarinas, Rosemary creía ver algo del misterio que había en Hal, pues Hal siempre ocupaba el lugar más destacado entre sus pensamientos.

Cómo había alargado la mano hacia ella en cuanto recobró el conocimiento y supo quién era... Había murmurado su nombre, tomándole la mano y acercándola a su rostro flaco; y después se había quedado dormido con el calor de los labios de Rosemary perdurando aún en los suyos. Incluso ahora, estando tan débil, su presencia la

emocionaba de una forma indescriptible, y seguía sintiendo el hechizo de sus palabras y su contacto, tan tierno y, al mismo tiempo, tan imperioso. ¡No, ahora no podía dudar de que la amaba! Ya no mantenía una distancia cortés entre ellos, y cada hora que pasaba con Hal le traía una nueva felicidad.

Un día, cuando Rosemary fue al jardín amurallado para recoger flores destinadas al cuarto de Hal, se encontró con Alan, que estaba bajo los árboles. La forma en que tensaba la mandíbula le hizo comprender inmediatamente que algo andaba mal.

Rosemary venía de estar con Hal y Alan le preguntó:

—¿Cómo se encuentra?

Por un instante Rosemary olvidó que Alan estaba triste gracias a la alegría que le causaba su recuerdo.

—Mucho mejor —replicó—. Hoy se ha sentado un rato y ha comido sin ayuda. Creo que pronto podrá caminar.

—Entonces la carga volverá a pesar muy pronto sobre él —murmuró Alan—. Apenas haya dado unos cuantos pasos le encontraréis sopesando una espada en la mano, preparándose para reemprender nuevamente su viaje. —Se golpeó el muslo con el puño y se volvió hacia ella—. Mi señora, mi presencia aquí carece de toda utilidad. Voy a marcharme.

—¡Marcharte! Pero, Alan, ¿por qué?

—Porque es el mejor regalo que puedo haceros. Os regalo unos días que nunca volverán para que los viváis juntos y solos. Dejad que tenga el tiempo suficiente para curarse y que sea vuestro y solo vuestro durante ese tiempo. Que no piense en su misión ni en abandonaros hasta que yo haya regresado.

Rosemary sintió el dolor que ocultaba ese regalo y sus ojos se iluminaron con el brillo de las lágrimas que se esforzó por contener mientras le daba el único consuelo que estaba en su mano:

—Oh, Alan —murmuró—, no me sorprende amarte igual que al hermano que nunca tuve.

Durante un fugaz momento el rostro de Alan perdió su dureza y su mano se extendió hacia ella en un mudo gesto de agradecimiento. Después se dio la vuelta y Rosemary observó la tensión que había en sus hombros mientras iba hacia el cuarto de Hal.

—Aquí no tengo nada que hacer —le explicó Alan a Hal un poco después—. Iré a Laveroc para ver qué tal van las cosas en el hogar de mis padres. Volveré antes de que caigan las hojas.

—¿Te llevarás a Cory para que te acompañe? —le preguntó Hal después de un largo silencio.

—No. Necesita descansar. —Eso no era cierto, y Alan trató de encontrar una razón mejor—. Prefiero que esté aquí, junto a Robín. Tengo la sensación de que debo ir solo.

Hal escrutó su rostro atentamente, viendo en él amor, tozudez y quizá algo de vergüenza. No supo qué responderle.

—Ve y que el Único no se aparte de tu lado —dijo por fin, alargando hacia él su mano izquierda. Esta vez su saludo particular no estuvo acompañado por palabras y cuando hubo terminado Alan salió apresuradamente de la habitación. Hal se quedó inmóvil, los

ojos clavados en la puerta cerrada.

Hal descubrió que Celydon era un sitio donde no parecía existir el tiempo, y eso era algo que Alan les había concedido al precio de un sacrificio que no podía ser definido, pero esa extraña cualidad del lugar tenía su fuente en la dama. Rosemary solía sentarse junto a su lecho, haciéndole camisas de lino, y así pasaba horas o días, Hal apenas sabía distinguirlos; el tiempo transcurría como andando de puntillas, sin que notaran su paso. A medida que fue recobrando las fuerzas, sus conversaciones se hicieron más prolongadas y empezaron a cantar acompañándose con el plinset, entonando canciones nuevas y antiguas. Hal estuvo pronto lo bastante fuerte como para pasar parte del día en el jardín. Rosemary casi podía ver cómo el sol y el aire libre le servían de alimento, igual que si fuera una planta que estaba echando brotes. Pasado cierto tiempo empezaron a dar paseos que se hacían más largos cada día, hasta que pronto recorrieron los campos que rodeaban el castillo. Cuando pudieron montar a caballo, sus excursiones se hicieron aún más prolongadas. Para aquel entonces Hal ya estaba curado y en plena posesión de sus fuerzas, pero no fue al Bosque para visitar a Ket y tampoco acudió al patio de ejercicios. Rosemary nunca había visto tan disminuido el peso de la carga que soportaba. Pasaban tardes enteras tendidos al sol entre la hierba de la pradera y Hal tejía guirnaldas de flores para su cabellera. Hablaban de amor y se besaban de forma interminable con besos cálidos y profundos. Rosemary habría sido feliz dándose a él por entero, pero Hal no quería tomarla; no mientras siguiera existiendo la posibilidad de que le mataran para dejarla sola y deshonrada. Ésta era la única forma en que seguía reconociendo la existencia de su carga... salvo un día.

Habían pasado tres días desde que Alan se fue. Hal le había pedido a Rosemary que llamara a su padre, y cuando Pelys estuvo junto a su lecho le pidió la mano de su hija en matrimonio. Pero creía que antes de que Pelys diera su consentimiento tenía que revelarles el misterio de su nacimiento a los dos. Pelys no quiso ni oír hablar de ello.

—Vamos, vamos, muchacho, ¿crees que no te conozco después de todo el tiempo que ha pasado? Eres sabio y valeroso, y serás un esposo perfecto para mi hija. No necesito saber nada más acerca de ti.

—El peligro me rodea por dondequiera que voy. Es muy posible que acabe alcanzándola a ella, e incluso a vos.

—¡Siempre he sabido que vivías rodeado de peligros! Y ella también lo sabía. ¿Acaso no sabes que el peligro más grave de su vida es no tenerte a su lado?

—¡Tengo que contároslo! —dijo Hal, desesperado.

—Bueno, bueno, pues si no tienes más remedio, cuéntalo —accedió Pelys—. Pero debes comprender que Rosemary no es tuya por tus palabras o mi consentimiento, sino porque es su propio corazón quien así lo ha escogido.

—Soy Hervoyel —dijo Hal, sin poder contenerse por más tiempo.

—Creí que tu otro nombre era Mireldeyn —observó Pelys.

Hal les contó su historia con voz entrecortada y vacilante, buscando palabras que les ayudaran a comprender su tortuoso destino. Pelys lanzó un silbido y su rostro se cubrió de sombras, pero Rosemary, con la sabiduría que da el amor, vio más allá del peligro y la espantosa responsabilidad, llegando hasta la herida más honda de las que afligían el alma de Hal.

—Oh, pobre Hal —susurró, casi al borde de las lágrimas. Cuando les habló de la muerte de su madre y de su tormento en la Torre no pudo contener el llanto. Hal la rodeó con su brazo sano.

—No es una historia agradable —murmuró—. Lo siento, amor mío.

Pero sus lágrimas eran como un bálsamo derramado sobre sus heridas.

Al seguir con su relato, les explicó por qué les había ocultado todo aquello hasta entonces.

—Sabía que Nabon de Lee no tardaría en actuar, muy probablemente antes de que terminara el año. Ket y sus hombres le vigilaban mientras que yo estaba fuera y también cuidaban de vos, mi señora, tan bien como les era posible. Pero incluso así, en el caso de que os hubieran capturado, pensando quizá en utilizaros como medio de presión, habría bastado con la más leve sospecha de que sabíais algo sobre el Príncipe welandés para que vuestra muerte en alguna repugnante cámara de torturas hubiera sido cosa cierta. Conozco vuestro valor, pero no podéis impedir que todo cuanto pensáis sea visible en vuestro rostro; vuestros ojos son iguales que espejos en los que se refleja la verdad, y ésa fue la razón de que creyera mejor que supierais lo menos posible sobre mi persona o mis acciones, por vuestro propio bien. Pero el peligro ha terminado, al menos por ahora, y antes de que Nabon haya logrado reunir nuevas fuerzas, podemos tener la esperanza de acabar con él en una fiesta de hogueras que no corresponderá a ninguna de las estaciones del año.

Su relato ocupó casi toda la tarde y Hal acabó cansándose antes de terminar. Había muchas cosas que Pelys y Rosemary seguían sin entender. La mayor parte de las preguntas que Rosemary tenía en su mente y que no se atrevió a formular habrían sido sobre Alan, el dolor que se ocultaba en sus ojos y la piedra verde que colgaba de su cuello. Pero no quiso hacerlas porque Hal ya se había quedado dormido, y cuando despertó su alma estaba libre de preocupaciones. Durante los días de pereza y de dicha que siguieron a su relato, Rosemary no habló a nadie de todo aquello que aún la tenía perpleja.

Ahora estaba prometida. Ella y Hal se casarían ese mismo año, si es que él sobrevivía a lo que le aguardaba. Rosemary se estremecía al recordar cómo la muerte iba siempre pisándole los talones, pero intentaba desviar sus pensamientos hacia el presente y sus alegrías. Con todo, el asombro era algo muy frecuente en ella. Ahora sabía muchas más cosas sobre Hal y, sin embargo, a duras penas podía comprenderle. Algunas veces hablaba con los caballos pronunciando palabras que le era imposible entender y no le decía en qué lenguaje hablaba. En sus ojos había un misterio que iba más allá de los simples hechos de su nacimiento o su vida, un conocimiento y una visión para los que Rosemary no podía hallar ni nombre ni explicaciones. Se preguntaba cuándo le contaría cuál era su significado y si alguna vez llegaría a hacerlo, o si le sería posible. Pensar en ello hacía que en algunas ocasiones se sintiera dominada por la tristeza. Mirándola, Hal pensaba que se le iba a romper el corazón, tal era su amor por ella, aunque no lograba entender sus cambios de estado de ánimo; esta doncella seguía siendo el mayor misterio del mundo para él.

Cuando las hojas empezaron a volverse marrones y el aire se hizo algo más frío, las preocupaciones de Hal volvieron con fuerza redoblada. El tiempo dejó de transcurrir con la lenta cautela de antes y empezó a correr cada vez más de prisa. Hal empezó a pasar sus días en el patio de ejercicios junto a Robin y Cory. Los ratos que pasaba con Rosemary ya no estaban dedicados a largos vagabundeos en los que sus pensamientos y

sus palabras eran tan libres como sus pasos. Ahora solían quedarse sentados en silencio, abrazándose con todas sus fuerzas igual que niños desesperados, y sus besos se habían vuelto apremiantes por la presión de los días que transcurrían implacablemente.

Alan regresó cuando las hojas ya se habían vuelto doradas y escarlatas pero aún seguían aferrándose a los árboles. Hal y Rosemary fueron a recibirle cuando salió del Bosque. Los ojos de Alan brillaban con dureza y su rostro era una máscara ceñuda. Hal no pareció darse cuenta de ello, pues tenía los ojos humedecidos por las lágrimas cuando aferró la mano de Alan y le golpeó cariñosamente los hombros. Alan devolvió su rudo saludo sin decir palabra, con el rostro inclinado... y Rosemary se preguntó qué estaría ocultando. Pero cuando se dio la vuelta para saludarla, pudo ver que algo de su antigua amabilidad volvía a estar presente en las cansadas arrugas de su cara.

Alan descansó dos días en Celydon. Se ejercitó con Hal en el patio y no pudo evitar una sonrisa de placer al descubrir que no había perdido nada de su habilidad. Pero en aquellos tiempos las sonrisas acudían muy raramente a los labios de Alan, ni tan siquiera estando en la alegre compañía de Cory, Robin y el ardiente Rafe. En una ocasión pasó un rato con Hal y Rosemary tomando el sol en la pradera y se fue relajando lentamente, como si en su interior hubiera algo que dejase de oprimirle durante esos minutos. Pero nunca hablaba de donde había estado, salvo en una breve conversación que mantuvo con Hal.

—Lo hemos visto por todas partes —había dicho entonces con voz emocionada, como si las palabras brotaran de su boca casi en contra de su voluntad—. Pequeñas crueldades, persecuciones, la tortura y la mutilación, los hombres destrozados y los espíritus rotos, los muertos y los que agonizan lentamente... Pero cuando vi ocurrirle todo eso a quienes conocí de pequeño, a quienes amé... —Se quedó callado, los dientes tan apretados que casi le rechinaban—. Ya me has oído hablar de Tynan.

—El viejo senescal de tu padre.

—Sí. Aún vive. Las torturas le dejaron lisiado y si vive es sólo porque es demasiado viejo para representar ninguna amenaza. Pero sigue siendo leal y bueno pese a todo lo ocurrido. Estuve en su casa. El resto... o han muerto o sólo están vivos a medias, y sobreviven al precio de sus almas.

—Y ahora, ¿tienen esperanzas? —le preguntó Hal, pero Alan apartó la mirada y se limitó a responder con un encogimiento de hombros.

Hal estaba perplejo, pues tenía la sensación de que tenía algo más que decirle. Pero Alan se había quedado extrañamente silencioso. Sólo había un signo visible del cambio que se había producido en él: ya no llevaba el anillo que había tomado de la mano de su padre. Cuando Hal le preguntó por él, sacó aquel pequeño aro de plata de una bolsita que llevaba oculta bajo su jubón. Pero no le dio ninguna explicación de por qué estaba allí, y su mirada rehuyó la pregunta que había en los ojos de Hal.

Al tercer día después del regreso de Alan, partieron de Celydon. Separarse de Rosemary hizo que Hal sintiera un gran dolor, pero ambos compartían la esperanza de que quizá dentro de un año ya no les fuera preciso volver a separarse. Otra esperanza le hacía un poco más fácil el partir: quizá cuando estuvieran viajando volviera a ellos la camaradería del camino y Alan fuera otra vez el mismo.

Y lo cierto es que Alan fue recobrando un poco la calma a medida que pasaban los días. Robín y Cory no parecían haber notado nada raro en él, pero Hal seguía sintiendo que entre los dos había ahora una barrera, una distancia dolorosa e inquietante. No podía

entender cuál era la causa. ¿Era culpable de ello, o acaso era que Alan había descubierto algo en Laveroc, algo que le había hecho distanciarse de todo y de todos? Si Alan tenía un secreto... Hal recordó el pasado y suspiró. No, no podía hacerle preguntas cuando Alan había tenido tanta paciencia con sus propios misterios, tan lentamente revelados. Y de mala gana, entristecido, Hal se vio obligado a reconocer que cuando Alan partió hacia Laveroc se había cerrado una puerta entre ellos, y que esa puerta seguía sin abrirse.

6

Pasaron el invierno en continuo peligro, no tanto procedente de los hombres como del intenso frío y las bestias hambrientas. Tan grande era el apremio de lo que debían hacer que no buscaron refugio alguno en unos meses durante los que todos los hombres se mantenían detrás de puertas bien cerradas, si les era posible hacerlo, y en vez de ello avanzaron cruzando la desierta superficie de la tierra igual que hormigas que osan aventurarse por el suelo de una cabaña. El pelaje de los caballos se hizo mucho más espeso para protegerles y pasaban las noches dando coces y piafando, pegándose el uno al otro para soportar el frío. Los compañeros llevaban encima varias capas de ropa, pero a pesar de ello, tanto sus dedos como sus caras quedaban cubiertos de escarcha, que se descongelaba tan sólo para helarse en seguida otra vez. Acabaron acostumbrándose al tiempo y hallaron una alegría salvaje en desafiarlo. Sólo buscaban refugio en alguna cabaña o en la caverna de unos proscritos en lo peor de las tormentas, cuando las cegadoras cortinas de blancura habrían podido congelarles por completo. Siempre observaban atentamente cualquier indicio de que el tiempo fuera a cambiar, pues ser atrapados por una tormenta semejante habría significado una muerte segura.

Cuando salieron de Celydon fueron hacia el norte. Cruzaron apresuradamente las Marcas, temiendo encontrarse con Arrok y rehuyendo Firth, pues el ejército del Rey seguía asediando la ciudad de Roran. Hal pensaba que les resultaría ventajoso el que las fuerzas de Iscovar estuvieran divididas, pues el comandante que había ido contra Firth seguramente habría dirigido su ejército contra el Príncipe de no estar ocupado en el asedio.

Antes de que el invierno alcanzara su apogeo, Hal y Alan llegaron a las ásperas Tierras Salvajes del norte, donde Hal mantuvo conversaciones con los señores de la guerra, tal y como Roran había dispuesto meses atrás. Aquellos señores eran hombres levantiscos y orgullosos, tan pendencieros y llenos de vanidad como los pavos reales: mandaban sobre las tribus bárbaras que recorrían el lejano norte enzarzadas en una guerra continua. Habitaban en tiendas incluso durante lo más crudo del invierno y se vestían de manera pintoresca, siendo de maneras feroces y ruidosas. Robin y Cory tuvieron que pelear con ellos de vez en cuando, pero Hal lograba dominarles mediante la fuerza de su voluntad y el brillo de sus ojos, y el rostro de Alan estaba tan serio que bastaba para hacer que cualquier hombre se lo pensara dos veces antes de provocarle.

Los señores de la guerra accedieron a unir sus fuerzas contra Arrok cuando llegara el momento, así como a romper el asedio de Firth. Odiaban el nombre de Arrok y respetaban a Roran, por lo que las dos misiones les agradaron. Hal tenía la esperanza de que pudieran mantener la paz entre ellos el tiempo suficiente como para cumplirlas, pero el invierno ayudaría a imponer la tregua que había ordenado como preparativo para la mayor guerra de cuantas se habían conocido hasta entonces.

Cuando el frío llegó a su intensidad máxima, Hal y sus compañeros fueron hacia el sur cruzando el Bosque del Oeste. Allí pasaron varios días con Blain el Delgado, el proscrito a quien Alan había conocido el verano anterior. Blain era un nombre extraño, distinto de la mayoría de proscritos, delgado, muy moreno y de mirada penetrante, en nada parecido a los hombres normalmente robustos y estoicos que eran capaces de sobrevivir en los bosques. No parecía tener gran habilidad con las armas pero poseía una inteligencia considerable, y daba la impresión de que conocía muy bien cuanto sucedía fuera del bosque. Discutió con bastante conocimiento de causa cómo se podía

derribar a un rey y conquistar el poder, describiendo con gran detalle los planes de reyes, nobles, sacerdotes y hechiceros tanto del presente como del pasado. Tenía incluso cierto conocimiento sobre maniobras militares. Hal se preguntó dónde había conseguido tal educación, dado que no pertenecía a la nobleza. ¿Quizá con los hechiceros de Nemeton? Casi tenía la impresión de que, como mínimo, Blain había tenido que ser un novicio de aquella asamblea de hombres sutiles y ambiciosos, pero mientras estaban con él, la Fiesta de Invierno, el más sagrado de los días anuales para los hombres del este, llegó y se marchó sin que Blain pareciera darse cuenta de ello.

Hal y Alan aprendieron mucho de Blain y le escucharon durante mucho más tiempo del que pasaron hablando. La agudeza de su inteligencia y su fuerza, casi fanática, exigían que se le respetara. Sus hombres, ninguno de los cuales era capaz de leer o escribir, adoraban a su líder igual que si fuera un vidente. Pero sus visitantes sentían a veces que había en Blain una carencia inexplicable, como si en un plato muy complicado faltase un ingrediente esencial. Resultaba difícil saber qué pensaba Blain de ellos. Aunque parecía incapaz de disimular lo que opinaba sobre cualquier asunto de la mente, fuera el que fuese, revelaba muy poco sobre los asuntos del corazón. Aun así estuvo dispuesto a ofrecerles su alianza y lo hizo con gran convicción. Alan parecía gustarle, pues hablaba muy frecuentemente con él, y eso era bueno, pues tendría que luchar a su lado en Laveroc. Hal se contentaba con asistir a las reuniones, reclinado en su asiento, y hablando en contadas ocasiones.

Cuando dejaron a Blain, sus caminos volvieron a separarse. Alan y Cory viajaron hacia el sur, a Laveroc, mientras Hal y Robín se dirigían hacia el Bosque y Craig el Ceñudo cruzaba Isla. El implacable invierno estaba en su peor momento y su viaje fue lento. Tuvo que pasar un mes y medio agotador antes de que Hal y Robin lograran encontrar refugio, y cuando llegaron a las cavernas de los proscritos entraron en ellas sintiéndose agradecidos de poder dejar atrás los cielos tormentosos.

Aproximadamente cada quince días, tal y como había estado haciendo durante ya bastantes meses, Tod, el encargado de los sabuesos reales, sacaba a sus perros del castillo durante unos cuantos días para llevarlos a los páramos. En cada una de esas ocasiones se encontraba con un hombre que iba a cazar aves con unas flechas en las que se veían las plumas de la codorniz. Y, tal como se había planeado, después de aquel encuentro Trigg volvía al Bosque y le daba noticias del Rey a Craig. Cuando Alan y Cory llegaron de Laveroc, Hal y Robin llevaban ya casi tres semanas con Craig y el informe seguía siendo el mismo de siempre: no había ningún cambio en la salud del Rey. Pero una noche, cuando la brisa arrastraba consigo una promesa de primavera y Hal daba nerviosos paseos por su refugio pensando en dormir al aire libre, Trigg entró al galope en el campamento montado en un caballo cubierto de espuma, trayendo al fin la noticia de que el Rey Iscovar se había retirado a sus aposentos por no encontrarse bien.

Los cuatro camaradas partieron antes del amanecer del día siguiente, y tres noches después acamparon en el mismo bosquecillo que había servido de protección la noche del asalto a la Torre. A la mañana siguiente, mientras Robin y Cory se quedaban ocultos en él, Hal y Alan galoparon osadamente por el camino real hacia el lugar que Hal había conocido durante un tiempo como su odiado hogar.

Lograron entrar en el castillo gracias a su arrogancia. Golpearon la puerta con los pomos de sus espadas, cubiertos con sus relucientes cotas de malla, sus rostros protegidos por los brillantes cascos y con los escudos dispuestos para el combate. Cuando el portero les preguntó qué les traía hasta allí, Hal le lanzó tal mirada que la

lengua de aquel hombre pareció quedar bruscamente paralizada. Cuando cruzaron el patio, en los ojos de Alan ardían feroces destellos dorados y el orgulloso corcel que montaba llevaba el cuello arqueado y sus cascos golpeaban el suelo con la misma fuerza que emplea el águila cuando acaba con su presa. Los ojos de Arundel ardían con un oscuro y peligroso resplandor y, como siempre, se movía con esa peculiar gracia espectral que le era característica. Hal y Alan hicieron que los caballos avanzaran con un trote lento, dejando atrás a grupos de hombres del rey que los contemplaban boquiabiertos y perplejos. La noticia de su llegada se había difundido rápidamente y el mozo de cuadras que acudió con rostro alegre a encargarse de sus caballos era uno que todavía se acordaba de Arundel.

Hal y Alan recorrieron rápidamente los fríos pasillos de piedra de la fortaleza. Sirvientes, guardias e incluso miembros de la nobleza se apartaban ante los dos guerreros, pegándose a las paredes para cederles paso. Las arrugas y cicatrices dejadas por cuatro años de penalidades eran bien visibles en sus rostros y el recuerdo de aquellos cuatro años ardía en sus ojos. Ahora, por fin, el triunfo estaba a unos pasos de distancia.

El único que intentó detenerles fue el centinela apostado ante la puerta del Rey, pues suya era la responsabilidad de protegerle y el precio que pagaría por fracasar en ello era su vida. Hal apenas le miró, pero un solo golpe bastó para arrancarle la espada de la mano, y otro golpe, éste dado con la empuñadura, le hizo caer al suelo: luego, sin mirar hacia atrás, Hal abrió la puerta de un empujón. Alan le siguió, aunque la repugnancia que sentía hacia Iscovar hacía que le resultara tan difícil entrar en sus aposentos como en la pestilencia de un osario. Una vez dentro se quedó inmóvil junto a la puerta, pero Hal fue directamente hacia el gran lecho cubierto por un dosel y contempló el cuerpo consumido del hombre que había conocido como su rey y señor.

El Rey Iscovar era fuerte y corpulento cuando Hal le vio por última vez. Ahora su piel se había aflojado formando pliegues parecidos a los de un sapo, amarillentos y rugosos. Su cuerpo, que había sido vigoroso e imponente, yacía fláccido en la cama. Pero las pasiones que dominaron su vida seguían llameando en sus ojos: crueldad, codicia y una maldad que teñía todos y cada uno de sus actos. Cuando contemplo a su heredero mantuvo el rostro tan inexpresivo como una máscara, pero ni aun así podía ocultar la malevolencia de su alma, pues acechaba continuamente en sus ojos.

Iscovar y Hal se observaron en silencio durante unos momentos. El Rey parecía tranquilo, pero un odio ardiente chisporroteaba en su mirada. Él rostro de Hal hablaba claramente de la repugnancia que sentía hacia él.

—He venido a por mi herencia —dijo por fin—, aunque no sienta grandes deseos de recibirla si ha de venir de tus manos. ¿Me ayudarás o piensas ponerme obstáculos?

Los ojos de Iscovar relucieron brevemente mientras se humedecía los labios para responder. Pero antes de que pudiera hablar, el guardia entró en la habitación, tambaleándose y con la espada en la mano. Hal le hizo caso omiso, pero Alan se encargó de impedirle el paso.

—¡Alto! —le ordenó—. ¿Acaso no reconoces a tu Príncipe?

Los ojos del Rey Iscovar se movieron velozmente hacia la silueta que había junto al umbral y su rostro palideció todavía más bajo su piel amarillenta.

—¡Laveroc! —siseó con la voz de una serpiente acorralada. Luchó por incorporarse en el lecho y las palabras brotaron de sus labios impulsadas por el pánico, el odio y el

remordimiento—. ¡Fuera! ¡Apártate de mi presencia!

Alan contempló con una nada disimulada repugnancia al hombre que había hecho torturar a su padre. Sentía tanto asco hacia él que de buena gana se habría marchado, pero Hal le detuvo con una mirada.

—Se quedará conmigo —le dijo secamente al Rey—. ¿Qué garantías tengo de que no mandarás encerrarle en esa aborrecible Torre tuya?

El rostro del Rey se iluminó con un enfermizo color rojo púrpura.

—¡Guardias! —gritó en un paroxismo de pasión—. ¡Guardias!

Hal sacó su espada al oír ruido de pasos en el corredor. Pero cuando los guardias entraron en la habitación con un tintineo de armas, Iscovar les hizo una seña impaciente para que se aproximaran a su lecho—. Ordenadle al chambelán Waverly que venga aquí —les dijo—. Y que vengan también Kepp, el mayordomo, y Derek, el capitán de la guardia, y Guy Diente-Roto. ¡Que vengan en seguida!

Unos instantes después los perplejos esbirros del Rey entraron apresuradamente en la habitación, tan alegres como monstruos devoradores de carroña al pensar en la crisis que creían ver aproximarse: el viejo Waverly, arrugado y marchito, maestro en las intrigas y la hechicería; Kepp, el mayordomo, un hombre bajito y regordete con una perpetua cara de susto; Derek, flaco y de ojos aviesos, el peor y más implacable de todos los torturadores; y Guy Diente-Roto, un guerrero de gran corpulencia, tuerto, luciendo las cicatrices y marcas obtenidas en un millar de combates.

—No, aún no he muerto —se burló el Rey al ver cómo el brillo de alegría se iba borrando de sus ojos—. Pero aun así vais a tener un nuevo amo. Éste es vuestro Príncipe, y supongo que todos debéis acordaros de él. A partir de este momento toda mi autoridad pasa a él. Obedecedle en todo. Y ahora —siguió diciendo, volviéndose hacia Hal—: ¡saca de aquí a ese hombre de Laveroc!

Hal contempló con sus frías y grises pupilas a quienes eran ahora sus hombres y cada uno de ellos desvió la mirada y se encogió pensando que quizá fueran a pagar el precio de sus acciones del pasado. Fue Derek quien sintió con mayor agudeza el helado dedo del miedo, pues había conocido a Hal en circunstancias muy distintas, y estaba seguro de que Hal no había olvidado aquellos días en la Torre.

—Éste es Alan, señor de Laveroc —les dijo Hal por fin—. Pensad en él como en mi otro yo, y obedecedle en todo. Ahora, marchaos. Él se encargará de daros órdenes hasta que me sea posible hacerlo personalmente.

Los ojos de Hal se volvieron hacia Alan cuando éste se preparaba a irse, pero el nuevo señor de Laveroc se negó a devolverle la mirada. Con un suspiro, Hal concentró nuevamente su atención en el postrado monarca. Cogió una silla, la acercó a la cabecera de Iscovar y se preparó a escuchar informaciones que su antiguo señor pudiera querer comunicarle.

En sólo unos cuantos días fueron muchos los cambios que se produjeron dentro de las murallas del castillo de Nemeton. A la noche del primer día el Príncipe y el señor de Laveroc ordenaron que las puertas se abrieran de par en par, y ante sus ojos atentos desfilaron centenares de hombres altos y de rostro ceñudo, cada uno de ellos llevando un arco temible, tan alto como una persona, con flechas de casi un metro de largo y puntas afiladas como navajas. Aquellos hombres no fueron a los apestosos cuarteles que

el Rey había usado para sus soldados, sino que se instalaron en el patio, al aire libre, y desde allí vigilaban con ojos duros a todo el que lo cruzaba. Pero no se portaron deshonrosamente con nadie, ni doncella ni hombre, y la gente del castillo aprendió muy pronto a respetar a sus nuevos guardias, capitaneados por Craig el Ceñudo, cuyo rostro parecía tallado a golpes de hacha. En cuanto al señor de Laveroc y el Príncipe, aún no sabían muy bien qué nombre darles a sus sentimientos hacia ellos. En sus ojos había algo que causaba temor y que hacía pensar a todos que disgustarles sería la muerte, pero no mostraron en ningún instante la dureza que era habitual en Nemeton: a decir verdad, hicieron gala de una inesperada generosidad. Todos los prisioneros de la Torre fueron liberados, se les curó, se les dio ropa y comida y se les envió a sus hogares. ¡Y se dieron órdenes de que los servidores y los soldados tenían que comer mejor, y de que no se les golpeara! Sumidos en la suspicacia y la incredulidad, todos aquellos que no formaban parte de la corte pero que eran la auténtica vida del castillo observaron y esperaron.

El chambelán Waverly, el jefe de los hechiceros de Nemeton, había dejado de ser persona con la que se debiera contar. Siendo o más valiente o más astuto que los otros altos cargos del castillo, salió del aposento del Rey, atravesó las puertas y siguió caminando. Según se decía, había tomado un barco con destino hacia puertos extranjeros con la esperanza de encontrar en ellos a un patrón adecuado para sus siniestros talentos. Habiendo perdido a su líder, sus compañeros de hechicería se habían dispersado discretamente y los ritos del Hijo Sagrado se habían visto bruscamente abandonados.

Derek de la Guardia también había pretendido salir por las puertas del castillo, pero Alan se lo había impedido. Ahora, por primera vez, tenía que esforzarse codo a codo junto con sus hombres. Dado que no había prisioneros a los que vigilar o torturar pasaban los días cavando largas trincheras en una soleada colina situada junto a la ciudad. El trabajo era agotador, pero apenas se atrevían a alzar la cabeza de la tierra que estaban removiendo, tan grande era el temor que les inspiraba el Príncipe de los Ojos Grises. Derek había perdido su aviesa mirada de antaño y, al igual que sus hombres, el continuo preguntarse por la razón de seguir con vida le estaba volviendo medio loco. ¿Cuándo se daría la orden que le convertiría en blanco para aquellos arqueros de rostro ceñudo, tal y como estaba seguro de que acabaría ocurriendo? Por lo que sabían, era muy posible que estuvieran cavando sus propias tumbas. Pero Derek era un hombre que se aferraba tenazmente a la vida, fueran cuales fuesen las condiciones, y no se quejaba.

Derek ya sabía que la Torre nunca volvería a necesitar vigilancia. Nadie había vuelto a ser encerrado en su interior, ni tan siquiera el mismo Derek, que había intentado huir ese primer día. Ni los hombres del rey habían sufrido tal castigo, aunque Alan estuvo dándole vueltas a la idea con bastante placer. Pero Hal no estaba dispuesto a que la Torre volviera a tener prisioneros. «Ni al más repugnante y perverso de los hombres», dijo con el rostro ceñudo. Ello creaba el problema de qué hacer con los hombres del rey, la élite montada de los guerreros de Iscovar. Muchos de ellos estaban de patrulla y jamás volvieron. Los que se encontraban en Nemeton prestaron juramento de fidelidad a Hal, pero lo dieron a regañadientes, le obedecían sin gran entusiasmo y dejaban de cumplir sus órdenes siempre que les era posible. Hal acabó descubriendo que el único remedio era irles despojando uno a uno de sus armas y expulsarles de la ciudad. Sus capas negras empezaron a revolotear en las mazmorras de la Torre; Hal parecía pensar que ése era el sitio más adecuado para tales atuendos. Sus cascos fueron a la herrería, para que los fundieran y convirtiesen en objetos un poco más hermosos. En cuanto a sus caballos, Hal se los quedó.

Necesitaría jinetes para combatir a los señores del sur y para encontrar hombres con que llenar aquellas sillas de montar vacías; decidió apelar a las tropas.

—Necesito jinetes —les dijo sin más preámbulos—. Quien lo desee puede intentarlo.

En cuanto hubo escogido a sus candidatos él y Alan les sometieron a un entrenamiento implacable. Sólo disponían de unos cuantos meses, como máximo, y mandarles contra guerreros bien entrenados sin haberles adiestrado previamente sería provocar una matanza. Aun así, la disciplina de Hal no era la brutalidad que estos hombres habían conocido anteriormente, sino una especie de libertad concentrada. Sin saber muy bien el cómo o el porqué, los hombres acabaron descubriendo que les gustaba y les era provechosa. Como el resto de gentes que vivían en el castillo, empezaron a experimentar aquel tipo de obediencia que libera del miedo.

Guy Diente-Roto seguía entrenando a los infantes bajo la mirada atenta del Príncipe. Su ser empezó a llenarse de una dolorosa tensión, pues ya no se le permitía descargar su caprichosa ira sobre los indefensos jóvenes que estaban bajo su mando. Llevaba apenas una semana acatando el extraño nuevo orden de Hal, cuando acabó estallando. Una mañana se volvió loco en el entrenamiento: dominado por una rabia ciega, se lanzó sobre un recluta, atacándole con su espada. Hal logró salvar al joven interviniendo cuando éste ya había caído al suelo, y Alan se encargó de llevarle a un lugar seguro. Un instante después, los boquiabiertos reclutas presenciaron una exhibición de esgrima digna de recordarse. Guy era una auténtica montaña, dominando a Hal por una cabeza y pesando sus buenos quince kilos más que él; luchaba con la fuerza devastadora de un toro que embiste. Pero Hal le hizo moverse en círculos como el oso que baila ante el cebo, atravesando sin ningún esfuerzo sus frenéticas estocadas para irle aguijoneando con golpes que provocaban en él una furia aún mayor, de tal forma que mientras Hal seguía tranquilo y sin ninguna herida su oponente iba empapándose de sudor y sangre, la respiración tan sibilante como la de una marmita puesta al fuego.

Alan, que estaba arrodillado junto al joven herido, acabó lanzándole un grito de disgusto:

—¡Hal, acaba ya con él!

—Cuando no pueda más —le respondió Hal—. Entonces podremos atarle.

—¿Para qué? —gritó Alan—. ¡Tiene la muerte en los ojos! ¡Sé compasivo y mátale antes de que se vea obligado a matarse él mismo!

Hal vaciló durante un segundo, observando cautelosamente a su adversario mientras seguía jugando con él, haciéndole ir en círculos, y lo cierto es que en los ojos de aquel hombre sólo podía verse la expresión de una bestia enloquecida.

—No le atormentes más —dijo Alan con un rechinar de dientes—. ¡Mátale, o seré yo quien lo haga!

Hal enterró su acero de una veloz estocada en el corazón de Guy y, casi con el mismo movimiento, le dio el golpe de gracia en el cuello. Después fue hacia Alan, el rostro lleno de perplejidad, sosteniendo casi distraídamente la espada goteante de sangre junto a su costado.

—¿Cómo has podido decirme algo así delante de todos? —le preguntó, más sorprendido que irritado.

—Ha resultado, ¿no? —le replicó Alan con frialdad—. ¡Que de entre toda la gente, tú, nada menos que tú, temas derramar sangre...! Si quieres ganar el trono no puedes

permitirte tantos escrúpulos a la hora de verterla.

—Cierto, habrá derramamiento de sangre —murmuró Hal—, y en abundancia. Pero espero que nunca llegue a ser capaz de no preocuparme por eso, Alan, y rezo porque así sea. Alan, esto no es propio de ti...

—¿Tenía razón o no? —le replicó ferozmente Alan.

—Tenías razón —asintió Hal con voz cansina.

—Bien, entonces...

Los ojos de Alan estaban tan oscuros y brillantes como dos joyas, duros y vacíos de todo sentimiento. Hal fue incapaz de hallar amor alguno en ellos, y no vio la más mínima comprensión de lo que sentía. Lanzó un suspiro y apartó la mirada hacia el pálido joven que tenía a los pies.

—¿Cómo se encuentra?

—Las heridas no son graves —respondió Alan, y su voz era algo más dulce—. Dentro de unos días se habrá recuperado.

Otro recluta, tan pálido como el herido, se arrodilló junto a él.

—¿Es tu hermano? —le preguntó Hal.

El joven asintió, tragando saliva.

—Bueno, entonces llévale a su catre y quédate con él.

Hal les vio atravesar lentamente el patio de ejercicios, uno de los hermanos sosteniendo con delicadeza al otro, y no pudo evitar que por su mente cruzara el recuerdo de cómo había existido otro par de «hermanos» en el pasado, y tuvo que hacer un gran esfuerzo de voluntad para contener las lágrimas de la desesperación que ardían en sus ojos.

Seis días después Robín entró en Celydon montando un caballo agotado y se arrodilló con una impecable reverencia cortesana ante el señor Pelys, entregándole un pergamino que llevaba el sello real. Pelys leyó la misiva, despidió al joven mensajero con una sonrisa y llamó a Rafe.

Cuando Rafe estuvo ante él Pelys le mostró la carta con el sello real.

—El Príncipe welandés quiere verte —le dijo—. Te necesita.

La mandíbula de Rafe se aflojó a causa de la sorpresa mientras empezaban a brotar de sus labios los balbuceos del más indignado rechazo.

—¡No pienso servir a ningún hijo de los Reyes Negros! —acabó gritando por fin con voz llena de pasión—. ¡Lo más probable es que tenga cuernos, como el dios al que sirve, pues el mismísimo diablo es su soberano!

En aquel instante Pelys fue incapaz de seguir conteniendo la chispa burlona que pugnaba por aparecer en sus ojos.

—Pues la última vez que le vi, Hal no tenía cuernos —dijo con una risita.

—¿Hal? —murmuró Rafe con un hilo de voz.

—Sí, Hal —respondió Pelys secamente, disfrutando de su broma.

—Hal —murmuró Rafe, frunciendo el ceño—. Hal, hijo del demonio que tortura a los

hombres en la Torre Oscura... ¡Siempre supe que había algo extraño en él!

Si Pelys hubiera podido usar sus piernas para que le hicieran atravesar la distancia que les separaba, quizá Rafe hubiera sentido el peso de su puño. Pero, dado que no podía moverse, Pelys se quedó mudo de rabia, por primera vez en toda su vida.

—¡Rafe! —logró decir por fin con voz de trueno—. ¡Oírte decir eso le rompería el corazón!

—Lo sé, lo sé —balbuceó Rafe, lleno de vergüenza—. Es duro de creer, eso es todo.

—¡Pues entonces cree lo que te venga en gana! ¡Puedes creer que es un espíritu maligno dejado en lugar de un bebé, como dijiste en el pasado, o que el Otro Mundo se divierte gastándole bromas a un rey malvado! Pero hay algo de lo que puedes estar bien seguro: es el mismo Hal que siempre conociste, y en toda Isla no hay hombre mejor que él. ¿Piensas ir, o no?

Rafe osó mirar por fin al encolerizado anciano y en sus pupilas apareció un brillo travieso.

—¡Por supuesto! —replicó con un tono de ofendida sorpresa—. ¡Tengo que partir inmediatamente!

Hizo una reverencia y salió de la habitación, dejando a Pelys rojo de rabia.

7

Toda Isla se agitaba por algo más que el brotar de las hojas verdes y la nueva vida. Los señores, naturalmente, sabían que su Rey se aproximaba al fin de su existencia y planeaban ansiosamente sus estrategias para apoderarse del trono. Pero las guerras e intrigas de los señores eran algo muy corriente en las vidas de la gente normal y para ellos nada cambiaba mucho si el motivo de tales guerras era una muchacha, un pedazo de tierra o el mismísimo reino. La guerra era la guerra fuera cual fuese su razón, y lo más probable era que durante la misma sus campos fueran pisoteados por los caballos, sus hogares incendiados y sus hijos obligados a servir como soldados, mientras que sus vidas eran puestas en peligro por el descuidado oponerse de los ejércitos enemigos. Entonces, ¿qué hacía que los campesinos hablaran de noche en nerviosos murmullos, ocultos en las oscuras calles de sus aldeas, y que de día cumplieran las órdenes del mayoral con una chispa oculta bajo el opaco velo que cubría sus ojos? La mayor parte de ellos sólo sabían que flotaba algo distinto en el aire, una esperanza nacida de leyendas medio olvidadas que parecían haber cobrado nueva vida. Todas las gentes del campo lo notaban y se alegraban de ello.

También la ciudad de Nemeton estaba revuelta, y ello se debía al amor que empezaba a sentir hacia un gobernante firme pero bondadoso. Al igual que los atrevidos brotes de verdor nacen del más pétreo suelo tras una cálida lluvia primaveral, así brotaban en los más extraños lugares los resultados de la bondad de Hal. El rostro regordete de Kepp el mayordomo perdió su continua expresión de susto, y con su miedo también desaparecieron sus crueldades. Rafe se encargaba de entrenar a los soldados en el patio de ejercicios, ocupando el lugar de Guy Diente-Roto, el guerrero corpulento que había muerto. Sus hombres formaban un grupo abigarrado y con pocas cosas en común, pero acabaron amando al temerario Rafe, que sabía forjarles en el fuego de sus pasiones. Y los antiguos guardias seguían doblando el cuerpo encima de sus palas en la soleada colina que había junto a la ciudad. Ya no temían ninguna muerte inminente, pero trabajaban con un ánimo que ni ellos mismos acababan de comprender.

El día en que por fin estuvieron terminadas las trincheras, Hal llevó a quienes las habían cavado hasta la Torre, donde había varios carros aguardando ante sus horribles puertas.

—Hoy daremos por fin descanso a vuestras víctimas —les dijo—. Pero no quiero tener cobardes en mis legiones. Quien ceda al pánico y eche a correr se arriesga a terminar en compañía de los muertos.

Un extraño calor llenó los corazones de aquellos hombres al oír la palabra «mis», aunque no entendieron demasiado bien lo que les decía Hal; pensaron que les estaba amenazando con la ejecución. Cuando Hal abrió las puertas del osario se quedaron paralizados por el temor a los espíritus que había ante ellos y el miedo al Príncipe que tenían a su espalda, cada emoción tan potente como la otra, y se retorcieron indecisos igual que presos en unas tenazas. Después avanzaron, lenta y decididamente, impulsados por una fortaleza que no les pertenecía. Unos pocos gritaron, y corrieron hacia su muerte sobre las duras losas o en el fondo del pozo, tal y como les había advertido Hal. Pero a pesar de ello el Príncipe siguió apremiando a los demás para que cumplieran con la tarea que les aguardaba.

Cargaron los carros con los huesos y los despojos humanos, y el horror de aquella escena se perdió en la negrura que flotaba ante sus ojos. Siguieron a los carros hasta las fosas comunes que habían cavado y el miedo les acompañó. Descargaron los carros y

subieron en ellos para regresar al castillo, con el miedo aferrándose a sus cuerpos igual que un olor desagradable. Trabajaron durante todo el día, aunque no se enteraban de ello, durante toda la noche y el día siguiente. Alan les ayudó, aunque Hal le había dicho que no lo hiciese. Cuando los últimos restos humanos hubieron sido puestos en las tumbas y cubiertos de tierra, Hal guió a los hombres como si fueran sonámbulos hacia sus cuarteles, y allí pasaron durmiendo la mitad del día siguiente. Cuando despertaron recordaban muy poco de lo que habían hecho, y comprendían aún menos, pero sintieron que algo había cambiado dentro de ellos. Al contemplar el sol de primavera sonrieron como no lo habían hecho desde que eran niños.

Pasados unos pocos días, y por voluntad propia, los guardias lograron encontrar una inmensa piedra con forma de columna que sacaron de la tierra y llevaron laboriosamente hasta las fosas comunes. Le irguieron en lo alto de la colina, un sitio desde donde era visible a kilómetros de distancia, y en ella esculpieron runas que hablaban de honor, de pena y del reposo de las almas. Entonces supieron que los espíritus dormían y volvieron con el alma más ligera a las tareas que Alan les había impuesto.

Todos salvo uno. Derek de la guardia yacía en el lecho más blando que había conocido en toda su vida, debatiéndose y gimiendo presa de una enfermedad que no atacaba el cuerpo, y Hal sentado junto a él, incapaz de ayudarle.

Rafe no sabía lo que le estaba pasando a Derek. No había comprendido casi nada de lo acontecido en la Torre y apenas si había tenido tiempo para pensar en ello, ya que estaba muy ocupado entrenando a sus hombres. Casi nunca tenía un rato libre, pero cuando podía montaba en Tormenta Nocturna para hacer sus rondas de vigilancia.

Unos pocos días después del gran entierro, Rafe fue a comprobar los puestos de los centinelas que había apostado ante las puertas, dando palmaditas en el cuello de Tormenta y silbando suavemente. Al verle venir, sus hombres le llamaron a gritos. Frente a las puertas había un desconocido y no lograban comprender qué le había traído hasta allí. No se había mostrado hostil, pero aun así no sentían grandes deseos de permitirle la entrada. Cuando Rafe les preguntó por qué, buscaron en vano palabras con que responderle y al fin uno de ellos dijo que parecía la mismísima Muerte. Al oír eso Rafe lanzó un gruñido de impaciencia.

—Dejadle entrar —dijo—, y así podré echarle una mirada.

Siguió silbando suavemente mientras las pesadas puertas giraban ante él, pero cuando el jinete cruzó el umbral su silbido terminó en una aguda aspiración de aire. Rafe no había creído que en todo el mundo pudiera haber otro caballo tan parecido a Arundel, una espléndida criatura de oro tan igual a él como un hermano. Al principio, Rafe se quedó tan fascinado por el caballo que apenas si se fijó en el jinete. Después concentró su atención en él y un escalofrío de miedo irracional le recorrió la espalda. El jinete iba cubierto de la cabeza a los pies con una larga capa oscura y una capucha ocultaba su rostro entre las sombras de la tela. Además, montaba en aquel caballo increíble sin usar ningún tipo de estribos ni arreos. El cielo se llenó de veloces nubes negras y el mundo resonó con el ominoso rugir del trueno, iluminándose con los fantasmagóricos destellos del relámpago. Bajo aquella luz difusa, el silencioso jinete no parecía tanto ser de carne y hueso como el espíritu de la tormenta que se aproximaba. Su caballo blanco y oro relucía con la pálida claridad del rayo y el jinete envuelto en su mortaja hacía pensar en la oscuridad que precede al trueno.

La atmósfera se cargó de una tensión expectante, aunque sólo habían transcurrido unos pocos segundos. El tiempo parecía haberse detenido; entre cada murmullo del trueno el silencio abría sus fauces, como un abismo. Mientras iba hacia el desconocido, Rafe pudo oír claramente cada leve crujido de su silla de montar.

—¿Quién eres? —le preguntó, intentando ocultar el nerviosismo y el miedo que pugnaban por asomar en su voz—. ¿Qué te ha traído aquí?

El desconocido se volvió hacia él como si se dispusiera a responder y entonces el tiempo abandonó su lento arrastrarse y echó a correr incontroladamente, pues todo pareció ocurrir a la vez.

Una caprichosa ráfaga de viento se apoderó de la capucha del desconocido y la alzó, apartándola de su rostro. Rafe quedó deslumbrado al ver una cabellera de oro, un mentón perfectamente tallado por algún escultor ultraterreno y un rostro como el de un dios. Pero fueron sus ojos los que le dejaron paralizado..., unos ojos tan temibles y maravillosos como la eternidad. Creyó que iba a morir, que todo su ser iba a desintegrarse de puro amor. Quiso huir, tal era el miedo que sentía, y pese a todo anhelaba poseer la fuerza suficiente para quedarse. Como si vinieran de otro mundo, oyó los gritos y alaridos de sus hombres. «¡Es un espíritu maligno! ¡Un demonio, un duende..., corred! ¡Sus ojos os helarán la sangre, os convertirán en piedra!» Muchos de ellos huyeron, lanzando gritos de pánico. Algunos se quedaron inmóviles contemplándole con pálidos rostros que realmente parecían haber sido esculpidos en piedra. Y uno de ellos, quizá el más valiente, quizá el más sediento de sangre, preparó su arco gritando que él acabaría con aquel ser maligno.

El desconocido no se movió, pero Rafe reaccionó con desesperada premura, inclinándose hacia adelante para golpear la flecha con su mano. Después se volvió hacia sus hombres, lleno de furia, la sangre goteando del profundo corte que se había hecho en la palma.

—¿Qué estáis haciendo? —les gritó—. ¿Sois capaces de matar a quien no os ha hecho daño alguno, a quien ni tan siquiera lleva armas visibles? ¡Volved a vuestros puestos y esperad mi regreso!

Aunque Rafe también estaba tembloroso y con la cara pálida, la fuerza de sus palabras hizo que se sintieran avergonzados de su miedo y los hombres volvieron silenciosamente a sus puestos.

Después, con los ojos de sus hombres clavados en él, Rafe se volvió una vez más hacia aquel terrible personaje de la capa negra. Pero la capucha estaba de nuevo en su sitio y la terrible Diferencia había quedado oculta. El desconocido tenía en la mano una tira de paño limpio y, sin decir palabra, se ofreció a vendar la herida que Rafe se había hecho en la mano. Rafe seguía sintiéndose dominado por un miedo irracional, pero su tozudo orgullo logró vencer a ese miedo. Dejó que le vendara la mano y después guió al jinete a través del patio. La Muerte le seguía montada en un pálido caballo; ¿o era quizá la esencia de la vida, de una vida excesiva e irresistible?

Hal y Alan estaban ejercitando a los caballos. Nada más verles el desconocido hizo avanzar a su dorado corcel dejando atrás a Rafe y fue hacia ellos igual que el viento, su capucha cayendo hacia atrás y su dorado cabello flotando en libertad, y de sus labios brotó un melodioso saludo. Rafe había oído aquellos mágicos sonidos antes de ahora... Hal y Alan se volvieron y gritaron «¡Anwyl!», apresurándose a cabalgar hacia él. Rafe vio como se abrazaban y empezaban a hablar emocionadamente. Sintió el repentino mareo de quien se ha visto liberado de una gran carga y sus ojos se oscurecieron; sus

manos se aferraron desesperadamente a la silla. Oyó el ruido de unos cascos y sintió manos que le ayudaban a bajar de su montura. Y entonces, por primera vez en su vida, se desmayó.

Despertó unos instantes después, con Hal, Alan y Anwyl inclinados sobre él con los rostros llenos de preocupación.

—Rafe —le dijo Hal con voz ronca antes de que éste pudiera hablar—, te doy las gracias desde lo más hondo de mi corazón. Si Anwyl hubiera sufrido algún daño, a duras penas habría sido digno de conseguir mi corona.

—He combatido contra hombres de gran fortaleza y jamás he flaqueado en la batalla —murmuró Rafe—. No me ha amenazado en ningún instante y aun así el terror que siento hacia él me deja sin fuerzas. ¿Por qué, Hal? ¿Cómo es posible que pueda producir tal efecto en mí?

—Porque no es un hombre, sino un elfo. —Hal ayudó a Rafe para que se apoyara en la pared—. Temías a lo desconocido; sin saberlo, notabas que era distinto a ti, pero aun así no huiste y no le atacaste, sino que le ayudaste venciendo tu propio miedo. Rafe, hay muy pocos hombres que se te pueden comparar.

—He aprendido mi lección, eso es todo —murmuró Rafe—. Cuando me acordé de cómo habría podido llegar a matarte porque vi algo extraño en tus ojos pensé que quizá algún día este desconocido llegara a serme tan querido como tú. Pero el miedo... Hal, no puedo vivir con este miedo, incluso si no vuelvo a verle nunca más. Me oprime el corazón. ¿No hay cura alguna para él?

—Ninguna salvo superarlo —dijo Hal muy despacio—, y acabar dejándolo atrás.

Anwyl estaba hablando con Alan, pero se apresuró a venir en cuanto Hal le llamó. Rafe sintió una oleada de pánico cuando vio aproximarse a Anwyl; pegó su cuerpo al suelo y no pudo contener los temblores que le sacudían. Hal habló con Anwyl en la Antigua Lengua y él y Alan se arrodillaron junto a Rafe, uno a cada lado, sosteniéndole.

—Mira sus ojos —le dijo Hal—. Mira en ellos tanto tiempo como te sea posible y cuando no puedas soportarlo más..., sigue mirando.

Rafe miró. La cuchillada del miedo le hendió el corazón, desgarrándole, dispersando su ser al capricho de los vientos. Luchó hasta que tuvo la impresión de haber perdido el cuerpo, y su miedo fue una cobardía que ya sólo pertenecía al espíritu. Rafe tuvo la sensación de estar flotando a lo largo de un oscuro pasillo, temiendo alcanzar cada uno de sus recodos. Pero al fin, con un destello de cálida luz y una sensación de alivio, acabó encontrándose en un lugar hermoso y lleno de vida. Allí moraba Anwyl y algo llamado Aene, y en un instante Rafe comprendió aquello que había temido..., el vasto, terrible y paradójico poder del amor. Y supo que los elfos podían destruir a los hombres con tan sólo un pensamiento y una mirada, y supo que jamás lo harían. Aquel conocimiento giró en su mente igual que una rueda de luz y acabó desvaneciéndose en la negrura. Despertó para descubrir que seguía apoyado contra la pared, con Anwyl sosteniéndole las manos. Las lágrimas empezaron a bajar por sus mejillas y acabó enterrando su rostro en el brazo de Hal.

—No son los espíritus de la noche los que causan el mal de este mundo, ni tan siquiera los demonios de la hechicería —dijo con voz vacilante—. Y tampoco son los Antiguos, de quienes los hombres han afirmado que carecen de corazón, que son astutos y de sangre helada.

—No —le dijo Hal en voz baja—, y si el pueblo de la Primera Canción pudiera destruir el mal sin destruir al hombre, puedes tener la seguridad de que así lo harían. Pero el mal forma parte del hombre al igual que el amor; algunas veces el mal empieza con el amor, o el amor es llamado mal... Saberlo es duro, pero creo que es preferible con mucho al miedo de la ignorancia.

—Sí, es mucho mejor. —Rafe alzó su rostro para mirar a Anwyl—. Te doy las gracias. Pero, Hal, mi cabeza está llena de preguntas... ¿Dónde viven los elfos? ¿Cómo es posible que tú y Alan hayáis llegado a conocerles?

Hal sonrió.

—Anwyl y yo tenemos que ir con Derek. Después hablaré contigo.

—¿Alan?

—Podría contártelo —le dijo éste—, pero prefiero no hacerlo.

Le dio la espalda y se alejó, pues cuando sus ojos se posaban en Anwyl su corazón se inundaba con el dolor de recordar a Lysse.

Derek seguía gimiendo suavemente y debatiéndose en su lecho, luchando con una fiebre del espíritu. Durante cinco días no había reconocido a nadie, no había pronunciado palabra alguna y no había probado ni el alimento ni la bebida.

Hal colocó un brasero junto a la cama y luego puso sobre él una marmita con agua hirviendo. Echó dentro de la marmita lo que Anwyl había traído consigo y los dos tomaron asiento, disponiéndose a esperar.

Anwyl había traído dos alforjas llenas de la flor dorada de Verán.

—Anwyl, ¿por qué? —protestó Hal—. Estoy seguro de que te has llevado hasta la última flor del valle, dejándolo vacío y desnudo.

—Porque la necesitarás, Mireldeyn.

—Siempre ha sido necesaria —murmuró Hal.

—Pero ahora estamos muy cerca del final de la Era de Verán. Mi pueblo no tardará en abandonar el Valle del Águila y tanto si vivimos como si morimos jamás podremos volver a él. No es momento de pensar en las posesiones o en conservar lo que se tiene. En la nueva Era no habrá sitio para la Corona de Verán ni para los elfos, sin importar cuál sea el sentido de la corriente.

—Y de nuestra tierra desaparecerá una gran cantidad de maravillas y prodigios.

—Pero otros prodigios nuevos y maravillosos podrán nacer en ella, cosas que no podemos ni imaginar. No pierdas la esperanza, Mireldeyn.

Derek se había quedado inmóvil en su lecho, durmiendo pacíficamente. Hal y Anwyl cerraron la puerta al marcharse sin hacer ruido.

Hal visitó a Derek al día siguiente y le encontró plenamente consciente y lleno de angustia.

—Mi Príncipe, mi Príncipe —gritó agónicamente—, he visto mi alma y es negra... ¡Negra!

—De cada mil hombres apenas si hay uno capaz de admitir eso, y de cada cien mil no hay ni uno capaz de recordarlo —dijo Hal con un brillo de admiración en sus ojos—.

Derek de la Guardia, creo que acabarás siendo uno de mis mejores vasallos.

Derek le miró y su rostro estaba cubierto de sudor.

—Mi Príncipe, vuestro perdón es la carga que deberé llevar el resto de mi vida.

—Y ahora —le dijo Hal—, ¿querrás comer, recuperar tus fuerzas y volver a servirme?

—Sí. Debo serviros durante el resto de mi vida.

Aquel día era la víspera de mayo. Al anochecer, las hogueras brotaron en las colinas para señalar el mediodía del año; la gran piedra que marcaba el lugar de las tumbas se alzaba bañada por el resplandor rojizo igual que una torre de sangre. Hal y Alan pasaron toda la noche vagabundeando entre las hogueras, cogiendo las flores de primavera y arrojándolas a la tierra desnuda de los túmulos en memoria de Leuin de Laveroc, allí donde pudiera estar.

A la mañana siguiente, Alan y Cory partieron hacia Laveroc. Una vez allí, Alan libraría batalla para recobrar el hogar de sus padres. Anwyl iba con ellos, y su destino final era Welas y la Montaña de Verán. Cory estaba impresionado por la presencia del elfo, pero su experiencia anterior con los espíritus le ahorró una ordalía similar a la sufrida por Rafe. Hal y Robín les acompañaron hasta llegar a la encrucijada de los caminos.

—¡Feliz cumpleaños! —dijo Hal mientras cabalgaban.

—¡Feliz cumpleaños a ti también! —le contestó Alan.

Los dos acababan de cumplir veinte años, pero ya hacía mucho tiempo que actuaban como hombres en el mundo de los hombres.

Al separarse, Robin y Cory se miraron con un tímido afecto y se dijeron muy pocas palabras. Cada uno sabía que quizá no volvería a ver con vida al otro. Hal abrazó a Anwyl igual que si fuera un hermano, aunque poco podía comprender las caricias de los mortales, siendo un elfo. Después, casi con vacilación, Hal extendió su mano izquierda hacia Alan, ofreciéndole su saludo particular. Alan le devolvió el gesto pero su apretón fue apresurado, duro y tosco, y sus ojos no quisieron encontrarse con los de Hal.

—Ve y que mi bendición te acompañe —dijo Hal por fin.

Cory saludó a Robin, pero Alan se alejó con los hombros rígidos, sin mirar hacia atrás ni una sola vez. Hal se mordió el labio y Robin le miró de soslayo con muda simpatía, pues ninguno de los dos sabía que si Alan había apartado el rostro era para ocultar la angustia que había en sus ojos.

Con la ayuda de la vieja Nana, Hal logró detectar a la mayor parte de los espías que había en el castillo y los echó de él. Gracias a eso, los grandes señores sabían menos de lo que les habría gustado saber sobre las acciones del Príncipe. El secreto mejor guardado de toda Nemeton era la salud del Rey. El médico era un hombre amable y pacífico, y si ocupaba el cargo de médico del castillo no se debía a sus deseos. No tardó en hacerse amigo de Hal y le ayudó con astucia, dejando caer aquí y allá frases engañosas sobre el estado de Iscovar, con lo que mientras el Rey yacía inmóvil con los ojos vidriosos y sin ver nada aparte de su propia muerte, se decía que aún podía vivir uno o dos meses más. Ésa era la única información que poseían los grandes señores y con ella debían contentarse.

Una tarde de mayo, cuando Alan llevaba fuera algo más de tres semanas, el médico visitó a Hal para mantener una conversación privada con él. Días antes, Hal había

ordenado que los sucios recintos de la Torre fueran llenados de paja y empapados con barriles de aceite. Ahora, sin decirle ni una palabra a nadie, cogió una antorcha de la pared y fue hacia la puerta principal de la prisión que había sido la pesadilla de Isla durante siete generaciones. Entró en varias celdas, usando la antorcha en ellas, y después la tiró al suelo y salió al patio, donde se reunió con Craig el Ceñudo y sus hombres. Por los barrotes de las ventanas asomaban ya lenguas de fuego. Los soldados y los habitantes del castillo salieron al patio silenciosamente, mirando y esperando. De repente las llamas subieron por los lados de la Torre y brotaron de su cima igual que la espuma de una fuente. Una columna de fuego se alzó un centenar de metros por el aire; en su ápice, las llamas se extendían igual que pétalos de gigantescas flores exóticas. El patio siguió silencioso y nadie gritó; en todos los presentes había una emoción demasiado honda para expresarla con palabras. El fuego iluminaba los rostros vueltos hacia arriba, endurecidos por una austera alegría. Por fin su momento había llegado.

Al sur, en el castillo de Agua Blanca, los campesinos se quedaron inmóviles y contemplaron asombrados el resplandor del cielo, sin comprender qué sucedía. Pero hacia el oeste, a lo largo del Río Negro, los aldeanos levantaron la vista hacia el cielo y unos instantes después le prendieron fuego a los gigantescos montones de paja y madera que había reunido, haciendo que las noticias se difundieran todavía más hacia el oeste. Como el brillante polen de la flor gigante, chispas de luz ardieron sobre toda Isla, de las colinas que se alzaban en los dominios de cada señor que había entre el Bosque y Laveroc, entre Nemeton y Agua Blanca, y después fueron hacia el norte, cruzando las Tierras Salvajes hasta llegar a Lee, Celydon y Gaunt, siguiendo luego hacia Rodsen.

Alan vio las hogueras desde una casa cerca de Laveroc y subió a una de las colinas del hogar de su infancia para prenderle fuego a la pira que mandaría esas nuevas a los fieles que aguardaban en las llanuras de Welas, haciéndolas llegar así hasta Galin, Torre y Adaoun en sus recintos de la montaña. Pelys vio las llamas en Lee, encendió su propia señal, besó a Rosemary y llevó a sus tropas hacia Gaunt, transportado en una litera suspendida entre dos caballos. Al norte de Agua Blanca los gitanos derramaron aceite sobre la tierra e hicieron arder grandes extensiones de ésta. Desde las murallas de Firth, Roran supo que el asedio no tardaría en levantarse, y en las afueras de Rodsen y Firth una dispersa red de hogueras llevó las noticias a los señores de la guerra que vivían en el distante norte, y éstos empezaron a ponerse en movimiento.

Los grandes señores dormían en sus fortalezas de opresores, sumidos en el pesado sopor de quienes han hecho su voluntad durante largos años. En sus atalayas, bostezaban centinelas soñolientos, preguntándose sin demasiado interés qué loca superstición estaban celebrando ahora los campesinos. No tenían ni idea de que el país entero se había puesto en movimiento. Hombres armados salían del Bosque tan silenciosa e implacablemente como la tinta derramándose de una botella. Blain y sus centenares de seguidores avanzaban a marchas forzadas hacia Laveroc. Ket y sus hombres tomaban posiciones alrededor de Lee. Grupos más pequeños, e incluso hombres solos o en parejas, brotaban de todas partes para vengar las afrentas que habían sufrido.

Aquella noche los habitantes de Isla no durmieron, pero no les importaba. En Lee, Gaunt, y en docenas de pequeños dominios situados junto al Bosque del Este y del Oeste, hombres, mujeres y niños se afanaron durante las horas de la oscuridad hasta que grandes montones de comida y equipo robado se alzaron en los escondites del Bosque. Después, las mujeres y los niños tomaron unas pocas pertenencias y fueron al Bosque, donde estarían seguros, con sólo unos pocos ancianos de barbas canosas para protegerles. Los hombres adultos y los jóvenes besaron a sus amadas y partieron,

dispuestos a morir.

Y así fue como Nabon de Lee despertó de su profundo sueño nocturno para descubrir que sus almacenes estaban vacíos. Todos sus bienes se encontraban en el Bosque, sus muros estaban rodeados por los proscritos y entre ellos había gran número de sus propios hombres. Esa mañana el orgulloso Gar de Agua Blanca tuvo que recorrer sus dominios a pie, pues su caballo andaba por la llanura junto a los ponis de los gitanos. Su ciudad estaba casi vacía y muchos eran los huecos dejados en sus filas por los jóvenes a los que había reclutado usando la fuerza, ya que éstos se habían marchado durante la noche para reunirse con sus padres y hermanos. Margerie no paraba de reír, oculta detrás de sus postigos, pues sabía que de todas las personas imaginables ella era la última de quien Gar habría sospechado la voluntad de plantarle cara y desafiarle.

En Weldon y en todos los pequeños reinos de Welas, los señores locales despertaban para encontrarse con que les habían robado las provisiones y que muchos hombres habían desertado. En Laveroc se mantenía una estricta vigilancia y se gobernaba con mano dura, pero nadie conocía los viejos pasadizos secretos mejor que Alan. Ese día, el títere de Iscovar no pudo partir a la guerra, pues casi todos sus grandes depósitos de armas y comida se habían esfumado.

De todos aquellos sitios que conocían a Hal y le guardaban amistad el único que se mantuvo inactivo fue Nemeton. Durante toda la noche, el patio del castillo y las calles acogieron a más de diez mil personas, cada una de ellas tan silenciosa como las estrellas. La luz grisácea del amanecer fue haciéndose más fuerte y todos siguieron inmóviles: soldados, proscritos, sirvientes y gente de la ciudad que había aprendido a sentir amor hacia su extraño Príncipe. Pero cuando los rayos del sol naciente brotaron del mar que tenían a la espalda, Craig el Ceñudo apareció junto a Hal, inmóvil en la explanada del castillo.

—¡El Rey Iscovar ha muerto! —gritó—. ¡Larga vida al buen Rey Hal!

Un grito que parecía un alarido de guerra brotó de la multitud que había aguardado en silencio y el patio se llenó de puños alzados hacia el cielo.

—¡La corona! ¡La corona! ¡La corona! —cantó el pueblo de Hal mientras Robin iba hacia él sosteniendo en sus manos el almohadón ceremonial.

Cuando Hal abrió la boca todos se quedaron callados y aunque habló en voz baja nadie dejó de oírle.

—No llevaré ninguna corona que haya pertenecido a los malditos Reyes del este —dijo.

—Alan ya lo había previsto —le respondió Craig—, y por esa razón hizo que te fabricaran ésta, y lamenta enormemente no poder estar aquí para colocarla sobre tu cabeza. No es demasiado hermosa, pero espero que quieras llevarla en recuerdo suyo.

Craig alzó la tela de lino con ribetes dorados para revelar una tiara de plata con el emblema del medio sol grabado en la parte delantera.

Los ojos de Hal brillaron igual que la corona.

—A fe mía que me alegrará mucho llevarlas —dijo con la voz enronquecida por la emoción.

Se arrodilló, y Craig puso la corona sobre la cabeza, murmurando: «Que todos los dioses te acompañen, Hal». Cuando éste se puso en pie y se volvió hacia su pueblo, tragó saliva, pues todas las rodillas se habían doblado ante él, y Craig y Robin, que estaban a su lado, también se arrodillaron en aquel instante. Durante un momento todo

fue silencio. Después Craig alzó su puño, saludándole, y lanzó el primero de los alegres gritos que siguieron a ese silencio: «¡Larga vida al Rey Hal! ¡Ojalá reine muchos años!».

Hal se ruborizó al oír tantas aclamaciones y sus labios se fruncieron en una mueca de incomodidad.

—Rey sólo de nombre —dijo cuando al fin pudo hacerse oír—, hasta que los poderosos señores de cada comarca se hayan inclinado también ante la corona. Ha llegado el momento de que nos pongamos en marcha, pues estoy seguro de que ellos ya lo han hecho.

Libro quinto

Laveroc

1

Hal no tenía ninguna intención de verse atrapado en Nemeton igual que un zorro en su madriguera. La cautela no le serviría de nada si debía enfrentarse a fuerzas superiores en número. Su única esperanza era superar a sus enemigos en un combate abierto.

Llevó a sus hombres hacia el corazón del sur, las fértiles y siempre oprimidas Tierras Sonrientes, confiando que sus amigos del norte y el oeste protegerían Nemeton de cualquier ataque. Al sexto día su ejército cruzó la sinuosa rama sur del Río Oscuro y entró en una vieja llanura, silenciosa y fantasmagórica. Los grandes clarines de los trompeteros de la ciudad habían sonado ante él, proclamando la nueva de que el Rey había muerto, así que Hal hizo avanzar a sus exploradores para que localizaran a cualquier posible enemigo. Fueran por donde fuesen, los campesinos recogían sus escasas pertenencias y huían para salvar la vida, pues sabían que la guerra era todavía más implacable que los vientos de una tempestad cuando barrían la tierra. Los hombres de Hal les decían que fueran a Nemeton, donde estarían protegidos y se les daría de comer. Algunos no les creyeron. Otros, salieron corriendo igual que ratones hacia aquel inesperado santuario. Y unos pocos, los que habían oído el esperanzado murmullo que recorría el país, supieron que al fin había llegado aquel tiempo del que hablaba la leyenda... y dieron media vuelta para seguir a Hal.

Tuvieron noticias de que Mordri de los Puertos se había puesto en marcha en el sur, así como Kai, Señor del Roble, en el oeste. Daronwy, un señor poderoso, estaba reuniendo a sus fuerzas en Agua Blanca, no muy lejos. Intentar asediarle no serviría de nada, ya que los otros señores se apresurarían a venir en su ayuda. Hal avanzó cautelosamente en dirección suroeste, siempre atento a la presencia del enemigo. Finalmente, les llegaron noticias de que Daronwy había abandonado su fortaleza para unirse a sus aliados y lanzar un ataque contra el Rey recién coronado.

Unos pocos días después, hacia el crepúsculo, los dos ejércitos adversarios acamparon en la llanura, mirando el uno hacia el otro a través de una extensión de tierra tan lisa como un tablero de ajedrez, cada uno expuesto a los ojos del otro. Los ejércitos combinados de los señores formaban una fuerza casi tres veces superior en número a la de Hal. Éste contempló la oscura masa de sus huestes, puntuada por las hogueras y el destello de sus armas a la luz del crepúsculo, y sintió un escalofrío en su interior, notando el pánico espesarse en torno a él.

—La situación no parece muy buena —le dijo al joven capitán que estaba junto a él.

Rafe torció el gesto ante aquella forma tan suave de expresar la realidad.

—¿Esperabas algo mejor?

Hal suspiró.

—No demasiado, la verdad... Verás, Rafe, todo esto ha sido una locura desde el principio. Aun así, ¿qué otra cosa podía hacer? Nemeton no ha sido construida para resistir un asedio; los hombres del este eran demasiado orgullosos para eso. Y un Rey...

No acabó la frase.

—Un Rey debe mostrar su temple —dijo Rafe, encargándose de completarla por él.

—Especialmente un Rey recién coronado —añadió Hal con amargura—, y no importa de quién sea la sangre que pueda acabar derramada... Bien, quizá recibamos ayuda a

tiempo.

—Si Alan consigue apoderarse de Laveroc sin demasiados problemas, ¿cuándo crees que podrá venir en nuestra ayuda? —le preguntó Rafe con cautela.

—Como muy pronto dentro de unos cuantos días. Lo más probable es que tarde una semana.

Rafe se dio cuenta de la leve sombra que había oscurecido el rostro de Hal, pero no hizo ningún comentario al respecto. Sabía que entre él y Alan había algo que no iba del todo bien, algún problema indefinible. Y Alan parecía haber cambiado en los últimos tiempos... Por un instante, sintiendo una punzada de culpabilidad, Rafe se preguntó si realmente podían esperar ayuda de Alan.

—Ket o Roran tardarán todavía más en llegar —añadió Hal—. Y no sé en qué otro sitio buscar ayuda... Pero hasta que nos llegue alguna, tenemos que sobrevivir.

Vieron como los hombres afilaban palos que luego clavaban en el suelo, dirigiendo la punta de las estacas hacia fuera para crear una especie de Bosque erizado que protegiera a los arqueros de Craig. En aquella lisa llanura no había ningún otro tipo de refugio, ni tan siquiera una hondonada en el suelo. A la mañana siguiente, Hal y su ejército tendrían que esperar la carga del enemigo detrás de aquella improvisada barrera.

Hal no durmió mucho aquella noche, y las horas transcurrieron para él entre paseos tan inquietos como los de sus centinelas. Aunque Rafe no quería decirlo en voz alta, Hal sabía que incluso sobrevivir podía resultar imposible. Su mente se negaba a pensar en Laveroc, no queriendo preguntarse si Alan estaba herido, quizá incluso muerto... Tuvo una visión de Rosemary, a salvo en su torre de Celydon, y se aferró a ella durante todo el tiempo que pudo. Sí, había cierto consuelo en aquella imagen; a Rosemary no la amenazaba nada salvo la propia muerte de Hal... Tragó saliva y sintió por un instante que sus miembros se habían convertido en agua, anhelando su abrazo y sabiendo que quizá no volviera a verle jamás.

Rosemary había salido hacía mucho tiempo de su hogar para reunirse con Hal. ¡Que esperasen verla permanecer en Celydon cuando toda Isla se movía para ayudar a su amado...! Apenas había logrado dominar su impaciencia hasta la noche posterior a la partida de Pelys. Esa noche recogió su cabellera bajo un casco, se procuró una capa marrón y unas botas de muchacho, ensilló a su yegua Asfala y pasó sigilosamente ante los soñolientos ancianos que la protegían. Transformada en un joven de rostro altanero viajó rápidamente en dirección sur. Sólo encontró a campesinos inofensivos, pues el Bosque estaba casi vacío de sus ocupantes habituales. En una ocasión, dos rufianes de rostros aviesos intentaron acercarse a ella, pero no tardaron en cambiar de opinión al verla blandir una espada brillante, y nunca llegaron a pensar que no tenía ni la más mínima idea de cómo usarla.

Rosemary siguió cabalgando tan de prisa como podía. Hacia el sexto día había llegado a la parte sur del Bosque. Cuando llegó al final de la arboleda tiró de las riendas y contempló el páramo que se abría ante ella. El Bosque, que en un tiempo le había resultado extraño, se había acabado convirtiendo en su refugio y su amigo. ¡Nemeton! Todos sus instintos le decían que se mantuviera alejada de aquel lugar lleno de horrores, pero tenía que ir allí para poder encontrar a Hal. Rosemary apretó la mandíbula e hizo que Asfala entrara en aquella extensión carente de árboles, dirigiéndose hacia la lejana ciudad donde residía la corte.

La campaña de Laveroc llevaba seis días de curso. Alan estaba en su tienda, situada en los campos que había junto a la muralla. ¡Su tienda! La idea le hizo sonreír. Como jefe del ejército y señor de Laveroc había llegado a merecer el lujo de tener un refugio donde cobijarse. Cory estaba limpiando la mesa después de la cena; impresionado por la nueva posición de Alan, ya no le dejaba ayudar en las tareas del campamento, y Alan podía perder el tiempo pensando en la victoria que muy probablemente le sonreiría al día siguiente. De repente, oyó pasos fuera de la tienda y una voz preguntó:

—¿Puedo entrar?

—Naturalmente, Blain, claro que puedes —le dijo Alan, alegrándose de oír su voz.

Aquel proscrito erudito y desgarbado había mostrado una aguda comprensión de las complicaciones que presentaba la situación. Su consejo había evitado más de un infortunio, y sus estratagemas habían aportado una ayuda considerable. Alan sabía que existían hombres de corazón más cálido y generoso, más simpáticos y de instintos más delicados, pero una mente como la de Blain era algo muy difícil de hallar.

—¿Puedo hablar contigo a solas? —le preguntó Blain.

—Adelante — replicó Alan—. El fuera de la ley le lanzó una significativa mirada a Corin y Alan frunció el ceño, disgustado—. ¿Qué te preocupa, Blain? Sabes que puedes hablar con tanta libertad delante de Corin como estando a solas conmigo.

—Esta vez, no —afirmó Blain de manera más bien misteriosa.

Alan empezó a levantarse, dispuesto a protestar, pero Cory poseía el instinto de un estadista en atajar desacuerdos.

—Tengo que ir al pozo —observó jovialmente, y se marchó.

Alan volvió a sentarse, con el ceño aún fruncido, dispuesto a oír lo que Blain tuviera que decirle. Pero esta vez Blain no parecía dispuesto a usar sus maneras habituales, directas y sin rodeos, y guardó silencio durante unos instantes, como si no supiera qué decir.

—Eres un hombre de gran corazón —dijo por fin—. Un hombre de fuerte voluntad y gran sabiduría, pero, principalmente, eres un jefe de gran corazón.

—Blain, no es costumbre tuya dedicarte a repartir elogios sin tener algún motivo para ello —replicó Alan secamente—. ¿Qué te ronda por la cabeza?

—¡Que los Reyes Sagrados merecen dicho nombre es un cuento inventado por los sacerdotes y los hechiceros para satisfacer sus ambiciones y engordar sus bolsas! —dijo Blain con una súbita pasión—. No he visto dios alguno en toda mi vida y sé que tú no crees en ninguno de ellos, pero la pobre gente supersticiosa se halla bajo el temor de su venganza y nunca intentarán liberarse. Ningún hijo de Iscovar tiene otro derecho al trono que el proporcionado por su propia hombría. El trono debería ser ocupado por un hombre de buen corazón, alguien como tú.

Alan tuvo la sensación de que un puño helado le oprimía el pecho, dejándole sin habla. Blain siguió intentando convencerle con voz llena de pasión.

—¡Alan, mi señor, ocupad el trono! Tenéis la oportunidad y el poder necesarios para conquistarlo y lo merecéis dos veces más que él. Por el bien de aquellos que os aman...

Como si un trueno hubiera caído inesperadamente del cielo, el campamento tembló de

repente bajo un estruendo insoportable, un rugido tan potente y terrible como el de un león enfurecido. Cory, igual que todos los demás, se quedó paralizado durante un segundo junto al pozo; después volvió corriendo a la tienda. Llegó justo a tiempo de ver como Blain salía de ella tambaleándose cegado por el pánico y seguido de Alan, que blandía su espada y parecía poseído por una furia incontrolable. Alcanzó a Blain de dos saltos, igual que una bestia feroz atacando a su presa, y éste no pareció pensar ni una sola vez en usar su arma, tan indefenso le había dejado el miedo. Alan le hizo caer al suelo y colocó la espada sobre su garganta, hablando en un jadeo entrecortado que la pasión volvía casi incomprensible.

—¡Traidor! ¡Sucio traidor! Es el mejor hombre que jamás haya existido. ¡Y tú has sido capaz de pensar que yo podía volverme contra mi propio hermano, que me ama y confía en mí!

—Misericordia, mi señor... —suplicó Blain con un hilo de voz.

Alan lanzó una breve y seca carcajada que hizo nacer un escalofrío en la columna vertebral de Corin.

—Sí, la tendrás..., pero sólo durante un momento. No mereces morir limpiamente por la espada. Morirás con vergüenza, como un traidor, colgando de una cuerda. Corin, trae cuerda con que atarle las manos.

Cory volvió en un instante con la cuerda que le había pedido Alan, y éste, dándole un brusco tirón, hizo que el prisionero se pusiera de rodillas. Las manos de Cory temblaban de tal modo que apenas si fue capaz de hacer los nudos. Alan cogió la espada de Blain y envainó la suya. La rabia que había vuelto su rostro rojo como la sangre se había desvanecido, y en su lugar quedó la expresión implacable de quien no piensa cambiar la decisión que ha tomado.

—Misericordia —empezó a suplicar nuevamente Blain; pero se quedó callado cuando los gélidos ojos de Alan le miraron, pues vio que su muerte había sido ordenada por una fuerza superior a la simple ira.

—No malgastes tu aliento mendigando misericordia —le dijo Alan con voz tranquila—, e intenta morir como un hombre, Blain. ¿No tienes ningún dios que pueda ayudarte en ello?

Blain bajó la cabeza, sintiendo todo el horrible efecto de aquella pregunta.

Todo el campamento se había congregado a su alrededor y todos estaban tan silenciosos como el prisionero. Alan les miró y habló.

—Este hombre me ha instado traicioneramente a que le quitara el trono de Isla a la persona con quien me une el amor y el juramento de fidelidad. Aunque mi rabia ya se ha calmado, no puedo consentir que siga con vida. No os exijo que asistáis a su muerte. Quienes no quieran presenciarla pueden marchar con honor.

Nadie se movió.

—Necesito un verdugo —siguió diciendo Alan—. No voy a nombrar a ningún hombre para que desempeñe tal tarea. ¿Hay alguien que se ofrezca?

Nadie se movió ni habló.

—Entonces, tendré que hacerlo yo mismo —dijo, cogiendo la cuerda.

Pero el viejo Tynan detuvo su mano.

—Yo lo haré —dijo en voz baja; pero en ese mismo instante varios hombres dieron un paso hacia adelante, avergonzados por el gesto del anciano.

La cuerda no tardó en quedar anudada y sujeta a la rama de un árbol. Bajo ella se colocó un tocón y Blain fue hacia él sin que nadie le escoltara, y apenas si se tambaleó mientras le ayudaban a subir y le pasaban el lazo por el cuello. Cuando se le ofreció una improvisada capucha la rechazó con un gesto de la cabeza, y sus ojos, ahora límpidos y brillantes, buscaron los de Alan en una muda petición.

—Habla —le concedió Alan.

—Hombres que me habéis seguido, quedaos junto a mi señor Alan y servidle —les dijo Blain con voz emocionada—. Os pido que le sirváis bien. Yo le quería bien, aunque me quiero todavía más a mí mismo y le habría despojado del poder en cuanto me hubiera sido posible... Pero si le servís, quizá mi alma consiga ganar cierto mérito. Y cuidaos del orgullo, que ha sido mi perdición. —Tragó una profunda bocanada de aire y se volvió hacia Alan—. Estoy preparado —dijo.

Alan se dio cuenta entonces de que Corin estaba a su lado en silencio.

—Cory —le dijo en un murmullo apremiante—, ve a la tienda.

Y mantuvo los ojos clavados en Blain.

Pocos eran los hombres adultos que se habían atrevido a contrariar la voluntad de Alan ese día, pero Corin tenía sus propias ideas sobre el deber.

—Me quedaré a tu lado —dijo con firmeza.

Alan le atravesó con la mirada, pero no vio en Corin ningún desafío nacido de la juventud, sino tan sólo un amor imposible de doblegar.

El verdugo estaba aguardando su señal.

—Hazlo de prisa —le ordenó Alan, y el verdugo asintió.

—No me torturéis más, mi señor —dijo Blain en voz baja, y Alan se mordió el labio al ver su rostro perlado por el sudor.

Avanzó de repente y le dio a Blain la única muestra de misericordia que podía otorgarle: le golpeó con fuerza en la frente usando el pomo de su espada. Después quitó el tocón que sostenía sus pies.

Aunque Blain estaba inconsciente por el repentino golpe de Alan, no había escape posible ante el brusco corte de su respiración, el rostro purpúreo y contorsionado, el cuerpo convulso y los pies, que chocaron con ritmo frenético contra el tronco del árbol antes de irse calmando lentamente. Blain tardó bastante tiempo en morir. Alan quería dar la vuelta, sollozar, correr, derrumbarse en el suelo igual que un muñeco de trapo y golpear la tierra con los puños. Muchos eran los ojos que le observaban buscando señales de flaqueza, y no le importaban en lo más mínimo. Pero Corin estaba junto a él, y pensando en el chico, Alan se mantuvo rígido e inmóvil como una piedra.

Cuando todo aquello hubo terminado, Alan pidió voluntarios para encargarse del entierro, y sólo después de éste dirigió sus pasos hacia un macizo de árboles que ya había sido envuelto por las sombras de la noche, cada vez más cercana. Una vez allí se apoyó en un tronco y vomitó y lloró de vergüenza, sabiendo que la magnitud de su rabia era proporcional a la magnitud de su deseo oculto.

2

Cuando Rosemary llegó a Nemeton, Hal y su ejército habían logrado sobrevivir a un día de guerra. Su defensa de estacas puntiagudas había quedado reducido a astillas y estaba enterrado por los cadáveres. Los soldados se tambaleaban por el cansancio: una tercera parte de los infantes habían muerto, y una cantidad aún superior había sufrido heridas terribles. Hal y sus guerreros, Rafe, Craig y los arqueros que mandaba, tenían todos la mirada extraviada y andaban de un lado para otro dando tumbos, cubiertos de sudor seco y costras de sangre. Pero habían logrado mantener sus posiciones. El enemigo les había sumergido, rompiéndose sobre ellos igual que el océano, y su frágil línea de batalla, formada a lo largo de troncos que le habían pedido prestados al Bosque, había conseguido rechazar la marea.

Aun así, el ejército al que se enfrentaron a la mañana siguiente apenas parecía haber disminuido en número. Hal llamó a sus hombres para que se colocaran en línea de batalla detrás de sus defensas medio destrozadas, y al hacerlo su corazón estaba lleno de abatimiento.

—Estos palos se caerán a pedazos —gruñó Craig.

—Tampoco podría utilizar dos veces el mismo truco —suspiró Hal—. Hoy atacaremos, y confiemos en que no se lo estén esperando. ¿Listo, Rafe?

El joven capitán se limitó a mover la cabeza en un gesto de asentimiento. Tenía aspecto cansado y su rostro estaba muy pálido bajo la capa de suciedad. El mismo Hal tenía los ojos nublados después de haber pasado una noche sin sueño entre los heridos, y le turbaba que no fuera posible prescindir de ningún hombre para que los atendiera.

—Muy bien. Voy con los jinetes. —Hal empezó a marcharse, pero se dio la vuelta cuando sólo había andado unos pocos pasos—. Que tengáis suerte los dos —añadió en voz baja, y se fue en busca de Robín y Arundel.

Aquel día guió a sus jinetes en una carga tras otra, y al día siguiente hizo lo mismo, y al siguiente también. Rafe les seguía lanzando gritos enronquecidos, con sus infantes pisándole los talones. Y los arqueros de Craig se cobraron un gran número de víctimas, pero aun así daba la impresión de que las filas del enemigo no mermaban jamás. Hal y su ejército fueron forzados a retroceder una y otra vez durante aquellos días de pugna, hasta que podría haberse echado a llorar, hasta que estuvo más allá de las lágrimas. No habría culpado a sus soldados si éstos hubieran roto las filas y huido en desbandada, pero su valor le desgarraba el corazón. Hacían que el enemigo pagase muy caro cada paso que conseguía avanzar, pero ellos pagaban muy caro a su vez. Los heridos tenían que ser abandonados a merced de aquellos señores orgullosos... Y Trigg, el fiel Trigg, estaba entre los desaparecidos.

Al cuarto día, sólo la llegada de la oscuridad salvó al ejército de Hal de verse atrapado contra el río.

—Cruzad el agua —ordenó cuando sus escasas fuerzas lograron reagruparse—. Es nuestra única oportunidad.

Y de esa forma, medio nadando y medio vadeando la corriente, tan agotados que ya no tenían miedo alguno de ahogarse, pusieron el río entre ellos y su enemigo. Después, todos los hombres se dejaron caer en la húmeda tierra, sin pensar en la comida, el fuego o las mantas. Un silencio de muerte cubrió el campamento.

—Yo me encargaré de los turnos de guardia —gruñó Craig—. Algunos de mis hombres todavía se aguantan de pie... Hal, pareces un fantasma. ¡Descansa un poco!

—Lo intentaré —murmuró él—. ¡Oh!, ¿dónde, dónde está Alan? —pero Craig no tenía consuelo alguno que ofrecerle.

Al día siguiente no se combatió, y todos lo agradecieron como una bendición del cielo. Al ver que los arqueros de Craig vigilaban el río, el enemigo decidió no correr el riesgo de vadearlo y empezó a construir grandes balsas cubiertas por techos de madera. Agradecido por esa cautela, Hal recorrió su campamento ayudado allí donde le era posible y haciendo recuento de las fuerzas que les quedaban. Utilizó el don de los elfos para dar alivio a muchos de sus hombres, curando las enfermedades del cuerpo y el espíritu. Sus seguidores se asombraban al verle hacer eso y le llamaron el Rey que Curaba. Pero Hal no tenía cura alguna que ofrecer contra la muerte, y muchas veces tuvo que ver cómo sus hombres sucumbían a heridas mortales. Y, aparentemente, tampoco tenía cura alguna para su propia desesperación.

A primera hora de ese día llegó un mensajero del norte. No tardó en marcharse y Hal no le dio a sus hombres ninguna pista sobre las nuevas que había traído. Pero tuvo una conversación privada con Rafe y Craig.

—Roran ha sido vencido. Gar de Agua Blanca avanza hacia Nemeton.

Rafe y Craig le contemplaron en silencio, tan aturdidos como si hubieran recibido un golpe físico.

—Por mi parte —añadió Hal con voz llena de angustia—, no me disgusta la idea de morir acompañado de hombres tan leales. Aun así, me gustaría que pudierais hallaros en lugar seguro.

Rafe lanzó un bufido.

—Hal, hablar de esta forma no hará sino traernos mala suerte. Aún podemos recibir ayuda.

—Sí, aún es posible —dijo Craig, pero su rostro estaba triste y abatido.

Al anochecer, Hal y Craig recorrieron el perímetro del campamento para asegurarse de que todo estaba en orden. Cuando llegaron al puesto de vigilancia más alejado del río vieron a un joven imberbe con una hermosa yegua al lado. Craig estuvo seguro de que Hal se había vuelto loco, pues le vio dirigir su montura en línea recta hacia el joven y bajar precipitadamente de la silla. Temblando, Hal alargó la mano hacia él y bajar precipitadamente de la silla. Temblando, Hal alargó la mano hacia él y le quitó delicadamente el casco. La cabellera castañorrojiza de Rosemary se desparramó sobre sus hombros, el casco se deslizó de entre los dedos de Hal y él la besó, apasionadamente, sin avergonzarle lo que hacía, delante de todos los que estaban presentes. Cuando por fin la soltó, Rosemary vio que sus ojos estaban humedecidos por el llanto.

—Oh, amor mío —dijo con voz ahogada por la emoción—, no tendrías que haber venido.

—¿Por qué no? —Su abrazo la había dejado sonriente y sin aliento—. Creo que no lamentas del todo el verme.

—Te amo. Verte es como si por mis venas corriese un vino embriagador. Pero, oh, amor mío... —Las palabras brotaron de sus labios igual que si se las arrancaran—. No deseo que me veas morir.

Rosemary contuvo el aliento mientras los fríos dedos del miedo se cerraban sobre su corazón, pero su mirada no reflejó nada de lo que sentía.

—¿Por qué? —le preguntó ella con voz desafiante.

—Durante los últimos dos días hemos estado combatiendo contra una fuerza que nos supera tres veces en número. Nos hemos portado bien... —En la voz de Hal había amarga ironía—. Ahora sólo nos superan dos veces en número. Mis hombres están debilitados por las heridas y el agotamiento. Si combatimos mañana no veremos amanecer otro día. Si nos retiramos, nos acosarán igual que a las ratas entre el heno, pues Gar de Agua Blanca ya marcha contra el puñado de hombres que defienden Nemeton. Mis guerreros son valientes y tienen un gran corazón. Me seguirán hasta el final, no importa cuál pueda ser éste. No es mi destino el que me aflige, sino el que no pueda hallar esperanza alguna para ellos.

Hal se calló, reconociendo de repente el dolor que sentía por Rosemary.

—Mi señor, no te dejes abatir. —Rosemary puso su mano sobre el brazo de Hal—. Alan ha tomado Laveroc y no me cabe duda de que viene en vuestra ayuda. Además, Gar de Agua Blanca no se dirige hacia Nemeton para atacarla. El asedio de Firth no tardó en ser levantado, pero Roran apenas si tenía suministros: le hicieron falta unos días para aprovisionar sus naves e izar las velas. En cuanto lo hubo conseguido sus barcos corrieron como el viento, y llegaron a la ciudad de Agua Blanca tan sólo horas después de que Gar se hubiera ido, después de que los gitanos le hubieran acosado hasta el límite de sus fuerzas. Y las noticias viajan rápidamente en estos días. Ket se enteró del avance de Gar y puesto que había terminado con su misión en Lee, atravesó rápidamente el Bosque para detenerse. No he podido enterarme de cómo terminó todo, pero creo que no pueden haber muchas dudas sobre el resultado final. Con Ket delante de él y Roran y los gitanos pisándole los talones, Gar está condenado.

—¡ Craig! — gritó Hal —. ¿Has oído eso? ¡Gar a punto de caer en una emboscada y Alan viene en nuestra ayuda!

—Lo he oído. —Craig se acercó a ellos, luchando por ocultar la duda que podía leerse en su rostro—. Buenas noticias, si son ciertas. Pero ¿qué haremos hasta que llegue Alan, si es que realmente piensa venir?

Hal se volvió hacia él con los ojos llameantes, pero Rosemary le retuvo del brazo y montó de un grácil salto en Asfala.

—Seguidme —les ordenó—. Tengo algo que enseñaros.

Y se negó a decir una palabra más al respecto. Pasado un rato llegaron a la cima de un montecillo y pudieron contemplar una silenciosa masa de hombres que debía rebasar el millar. Hal reconoció a prisioneros que había liberado, campesinos a quienes había ofrecido refugio en Nemeton y habitantes de aldeas que habían dejado atrás. Formaban un grupo abigarrado y dispar, pero en todos sus rostros se leía una determinación que hacía de sus filas dispersas algo tan formidable como las líneas de combate de cualquier ejército profesional. Delante de ellos, con el ceño fruncido, estaba Derek.

—Adivinó mi secreto cuando llegué a Nemeton —les explicó Rosemary—. Él también estaba impaciente por reunirse contigo, pero temía tu ira. Me pidió que intercediera por él.

—No necesita la intervención de nadie —murmuró Hal—. ¡Creo que sería capaz de besarle!

Y, desmontando bruscamente, fue hacia Derek y le abrazó con el vigor de un oso, dándole emocionados golpes en la espalda. Los preocupados rasgos del antiguo capitán de la guardia se iluminaron en una gran sonrisa, quizá la sonrisa de un amor tal y como jamás había conocido.

Antes del amanecer del día siguiente, el ejército de Hal ya estaba preparado. Sus hombres se apresuraron a ocupar sus posiciones detrás de la pequeña colina a la que Hal había ido la noche anterior. El enemigo no podía estar enterado de los refuerzos que habían llegado con el último crepúsculo. Cuando los ejércitos de los señores cruzaran el río en persecución de su presa, que parecía estar huyendo, se encontrarían atrapados entre el agua y los guerreros de Hal.

Hal acompañó a Rosemary hasta que el ejército hubo ocupado sus posiciones. Después la mandó a la retaguardia, con Robín y algunos otros para que la protegieran.

—Ahora, ya que me amas —le pidió con voz preocupada—, mantente alejada de la batalla, pues no podría hacer nada de lo que debo hacer este día si tuviera que preocuparme continuamente por ti. Prométemelo.

Rosemary se lo prometió con una mirada, y le dio un beso para desearle buena suerte.

—Robín, no te apartes de ella y si me ocurre algo llévala a Nemeton, aunque estoy seguro de que os veré luego. Cuidaos.

Y así fue como Robín no estuvo junto a Hal cuando éste le necesitó con más urgencia.

Arundel tampoco estaba con él; se había quedado junto a Robin. El caballo había sufrido varias heridas y estaba demasiado cansado para poder defenderse adecuadamente. Pero Rafe no pensaba consentir que Hal montara en ningún corcel que no fuera el mejor disponible. Así que Rafe cogió otro caballo y Hal montó en el caballo de guerra negro, Tormenta Nocturna.

Los hombres de Hal esperaban, los ojos iluminados por la ansiedad: cuando llegó la señal, subieron por la colina y atacaron. La pendiente les favorecía y la iniciativa del combate fue suya desde el primer momento. Para empezar, los arqueros hicieron caer sobre el enemigo una mortífera lluvia de flechas; después cargaron los jinetes, segando a sus oponentes como leñadores que derriban los troncos, y tras ellos vino un enjambre de infantes y campesinos armados con lo que habían podido encontrar, dando golpes a diestro y siniestro igual que carniceros enloquecidos. En unos pocos minutos las filas del enemigo quedaron diezmadas, y éste se vio obligado a retroceder hacia el río. Sin embargo, sus dispersos jinetes lograron reagruparse en el centro de sus líneas. Hal se lanzó contra este grupo de hombres, pues era esencial dividirlo.

Al cabo de un momento estaba en el centro de un hirviente amasijo de hombres y caballos. Hal vio que tanto detrás de él como a sus flancos sus hombres iban acabando con los guerreros enemigos que se habían fijado en su carga. Aun así, siempre tenía varios enemigos delante, y Tormenta Nocturna iba girando sobre sí mismo para plantar cara a cada amenaza, sin que apenas le hiciera falta la guía de Hal. *«Bec wilndas»,* le murmuró Hal. «¡Buen amigo!» Aunque estaban rodeados por todos lados, apenas si recibieron un arañazo, y gracias a su concentración y el trabajo en equipo lograron impedir que el enemigo cargase.

Pero de pronto Tormenta Nocturna se encabritó con tal brusquedad que Hal se vio arrojado de la silla. Aturdido, Hal se dio cuenta de que un instante antes una espada había estado apuntando hacia su cuello. Tormenta se lanzó contra aquel soldado, levantando cascos que parecían relámpagos. Pero la hoja se hundió en el cuello del

caballo, y Tormenta cayó al suelo.

«No es la primera vez que me salva la vida —pensó Hal, con la mente confusa—. Lo siento, Rafe...» Pero no había tiempo para la pena; los cascos de los caballos le amenazaban por doquier. Hal luchó por incorporarse y miró frenéticamente a su alrededor buscando refugio. Si Robín hubiera estado junto a él, habría corrido en su ayuda; pero fue Derek quien apareció a su lado.

—Mi Rey, poned vuestra espalda contra la mía —le apremió, y Hal le obedeció, lleno de gratitud.

Derek era casi una cabeza más alto que Hal y supo protegerle admirablemente. Pero Derek no era muy hábil con la espada; había pasado la mayor parte de su vida trabajando con herramientas macabras. Hal era capaz de contener a sus adversarios gracias a la longitud de sus brazos, hiriéndoles en el vientre o en los muslos, pero se daba cuenta de que a su espalda Derek estaba recibiendo bastantes heridas, y la preocupación le hizo decir lo que nunca antes había salido de sus labios:

—¡Derek, los caballos, mata a los caballos! —gritó Hal.

Derek apenas oyó sus palabras, perdidas en el estruendo del combate que les rodeaba. Un telón rojizo flotaba ante sus ojos; confundido, se dio cuenta de que era su propia sangre. Siguió moviendo su espada, sin saber hacia donde golpeaba. Su vida le importaba muy poco, pero su mente latía con una sola y apremiante idea: «Mi Rey... Mi Rey... Mi Rey...». Un instante después sintió un agudo dolor en las entrañas y la marea rojiza fue engullida por la oscuridad.

Hal le sintió caer y se mordió el labio, incapaz de hacer nada por él. Pero en ese instante, igual que niebla por el viento, la masa de hombres y caballos que le rodeaba desapareció. Jadeando, Hal se encontró contemplando el preocupado rostro de Alan.

—¿Estás herido? —le preguntó Alan.

—No es nada, sólo un arañazo. Alan, te lo ruego, encárgate de la batalla...

Y mientras Alan se alejaba al galope, Hal se dejó caer de rodillas junto a Derek, buscando alguna señal de que aún viviese. El cuerpo lleno de heridas se agitó bajo sus manos y Derek abrió los ojos y murmuró:

—Mi señor, ¿estáis bien?

Hal asintió, casi incapaz de hablar, y tuvo que hacer un esfuerzo para que las palabras lograran salir de su pecho, oprimido por el dolor.

—Derek, la deuda está saldada con creces. Te doy las gracias por haberme salvado la vida.

Pero Derek ya no veía nada: sus ojos, al fin en paz, estaban clavados en el cielo azul. Hal le cerró los párpados. La batalla estaba llegando a su fin. Hal se puso en pie y fue con paso cansino en busca de Rafe.

—Las noticias viajan a través de la tierra casi más aprisa de lo que pueden transmitirlas los mortales —dijo Alan—. Es como si el aire estuviera saturado de un poder invisible. Todos los habitantes de Isla saben que está ocurriendo algo maravilloso.

—El final de la Era se aproxima —dijo Hal—, y todas las cosas aceleran su giro para llegar a él. Los hombres lo sienten, aunque quizá no lo comprendan.

Hal y Alan, acompañados por Rosemary, Rafe y Craig, estaban discutiendo la situación

el día siguiente a la batalla.

—La gente de Welas lo comprende —dijo Alan—. Para ellos las leyendas han cobrado vida y lo aceptan con intensa alegría. Creo que no hay ni un solo hombre o muchacho de origen welandés que no haya alzado su mano contra los opresores. Las fuerzas de Torre y Adaoun se movieron tan aprisa como las llamas en un campo de hierba seca. Antes de abandonar Laveroc oí decir que ya estaban en Welden. Todos hablaban de un gigantesco caballo blanco con alas doradas que volaba ante los ejércitos, dirigiendo sus movimientos allí donde fueran más ventajosos. Y hablaban también de una raza de guerreros venidos de la montaña, altos y rubios, que llenaban de terror el corazón de sus adversarios, y de sus caballos, hermosos como un sueño, que luchaban tan ferozmente como sus amos. Y todo eso era dicho sin temor, con admiración y alegría.

Rosemary estaba perpleja, pues no sabía nada de los elfos, pero los ojos de Rafe centelleaban.

Alan siguió hablando algo más despacio.

—Hal, también he oído decir que Torre y Galin murieron en la conquista de Welden.

Hal inclinó la cabeza durante un momento, vencido por el dolor, y Rosemary alargó la mano hacia él en una muda pregunta.

—Mi abuelo y mi tío, el único hermano de mi madre que aún vivía —le explicó Hal—. Había deseado tanto verles de nuevo...

—Torre estaba preparado —dijo Alan—. Cuentan que era impresionante verle, que luchaba con más fuerza que los jóvenes más robustos, que su rostro resplandecía al acabar con los enemigos que le habían deshonrado. Gritaba tu nombre cada vez que entraba en combate, Hal, y su ejército lo repetía. Recibió una herida mortal durante el calor de la contienda, pero vivió lo bastante para ver ganada la batalla. Sabía de algún modo que Galin había muerto y te nombró su heredero. Hal, ahora eres el último de su linaje..., y sé que Galin estaría de acuerdo en que llevaras la corona —añadió Alan con dulzura.

Hal siguió callado.

—¿Alguna otra noticia, Alan? —preguntó Rafe después de unos instantes.

—Lo último que he oído es que Pelys aún no había tomado Gaunt —respondió—, pero afirmaban que pronto caería ante él. Todos los campesinos y la mitad de los soldados se marcharon con armas y suministros para unirse a vuestro padre, mi señora. También oí contar que los señores de la guerra estaban luchando contra Arrok como un solo hombre, lo cual es todo un prodigio. Su derrota no tardará en llegar.

—El señor Roran ha derrotado a Gar de Agua Blanca —dijo Rosemary en voz baja—, y pronto estará aquí, y puedo aseguraros que le alegrará mucho saber que Robín está sano y salvo. Y Ket no tuvo dificultades para tomar Lee, con la guarnición de Nabon debilitada por su ataque. Vaya, Hal, casi parece que todo ha quedado solucionado... Ya no tienes nada de qué preocuparte.

—No —dijo Hal con expresión sombría—, sólo me queda enterrar a los muertos.

3

Alan anhelaba hablar con Hal, pero nunca se presentaba la ocasión. Hal permaneció triste y en silencio durante días enteros después del combate, trabajando junto a sus hombres con una pala para librar el campo de batalla de su espantosa carga. Su rostro sólo se alegraba en compañía de Rosemary, por lo que Alan procuró dejarles a solas.

Cuando partieron hacia Nemeton, Hal estaba ya algo más animado. Habían llegado mensajeros desde todos los confines de Isla, y cada uno de ellos le trajo la nueva de una victoria. Hal hizo que los volvieran a sus amos con la noticia de que también él había triunfado, así como con otras nuevas de las que Alan no sabía nada. Cuando entró cabalgando en Nemeton, con Rosemary junto a él, los ojos de Hal brillaban enigmáticamente.

La acogida que recibió al llegar le dejó sin aliento, e hizo que aquel brillo fuera sustituido por un estremecimiento de asombro. Las calles estaban repletas de gente que sonreía y gritaba su nombre, y cada uno de los presentes se había engalanado con la riqueza de las flores primaverales. Rosemary vestía un traje prestado, y Hal aún estaba cubierto por la suciedad de semanas de viajes y lucha. Pero antes de llegar a la primera encrucijada brillaban más que los dioses de la leyenda, y sus brazos estaban cargados con tantas flores como les era posible transportar. Los cuellos de sus monturas quedaron cubiertos por una guirnalda tras otra, y sus orejas fueron adornadas por hojas de vid. Rosemary llevaba un enorme ramo de rosas, y tanto su cabeza como la de Hal estaban adornadas con coronas de margaritas. Los pétalos llovían sobre ellos, cubriéndoles de la cabeza a los pies. Alan se había quedado un poco atrás, sonriendo; grandes cadenas de flores cubrían su cuello y el de Alfie, Rafe y sus soldados, Robin y Cory, Craig y sus hombres..., todos eran asediados por enjambres de gentes que sonreían de felicidad, y quienes no podían llegar hasta ellos arrojaban ramos en su camino o les cubrían con un diluvio de flores. Hal y Alan se quedaron asombrados al ver tantos rostros conocidos, campesinos y granjeros a los que habían ayudado o que les habían ayudado a ellos. Cuando llegaron al centro de la ciudad se encontraron con Roran y sus hombres. Roran abrazó a Robín y la multitud les vitoreó; el estruendo era ensordecedor.

Por fin lograron llegar al castillo. El patio estaba lleno de servidores y guardias, así como de centenares de habitantes de la ciudad. El aire resonaba con el eco alegre de sus voces. Pero cuando Hal subió a la plataforma que habían levantado y se puso de cara a su pueblo para saludar, una voz se abrió paso a través de todas las otras, clara y fuerte como una trompeta: «¡Miradle, es el Rey de Isla!». Alan se arrodilló, alzando la mano en un gesto de saludo. Rosemary y todos los hombres de Hal, así como centenares de los restantes, se arrodillaron ante él y se unieron al saludo de Alan con una ovación. Hal se había quedado mudo.

Rosemary le miró con ojos sonrientes y llenos de adoración. Alan le miraba con una ternura casi desafiante.

—En una ocasión te dije que algún día me arrodillaría ante ti —le recordó—, y que entonces sabrías porqué lo hacía. ¿Lo sabes ahora?

Hal clavó la mirada en los ojos de Alan y vio en ellos la vergüenza, junto con el destello de un amor que había echado de menos durante mucho tiempo.

—Sí —le dijo con voz ronca—, lo sé. Y no me importa. Ahora, ¿quieres levantarte?

Cogió las manos de Alan y Rosemary, y les obligó a ponerse en pie. Sin decir ni una palabra, les hizo mirar a la multitud que llenaba el patio; después se dio la vuelta y les llevó hacia su castillo.

Esa tarde, una vez más, Alan trató de buscar la ocasión de hablar con Hal, pero nadie sabía dónde estaba. Nana, la vieja nodriza, había ido a buscarle y se lo había llevado consigo.

—Tengo algo para ti —le dijo—, algo que te dejó tu madre.

Le condujo hasta una torreta olvidada por todos en la que había un cofrecillo. Hal se asombró al ver que en su tapa brillaba el emblema del medio sol.

—No sé qué hay dentro —dijo la anciana mientras le entregaba la llave—. Confieso que en una ocasión intenté abrirlo, pero fue como si se me clavaran agujas en los dedos. Sin embargo, sé que tu madre lo abría con frecuencia. Siempre tuvo mucho cuidado de que ni tú ni el Rey supierais que existía, y yo hice lo mismo hasta estar segura de que podía pasar a tus manos. Este cofre vino de Welas con tu tío Gildur —añadió Nana.

—¡Gildur!

—Sí. Vivió aquí en secreto hasta casi un año y medio después de que Weldon hubiera caído. Pasaba las horas enseñándole música a tu madre. Es extraño, pero casi podría jurar que tu instrumento es el mismo que tocaba él... Al final, naturalmente, el Rey acabó enterándose de que estaba aquí y tuvo que huir. Todo esto ocurrió antes de tu nacimiento. —La anciana se quedó callada y pensativa—. Ahora eres Rey y hay muchas cosas que debería explicarte, mi niño, pero quizá dentro de ese cofre haya algo que pueda explicártelas mejor que yo. Voy a dejarte a solas con él, pero si quieres hablar conmigo, llámame.

Hal la mandó llamar al cabo de varias horas y mantuvo una larga conversación con ella. Alan y Rosemary empezaban a preocuparse pensando que no acudiría a cenar, y fueron a esperarle al pie de la escalera que subía a la torre. Casi había oscurecido cuando salió de ella, pero pudieron ver que su rostro estaba pálido y que parecía turbado por algo.

—Alan —dijo de repente—, ¿querrás venir conmigo mañana por la mañana? Rosemary, amor mío, necesito tiempo para estar solo y pensar. No te inquietes por mí. Te veré mañana.

Y se alejó en la penumbra del crepúsculo, dejándoles perplejos y preocupados.

Al día siguiente, Hal y Alan galoparon sin rumbo fijo por los páramos que rodeaban a Nemeton. Hal parecía no tener mucha prisa por revelar qué le preocupaba, y Alan había decidido no hablarle de su problema hasta que Hal no hubiera decidido contarle el suyo. Su conversación fue fluyendo sin prisa y sin propósito fijo, igual que su paseo. Hablaron de personas que habían conocido, de las alegrías que compartieron en el pasado y también de las penalidades que habían padecido. Pero ahora aquellos días difíciles habían terminado; el objetivo había sido alcanzado. Sentían una vaga melancolía y no sabían cómo consolarse el uno al otro.

Con el tiempo, su conversación acabó girando en torno a Blain.

—Me había vuelto loco de ira y lo vi todo rojo —dijo Alan—, pero después de que se calmara mi furia, me sentí lleno de dudas. Sabía cuál era mi deber, pero aun así tuve la sensación de ser un asesino.

—Me prestaste un gran servicio —le dijo Hal—, pues hiciste algo que yo no habría tenido la fuerza de hacer por mí mismo.

—No me sentí fuerte, sino débil e indefenso —murmuró Alan—. Hal, mi sed de sangre se ha esfumado. Nunca más volveré a reprocharte que no te guste derramarla.

Hal consiguió que Arundel se sobresaltara al golpear violentamente la silla con el puño, su rostro contorsionado por la emoción.

—¡Madre misericordiosa, Alan! —exclamó—. ¡No hay razón alguna para que digas eso! Hubo un tiempo en el que...

Y un sollozo apagó el resto de sus palabras.

—En el que habría bastado con una mirada —dijo Alan, expresando lo que pensaba Hal con un tono de voz en el que había puesto todo su corazón, y le miró con los ojos llenos de dolor—. Hal...

Cómo había anhelado aquel calor... Pero Hal aún no se sentía capaz de escuchar lo que Alan debía revelarle. Clavó la mirada en la lejanía y le interrumpió, hablando con prisa, como si temiera no poder terminar a tiempo.

—Alan, mañana partiremos hacia Laveroc. Para la boda y la coronación...

—¡Laveroc! —jadeó Alan, muy sorprendido—. Pero ¿por qué? —Hace mil años el Rey Bevan llevó a su amada a ese mismo lugar y

quizá llegara a casarse con ella en las Vísperas del Verano, tal y como me casaré yo, y a la ceremonia acudirán gentes venidas de todo el reino. —Su vacilación apenas fue perceptible, pero Alan, que le conocía bien, supo darse cuenta de ella en seguida—. Los elfos acudirán allí, pues jamás me atrevería a pedirles que recorrieran toda la distancia que hay hasta Nemeton. Adaoun se encargará de celebrar la ceremonia. — Hal contempló a su boquiabierto hermano con una preocupación cuidadosamente disimulada—. Espero que no me negarás el permiso para utilizar tu ciudad, ¿eh?

Pero Alan no se dejó engañar por sus palabras.

—Me has tendido una trampa —dijo.

Su voz había enronquecido y estaba cargada de ira.

—El destino no es ninguna trampa: de hecho, suele ser una bendición —contestó Hal—. Alan, el curso de nuestras vidas ya estaba trazado mucho antes de que naciéramos ninguno de los dos.

—¡Maldito sea el destino! —gritó Alan—. ¡No iré!

—¡Irás! —le ordenó Hal con voz de hielo, y se encaró con él, sus ojos grises convertidos en dos piedras duras y frías que relucían con el extraño poder de los elfos.

Los ojos azules de Alan ardían tan intensamente como los suyos, llenos de la ira que sienten los mortales, y no vacilaron ni un instante. Durante un minuto entero sus dos voluntades se enfrentaron con toda la fuerza de un combate físico. Los caballos permanecieron rígidos cual estatuas en la cima de la colina, y los dos jóvenes que los montaban guardaban un silencio tan profundo como el de los páramos que había a su alrededor; pero la leyenda recordaría el destello brillante del metal y el resonar del acero llenando el aire.

Y poco a poco los rasgos de Hal se fueron iluminando con una leve sonrisa, parecida a la penumbra que anuncia el amanecer, y el reluciente acero de su mirada se fue convirtiendo en un brillo de amor, un amor que brotaba de tales profundidades de su alma que Alan siguió mirándole, perdido en un trance de asombro.

—Tu poder es idéntico al mío —murmuró Hal—. Así debe ser.

—En nombre de Aene... —murmuró Alan.

De repente comprendió que Hal era mucho más viejo de lo que indicaba su edad, que las muertes provocadas por sus acciones le habían causado una agonía de dolor, que estaba cansado y lleno de tristeza; pero aun así su espalda se mantenía erguida y su rostro estaba lleno de una dicha sincera.

—Así debe ser —repitió él—. Alan, si me amas...

—¡Hal! —le suplicó Alan con voz desesperada.

—No, tienes razón —dijo él, como si estuviera mostrando su acuerdo ante algo dicho por Alan—. No lo haré. En una ocasión me hiciste jurar por algo que casi me destrozó el corazón, y lo hiciste por mi propio bien. Pero no pienso atarte con ese tipo de promesa. Te conozco, Alan de Laveroc, y sé que no necesitas mis palabras para obedecer a la ley que brota del amor. Adiós, Alan. Que tu corazón sepa guiarte.

Hizo volver grupas a su corcel y se alejó al galope hacia Nemeton.

—¡Hal! —gritó Alan viéndole partir—. ¡Hal! Espera...

Pero Hal ya había desaparecido tras una elevación de los páramos y Alan no obtuvo otra respuesta que los gritos metálicos de las aves marinas que se habían aventurado en aquellos lugares.

4

—No ha vuelto en toda la noche —le dijo Rafe a Hal a la mañana siguiente.

—Ya lo esperaba —le respondió Hal—. Bien, vamonos.

No les hizo falta mucho tiempo para prepararse, pues todos se habían acostumbrado a viajar ligeros de equipaje. Sin embargo, y por primera vez desde que Rosemary le conocía, Hal necesitó otro caballo para transportar algo que deseaba llevarse consigo.

Todos habían montado en sus corceles y estaban esperando cuando de repente apareció Cory, con una expresión preocupada en el rostro.

—¡Alan no está en ningún sitio, no consigo encontrarle! —exclamó.

—Creo que Alan vendrá más tarde —dijo Hal—. Debemos partir sin él.

—Le esperaré —dijo Cory.

Hal meneó la cabeza.

—Vendrás con nosotros. Alan debe hacer su viaje sin compañía.

El joven le miró, boquiabierto y disponiéndose a protestar, pero Hal le lanzó tal mirada que Cory supo rápidamente su lugar en la hilera de jinetes. Por primera vez en toda su amistad, Hal había decidido dar una orden.

Los moradores del castillo despidieron animadamente al grupo de jinetes, deseándoles buen viaje y la mayor de las felicidades. Aun así, cuando salieron de Nemeton con rumbo a Laveroc todos iban callados y pensativos. La comitiva estaba formada por Hal, Rosemary, Cory, Robin y Roran, a los que acompañaban Rafe, Craig y unas cuantas doncellas. Todos guardaron silencio, pues todos sentían la presencia invisible de quien les vigilaba desde los páramos.

Aquella noche, Robín se acercó a Hal. La preocupación que sentía por su amigo de cabellos dorados era superior al miedo que le inspiraba la ira de Hal.

—Hal, ¿qué ocurre? Tienes que hablar con Cory y explicárselo. Está tan triste y abatido...

Hal suspiró.

—No puedo contarle a Cory lo que está pasando —dijo—, y tampoco puedo contártelo a ti ni a ninguna otra persona..., ni siquiera a mi dama, pues si el viaje de Alan no acaba tal y como espero, nadie debe saberlo jamás. —Meneó la cabeza en un gesto de inquietud—. Dile a Cory que Alan no corre ningún peligro. Ya sabe que Alan puede cuidar de sí mismo, ¿no? Dile..., dile que yo también le echo de menos...

—¿Habéis peleado? —le preguntó Robín con dulzura.

—No, está discutiendo consigo mismo, más que conmigo. Robín, ¿qué más puedo decirte? Le conozco bien; si es preciso luchará incluso contra dragones para..., para volver a mi lado. Todo acabará arreglándose.

Robín volvió junto a Cory llevándole el dudoso consuelo de aquellas palabras. Pero aunque Hal había logrado resultar convincente, su dormitar inquieto de aquella noche desmentía tal seguridad. Hubo una época en la cual creía conocer perfectamente el corazón de Alan, pero su hermano llevaba tanto tiempo lejos de él, y todavía no sabía por qué razón...

Aun así, a Hal le resultaba imposible sentirse desgraciado mucho tiempo con Rosemary junto a él. ¡Por fin de camino hacia su boda! En cuanto hubieron pasado unos pocos días la comitiva se encontró bastante más alegre. Viajaban sin prisas, haciendo etapas cortas y sacando el máximo placer posible de su viaje. En cada aldea que visitaban, la gente les saludaba con emoción y buenos deseos, inundándoles de flores.

Cuando por fin llegaron a Laveroc les aguardaba una gran multitud compuesta no sólo por los habitantes de la ciudad, sino también por muchos viejos amigos, y uno de los primeros a quienes vieron fue Pelys, que iba en su litera. Rosemary corrió hacia él y le abrazó, susurrando: «Padre, perdóname». Pero Pelys le habló con dulzura, diciéndole, «Calla, calla, hija, ya suponía que te irías», y la besó distraídamente.

Will no estaba con Pelys. Había muerto en Gaunt y Rafe sintió una gran pena al saberlo. Los señores de la guerra tampoco estaban presentes, pero ya habían empezado a luchar entre ellos. Pero la vieja Margerie sí estaba ahí y se rió coquetamente, muy sorprendida, al recibir el beso de Hal. El rey de los gitanos también había acudido a la ceremonia: era un hombrecillo minúsculo, de cuerpo tan duro y retorcido como un viejo zarzal, y hacía muchos años que se había quedado ciego. Sus manos recorrieron el rostro de Hal con gran reverencia, como si estuviera tocando los rasgos de un ídolo tallado en piedra. Ket también estaba allí, su llameante cabellera tan revuelta e incontrolable como siempre bajo un gorro de cuero. Sus ojos castaños se iluminaron con una cálida emoción cuando Rosemary le saludó. Y después, como habían hecho todos, fue hacia Hal y le preguntó:

—¿Dónde está Alan?

—Tiene muchas cosas en qué pensar —gruñó Hal—. No vuelvas a hablarme de ello, Ket.

Y entre los presentes estaba también Adaoun, con todo el Pueblo de la Paz. El fin de la Era había llegado y quizá lo ocurrido hubiera purificado los corazones de los hombres, preparándoles para el nuevo comienzo que tendría lugar. Fuera cual fuese la razón, saludaron a sus hermanos los elfos con un alegre asombro, aunque no pudiesen comunicar su felicidad con palabras. Pero Rosemary tembló cuando Adaoun se acercó a ella, pese a que no le tenía miedo, y Hal tuvo que rodearla con sus brazos. Adaoun estuvo contemplando durante un largo rato las profundidades de sus ojos, y Rosemary logró resistir aquel examen sin desfallecer. Cuando hubo terminado, Adaoun puso sus manos en las sienes de Alan y le habló en voz baja y suave.

—*Laifrita thae, Kellea* —le dijo, lo que significaba «Saludos, Kellea».

El nombre élfico de Rosemary quería decir «la que es fiel». Rosemary le respondió en la Antigua Lengua: *«Laifrita thae, Adaoun».* («Que la paz sea contigo, Padre de los Elfos.») Con la súbita comprensión de la Antigua Lengua, Rosemary comprendió también muchos misterios y se volvió maravillada hacia Hal para darse cuenta de que era Mireldeyn. Hal la miró con orgullo y amor y ella le respondió con lágrimas de felicidad; por fin le conocía del todo.

—Es ella —le dijo Adaoun a Hal.

—¿Acaso lo habías llegado a dudar?

Una chispa luminosa ardió en los viejos pero vivaces ojos de Adaoun cuando meneó la cabeza.

—¿Dónde está Elwyndas? —preguntó Lysse.

—Luchando con su orgullo —contestó Hal—, pero quizá no sepa contra qué lucha. Hay

muchas cosas que aún no comprende del todo y hasta sus pensamientos le combaten. Pero confío en que su gran corazón le traiga hasta aquí a tiempo.

—Iré a esperarle hasta que venga —dijo Lysse, y se marchó en seguida.

Rafe y Cory buscaron entre aquella multitud al elfo que conocían pero no le encontraron. Hal no tardó en traerles la confirmación de sus temores: Anwyl había muerto en Welden.

—Fue una de nuestras pocas pérdidas —les explicó Adaoun—, pues la mayoría de los hombres que servían a los señores huían nada más vernos, sin luchar. Pero Anwyl te quería mucho, Hal, y el deseo de recuperar el tesoro de Verán que había caído en manos de Welden hacía tanto tiempo, le hizo ser demasiado temerario, y se encontró con hombres entre los que aún no se había difundido el pánico. No tenía miedo de morir, pero me apena que no hayamos encontrado lo que buscaba.

—¡Lo tengo conmigo! —Hal quitó la lona que cubría la carga transportada por su otro caballo y dejó al descubierto un resistente cofrecillo cuyo único adorno era el brillante emblema del medio sol colocado en la tapa—. Gildur, el último hijo de Torre, lo entregó a la custodia de mi madre antes de que yo naciera. No supe nada de su existencia hasta hace tres semanas, cuando mi vieja aya me llevó hasta el sitio donde se guardaba.

—Deja que lo veamos —le pidió Adaoun con voz llena de respeto.

El cofrecillo pareció abrirse por sí solo nada más tocarlo Hal, tan rápido y silencioso era el cerrojo. Hal se hizo a un lado y Adaoun se inclinó para sacar de él una brillante corona de plata, sencilla y sin adornos pero todavía más hermosa por ello: el reluciente metal había sido moldeado para formar un grácil círculo de rayos que parecían un sol en el horizonte.

—Ésta es la vieja corona de Eburacon —les explicó Adaoun—. Verán la trajo consigo cuando vino a nosotros cruzando las olas del Mar Occidental. Era cuanto conservaba de aquella otra época de grandeza.

Después sacó del cofrecillo una corona de oro, tan pura y grácil en su forma como la otra.

—Hizo esta corona con el oro que le dieron generosamente los arroyos de nuestro valle, y usó un molde creado por sus propias manos para que su significado fuera el nacimiento de una nueva Era.

Después sacó del cofrecillo una bolsita de terciopelo y extrajo de ella con mucho cuidado dos anillos de oro, tan sencillos y sin adornos como las coronas, pero de una luminosidad tal que parecían tener vida propia.

—Estos anillos también los hizo Verán usando el oro del Valle del Águila, y con ellos pronunciaron sus votos él y mi hija Claefe.

Adaoun volvió a inclinarse y sacó del cofrecillo un libro encuadernado en cuero y con las páginas hechas de pergamino. El volumen era muy antiguo, pero tanto su cierre de oro como los dibujos carmesíes que lo adornaban seguían conservando su brillo original. Adaoun lo sostuvo en alto para que pudieran verlo y la luz arrancó destellos a las extrañas runas grabadas en el oro.

—Y esto es *El Libro de los Soles* —dijo con una voz que vibraba igual que el toque de una trompeta—. Cuando nuestra desesperación era más grande, el Único nos ofreció las palabras de la profecía y el consuelo. La mano de Verán las escribió en este libro y ahora casi todas se han cumplido.

Hal había ido transmitiendo todo lo dicho por Adaoun a la atónita multitud que se había congregado alrededor de ellos. Pero en ese momento Adaoun dijo algo que Hal guardó para sí mismo.

—Si has leído esto —observó con voz llena de compasión—, entonces sabes muchas cosas.

—Lo he leído. —Hal se volvió hacia Rosemary—: Y tú también lo leerás, amor mío, y sabrás cuanto hay en él: los secretos de los elfos y la parte de elfo que contiene mi ser. Pero ese momento aún no ha llegado, y antes deberán pasar unos días.

Se dio la vuelta y guardó de nuevo las coronas, los anillos y el Libro dentro del cofre.

Los días siguientes transcurrieron entre banquetes, diversiones y grandes cantidades de conversación. Hal pudo enterarse de cuál era la situación en su reino, y las noticias que le llegaron fueron buenas. La mayor parte de la siembra de primavera estaba hecha desde antes de la muerte de Iscovar, y el trono de Hal había quedado asegurado con tal rapidez que el ritmo del trabajo apenas si llegó a interrumpirse. El hambre, ese espectro que con tanta frecuencia sigue a la guerra, no se haría visible en esta ocasión..., especialmente teniendo en cuenta que la mitad de las tierras pertenecientes a cada señor habían sido repartidas entre los campesinos, y que se había hecho lo mismo con las inmensas reservas de trigo y otras provisiones, así como con las riquezas y el oro atesorados por los señores. Un aura de paz parecía haber caído sobre toda Isla y su influjo era tan potente que nadie se había peleado para conseguir una parte mayor que la de su vecino; la gente del campo se regocijaba ante toda aquella prosperidad inesperada. En la mayor parte de los castillos, el líder de los campesinos había sido convertido en responsable del lugar, sabiendo que obtendría la ayuda y el consejo del Rey y de todos sus vasallos. Hal le ofreció a Ket el castillo de Lee, pero éste lo rechazó, diciendo que prefería quedarse a su lado y servirle en cualquier cargo que le encomendara, por lo que hizo falta convencer a Rafe para que aceptara Lee. Craig se encargó de Agua Blanca, dado que Margerie era demasiado vieja para que la molestaran con tales estupideces.

El día de la boda se iba acercando y tanto Lysse como Alan seguían siendo invisibles. De vez en cuando Hal se consolaba con la esperanza de que quizá estuvieran juntos, pero en lo más hondo de su corazón sabía que de ser así ya habrían venido a verle. Su mente le hacía ver a Lysse con la misma claridad que la habrían visto sus ojos: una silueta solitaria que esperaba pacientemente, observando el camino junto a la pequeña hoguera de su campamento. Pero por mucho que lo intentara, Hal era incapaz de imaginar qué estaría haciendo Alan. Cuando llegó la víspera de la fiesta del verano, la Fiesta de la Cosecha, la tristeza de Hal se había contagiado a todo el campamento. Rosemary habría sido capaz de llorar ante la desesperación que había en sus ojos, y sólo su generoso corazón le impedía maldecir al ausente Alan, tratándole de egoísta, ingrato y obcecado, pues había estropeado lo que debería ser el momento más feliz de toda la existencia de Hal.

Alan pasó dos semanas enteras bajo el sol de las colinas, esperando que alguna fuerza desconocida le ayudara, buscando comida cuando le era necesario y no viendo a ningún ser vivo aparte de los pájaros y las bestias del bosque. Después de los primeros días su conciencia dejó de luchar con el problema que le afligía. Aquel sordo dolor se levantaba con él a cada mañana, vivía con él durante todo el día y se acostaba a su lado por la noche. Todo lo que soñaba estaba cruelmente coloreado por el dolor y la pena, y los sueños le dejaban tan fatigado como si hubiera librado una prolongada batalla en la que

había acabado conociendo la derrota.

Cuando llegó el último día en que le era posible marcharse con la esperanza de alcanzar Laveroc a tiempo se levantó y ensilló su caballo, sin saber apenas cómo o cuándo había decidido marcharse. En ese instante, el dolor que latía sordamente en su corazón se vio sustituido por unas punzadas de miedo aún más agudas ante la idea de que quizá no le fuera posible asistir al gran día de Hal. Partió hacia Laveroc siguiendo un camino tan recto como el vuelo de una flecha y Alfie corrió con todo el apremiante anhelo que sentía su amo. Al menos, ahora ya no debía tenerle miedo a los hombres de ningún señor local. Alan cabalgó días enteros, durmiendo sólo unas cuantas horas cada noche y comiendo en la silla de montar.

Cuando la tarde anterior a la fiesta del verano estaba llegando a su fin, Alan lanzó un suspiro de agradecimiento y dejó que Alfie aflojara un poco el paso. Laveroc se hallaba a sólo unas leguas de distancia. «Llegaré a tiempo para la cena — pensó—, y eso me dará toda la noche para arreglar las cosas.» Estaba ascendiendo la última cuesta que había antes de la ciudad, bañado por la luz dorada del ocaso, sonriendo a causa del alivio que sentía, cuando alzó la cabeza y vio a la persona que había causado todos aquellos trastornos en su corazón.

Lysse montaba una yegua *elwedeyn* y su vestido era del mismo color verde oscuro salpicado de oro que sus ojos. Los rayos del crepúsculo hacían que su rubia cabellera pareciese un halo dorado. Nada podría haber preparado a Alan para afrontar aquel momento. Sus ojos se posaron en ella, fascinados, y lentamente, sin apenas saber lo que hacía, le cogió la mano y la acercó a su mejilla.

—¿Dónde has estado? —le preguntó ella con su voz dulce y melodiosa— . Te he esperado durante muchos días.

El oír la Antigua Lengua hizo que Alan saliera de su trance, y un instante después le soltó la mano.

—Lysse, he venido para ver a mi hermano —le dijo con voz ronca—, para traerle algo que le pertenece y para desearle que sea feliz en el día de su boda. Ahora tengo que ir con él.

Alzó las riendas sin saber muy bien lo que hacía, pero por primera vez en años Alfie no quiso obedecerle. El caballo hizo rodar los ojos en sus órbitas hasta que todo el blanco quedó visible y agitó las orejas, mirándole descaradamente. Pero Alan no se dio cuenta de ello; sus ojos no se apartaban de Lysse. El dolor que había en sus pupilas era digno de compasión. Pero Lysse pertenecía al pueblo de los elfos, y no podía conocer un dolor tan intenso...

—Alan —murmuró—, por el poder de la Rueda, dime la verdad: ¿me sigues amando o no?

La cruel mentira que había ensayado un millar de veces acudió a la mente de Alan, pero no pudo lograr que saliera de sus labios por mucho que lo intentara. Durante un instante estuvo luchando con ella, sin aliento, temblando violentamente; y la respuesta acabó brotando de él como un estallido:

—¡Sí! —gritó, y las colinas de su tierra nativa resonaron con aquella palabra—. ¡Sí, dulce Lysse, te amo! —Su voz, temblorosa, se fue calmando hasta convertirse en un murmullo—. Oh, Lysse, lo siento tanto...

—¿Por qué?

Lysse colocó sus manos sobre los encorvados hombros de Alan.

—Ya sabes que yo también te amo, Alan de Laveroc.

—Porque no puedes ser mía. —Habló con decisión y con la perfecta calma de un dolor que ha durado mucho tiempo—. Te amo y no puedo condenarte a la muerte ni apartarte de tu pueblo. Ve, Lysse, navega hacia la hermosa Elwestrand que es tuya por derecho de nacimiento junto con tus hermanos y hermanas. Quiero que vivas allí hasta mucho después de que yo haya muerto y me haya convertido en polvo. ¡Lysse, no puedo besarte!

—No iré —le dijo ella con paciente empeño, como si le explicara los hechos más sencillos de su vida, incluso la salida y el ocaso del sol—. Y mi padre nunca me lo pedirá; sabe que he de estar contigo. Si te alejas de mí te seguiré, y si mi caballo desfallece iré a pie hasta llegar adonde estés, ya sea invierno o verano. Te amo. ¿Tan difícil te resulta aceptar algo tan sencillo?

Y en sus ojos, en lo más profundo de su alma, no había ni abatimiento ni pena.

Alan contempló aquellos ojos increíbles y vio en ellos un amor que le resultaba tan maravilloso como incomprensible, pues a duras penas se sentía merecedor de él. Conmovido, percibió cómo se agitaba hasta el último rincón de su alma, rindiendo el estúpido orgullo y el falso honor ante el amor que gobierna el corazón. Con lágrimas de alivio fluyendo en abundancia por sus mejillas, Alan tomó en su mano el mentón de Lysse y la besó apasionadamente en los labios. Todos los pedazos dispersos de su ser ocuparon repentinamente su sitio y al fin se encontró en paz consigo mismo y con su mundo.

5

La noche anterior a la llegada de aquel día decisivo, Hal se sentía ahogado por los fuertes muros de piedra del Castillo de Laveroc, por lo que pensó que debía salir al aire libre para estar bajo las estrellas y la luna llena. Con Arundel como única compañía, encendió una pequeña hoguera en un bosquecillo situado en los terrenos comunales de la ciudad. Sentado junto a ella, agachó la cabeza y pensó en Alan, deseando que sus pensamientos pudieran traerle hasta allí.

Lysse y Alan seguían sumidos en su conversación.

—Tonto —le estaba diciendo ella cariñosamente—. ¡Creer que si no estabas conmigo yo podía ser feliz! Mi vida inmortal se habría convertido en una maldición, pues las Eras de los elfos se están aproximando a su fin. Al igual que yo, mis hermanos y hermanas hallarán el amor de los mortales en Elwestrand, y morirán felices sabiendo que su vieja soledad ha terminado, y quizá de todo esto acabe surgiendo una raza mejor.

—¿Por qué no me lo dijiste? —exclamó él—. Tú o Hal...

—La elección tenía que ser tuya sin que te lo dijéramos, aunque sé que Hal ha sufrido igual que tú durante todo ese tiempo.

—Querido Hal... —murmuró Alan, estrechando a Lysse contra él—. Hace meses que anhelo contárselo todo.

—Anda, vayamos a reunimos con él. La noche sigue avanzando. —Alan la abrazó durante unos instantes más y suspiró, pero ella le miró y se rió con ternura de su expresión—. ¡Me tendrás el resto de tu vida!

Encontraron a Hal con la cabeza apoyada en las rodillas junto a los restos de una hoguera, medio dormido y medio despierto, tal y como le había visto hacer Alan muy a menudo cuando se encontraba herido o enfermo. La corona de plata que ceñía su cabeza había resbalado hasta cubrirle una oreja y Alan se arrodilló a su lado para ponérsela bien. Hal alzó la mirada, no osando creer que se encontraba en el mundo real, y murmuró: «¡Alan!». Quiso abrazarle, pero sus brazos se detuvieron antes de completar el gesto al recordar que en los últimos tiempos Alan no había querido que le tocara.

Alan gimió con el corazón lleno de dolor al comprender la distancia que había interpuesto entre ellos. Lysse besó a Hal en la mejilla y luego besó los labios de Alan.

—Os veré por la mañana —dijo, y desapareció en la oscuridad. Alan siguió de rodillas ante Hal, sin apartar la vista de sus ojos, y metió la mano bajo su jubón.

—Tengo algo que te pertenece —dijo Alan—, algo que he estado deseando entregarte.

En su mano estaba el anillo de plata que había tomado de la mano de su padre. No lo había llevado desde que fue de Laveroc a Celydon hada ya casi un año, pero resultaba evidente que lo había limpiado y pulido con mucha frecuencia, pues el anillo relucía con fuerza incluso bajo la claridad lunar. Alan se lo entregó a Hal, caliente aún por haber estado junto a su cuerpo, y bajó la vista hacia el suelo, buscando las palabras.

—Lo sé —murmuró Hal, encargándose de pronunciar en voz alta lo que era inexpresable para él—. Lo sé, hermano mío. Vi cómo mi padre moría torturado en la Torre Negra, y murió por mi culpa.

Alan levantó la cabeza bruscamente.

—¿Cuánto hace que lo sabes? —le preguntó.

—Lo supe dos días antes de que nos marcháramos. Estaba escrito en *El Libro de los Soles,* que mi vieja aya me enseñó esa tarde en la torre. Pero tú lo has sabido desde que visitaste Laveroc por primera vez.

—Sí. Mi padre me dejó una carta.

—Entonces, ¿era eso lo que estaba oculto en tus ojos desde aquella visita?

—Sí.

—¿Nada más?

—No. Por lo menos, al principio.

Hal estaba impaciente y en su voz resonaba el eco de diez meses de sufrimiento innecesario.

—Oh, Alan, Alan, ¿por qué no me lo dijiste?

—Debido a las siete generaciones —se apresuró a explicarle Alan—. Por..., por lo que te hice jurar. Me has dicho más de una vez que si no fueras hijo de ese Rey demoníaco ningún poder de la tierra habría sido capaz de obligarte a buscar el trono, que no querías nada de la vida salvo paz y un poco de amor. ¡Hal, no podía decírtelo porque pensaba en toda la pobre gente de esta tierra oprimida! ¡Tú eras el único que podía salvarles!

Hal movió la cabeza.

—No, ningún poder terrestre me habría podido impulsar a ello. Pero después de que yo hubiera dicho eso, una carga aún más pesada cayó sobre mis hombros, Alan..., más pesada pero, en cierta forma, más fácil de llevar: el peso de la profecía. —Una leve sonrisa aleteó en las comisuras de sus labios—. No fue sólo la fuerza de tu juramento la que salvó mi vida. Fue una canción que me cantó Rosemary y que me recordó la otra carga que llegó con mi nacimiento. «Bálsamo de la flor de Verán, bendito sea el hombre nacido con el poder de los elfos.» A mi mente acudió la imagen de Adaoun y sus ojos se clavaron en mí obligándome a vivir hasta que llegaras tú trayendo el consuelo de Verán.

—Entonces —le preguntó Alan con la boca seca—, ¿quieres decir que podría habértelo contado?

—¡Por todas mis heridas que ojalá lo hubieses hecho! —afirmó Hal con una amargura que llegó a lo más hondo del corazón de Alan.

—Hal, no lo sabía. Ah, tendría que haber pagado con la muerte lo que hice... —dijo Alan con voz enronquecida. Y entonces no pudo contenerse más y lloró igual que un niño dando rienda suelta a la frustración sufrida durante todo un año de distanciamiento—. No lo sabía —gimió.

Los brazos de Hal le rodearon los hombros, y los dos hermanos se apretaron con fuerza el uno contra el otro.

—Claro que no lo sabías —le dijo Hal con voz emocionada, odiándose a sí mismo—. Hiciste lo que considerabas tu deber. Oh, Alan, lo siento. ¿Por qué te habré dicho eso?

—No te culpo por ello. —Alan tragó saliva, luchando todavía por recuperar el aliento—. Estoy seguro de que me he estado portando de tal forma que ya habías olvidado que hubiera nada capaz de afectarme. —Alzó la cabeza y miró a Hal con el rostro lleno de lágrimas y con tal expresión que toda su alma podía leerse en ella, desnuda y sin avergonzarse de estarlo—. Hal, te quiero tanto... Tenía que interponer cierta distancia

entre nosotros dos o de lo contrario el secreto oculto en mi corazón me habría vuelto loco. —Su cabeza se derrumbó pesadamente sobre el hombro de Hal, y éste le abrazó en silencio, luchando con el doloroso nudo que sentía en su garganta—. Sabía que mi padre había sido infiel en su matrimonio —dijo Alan por fin, sentándose y limpiándose la cara con su manga—. Solíamos discutir por eso. Se había casado con mi madre por un acuerdo político, no por pasión, pero ella era una mujer buena y amable y yo la quería profundamente. Ahora sé que tu madre era su *mendor,* y su destino era amarla pese a que pudiera perder el honor por ello, pese a la sombra de la muerte... Pero entonces le eché la culpa de lo ocurrido, y mi corazón se llenó de amargura. Pero aun así, al verte por primera vez tuve la esperanza de que... Deseaba que fueras mi hermano, lo deseaba con toda la intensidad de que es capaz un muchacho. Cuando me dijiste que eras hijo del Rey eso casi me rompió el corazón. ¿Quién podría haber imaginado que durante todos esos años la amante de Leuin había sido nada menos que la mismísima Reina? ¡Y descubrir luego que mi sueño se había convertido en realidad y no poder contártelo!

—Siempre me he preguntado si Iscovar lo sabría... —murmuró Hal, cambiando de tema, pues Alan seguía estando al borde de las lágrimas.

—Lo sabía. Mi padre..., nuestro padre dice en su carta que Iscovar era incapaz de engendrar descendencia debido a la misma enfermedad de la lujuria que le causó la muerte. Sabía que tú eras hijo de Laveroc, pero su necesidad de tener un heredero le obligaba a mantener el secreto. Durante mucho tiempo el poder de nuestro padre fue suficiente para protegerle tanto a él como a ti y a la Reina. Pero poco a poco, por medios demasiado rastreros y tortuosos como para que pudiera responder a ellos de la misma forma, el Rey debilitó a Laveroc hasta que al fin pudo conseguir su horrible venganza.

—Sí, fue ciertamente horrible. Pero no me sorprende que me odiase —murmuró Hal—, y que me odiara todavía más porque no podía prescindir de mí... Alan, ¿no sé lo has contado a nadie más? ¿Quizá a Cory?

—No, no se lo he contado a nadie. He mantenido mi silencio con la obstinación de siempre. Pero si hubiera sabido el dolor innecesario que iba a causarte, jamás lo habría hecho. ¡Querido Hal, ojalá fueras capaz de darme un buen puñetazo! Eso haría que me sintiese mucho mejor.

Hal echó la cabeza hacia atrás y se rió. Ahora los dos estaban paseando sin rumbo fijo, el brazo de cada uno rodeando los hombros del otro, como habían hecho en otras ocasiones de felicidad.

—¡Pobre Alan! Creo que ahora empiezo a entenderlo. Todo ese malhumor...

—Era la única forma de ocultar cómo te anhelaba mi corazón. Si me hubiera permitido mostrar el amor que sentía hacia ti, mi secreto habría quedado revelado al instante y me molestaba no ser capaz de soportarlo mejor, y el estar irritado conmigo mismo hacía que me irritase contigo y con el mundo entero. Pero ni siquiera eso era lo peor...

—No —dijo Hal secamente—, además de todo eso tus ojos percibían el brillo de esta bonita baratija que llevo sobre mi cabeza.

Alan torció el gesto como si le hubieran golpeado.

—A fe que me conoces aun mejor que yo mismo —murmuró.

—Pero, ¿por qué, Alan? Sé que no planeabas quitarme el trono, que no llegaste a pensarlo en ningún momento...

—¡No, claro que no! Pero pese a mis mejores intenciones, la idea seguía estando en lo

más profundo de mi mente, y casi me volvió loco de vergüenza y frustración. ¡Y para aumentar todavía más mi vergüenza, sabía que me bastaría con pedírtelo y que me habrías entregado tu corona tan generosamente como me habías entregado tu amor! Pero, naturalmente, no podía pedirte eso. Si al menos hubiera podido hablar contigo... Pero explicar mi enfermedad habría sido explicar la causa.

—Que, por tu nacimiento, tienes tanto derecho al trono como yo. —Sí. Qué estupidez... Tu derecho al trono siempre ha ido mucho más allá del mero derecho de nacimiento, y yo siempre lo he sabido. —¿Sigues deseándolo? —le preguntó Hal en voz baja.

—¡No! No, por las Madres. Blain me curó de esa enfermedad. —Pues entonces lo tendrás, Alan. —Hal le miró, sonriendo, con el

más cálido afecto en su voz—. Sé que combatiste por mí... Pero en gran parte, si luché, lo hice por ti.

—¡Hal, estás diciendo tonterías! —exclamó Alan—. ¡Sabes que no puedo ceñirme tu corona!

—¿Quién ha dicho nada de mi corona? —se burló Hal—. ¡Piensa más bien en tu corona! —Cogió a su hermano por los hombros y sus ojos estaban iluminados por una traviesa alegría—. Cómo, Rey del Amanecer, ¿aún no sabes realmente quién eres? ¡Al igual que yo soy el último descendiente del linaje de Verán, el crepúsculo de la Era, tú eres el amanecer de la nueva Era, el primer Rey de Laveroc! ¿No crees acaso que dos hermanos como nosotros puedan gobernar juntos? Nuestra capital tiene que estar en Laveroc, centrada entre el este y el oeste..., aunque ya sabes que yo miraré con más frecuencia hacia Welas. Después de mi muerte los dos pueblos se unirán bajo tu gobierno y el de tus herederos, como debe ser, y la sangre de los elfos enriquecerá tu linaje, tal y como hizo la del Rey Bendito antes de ti. Sí, juro por todo lo que es hermoso que tú representarás un brillante amanecer para esta tierra después de una larga y oscura noche.

—¿Hablas en serio? —murmuró Hal

—Por completo. Está escrito en *El Libro de los Soles,* aunque hace mucho tiempo que ya lo sabía. Torre habló de ello por descuido y tú, siendo un alma modesta, lo olvidaste en seguida.

—Pero, ¿cómo puedo llegar a gobernar? Tú eres Mireldeyn.

—Y tú Elwyndas. Tu poder es igual al mío... ¿lo recuerdas? ¿Acaso te resulta tan difícil de aceptar?

Alan meneó la cabeza, aturdido.

—Pero, Hal, ¿y tus herederos?

—No tendré ningún heredero. —La alegría se esfumó de su voz—. Debo ser el último representante del linaje de Verán, el último de esos Reyes... aunque habrá otros, Alan, acuérdate de mis palabras. Pero Rosemary y yo no tendremos hijos. Esa es la profecía.

—Oh, Hal, lo siento...

Y Alan le tocó suavemente el hombro.

—¿Ves, Alan? Ésa es la ventaja de una profecía... —Hal intentó sonreír—. Si no lo supiera, tu corona habría tenido que aguardar hasta mi muerte, pero ahora los dos podemos ser coronados y casarnos al mismo tiempo con nuestras damas mañana por la mañana. —Miró a su hermano con melancólica alegría y le acarició aquel rizo

eternamente rebelde que le caía sobre la frente—. Alan, tú eres como mi segundo yo. Debes tener hijos y yo les amaré igual que si fueran míos. Temo más por Rosemary que por mí. No sé qué consuelo puedo darle en cuanto a eso...

—Tú mismo eres su mejor consuelo. Entonces, ¿tienes planeado contárselo?

—Sí. Si algo he aprendido en este último año es a no tener secretos con los que amas. El secreto engendra la pena, pero compartir es en sí una alegría. De todas formas, aún no se lo he dicho. No deseo estropear el día de su boda.

Alan y Hal pasearon ¡untos durante una hora, diciendo en voz alta lo primero que se les pasaba por la cabeza y no queriendo poner fin a esa nueva intimidad que habían descubierto en la última noche de sus vidas en solitario.

—Ya es más de medianoche —acabó diciendo Hal—. Durmamos un poco. Mañana tenemos que estar descansados.

Volvieron junto a la hoguera de Hal, que apenas conservaba unos rescoldos, y desplegaron sus mantas. Alfie y Arundel pastaban tranquilamente cerca de ellos.

—Podríamos volver al castillo —observó Hal—. No es necesario que durmamos al aire libre.

Alan rió suavemente en la oscuridad.

—Qué extraño... Hemos acampado tantas veces el uno junto al otro, y los dos anhelábamos una habitación caliente y una cama blanda; y en cambio ahora...

—Sí. Una última vez... Bien, buenas noches.

—Buenas noches.

Rosemary yacía bajo el dosel de su lecho del castillo, sola y sintiéndose muy desgraciada. No oyó ruido alguno, pero un instante después Lysse estaba junto a ella, igual que un espíritu verde y oro que anunciara el verano.

—Duerme, hermana mía — dijo—. Alégrate. Alan ha llegado y ahora todo irá bien.

Rosemary se irguió bruscamente en la cama.

—¡Oh, al fin ha venido! —exclamó.

—Sí, ya ha venido.

Y Lysse sonrió con una sonrisa cargada de secretos. —Y... ¿es cierto que seremos hermanas? —le preguntó Rosemary, ahora algo más calmada.

—Sí, lo seremos.

—Oh, Lysse, soy tan feliz... —dijo Rosemary en voz baja. Lysse contemplo sus ojos durante un momento y luego abrazó con todas sus fuerzas a aquella mortal tan llena de generosidad, su primera amiga en la extraña estirpe a la que el destino le había ordenado unirse, y supo que aquella amistad duraría toda la vida.

A la mañana siguiente Cory despertó bastante tarde, pues incluso en sueños alguna entristecida parte de su cerebro le decía que levantarse no serviría de nada. No abrió los ojos hasta sentir que le estaban sacudiendo con fuerza.

—¡ Alan! —exclamó, aturdido por la alegría y la sorpresa.

—¡Venga, dormilón!—gritó Alan con una sonrisa de placer—. Éste es el día de mi boda

y tienes que servirme de padrino. ¿No piensas ayudarme a conseguir que esté presentable?

—¡El día de tu boda! —Corin se levantó de golpe, llevándose las manos a la cabeza en un gesto de incredulidad—. Pero, ¿con quién te casas?

—Con Lysse.

Corin apartó las sábanas de un manotazo, meneando la cabe/a.

—¡Lysse! —balbuceó—. ¡Bribón afortunado! ¡Sí, eres un bribón con mucha, mucha suerte! —Empezó a vestirse a toda velocidad, hablando consigo mismo de tan perplejo y feliz que estaba—. Maldita sea, ¿era ése el motivo de que Hal y tú estuvierais enfadados? —acabó preguntando.

—Bueno, en cierta forma, sí lo era.

—¡Lo era! Pero, ¿por qué?

—¡Porque tengo la cabeza hueca, por eso! —le contestó Alan jovialmente—. Pero ahora tenemos muchas cosas que hacer. Ya te hablaré de ello después.

Salió de la habitación y Corin se apresuró a seguirle, aún meneando la cabeza.

Unas cuantas horas después, Robin y Cory esperaban en el patio del castillo, mirándose y sonriendo de vez en cuando. Sus ojos llenos con el asombro que les habían causado los acontecimientos del día. Vestían jubones de la lana más delicada, regalos de Adaoun, y en sus manos sostenían las riendas de los otros regalos que habían recibido: corceles *elwedeyn.* El de Cory era dorado y el de Robin de un gris tan oscuro que casi resultaba negro. Los dos animales jamás habían conocido la silla ni el bocado, pero al ordenárselo Adaoun amablemente, se habían dejado colocar en la grupa las mantas de hermosos dibujos que ahora llevaban. Los jóvenes les guiaban mediante unas bridas suaves y delgadas, como las que llevaban Alfie y Arundel, que estaban junto a ellos.

Cuando el sol llegó al punto más alto de su trayectoria, Hal y Alan aparecieron en el patio y montaron en sus corceles. No llevaban armas ni nada que recordara la guerra, salvo sus espadas, suspendidas de los cinturones hechos con eslabones metálicos que Roran les había dado años antes. Vestían camisas de lana blanca, cubiertas con delicados bordados multicolores en los que estaban representados todos los animales de la creación. De sus hombros caían capas de intensos colores y llevaban la cabeza desnuda y erguida con orgullo. En la mano derecha de Hal se veía una gran gema oscura engarzada en plata y de cuyo corazón emanaba un extraño resplandor. Alan ya no escondía la Piedra Élfica bajo su camisa, sino que la llevaba centrada sobre su pecho. De vez en cuando él y Hal se miraban en silencio y con un afecto tranquilo: eran dos hombres cuyo porte recordaba a las águilas y cuya grandeza superaba en estatura a su talla física, contemplados con asombro tanto por los pobres como por las gentes de fortuna, cada uno igual al otro en poder y valor. Así, juntos, aguardaron su destino.

Rosemary y Lysse no tardaron en aparecer con los ojos iluminados por la emoción, llevando atuendos cuya sencillez realzaba su belleza de una forma que no habría logrado ninguna joya o encaje: vestían largas túnicas del blanco más puro imaginable, tejidas de una sola pieza, sin hilo ni costuras visibles. Su cabello flotaba con toda libertad sobre los hombros, y en él había rosas amarillas, blancas y púrpuras. Flores de los mismos colores adornaban a la pequeña y hermosa Asfala y a Faen, el caballo de Lysse, de un oscuro tono dorado. Montaban de lado, sobre mantas verdes como el verano, y los blancos pliegues de sus atuendos casi rozaban el suelo. Hal cogió a

Rosemary de la mano y Alan tomó la mano de Lysse, y los cuatro cruzaron la ciudad, con el resto del cortejo siguiéndoles. Todos los habitantes de la ciudad, así como campesinos venidos de kilómetros a la redonda, les vieron pasar con una silenciosa alegría y después formaron una gran procesión que les fue acompañando.

Adaoun les aguardaba en una verde colina cercana a la ciudad, una colina que Alan recordaba desde los primeros años de su vida. Su derecho a realizar la ceremonia era mayor que el de cualquier sacerdote, fuera cual fuese su dios, pues él, que había sido cantado en la Primera Canción, no había olvidado el nombre de Aene. No le hacía falta templo alguno salvo la bóveda azul del cielo, que siempre había sido su techo.

Las dos bodas fueron tan sencillas como impresionantes. Los cuatro se amaban y cada amante afirmó su devoción con las palabras que primero acudieron a su mente; después pronunciaron los votos de la sinceridad, el honor y el deber de fidelidad hasta la muerte. Hal y Rosemary se intercambiaron los anillos que habían sido llevados por Torre y Mergolyn, anillos que les habían sido entregados por así haberlo pedido Torre antes de morir. Lysse y Alan se intercambiaron los anillos que habían unido en matrimonio a Verán y Claefe. Cada pareja se cogió de las manos para sellar sus promesas y la multitud se agitó emocionada, murmurando de alegría.

Adaoun sacó *El Libro de los Soles* del cofre que había a sus pies y lo sostuvo reverentemente en sus manos. Empezó a leer de él en la Antigua Lengua, el único idioma que conocía. Rafe se encargó de traducir lo que decía en beneficio de los presentes.

—Y un gran señor de la tierra de Isla tendrá dos descendientes. Uno lo concebirá de su *mendor,* hija de la casa de Verán, y el otro lo tendrá de una dama llena de bondad con quien le habrá unido en matrimonio la fuerza de las costumbres. Y esos dos hermanos no sabrán de la existencia del otro, y crecerán en valor y bondad siguiendo cada uno su propio camino. La carga de la madurez caerá muy pronto sobre ellos, así como grandes infortunios, y los dos se enfrentarán a enemigos de gran fuerza. En el curso de sus luchas se encontrarán y se ayudarán mutuamente, y se amarán el uno al otro igual que si les hubieran criado juntos desde su nacimiento, aunque no conocerán su vínculo, y las metas de sus dos existencias se acabarán convirtiendo en una sola.

Hal miró a su prometida y, viendo que comprendía, sonrió y le apretó la mano.

—El hijo del linaje de Verán será aquel hacia quien deben volverse vuestros sueños, Pueblo de la Paz. Será el medio para que abandonéis la tierra que os he prometido; será el salvador de Isla y de Welas, y la consumación de la Era. La sangre de los elfos fluirá con fuerza por sus venas, dándole conocimiento, poder y una visión más allá de la posible en los demás mortales; pero aun así conocerá el amor y los dolores de un corazón mortal. Los hombres le contemplarán con asombro y respeto, y le llamarán El Que Cura, Gobernante, Príncipe welandés y Rey del Crepúsculo. Pero vuestro nombre para él será Mireldeyn, Hombre-Elfo. Y éstas serán las señales: que vendrá a vosotros por voluntad propia montado en un corcel de sangre élfica, con las marcas del sufrimiento en su cuerpo y la Antigua Lengua en sus labios y la visión de las leyendas en sus ojos. Su única magia y su único poder residirán dentro de él mismo.

»Pero los sueños de los hombres se verán realizados en su hermano, pues él será quien dé inicio a una nueva Era de paz para los mortales. Hombre de gran corazón, igual que lo fue Verán antes de él, también ganará el amor de una doncella de los elfos...

Alan apenas escuchaba las palabras de Adaoun, su brazo rodeando la cintura de Lysse.

—... y así sus herederos serán bendecidos con la sabiduría y la visión de los elfos. Poseerá el conocimiento de la Antigua Lengua, y también el de muchos misterios. Los hombres le amarán y le rendirán honores, llamándole Piedra Élfica, el Dorado y Rey del Amanecer. Pero vuestro nombre para él será Elwyndas, Amigo de los Elfos. Y éstas serán las señales: que la doncella del fresno hallará el amor hacia él dentro de su corazón, y que intervendrá en su ayuda y le guiará hasta vosotros; y que él descubrirá el conocimiento de la Antigua Lengua y sus secretos en los ojos de la doncella, pues no temerá mirarlos.

Adaoun cerró el Libro y habló con voz más lenta y pensativa.

—Este volumen se llama *El Libro de los Soles.* Cuenta cómo saldrán y se ocultarán muchas clases de soles..., los soles de los días de todos los hombres, los soles de las existencias de muchos hombres, los soles de todas las eras de la historia, tanto para los hombres como para los elfos. Pero todos están unidos y alcanzan su culminación en los dos hijos que se hallan ahora ante vosotros, los descendientes de un hombre grande y noble. Desde su primer encuentro, aunque no sabían quiénes eran, se amaron el uno al otro igual que hermanos, y ahora han descubierto que son ciertamente hermanos. Nacieron el mismo día y a la misma hora; jamás habrá uno más joven o más viejo que el otro. Son como una sola persona, así como el sol que se oculta de noche es el mismo sol que se alza por la mañana. En Mireldeyn veis el espléndido ocaso del sol que se alzó con Verán. En Elwyndas veis el espléndido surgir del sol que marca el amanecer de una nueva Era, como la Era de Verán que le precedió, una Era de paz y amor. Y que esa paz y ese amor perduren, mortales, depende de vosotros...

»Éste es un momento muy importante de vuestra historia, Pueblo de la Segunda Canción. El Único ha dicho que si lo deseáis, el sol de quienes traen la pobreza y la opresión puede ocultarse para siempre. La implacable corriente de sus crímenes y matanzas puede dejar de existir si esta tierra de Isla sabe oponerse a su camino. Aene os ha dado dos hombres tales como jamás volveréis a conocer para que os asistan en vuestro momento de necesidad. Os ha dado dos hombres que son algo más que hombres, capaces de enfrentarse a los espectros de la codicia y el orgullo y de vencerlos para siempre. Han compartido los peligros de la vida y de la muerte y han cumplido todas las profecías del *Libro de los Soles,* salvo esta última, y también acabarán cumpliéndola: la codicia y el orgullo perderán su poder y todos los hombres vivirán en paz y armonía. ¡Largo, próspero y pacífico sea el reino de Laveroc!

La multitud lanzó vítores de alegría y Hal sonrió levemente, dándole las gracias a Adaoun por todo aquello que no había dicho.

—Así pues —siguió diciendo Adaoun, y su voz se cargó de una repentina e impresionante majestad—, escuchad bien lo que os digo, mortales; estos dos hombres que han compartido sus peligros y los vuestros deben compartir también la recompensa que para ellos significa mucho menos que su amor. Por primera vez en vuestros anales o en los nuestros, os muestro a dos Reyes del mismo poder, talla, bondad y amor..., os muestro a los Hijos de Laveroc, os muestro el último Capítulo del *Libro de los Soles...* ¡Os muestro a los Reyes del Sol!

Y obedeciendo al imperioso mandato de los ojos de Adaoun, Hal y Alan dieron un paso hacia adelante y se pusieron junto a él. La multitud lanzó un rugido de alegría que resonó en el cielo y cuando los ecos de éste se apagaron, se sumió en un silencio expectante. Hal y Alan pusieron la rodilla en tierra.

Adaoun colocó la corona de plata sobre la cabeza de Hal.

—Mireldeyn, te corono en primer lugar tan sólo porque eres hijo de la vieja Era, la que precedió a la nueva —murmuró.

Después colocó la corona de oro en la cabeza de Alan.

—Que todas las bendiciones de Aene sean con vosotros —murmuró, y les hizo ponerse en pie.

Y los dos hermanos contemplaron a las multitudes de su pueblo y sus amigos. Habían sido coronados con los rayos de la gloria, semejantes a los soles de quienes habían tomado sus títulos. Miles de hombres se arrodillaron ante ellos con los rostros iluminados de alegría, alzando las manos para saludarles y gritando sus alabanzas. Hal y Alan permanecieron inmóviles y sintieron temblar sus rodillas ante la adulación como jamás habían temblado antes al enfrentarse a los ejércitos enemigos, y se volvieron el uno hacia el otro buscando su mutuo apoyo, y al hacerlo vieron que los dos tenían los ojos llenos de lágrimas. Casi riendo, se abrazaron con su viejo signo de hermandad, y luego alargaron las manos hacia sus esposas, abrazándolas con fuerza mientras los gritos de su pueblo se mezclaban en un poderoso cántico triunfal.

Robín y Cory les trajeron sus caballos. Mientras cabalgaban por la colina la multitud les rodeó llenando el aire de flores. La música empezó a sonar en la lejanía y unos instantes después se inició el festejo. Todo su mundo se alegraba y era feliz, pues su felicidad era la felicidad de su gente.

Epílogo

Una semana de tranquilo viaje les llevó hasta la Bahía de los Benditos. Todo el pueblo de los elfos se había puesto en marcha, acompañado tan sólo por ellos cuatro, Hal, Rosemary, Alan y Lysse. Habían experimentado por última vez el aroma de la eternidad. Los días de agradable cabalgada se confundieron en su memoria, dejando tan sólo una imagen de jornadas luminosas y noches de paz. Los Reyes no llevaban las pesadas coronas de Verán: Hal llevaba su sencilla tiara y Alan una tiara similar de oro que Hal le había entregado. Cabalgaban manteniendo las cabezas erguidas y sus esposas les contemplaron con los ojos llenos de orgullo y amor. Durante todos aquellos días, Rosemary no formuló ni una sola vez la pregunta que dormía en el fondo de su mente. Sabía que el momento no había llegado, tan sencillamente como sabe una madre cuanto concierne a su hijo.

Llegaron a la Bahía a media mañana del octavo día. Durante las dos últimas jornadas no habían visto a nadie, pues éste era un lugar prohibido al que protegían los espíritus de los dioses legendarios. La Bahía de los Benditos relucía con una claridad gris plata bajo la sombra de los árboles perennes. Y en la embocadura del Río resplandeciente había ancladas tres naves de color gris, silenciosas cual fantasmas.

—Verán las preparó para nosotros cuando llegó a conocer las profecías —les explico Adaoun.

—¿Y han perdurado durante todo este tiempo sin sufrir ningún daño? —preguntó Rosemary, asombrada.

—Así es. En la madera viviente hay un gran poder, y también lo había en sus manos.

Para el viaje hasta Elwestrand no hacían falta provisiones ni tampoco velas, pues la travesía era de una clase muy singular. Los elfos permanecieron durante un rato hablando con sus amigos y comieron por última vez antes de embarcar. Salvo Wynnda, todos sus caballos habían sido entregados como regalo a Hal, Alan y la Casa de Laveroc.

—Hemos cerrado el valle —les explicó Adaoun—. Tapamos la entrada con grandes rocas y Wynnda se encargó de sacarnos de él volando. Nos consuela saber que los animales de ese valle podrán vivir siempre ahí, desde las grandes águilas hasta los tímidos ciervos, y que nunca conocerán el miedo a los hombres. Sabemos que habríais hecho cuanto os fuera posible por ellos, Mireldeyn y Elwyndas, pero la vida de los mortales es breve...

—Lo comprendes —replicó Hal en voz baja.

Después de un tiempo ya no hubo nada más que decir, y los elfos fueron subiendo lentamente a bordo de las naves. Sus cuatro compañeros de viaje permanecieron silenciosos junto a la orilla mientras las grises embarcaciones se alejaban igual que grandes cisnes, con el suave golpeteo de las olas contra sus flancos de madera, y les saludaron con la mano. Hal ayudó a Rosemary, que apenas si era capaz de sostener su mano en alto. Alan rodeó con un brazo la cintura de Lysse mientras que ella veía marchar a sus hermanos, sus hermanas y su amado padre, alejándose de ella con destino a Elwestrand, donde llegarían después de cruzar todo el Mar Occidental. En sus ojos había una extraña y triste alegría.

—¡Adiós, adiós! —gritaron los elfos, hasta que sus voces se confundieron con los

chillidos de las aves marinas. Adaoun, que estaba en la proa de la nave más grande, no tardó en ser solamente una mancha oscura recortada contra la plata del mar.

Permanecieron inmóviles hasta que las naves se convirtieron en pequeñas siluetas parecidas a pájaros iluminadas por el sol poniente y acabaron desapareciendo en su abrazo. Un instante después, el sol se hundió en el océano y ya no pudieron ver las naves. Rosemary rompió el silencio, pues había sentido cómo temblaba la mano de Hal y había percibido el dolor de su corazón.

—Deseabas acompañarles, ¿verdad? —le preguntó con dulzura.

Hal se volvió hacia ella, sus ojos grises inundados por el misterio de aquellas aguas grises.

—Sí —murmuró—. Sí. Pero hay tantas cosas que hacer en Isla, tantas heridas que curar... Mi destino es quedar atrás y encargarme de hacerlas.

Aquella noche Hal, Rosemary, Alan y Lysse acamparon en la orilla, con el sonido de las olas y los gritos de las aves marinas resonando en sus oídos. Con el amanecer del nuevo día volvieron sus rostros hacia el sol naciente y cabalgaron de regreso al mundo de los mortales y las verdes praderas.

La batalla ha sido ganada y el premio está ahora
por fin en nuestras manos, dulce cual la vida;
pero aun así la Rueda sigue girando,
y año tras año arden los fuegos en las cimas;
y las visiones vuelan sobre las aguas bañadas por la luna.
Por eso, Amor mío, si alguna vez pierdo la estima de los hombres
y decido andar de nuevo
siguiendo mi solitario camino,
no llores ni te apenes, y di
que una vez, un día de verano,
me abrazaste en la pradera
y me besaste bajo el sol.
Y que en aquella hermosa campiña
se cerraron al fin mis ojos.

—una canción de Hervoyel—